

Selecta

**CAMILLA
MORA**

A heart-shaped frozen candy, possibly a lollipop or a piece of candy, hangs from a thin, brown branch. The candy is white and has a textured, crystalline appearance. The branch is covered in a light layer of snow or frost. At the top of the branch, there is a small, pink flower bud. The background is a soft, out-of-focus blue and white, suggesting a winter scene.

*Corazón
congelado*

Corazón Congelado

Camilla Mora

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Nota editorial

Selecta es un sello editorial que no tiene fronteras, por eso, en esta novela, que está escrita por una autora latina, más precisamente de Argentina, es posible que te encuentres con términos o expresiones que puedan resultarte desconocidos.

Lo que queremos destacar de esta manera es la diversidad y riqueza que existe en el habla hispana.

Esperamos que puedan darle una oportunidad. Y ante la duda, el Diccionario de la Real Academia Española siempre está disponible para consultas.

Prólogo

Él sujeto le clavó los dedos en las caderas y comenzó a marcarle el ritmo, moviéndola hacia arriba y abajo, mientras jadeos salían de su boca apestosa y medio abierta. Era una imagen que Ange esperaba poder borrar de su mente apenas todo ello terminara, al igual que la suciedad que parecía bañarla por fuera y que se filtraba hacia dentro de su ser.

—¡Vamos, muñeca! Pon más entusiasmo, no pagué para esto —la regañó con brusquedad. La empujó hacia arriba con su pubis y casi la hace caerse de encima de él, además de que el sudor que lo cubría la instaba a resbalarse.

El asco viajó desde su estómago hasta instalársele en la garganta, y Ange solo se concentró en no vomitar sobre el abdomen del hombre que retozaba debajo de ella y disfrutaba de lo que había pagado, sin importarle que ella solo fingiera. Las lágrimas amenazaron con escapar de sus ojos, pero las obligó a mantenerse donde estaban. No lloraría, no sería débil cuando no podía darse el lujo de serlo.

Los olores a suciedad y sudor inundaban su nariz y las náuseas la asaltaron. Se concentró en respirar hondo y hacer que su cuerpo subiera y bajara sobre las caderas de ese ser despreciable. Al menos, le había concedido que mantuviera las luces apagadas y no tener que distinguir su físico excedido en peso ni sus expresiones lujuriosas que solo aumentarían su malestar estomacal.

Tuvo que repetir la frase que venía diciéndose en la mente desde que había entrado en ese motel de mala muerte: «Es por ella, lo haces solo por ella». Debía recordárselo si no quería sumirse en un pozo de podredumbre del que jamás pudiera escapar. Se reprodujo como un disco rayado en su cabeza, como su mantra personal que le brindaba la paz que precisaba para hacer frente a un presente desgarrador.

Maldijo al hombre que las había dejado en la estacada, que nunca se había preocupado por ellas, y juró que, al menos, obtendría del hijo de puta que había puesto su esperma dentro de ella y de lo que había resultado un ser maravilloso como su hija, Miranda, lo que a ella le correspondía. Pero, en ese momento, debía limitarse a darle placer al tipo que tenía entre sus piernas y que gozara como para ganarse el

gran monto de dinero que le había prometido por ser su puta por una noche.

Capítulo 1

Tres años después

Andy caminaba a su lado con las manos en los bolsillos delanteros de su *jean* y con la mirada baja. Él había insistido en acompañarla hasta la puerta del edificio de apartamentos donde vivía, después de la cita que había tenido.

Los nervios la colmaban por dentro. ¿Qué debía hacer? ¿Besarlo? Era lo esperable dado que volvían de su primera velada, ¿cierto? Sin embargo, algo en todo ello no parecía correcto.

Miró de reojo al hombre que tenía un aspecto tipo *hipster* con sus lentes con armazón de acetato. Por lo que había oído, desde que habían dejado la empresa Hayworth y habían fundado la agencia publicitaria S&P, Andy había abandonado su apariencia seria para reemplazarla por la que usaba en su vida privada, más relajada y un tanto *vintage*. Lo que también aplicaba a dejar de utilizar las lentes de contacto que cubrían sus ojos de un azul tan tenue que apenas se distinguía.

Llegaron a las escaleras de granito y se detuvieron. Él abrió la boca para decir algo, pero ninguna palabra salió de sus labios entreabiertos. Andy sonrió, ruborizado, y le rehuyó la mirada con la suya, tan clara como el agua cristalina. Era un hombre muy atractivo, con sus modales caballerescos y su simpatía. Tal vez solo debía obligarse a sentir algo por él y lo demás vendría después. Muchas veces había oído que el amor venía con el tiempo, ¿sería así? ¿Una podía acostumbrarse a amar a alguien? ¿Se podía cimentar una relación sobre la amistad? Andy era uno de los mejores hombres que había conocido y quería a toda costa sentir algo más por él, sin embargo, el hecho de que disfrutaran de alguna intimidad física la asqueaba y no creía que pudiera tolerarlo.

Él parecía igual de indeciso que ella y hasta reacio al tan esperado beso de despedida por tantas otras parejas en las mismas circunstancias, claro que no eran ellos. ¿Por qué vivían ese instante como una penuria? La cita había ido de maravilla. Habían concurrido a uno de los restaurantes de moda de Manhattan, uno que se había inaugurado hacía unos meses y que no era tan caro como para que no pudieran

compartir los gastos. Ange jamás consentiría que un hombre le pagara absolutamente nada.

—Bien —dijo Andy. Parecía que lo había asaltado una escasez de palabras, algo que Ange jamás creía que presenciaria. Andrew era una de esas personas que no se callaban jamás y hablaba hasta por los codos—. Hemos llegado. —Él le tomó los dedos de una mano y jugueteó con ellos sin alzar los ojos hacia ella.

—La pasé muy bien. —Ange subió un par de escalones y se volteó hacia él, que continuaba a los pies de la escalera y con su mano en la suya. Quedaban casi a la misma altura, dado que Ange era una persona menuda y un tanto pequeña.

Sus ojos se conectaron y Ange lo supo, era el momento del beso. Ese beso tan ansiado por otras parejas, la culminación de una cita perfecta, pero para ella era un intercambio que solo quería que sucediera lo más rápido posible para correr escalera arriba y encerrarse en la quietud de su apartamento.

Él tiró con suavidad de sus dedos para que se inclinara; sus labios apenas se rozaron en un beso dulce. No intentó sujetarla, atraerla hacia él ni aprovecharse de ninguna manera. Andy era lo que era: un caballero y una ternura de hombre.

«¡Quiero sentir algo!», se gritó en la mente para darle la orden a su corazón, que se hizo el tonto y se negó a alterar la frecuencia lenta de sus latidos. Ningún sentimiento amoroso afloró en ella. Sus labios se separaron. Los ojos claros se clavaron en los suyos, oscuros, y no sintió nada, continuó tan fría como siempre. Era como si una mano gélida tuviera atrapado al órgano en medio de su pecho. Ella notó que Andy buscaba algo en su expresión, algo que no hallaba, por lo que Ange le sonrió y le pasó una mano por la mejilla en una breve caricia.

—Gracias por todo, Andy.

—Espera. —Él atrapó su mano y la observó con atención—. Lo lograremos, Ange, solo tenemos que esforzarnos.

No había forma de hacerse la desentendida de lo que él implicaba.

—Andy... —se compadeció.

—¡Vamos! Solo tenemos que...

Él tampoco había sentido lo que se debería. Ella ya lo había notado. Él era tar especial; Andy había intentado con energía despertar algo en ella, algo que no había conseguido reavivar, sin embargo, estaba decidido a que lo de ellos funcionara. ¿Por qué? No llegaba a comprenderlo. A pesar de las características positivas que se veían

a plena vista de Andrew Morgan, había una capa bien profunda, un tanto oscura, y que ella no llegaba a dilucidar. Era un ser complejo y no creía que ella fuera la mujer que debía desenterrar lo que él guardaba en su interior.

Ella intentó recuperar su mano, dispuesta a continuar su camino escaleras arriba, pero él la aferró con mayor fuerza.

—Ange...

Se volteó y posó una mano en la pared de ladrillos a la vista.

—Bien, planifiquemos otra salida.

—No lo llamaremos cita, sino una oportunidad para las... —Andy se encogió de hombros y volvió a enterrar las manos en los bolsillos de su pantalón.

—Chispas —concluyeron al mismo tiempo.

Eso era con exactitud lo que había faltado: chispas. Ni fuegos artificiales. Había sido una idiota. Una idiota por haber tenido un anhelo durante toda la velada de que su corazón volviera a sentir alguna emoción por un hombre, uno que realmente valía la pena. ¿Pero para qué engañarse? Ange había creído que con un encanto como Andy el suelo se le movería bajo los pies al unir sus bocas y... no había sucedido nada. Ni siquiera un leve temblor al pasar los automóviles por la calle.

Se despidieron y Ange se apresuró a estar dentro de su apartamento, como si con eso volviera a su equilibrio, a la seguridad a la que estaba acostumbrada.

—¿Cómo te fue? —preguntó su madre al salir de la cocina con un paño en las manos.

—Bien.

—¿Solo bien?

Ange no le respondió, sino que se dejó caer en el sofá que estaba en medio del pequeño living. Habían conseguido mudarse a un hogar decente gracias a que Ange había comenzado a trabajar en la agencia de publicidad S&P. Había sido por obra de una chica que había conocido en un mugroso empleo como camarera de un tugurio de comida chatarra. Keyla y ella habían congeniado desde el inicio y, cuando Key se fue a trabajar en la agencia del que luego sería su novio, la había propuesto a ella como recepcionista. Y lo más sorprendente era que la habían contratado, Mark, el novio de Key, y su socio, Alex, a pesar de que su currículo demostraba que no tenía experiencia en el área.

Subió los pies sobre el sofá verdoso, se abrazó las rodillas y dejó caer la frente

encima de estas.

—¿Cariño? ¿Estás segura de que fue bien? —Su madre se acercó, se acomodó a su lado y le posó una mano en un hombro. Siempre habían estado juntas y era la persona que la apoyaba desde que tenía registro en su memoria. Sin su madre, no sabía qué hubiera hecho con Miranda y todo lo que habían tenido que afrontar desde que supieron de su diagnóstico.

—Sí, mamá. Es solo que...

—No es él, ¿verdad? —finalizó por ella—. No es el indicado. —La expresión de adoración que tenía la mujer que la había tenido a los veinte años dentro de un matrimonio colmado de amor, pero que había enviudado muy joven, con apenas unos treinta y cinco, la hizo sentir aún más vacía.

—No es que no sea él —explicó al anidar su barbilla en sus rodillas—, es que creo que no existe un él para mí, mamá —concluyó sin emoción alguna. Se sentía muerta por dentro, como una zombi de esas películas que tanto encantaban a Andy. Una muerta en vida.

—Oh, claro que sí, cariño. —Le apretó una mano con la suya, cálida y consoladora—. Solo no lo has encontrado aún.

—Pero Andy es tan... —No supo cómo proseguir, eran tantas las cualidades maravillosas que él poseía que le parecía mentira no estar rendida a sus pies.

—Oh, Andrew es perfecto, tengo que admitirlo. Pero él no es para ti, mi vida —desestimó su madre—. La perfección no va contigo, eso te lo digo como que soy tu madre y te tuve nueve meses en mi vientre.

—¿Y por qué no, mamá? ¿Acaso solo puedo enamorarme de los cretinos e hijos de puta como el padre de Mirchus? —espetó en un tono bajo para que no escuchara su niña, que dormía en la habitación de junto, una que compartían.

El ambiente se tornó tenso y la ternura en el rostro de su madre mudó en enfado.

—A ver, Ángela. Déjate de estupideces, no digo que tu futuro sea tan desolador como para solo enamorarte de porquerías como el padre de tu hija. La mierda sucede, ahora está en ti superarla y salir adelante. ¡Deja de regodearte en esta! —escupió la mujer con evidente enfado.

Una sensación de dolor en el alma asaltó a Ange. Su madre no se merecía su negativismo, ella también había tenido que pasar por obstáculos para que las mujeres Mendoza avanzaran en la vida. Era una luchadora nata.

—Mamá, lo sien...

—¡Basta! Comienza a cambiar los ojos con los que miras la vida, cariño. No voy a tolerar que mines tu camino solo porque hayas tenido malas experiencias.

¿Acaso ella sabía qué tan profundamente malas habían sido? Buscó en la mirada igual a la suya y descubrió que no. Su madre solo hablaba del hombre que le había mentido, le había hecho creer en un futuro diferente para solo abandonarla a los pocos meses con una niña en su vientre y la sorpresa de que tenía una familia paralela.

—Volveré a salir con él —aseguró con ímpetu—. Veremos si algo surge con el tiempo.

—Son dos idiotas, eso es lo que son. —Su madre bufó en reprobación y retornó a la cocina a continuar secando la vajilla como todas las noches—. Recuerda que mañana me voy temprano hacia la casa de mi hermana por unos cuantos días, mi autobús parte a las ocho, así que debes retirar a Miranda de la escuela.

Ange asintió y su madre desapareció por la puerta. Recostó la mejilla en sus rodillas y una frialdad se le desparramó por dentro. Hacía años que lagrimas no caían de sus ojos, como si todo el dolor trascurrido se las hubiera secado.

No tenía por qué tener pareja. Ella sería una madre soltera de por vida y se focalizaría en su hija y en su trabajo. Solo que... Solo que quería que Miranda conociera lo que era el amor de una familia completa, que experimentara lo que ella había vivido los pocos años en que había disfrutado de su padre antes de que falleciera.

El sentimiento que se habían prodigado su madre al cantar mientras cocinaba y su padre al abrazarla por detrás apenas volvía del trabajo eran momentos que atesoraría en su mente de por vida. Esos rostros colmados de tanto sentimiento, quería eso para su hija. No la amargura que habitaba en su corazón.

Claro que Ange sentía amor, amor por Miranda y por su madre. Pero ella buscaba uno de otro estilo, ese que se sentía cuando los futuros de dos personas se unificaban, ese lazo que solo te amarraba a un ser por el resto de tu existencia.

Suspiró con profundidad y se alzó del sofá. Parecía que Miranda no tendría eso, así que se esmeraría en hacerla sentir la niña más amada del mundo. Porque su hija era su todo, su galaxia entera. Su razón para respirar cada día.

Capítulo 2

Otra vez volvía a estar esa niña colgada del marco de la puerta del despacho de Alexander. ¿Acaso ella siempre estaba en S&P? ¿O era que tan solo coincidían?

Era la segunda vez esa semana que David concurría a la agencia de publicidad para configurar el nuevo programa que había elaborado para ellos y esa niña volvía a estar pendiente de cada uno de sus movimientos. No entendía por qué él le llamaba tanto la atención, pero parecía que así era.

David no le decía nada, tan solo la observaba cada algún minuto y, en cuanto ella lo veía hacerlo, la chiquilla le sonreía con esa boca con uno que otro diente faltante, a lo que él retornaba sus ojos con rapidez a la pantalla del ordenador.

No se le daba bien hablar con otras personas. A pesar de que había perfeccionado su capacidad de conversación, se le dificultaba todavía comprender algunas frases o su mente se veía invadida por reglas en relación a cuándo meter un comentario, cuándo era suficiente y estaba aburriendo, sobre no interrumpir el relato del otro. Un sin número de pasos que había memorizado a lo largo de los años, que el resto de las personas podían seguir con sorprendente facilidad. Sin embargo, al faltarle a David esa habilidad social, había estudiado diversos ejemplos de intercambios sociales para dilucidar las pautas, y admitía que había conquistado un gran terreno. No obstante, aún le faltaban bastantes batallas por luchar para verse vencedor.

Suspiró y volvió a esconder el rostro tras la pantalla mientras sus dedos se apresuraban a teclear ese lenguaje especial que tan bien comprendía, de ceros y unos.

Al rato, se dirigió al establecimiento donde trabajaban los creativos, en búsqueda de una buena taza de café. Pasó a un lado de la niña, sin dar evidencias de darse cuenta de su presencia.

Miró por todo el aparador donde mantenían el hervidor de agua eléctrico, pero no halló ningún frasco de café instantáneo ni una cafetera ni nada que se asemejara a ese líquido tan deseado.

—Hey —llamó a Frederick, quien estaba sentado a la larga mesa donde trabajaban los miembros del equipo. El pelirrojo se giró hacia él con una sonrisa de oreja a

oreja.

—¿Cómo te está yendo? —preguntó el hombre a quien había conocido cara a cara hacía tan solo tres semanas atrás, pero con quien venía jugando en línea por dos años.

—¿Dónde guardan el café? —cuestionó David, haciendo caso omiso a la pregunta.

Gracias a que Frederick y Andrew lo habían recomendado a Alexander Peters y Marcus Sanders, los dueños y directores de la agencia, era que ellos lo habían contratado para realizar un programa para sus empleados y clientes.

—No hay café —contestó el pelirrojo y le guiñó un ojo para luego volver a examinar una planilla en su ordenador.

¿Por qué le había guiñado un ojo? ¿Acaso se burlaba de él? No lo creía, siempre le había parecido un tipo agradable. Pero claro, en realidad, no se conocían en profundidad, al menos no cara a cara, sino a través de la pantalla de sus ordenadores cuando se comunicaban por Skype durante el juego en línea al que eran asiduos, como también Andrew, Nicholas y Xavier, los otros miembros del equipo creativo, y el hijastro de este último, Daniel.

—¿Por qué no hay café?

—Larga historia, viejo —intercedió Andrew sentado a un costado de Frederick.

¡Ay, no! Que no comenzaran una conversación entre varios. David no tenía problemas o, al menos, se reducían cuando el intercambio era uno a uno, pero si se sumaba alguien más, perdía el hilo y no lograba retomarlo.

Parecía que tanto el pelirrojo como el castaño esperaban alguna respuesta de él, ambos lo miraban como a un bicho raro, y quizás lo fuera. En realidad, estaba seguro de serlo.

—Eh...

—Creo que necesita una buena dosis, ¿no crees? —Frederick y Andrew se miraron de una forma que tensó a David de inmediato. Fue como una de esas miradas que compartían sus antiguos compañeros de clases antes de realizar una de sus fechorías contra él. Su mano se tensó en un puño junto a su muslo, no la alzaría ni la movería en el aire. No confirmaría lo poco neurotípico que era.

—Definitivamente —contestó Andrew, y David quiso salir corriendo lo más rápido que le dieran sus piernas, pero se mantuvo en el lugar. No le agradaba el terror premonitorio que sentía.

Odiaba iniciar un nuevo trabajo, tenía que conocer gente nueva y acostumbrarse a

ellos, a entender sus raros códigos y hacerse a sus hábitos. Tenía clientes fijos a los que ya se había habituado, y estos a sus peculiaridades.

Ambos hombres se pusieron de pie y se acercaron a él con una sonrisa que no le auguraba nada bueno a David, los cabellos en su nuca se erizaron y un nudo se le formó en el estómago. De pronto, se vio envuelto en un abrazo tan apretado que apenas lograba respirar. Frederick lo tenía por detrás y Andrew, por delante.

—Hey, yo también quiero —anunció Nick, quien, del otro lado de la mesa, se alzó y envolvió con sus brazos al grupo.

¿Qué mierda hacían? David odiaba que lo tocaran, por eso, siempre usaba camisetas de manga larga. No importaba que hiciera un calor descomunal, el más simple tacto sobre su piel se sentía extraño y le era insoportable, lo odiaba.

Se estremeció e intentó desembarazarse del abrazo, pero ellos lo apretujaron aún más mientras Xavier soltaba una carcajada reclinado en su asiento giratorio.

—Mmm, ¿qué crees que ocurra? —preguntó un hombre a unos metros de ellos.

Oh, no. Esa era la voz de uno de sus jefes, más precisamente, de Marcus Sanders, el más simpático, pero que notaba que a él lo detestaba. Tenía que justo encontrarlo así, ¿cierto?

—Creo que se le llama terapia de exposición gradual —expuso otra voz—. Aunque pareciera que lo zambulleron de lleno.

¡Mierda! Ese era su otro jefe, Alexander, el callado y que parecía tener una limitación algo similar a la suya en habilidades sociales, aunque más sutil. Sin embargo, había logrado sortearlas mejor que él.

¿A qué demonios se referían con terapia de exposición gradual? David tenía amplia experiencia en terapia cognitiva conductual y en estimulación de habilidades sociales, pero jamás había escuchado el término. Debía recordarse preguntarle a Craig al llegar a casa.

—Por favor, ¿podrían soltarme? —Ya no lo aguantaba, si no se alejaban tendría una crisis y no soportaría tener una frente ellos. Quería caerles bien, no que lo vieran como el chico raro o, aún peor, al chico del que debían estar apartados porque era peligroso.

—Andy, Nick, ya está bien —dijo Frederick, y todos dejaron caer los brazos de su alrededor. El castaño y el pelilargo le sonrieron y retornaron a sus asientos, en cambio, el pelirrojo se posicionó frente a él—. Lo siento, sé que te molesta. —David

quería decir que estaba bien, pero no lo estaba. Si sabían que le molestaba, ¿por qué lo habían hecho? ¿Acaso querían perturbarlo? Podía sentir que estaba a punto de perderse y detonar—. Hey, está bien, Dave. Tranquilízate. —David trabó las mandíbulas y fijó la mirada en la barbilla del hombre—. No quería enfadarte, solo que te acostumbraras a nosotros.

—Soy raro.

—Solo un poco. —Su compañero de juegos en línea, que era un tanto más bajo que él, le sonrió, y David quiso golpearlo por no saber qué significaba esa sonrisa. ¿Se burlaba de él?—. Pero todos lo somos, ¿cierto? Y si no piensas así aún, es porque no nos conoces demasiado.

—Hace dos años que nos conocemos.

—Sí, pero solo en línea, Dave. No en el plano real. —El pelirrojo alzó una mano y David estaba casi seguro de que lo palmearía en el hombro, sin embargo, se lo debía haber pensado mejor porque la cerró en un puño y la bajó.

—No me llames Dave, soy David —estableció, ya cansado de que nunca le llevaran el apunte y le cambiaran su nombre.

—Bien, David. Disculpa por lo del abrazo. —Frederick se encogió de hombros y se ruborizó. ¿Acaso de vergüenza? ¿Pena?

—No me gusta que me toquen —soltó y sabía que lo había hecho de forma brusca.

—Me di cuenta.

—Y quiero café —escupió sin casi dejarlo terminar de hablar, pero en lugar de enfadarse, como cabría esperar, Frederick le sonrió. Había tenido dificultades en el pasado por no haber respetado el turno de conversación de las personas.

—En eso no podremos ayudarte. Es verdad que no hay, podemos ofrecerte café de algarroba.

—Entonces, ¿hay café o no? No comprendo.

—No es café en verdad —sostuvo el pelirrojo.

—Entonces, ¿por qué le llaman café?

—Eh, deberías preguntarle a Samantha. Ella es la que prohibió el café y trajo este otro.

—¿La novia de Alexander?

—Sí, también miembro del equipo creativo. Ahora está en una reunión con un cliente, es un encanto. Te agradecerá.

—No le agrado a las personas.

Frederick chasqueó con la lengua.

—Aquí agradarás; por lo pronto, tienes una fan.

David volteó hacia donde Frederick había hecho el ademán con su barbilla y se encontró con los enormes ojos pardos de la niña que siempre lo observaba. Miranda, había oído que la llamaban, estaba apoyada en el escritorio de su madre y con la mirada fija en él.

Aunque quiso, no pudo apartar la mirada del contorno del rostro de Angela, la madre de la niña. Lo atraía de una manera que no era concebible, no sabía si era su contextura pequeña, su cabello y ojos oscuros o su piel color canela. Creía que esto último porque parecía haber adquirido una fascinación por cómo la luz se reflejaba en ella.

¡Maldición! Necesitaba un café. Siempre tomaba un café en ese horario y jamás había trabajado en un lugar donde no hubiera. Un hormigueo le subió por los brazos y trabó las mandíbulas, solo era café. No tendría un colapso por eso. Tendría que probar ese otro que le ofrecían. En el fondo sabía que no era la falta de esa bebida lo que lo alteraba, sino toda la situación nueva. No era bueno para los cambios, pero trataba de propiciarlos y adaptarse para mejorar.

Horas más tarde, David ingresó en su apartamento y lo primero que hizo fue prender su ordenador. Ya casi era el horario de su juego en línea. Tenía una agenda rigurosa sobre muchas cosas, —había flexibilizado unos cuantos horarios con ayuda de Craig —, pero había otros que aún mantenía inalterables.

Se acercó a la mesada de su cocina y preparó la cafetera eléctrica. Era acuciante que bebiera un café hecho de granos de café. No había estado mal el de algarroba, tenía un ligero gusto a chocolate y podría beberlo en S&P. Pero a las seis de la tarde siempre bebía una taza de verdadero café con pan integral tostado, por lo que abrió una de las alacenas, sacó un paquete de pan y puso dos rebanadas en la tostadora.

Su mente se vio invadida por la pequeña de ojos grandes que le sonreía con calidez y que lo miraba con tanta atención, como si él fuera algo fascinante. No como un fenómeno, como lo habían visto en el pasado, sino como un ser especial, y eso lo dejaba intranquilo. Lo intrigaba y anhelaba saber más de aquella chiquilla.

Había notado las dificultades en la niña y se identificaba con esta, quizás a ella le pasara igual con él. Como si en sus miradas silenciosas se efectuara alguna clase de

comunicación entre ellos, una en la que se catalogaban como iguales, como defectuosos.

Hizo una nota mental de preguntar a Craig en su llamada diaria. Bajó la vista al reloj en su muñeca y constató que aún faltaba hora y media para realizarla, le preguntaría entonces.

También se asombró del cariño que descifró que le deparaba la madre a la pequeña. No era que nunca antes hubiera visto a madres siendo amorosas con sus hijos, sino que él nunca lo había experimentado en carne propia. Otra cosa para hablar con Craig, quien siempre lo ayudaba a decodificar lo que se le escapaba de las personas.

David debía hacer un trabajo extra para entender las expresiones faciales de la gente, había avanzado mucho desde que había estudiado cómo las facciones cambiaban en base a la emoción que estaba debajo, pero había otras que aún no conseguía leer. Quizás Craig tuviera razón y debiera buscarse un nuevo terapeuta, dado que él hacía tiempo que había dejado de ser el suyo. ¡Maldito Craig! ¿Por qué debía conseguirse a otro? Si David ya estaba acostumbrado a él y a sus constantes exigencias. Por lo pronto, le preguntaría sobre Miranda y la relación con su madre, pero también sobre cómo las diversas luces se reflejaban en la piel color canela de Angela.

Capítulo 3

Quería animarse y hablarle, pero se sentía tonta. Miranda sabía que las palabras se le enredarían y que su lentitud al pronunciarlas molestaba a muchas personas. En la escuela no hacían más que burlarse de ella por eso, junto por su dificultad para caminar con su pierna derecha y su falta de fuerza en su mano del mismo lado. No entendía por qué había tenido que nacer así y no como el resto de la gente.

Él sabría, lo sentía bien dentro. Él le diría y la comprendería. No era igual a ella, pero, al mismo tiempo, sí lo era. Miranda había notado las pequeñas cosas que lo hacían a él diferente de los otros, como ella era distinta de sus compañeros.

Se soltó del marco de la puerta y se adentró en el despacho muy despacio, no quería perturbarlo. Su madre le había dicho miles de veces que no lo observara con tanta fijeza ni que se lo quedara viendo desde la puerta, pero Miranda no podía evitarlo. Quería hablar con David.

Lo había conocido hacia tan solo unos días atrás. Su abuela había ido de visita a la casa de su hermana por unas semanas, en otro estado, por lo que su mamá la buscaba todos los mediodías a la escuela y la llevaba a su trabajo. Ahí fue donde lo vio por primera vez y, de inmediato, supo que era como ella.

Llegó hasta el escritorio y, cuando iba a dar el último paso, tropezó. La taza de café que había a un lado del teclado se volcó y el líquido cayó sobre la mano de David.

—¡Ay! —exclamó el hombre.

—Lo siento —se disculpó alargando las consonantes y con lentitud. Se maldijo por dentro por no expresarse como cualquier otro niño.

Él se elevó de su asiento y la observó, o más bien a su hombro, con fijeza y con el ceño fruncido. David jamás miraba a los ojos, y eso la hizo sonreír. El ingeniero informático rodeó el escritorio hasta detenerse frente a ella.

—¡Pequeña defectuosa!

De pronto, una persona entró como una tromba y se posicionó delante de ella. No tenía que chequear de quién se trataba, podía sentir la postura de tigresa cuidando a su cría de su madre.

David quedó paralizado, apenas podía respirar de tener a la joven tan cerca. Las yemas de sus dedos hormigueaban con las ansias de deslizarlas por sus brazos color canela que brillaban por la luz proveniente de la ventana a su espalda. No lo comprendía, a él no le gustaba el contacto físico, pero anhelaba tocarla con una intensidad que le era abrumadora. El aroma dulzón y algo picante lo envolvió y no sintió lo mismo que cuando olía a productos de limpieza para suelos, esos con olor a pino o lavanda tan fuerte que se le impregnaban y le daban migrañas. Esta fragancia era envolvente y calmante y David solo quería enterrar su nariz en el delicado cuello femenino.

—No vuelvas a dirigirte a mi hija —le advirtió Angela despacio y como conteniendo las palabras de forma amenazadora. ¿Acaso estaba enfadada con él? ¿Por qué, si la que había tirado su falso café era su hija?—. ¿Entendiste?

—No. No comprendo.

—¡Mamá, no! —lloriqueó la niña al aferrarse de la muñeca de su madre como si quiera sacarla del despacho.

—No quiero que te vuelvas a acercar a este hombre, Miranda.

—¡Mamá! —Las lágrimas caían por las mejillas de la pequeña y David no comprendía qué sucedía. Hasta hacía unos segundos, Miranda sonreía y, desde que había ingresado su madre, su expresión había cambiado a una triste—. ¡Él es mi amigo, mamá!

¿Qué? ¿Eran amigos? David quedó estupefacto y, tan solo por un segundo, conectó la mirada con la oscura de la niña. Pero era demasiado incómodo, así que la desvió de inmediato. No sabía que eran amigos, ¿acaso los amigos no tenían algún tipo de intercambio previo? ¿No hablaban sobre algún tema en común? Así siempre lo había creído, tal vez ellos eran amigos y él ni se había enterado.

—¿De qué hablas? —prosiguió Angela—. Él no es tu amigo, acaba de insultarte, Miranda.

—Yo no la insulté. —David estaba como en un tornado de confusión, cada vez comprendía menos a madre e hija.

—¡Una mierda que no! Le dijiste defectuosa a mi hija.

—Es defectuosa.

—¡Eres un hijo de puta! ¡Si vuelves a hablarle así...! —gritó con los puños en alto y se abalanzó sobre él. De improviso, unas manos aparecieron de la nada y la rodearon

por la cintura—. ¡Suéltame! —le espetaba mientras Frederick se la llevaba del despacho a rastras—. ¡Maldito, hijo de puta! No te quiero cerca de ella —exigía entre lágrimas, y David supo que la había cagado, pero no sabía cómo.

Necesitaba llamar a Craig, necesitaba calmarse. «No entres en pánico, ya entenderás». No quería tener un colapso en un lugar repleto de personas que no sabían hasta qué punto él era extraño y anormal.

—David —lo llamó la pequeña al sorber por su nariz—. Lo siento. Ella no entiende, pero tú sí.

¿Él era el que entendía? Observó con atención la coronilla repleta de rizos oscuros de la niña y sintió unas ganas irrefrenables de abrazarla que lo asustó. Se apartó unos pasos de ella sin saber qué hacer. Ella se limpió las lágrimas con el revés de su mano y fijó sus ojos en él.

—Somos amigos, ¿verdad? —preguntó la pequeña con su lentitud habitual.

Antes de que pudiera contestarle, lo salvó Alexander. Y lo salvó porque no tenía idea de qué responderle. Él no sabía si eran amigos o no, él no tenía amigos. Solo tenía a Craig.

—Miranda, ve a ver a tu madre, por favor. Necesito hablar con David, cariño.

Lo despedirían, de nuevo. Perdería otro cliente que no aceptaba sus particularidades, eran los menos, dado que en su trabajo no importaban tanto sus habilidades sociales. La mayoría de las veces podía trabajar desde su casa, y eso solucionaba su problema, pero había otras donde debía instalarse en la compañía y ahí venían los problemas.

Alexander se cruzó de brazos y se paró delante de él.

—¿Quieres contarme lo sucedido? —David negó con la cabeza. No era que no quería, solo que no entendía qué había ocurrido—. David, colabora, hombre. Acabas de insultar a la hija de mi recepcionista.

—No hice tal cosa. —Al menos, creía que no. ¿Lo había hecho? No había dicho ninguno de los insultos habituales que le gritaban a él en la escuela.

Alexander lo contemplaba de una manera extraña, no pronunció palabra por tanto rato que comenzó a ponerse intranquilo. Luego, su jefe suspiró y dejó caer los brazos a los costados.

—David, no te has dado cuenta, ¿cierto? ¿No sabes qué ocurrió?

¿Debía responder con sinceridad? ¿Eso no lo dejaría como un tonto? Su mano se

alzó en alto y estuvo a punto de comenzar con sus movimientos extraños, con los malditos manierismos. Cerró los ojos con fuerza y trató de controlarlos. Enterró los puños en los bolsillos de su pantalón y trabó las mandíbulas.

—Hey. —Alex se le acercó.

—¡No me toques! —bramó cuando el hombre estuvo a punto de ponerle una mano sobre el hombro.

—Está bien. —Alexander retrocedió dos pasos con las palmas en alto—. Todo está bien, David. Te comprendo.

—Terminaré mi trabajo y me iré. —La irritación consigo mismo fue en aumento, le corroía por dentro de una manera que, si fuera otra persona, se daría un golpe en la mandíbula.

—No te estoy despidiendo, David —aclaró su jefe—. Tampoco te he solicitado tu renuncia.

—¿Puedo pasar? —interrumpió Frederick desde la entrada del despacho.

Alexander se volteó hacia el pelirrojo. David no se movió en lo más mínimo. Permaneció con la vista fija en el suelo, mandíbulas trabadas, los hombros rígidos y los puños en su pantalón. Cualquiera que lo viera podría confundirlo por una estatua.

—Sí, pasa. Habla con él, que lo conoces mejor —sugirió su jefe antes de retirarse.

Nadie lo conocía. Nadie sabía nada sobre él o sus particularidades. Necesitaba hablar con Craig para que lo ayudara a analizar lo que había ocurrido.

—Voy a tocarte, David. No entres en pánico —comentó Frederick.

—No. —Se refería a que no lo tocara, pero el creativo no debió haberlo comprendido porque le pasó el brazo por los hombros y lo atrajo a su costado. Se apoyaron contra el borde del escritorio.

—Tranquilo, viejo —pidió Frederick—. No pasa nada, solo estate así un rato.

—Frederick, yo... —dijo al cabo de unos minutos en los que se mantuvieron en silencio. El pelirrojo continuaba con su medio abrazo y él, igual de tenso que antes, aunque menos sensible al contacto del hombre.

—Me contó Ange que insultaste a su pequeña.

—No lo hice.

—Creo... —Frederick dejó caer su sien contra la suya—. Creo que ambos tienen razón, Dave.

—David —repitió como tantas otras veces al día.

—Claro, David. Creo que tú no la insultaste, sino que estableciste alguna clase de hecho. Y también creo que Ange lo vivió como un insulto a su pollita.

—¿Qué pollita? —Se había perdido en medio de lo que el pelirrojo decía.

—Su hija, Dave.

—David.

—Su niña. La llamaste defectuosa.

—Es que lo es —insistió en su defensa. La irritación crecía dentro de él al versar sobre el mismo tema.

—Bueno, a ningún padre le gusta que se le marque eso, David. Ella tiene una ligera discapacidad, todos nos hemos dado cuenta, pero ninguno lo menciona.

—¿Por qué? Ella es así.

—Sí, lo es. —Frederick lo soltó, se posicionó delante de él y se encogió de hombros—. Quizás lo comprendas mejor que nosotros y tengas otra forma de tratar el asunto. Y tal vez la tuya sea la correcta y nosotros estemos equivocados al hablar de ello como si camináramos sobre cáscaras de huevos.

—¿Por qué caminarías sobre cáscaras de huevos para hablar del defecto de Miranda? Ella tiene una paresia de su lado derecho. Su hemisferio izquierdo debe verse afectado debido a la dificultad en el habla y dado que el hemicuerpo contralateral está afectado.

Frederick lo observaba con los ojos bien abiertos. Asombro. Esa era la emoción debajo de ese gesto, lo sabía bien. El asombro podía deberse a algo bueno o algo malo, y David sospechaba que en esa ocasión era por lo último.

—Nunca digas nada de eso frente a Ange, ¿entiendes? No importa si no lo haces, no lo hagas. Escucha, sé que hay asuntos difíciles de dilucidar para ti... ¡Hey, no te apartes! —le ordenó cuando se disponía a poner distancia entre ambos, no le agradaban las palabras que pronunciaba el pelirrojo, pero este lo detuvo al ponerle una palma en cada hombro. ¿Por qué todos querían tocarlo? Trabó las mandíbulas y soportó el cosquilleo horrible en la parte de su cuerpo que era aferrada—. Solo quiero decirte que, cuando tengas estos problemas, me refiero para darte cuenta de algo, vengas a mí. Hablemos de ello, Dave.

—David.

—Bien, David. —Frederick chascó la lengua—. Soy tu consultor personal.

—No eres tal cosa.

—De ahora en más, sí, David. Vendrás a mí y resolveremos lo que surja. Por lo pronto, aléjate de Ange y Miranda hasta que pase el hervor. —Debió haber compuesto una expresión que daba a entender su no comprensión—. Me refiero a que todos se tranquilicen después de la pelea.

—No peleé con nadie.

—Lo sé. Pero sin darte cuenta, participaste en una discusión y, ahora, nuestra recepcionista estrella está llorando en los brazos de las chicas. Ellas están tratando de calmarla. Tu solo quédate aquí hasta que termines y luego me avisas.

Frederick salió de la habitación y David volvió a apoyar su culo en el borde del escritorio. Estaba agotado y, al mismo tiempo, anestesiado. No sabía qué hacer. Volvía a tener ese miedo de estar en un mundo incomprensible para él, en el que todos sabían cómo moverse menos él.

—Bien, ahora sí que la has cagado. —La voz inesperada lo sorprendió.

Se enderezó y se tensó de inmediato. Marcus. David había notado desde el inicio que a Mark no le agradaba, no sabía cómo, pero era algo que se le había hecho patente.

—Ya me voy —dijo antes de que el rubio terminara de acercarse.

—No. No vine a despedirte. —Genial, otro que se lo quedaba mirando sin decir nada. ¿No comprendían que, si no había palabras, él no entendía qué expresaban?—. Estamos de acuerdo con Alex en que esto solo ha sido un malentendido. Hablaré con Ange en cuanto se calme, pero debes tener más cuidado, viejo.

—Yo... es que...

—Mira, seré claro y, si no lo soy, me lo dices de forma directa. No me agradas. Me haces sentir como si tú vinieras a solucionar todos nuestros problemas...

—Una gran parte de ellos...

—Y no es así —continuó su jefe con un tono que dejaba el tema zanjado—. Podríamos contratar a otro ingeniero informático...

—Soy el mejor. —Lo era, era al que todos buscaban y podía darse el lujo de escoger el trabajo que quisiera. Le gustaba saber que se sentiría cómodo con sus jefes, saber cómo reaccionarían a su particularidad y si sería valorado a pesar de ella. Había aceptado este porque se lo habían pedido sus compañeros de juego.

—Quizás, pero no eres irremplazable. —Mark lanzó los brazos al aire y, luego, se pasó una mano por su cabello, desordenándolo—. ¡Mierda! Hombre, no venía a

discutir contigo, solo a brindarte una especie de apoyo.

—No necesito apoyo.

—¡Calla de una buena vez! Acepta una mano cuando se te da. —¿Qué mano? ¿Una mano en qué sentido?—. Eso era todo, dejaré que Alex se entienda contigo. Nada mejor que dos personas inhábiles socialmente para comprenderse mejor.

Alexander no tenía problemas sociales, al menos no a su nivel. Él tenía una novia que parecía adorarle y cada persona en la agencia lo estimaba. Eso lo había notado, todos ellos se querían entre sí. Era un fenómeno que David había observado desde la distancia, desde el afuera. Como siempre.

Solo necesitaba hablar con Craig y que le explicara. Odiaba esa sensación de niño de cinco años, como un alien en un mundo desconocido. La paradoja de tener un CI altísimo y, al mismo tiempo, sentirse un completo idiota.

Capítulo 4

—Cálmate, cariño. —Sam, novia de Alex y creativo, le pasaba una mano por el cabello mientras Key, novia de Mark y asistente de Alex, la abrazaba. Tenía a toda la agencia a su alrededor: Charlie, la antigua recepcionista y actual asistente de Mark; Xavier, esposo de esta y miembro del equipo creativo; los compañeros de él, Nick y Andy, y sus jefes, Mark y Alex. Solo parecía faltar Fred, que hablaba con el maldito hijo de puta que había insultado a su bebé.

¡Qué vergüenza! No conseguía controlarse, las lágrimas no cesaban de escapar de sus ojos y los sollozos no se detenían. Había perdido el eje y no sabía cómo retomarlos. Y lo peor era que su hija la miraba con una expresión intensa de odio, como si ella fuera la errada por haberla defendido y apartado de ese tipo.

—Fred está hablando con él —le informó Key.

—Sí, él le pondrá los puntos —dijo Mark—. Ya estuvo Alex y yo voy después.

—No sean duros con él —sugirió Andy, y Ange elevó el rostro hacia él con una expresión de pura traición—. Lo siento, Ange, pero él no ve las cosas del mismo modo que nosotros. No es un mal tipo.

—Él. La. Insultó —pronunció cada palabra modulándola con cierta exageración que demostraba la furia que la colmaba.

—No creo que haya sido así. Quizás malinterpretast...

—¿Qué yo malinterpreté? —le espetó al desembarazarse del abrazo de Key—. Perdona, pero ¿dices que no escuché lo que escuché? —escupió a punto de detonar hacia una persona que ella adoraba, pero su mente no atendía a nada, salvo arremeter con cualquiera que defendiera a ese maldito ingeniero informático.

—Amor —intercedió Nick—, Andy no dice tal cosa, solo que David a veces se expresa de una manera un tanto cruda, pero no con la intención de herir.

—No puedo creerlo. Ahora parece que soy yo la que tiene que pedir disculpas.

—Tampoco decimos eso —retomó Andy. Él se acercó y quiso asirla de la mano, pero ella fue más rápida y la apartó antes de que él pudiera agarrársela.

—No te atrevas. Ese... ese hombre llamó defectuosa a mi hija.

—¡Es que lo soy! —gritó Miranda entre lágrimas, y Ange sintió como su corazón se resquebrajaba—. Tú no entiendes nada, mamá.

—Mi vida... —Quiso agacharse a su lado, pero Miranda se alejó de ella. Y fue como si le hubieran disparado en medio del pecho, su niña la contemplaba tan contrariada que le dolió en lo profundo del alma.

—Él sí me entiende. Pero tú no quieres escucharme y ahora ya no será mi amigo. ¡Por tu culpa! —Miranda corrió, se metió en el cuarto de baño y aventó la puerta detrás de sí.

—No te preocupes, Ange —comentó Charlie, y sus aros de argollas plateados tintinearón—. Ya se le pasará, querida.

Ella no estaba tan de acuerdo. Sentía el dolor de su hija, aunque no lo comprendía. En eso, Miranda tenía razón. Ese sujeto había insultado a su pequeña y ella lo defendía a él. Quizás era como decía Andy y él no la había insultado realmente. ¿Acaso llamarla defectuosa no era un insulto? ¡Su niña no era defectuosa! Sí, había nacido con una discapacidad y Ange se había esforzado al máximo para conseguirle el mejor tratamiento posible. Gracias a ello, Miranda tenía mínimas secuelas y avanzaba a su ritmo, pero hacía una vida igual a cualquier niño de su edad.

—¿Sabes lo que me dijo apenas me conoció? —continuó Charlie—: ¡Qué tenía las caderas demasiado amplias! —La rubia soltó una carcajada para sorpresa de Ange.

—A mí, que tenía los ojos demasiado separados y la boca ancha para mi rostro estrecho —argumentó Sam, y le sonrió sin rastro de animosidad hacia el hombre que le había brindado tales palabras.

—Yo parezco un palo de escoba —murmuró Key, unió las puntas de sus dedos índices uno con otro y sus mejillas se tiñeron de un rosado intenso. Para Key era un tema importante su físico sin curvas.

—Ese tipo no sabe nada, princesa. —Mark le pasó un brazo por la cintura y la atrajo a su costado—. Eres preciosa.

—Pues parece ser que mi rostro es un tanto femenino —confesó Andy, ruborizado hasta lo indecible, a la vez que les rehuía la mirada—. A eso me refiero, no tiene filtro y dice lo primero que se le viene a la mente en ciertas ocasiones.

—Por eso mismo, creo que trata de no hablar la mayoría de las veces —interpuso Nick—. No tiene claro qué es apropiado y no decir en público.

Ange comprendía lo que intentaban darle a entender y estaba de acuerdo en que

David tenía una dificultad para reprimir el verbalizar ciertos pensamientos, pero no le importaba. No le perdonaría jamás las palabras hirientes hacia su hija y el que la hubiera puesto en su contra.

Jamás se arrepentiría de haber tenido a Miranda, era la luz de sus ojos y la que la hacía levantarse cada mañana, pero estaba cansada ya. Sin pronunciar palabra, dejó el grupo atrás y, ante la atenta mirada de todos sus amigos, fue en busca de su pequeña.

Otra vez la niña se colgaba del marco de la puerta, con medio cuerpo dentro del despacho. David enfocó la vista en la pantalla del ordenador portátil que tenía conectado a la red de la agencia, como si Miranda no lo observara con una expresión que a él se le antojaba esperanzadora. Ojalá estuviera decodificando mal los gestos infantiles y que a ella no le importara lo que había sucedido el día anterior.

—David —susurró la pequeña.

—Mantente alejada, Miranda —soltó con brusquedad. Creyó ver que los ojos de la pequeña se humedecían, pero no estaba seguro y, como ella ocultó su rostro de inmediato, no pudo constatarlo. Además, no quería más problemas y siempre se metía en ellos por no saber desentrañar las emociones tras las expresiones de los rostros.

En unas horas más, ya había finalizado la jornada laboral y casi no quedaba nadie en S&P, saludó a las pocas personas restantes con un breve movimiento de cabeza. Descendió por la escalera los tantos pisos hasta llegar a la planta baja. Si podía evitar subirse a esas cajas metálicas que lo hacían sentirse de nuevo encerrado y sin posibilidad de escapatoria, lo hacía.

Al llegar al hall central del edificio se topó con la espalda de Miranda que miraba por la puerta vidriada entreabierta.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, y Miranda saltó como si se hubiera asustado.

—David. —Lo aferró del brazo y tiró de él hacia afuera.

—¿Qué pasa? ¡Suéltame! —gritó ante el contacto inesperado.

—¡Tienes que ayudar a mi mamá! —David siguió la mirada de la niña y vio que Angela discutía acaloradamente con un hombre—. Mi papá la está molestando.

—¿Él es violento? —preguntó con preocupación—. ¿La golpea?

—No lo sé. —La respuesta lo hizo fruncir el ceño, pero dejó que lo llevara hasta la pareja.

En cuanto llegaron, el hombre, ajeno a la presencia de David y la pequeña, tomó a Angela de los brazos y la zamarreó.

David lo aferró del cuello de la camisa y posicionó el puño contra su garganta. Si hacía un pequeño movimiento, le cortarían la vía aérea, no por nada había practicado varios años artes marciales. Claro que eso había sido una sugerencia de Craig para aprender a controlarse y relajarse, pero también lo había hecho a defenderse bastante bien en el ínterin.

—Sácale las manos de encima —dijo con voz tranquila y con la mirada fija en la mandíbula del tipo—. Si no lo haces en dos segundos, no respondo de mí.

—David... —lo llamó Angela, pero él no le prestó atención. Luego afrontaría su enfado, en ese instante solo necesitaba tenerla a salvo.

En cuanto el tipejo dejó caer las manos, David asió la camiseta de Miranda por el hombro y le hizo un ademán a su madre para que lo siguieran.

—Vamos. —Llegaron hasta su automóvil sin que le cuestionaran nada—. Suban.

Angela se acomodó en el asiento del copiloto y Miranda, en el asiento trasero. Él arrancó el motor y se pusieron en marcha. Pronto la música de Pink Floyd explotó por los parlantes, como siempre que conducía. Siempre la misma banda y el mismo disco.

Notaba la tensión en el ambiente, algo increíble para él, que tenía tanta dificultad para percibir las emociones. Angela permanecía con la mirada fija en la ventanilla y su hija, con el rostro cabizbajo.

—Hey, tú —se dirigió a la niña—, ¿qué te hace feliz?

La mujer y la niña se giraron hacia él y la expresión de la chiquilla se iluminó de tal forma que él sintió como se caldeaba por dentro. Miranda apoyó un codo en cada asiento delantero, quedando entremedio de ambos, y conectó la mirada con la suya en el espejo retrovisor.

—Comer.

—Bien. A mí también me hace feliz comer —afirmó él.

—¿A dónde te gusta ir? —preguntó la pequeña de cabellos y ojos oscuros como los de su madre. No tenía ni el más mínimo rasgo del tipo que habían dejado. La tez también era color canela como la de Angela, mientras que la del hombre era clara como la suya y tenía ojos claros—. ¿Tu lugar preferido para comer?

—Ristorante Moratti. —No tenía ni que pensarlo, ese sitio era como su refugio alimentario.

—¿Nos llevas? Creo que me pondría contenta conocer ese lugar —acotó la chiquilla con su habitual lentitud, pero que él empezaba a dejar de notar—. Tiene un nombre raro, ¿no? ¿Qué se come allí? ¿Es muy lejos? —Miranda continuaba con preguntas a las que algunas se respondía ella misma. Ninguno de los adultos la interrumpió o comentó alguna cosa. Su madre se había mantenido callada desde que había subido al automóvil.

Viajaron en silencio hasta llegar al pequeño restaurante italiano con paredes de ladrillo a la vista y grandes ventanales que permitían el ingreso de luz natural. El interior estaba decorado con mobiliario simple y austero, pero no por eso menos acogedor. Tomaron asiento en una de las mesas aún desocupadas y cubierta con un mantel azul claro como las otras. En el centro, se emplazaba una macetita de aluminio con una pequeña planta aromática, en su caso, una de romero.

—*Buon pomeriggio, Davide*— saludó un hombre de unos sesenta años, cabello y barba entrecana, el dueño del *ristorante*—. *¿Cosa ti porta qui oggi? Non ti aspettavo fino alla prossima domenica.* —Claro que no lo esperaba hasta el domingo, ese era su día habitual para concurrir, todos los domingos al mediodía.

—*Ciao, Ugo.* Vinimos a comer tu *Ossa da mordere*.

—Oh, *buona scelta.* Entonces, *Ossa da mord* para tres. ¿Y para tomar?

Cada uno eligió una bebida diversa: Miranda, jugo de naranja exprimido; su madre, una infusión, y David, café.

—¿Qué es lo que ordenaste, David? —quiso saber la niña, quien no dejaba de observarlo con una inmensa sonrisa en su rostro—. ¿Y por qué ese hombre te llama Davide? ¿Es un pariente?

—*Ossa da mord* y no —fue su escueta respuesta. Como siempre, respondía directo lo que le preguntaban, aunque las personas tendían a esperar un desarrollo mayor en sus explicaciones.

—¿Pero qué es? —insistió Miranda. Apoyó los codos en la mesa y entrelazó sus dedos por debajo de su barbilla. Angela también lo observaba, pero era incapaz de interpretar su expresión, no sabía si mostraba atención a lo que diría o si estaba enfadada con él. Quizás lo último por interferir, pero jamás dejaría que un hombre abusara de una mujer, y menos de una tan menuda y pequeña como Angela y por la que tenía un claro interés.

—Es una especie de galleta de harina con almendras.

—Oh. ¿Y en qué hablaba ese señor? —cuestionó, de nuevo, Miranda.

—En italiano.

—¿Y tú por qué lo entiendes?

—¡Basta, Miranda! —la interrumpió su madre. David concluyó que la hermosa morena, definitivamente, estaba enfadada con él—. No lo importunes con tantas preguntas. Comeremos algo y nos iremos.

—¡Pero, mamá! —protestó la niña en vano—. David nos invitó a tomar la merienda, es mi amigo.

—No tengo amigos —afirmó sin emoción alguna. Establecía un simple hecho, pero dos pares de ojos oscuros se focalizaron en él sin que pudiera precisar el significado de sus gestos.

—Claro que sí —lo contradijo la chiquilla con una expresión contrariada, o eso supuso David—. Andy y Fred son tus amigos.

—¿Lo crees? —La curiosidad lo carcomió, quizás Miranda tuviera razón y, en realidad, sí poseyera amigos.

Uno de los mozos del establecimiento se aproximó con su orden y la acomodó sobre la mesa. David quería que desapareciera lo antes posible para que Miranda pudiera brindarle sus opiniones. No importaba que tan solo fuera una niña, para él lo que ella pensaba era valioso.

—Claro. —Miranda acomodó su mano bajo la barbilla y llevó los ojos al cielo raso—. Estoy segura de que Nick y Xav también. ¿Acaso no lo sabes? —El ceño fruncido de la pequeña le decía a David que ella no comprendía su falta de entendimiento.

—No soy bueno para darme cuenta de algunas cosas.

—¿Por qué no les preguntas? —prosiguió la infante. David se encogió de hombros y evitó responder. No sabía qué decirle, no tenía clara la respuesta—. ¿Te da miedo que digan que no lo son? No te preocupes, yo soy tu amiga.

Algo que no sabía bien qué era prendió dentro de David y se esparció por todo su interior, bañándolo en una calidez que nunca había experimentado con anterioridad.

—¿En serio?

Miranda asintió con la boca repleta por el gran mordisco que le había dado a su *Ossa*.

—¡Ah! Y mi mamá —aseguró la niña al hacer un gesto con la cabeza a su progenitora, quien casi se atraganta con su infusión.

—No, tu mamá no —sentenció David.

La morena concluyó de toser y se limpió los labios con una servilleta blanca de tela.

—¿Por qué no quieres que mi mamá sea tu amiga?

—No es que no quiera —informó cada vez más incómodo con la conversación. No era de las personas que hablaran sobre él, jamás lo hacía, solo con Craig. Y ahora se confesaba con una niña de siete años—. Ella me odia.

—¡Insultaste a mi hija! —escupió la morena con los ojos achicados fijos en él. Era tan bella con la luz que provenía del exterior y que hacía resplandecer sus mejillas sonrosadas y su tez canela. Sus ondas morenas con tonalidades azuladas parecía un mar embravecido tanto como la oscuridad de su mirada. Ansiaba inhalar su aroma, constatar cuán dulce era.

—No lo hice —negó al cabo de unos segundos.

—No lo hizo, mamá.

David se quedó sorprendido ante la defensa de su nueva pequeña amiga.

—Solo establecí un hecho —prosiguió él.

—Exacto. Somos defectuosos. —La sonrisa que se amplió en el rostro infantil le hizo estremecer. Había generado una nueva amistad y no quería perderla. Alguien compatible con él, alguien similar a pesar de la diferencia de edad. Si tan solo pudiera hacer que la madre también lo apreciara.

—¡Miranda! —exclamó la mujer, y David pudo percibir la furia en sus palabras—. No hables así. No eres defectuosa.

—Sí, lo soy. ¿No, David?

—Sí, lo eres —confirmó en voz baja.

—Y tú también, ¿cierto? —quiso saber la pequeña al acercar su torso hacia él.

—Yo también.

—Como el club de los defectuosos —se carcajeó Miranda, y sus ojos resplandecieron—. Solo somos dos, pero podemos tener nuestro propio club. Muchas veces escuché al tío de Stef hablar del club que tienen con Mark, Alex y Blake.

David no sabía quién era ese tal Blake ni que ellos tenían una especie de grupo.

—¿Tienen un club? —consultó con la mirada fija en el mantel celeste.

—Ajá, de los jodidos —confirmó Miranda, y David percibió la exasperación que provenía de su madre. ¿O acaso no era esa emoción la que estaba por debajo de esas expresiones?

—¿Qué? ¿Dónde escuchaste esa palabra? —expresó la mujer.

—Gabe la dijo al teléfono una vez, pero no enfrente de nosotros, mamá. Stef y yo estábamos escondidos y no sabía que escuchábamos.

—Eso no se hace, Miranda —la reprendió, pero sus facciones se suavizaron y se recostó contra el asiento. Un suspiro salió de sus labios partidos y David se encontró muy atento a estos. ¿Cómo sabría besarla?—... y lo sabes.

Parpadeó un par de veces para sacarse esas ideas de la cabeza. No era de los tipos que tuviera grandes pasiones por las mujeres, pero parecía que la bella y menuda morena lo cautivaba de una forma inaudita y única para él.

—Gracias por ser mi amiga —le dijo a la pequeña, que le sonrió con la boca repleta de galleta de almendras.

Capítulo 5

Miranda lideró la conversación una vez que se subieron al automóvil o, más bien, se debería decir que la monopolizó, dado que los dos adultos apenas emitieron comentario alguno. Pero a la niña se la veía feliz y sus ojos brillaban al posarlos en el hombre que las acompañaba. La música de Pink Floyd sonaba por lo bajo de nuevo.

—¿A dónde vamos ahora, David? —preguntó la niña.

—A casa, Miranda —intercedió su madre.

David observó su reloj. Al menos había podido beber el café de las seis de la tarde en *il ristorante di* Ugo Moratti. Pero ya debería estar en su casa, de siete a ocho trabajaba en un proyecto informático para una empresa suiza que convocaba a sujetos con sus particularidades en especial. No debería salirse del horario. Tenía unas pautas muy marcadas y no se apartaba de ellas, una de las cuales era seguir su agenda al pie de la letra.

Angela le brindó la dirección del apartamento donde vivían ella y Miranda, David se quedó con la mirada perdida en el parabrisas y con el ceño fruncido.

—¿No sabes dónde queda? —cuestionó la mujer a su lado.

—Sé perfectamente dónde se ubica ese edificio. Yo vivo allí.

Angela lo miró de forma extraña, y David sospechaba que la había vuelto a hacer enfadar. ¿Acaso era lo único que podía conseguir con esa mujer? Las luces que comenzaban a prenderse en las calles se reflejaban en la joven morena con miles de colores mientras su piel adquiría diversas tonalidades que lo llamaban a tocarla. Presionó el agarre al volante hasta que los nudillos se le tornaron blancos y sus dedos dolieron. ¿Qué demonios le ocurría con la mujer? Nunca había tenido tanta necesidad de posar sus yemas sobre alguien como con ella.

—Ah, eres el loco del segundo piso.

David tensó aún más sus manos y trabó las mandíbulas hasta que estuvo seguro de que sus dientes se desintegrarían. Odiaba que lo denominaran de aquella forma. Había oído a unos cuantos vecinos referirse a él de ese modo y, en parte, a veces creía que tenían razón, que él estaba loco. No importaba cuantas veces Craig le había dicho lo

contrario.

—Sí, ese sería yo —gruñó y se concentró en la melodía que tan bien conocía del tema *Echoes* para calmar los hormigueos previos al colapso.

—Lo siento, no quise...

—No importa —cortó a Angela antes de que pudiera mentirle, mientras giraba a la derecha en una intersección. No era bueno para percatarse de cuándo lo engañaban, pero estaba seguro de que las próximas palabras de ella serían falsas.

—David no está loco, mamá —salió Miranda en su defensa, y él no pudo reprimir la sonrisa que se le dibujó en el rostro. Ella era su nueva mejor amiga, una niña de siete años. A veces sentía que él también continuaba siendo un niño en un mundo de adultos que le era incomprensible; tal vez aprendiera algo de la chiquilla.

—No, claro que no —se apresuró a negar la joven, y David la miró con dureza. Mentía. Eso lo hizo encolerizar, odiaba que lo trataran como a un tonto, que pensarán que era fácil de engañar dada su dificultad para distinguir la falsedad de la veracidad.

—Solo defectuoso, ¿cierto, David? —intercedió la niña con lo que a él le pareció orgullo en su expresión a través del espejo retrovisor. Él supo, en ese instante, que la quería, que se había metido en su corazón y estaba seguro de que ya no saldría de allí.

—Eso es. Somos defectuosos. —Él le sonrió a su reflejo y condujo hacia el edificio de apartamentos, en el que los tres vivían, con un ánimo más relajado y alegre.

En cuanto se disponían a ingresar en el ascensor del hall de entrada, David se detuvo en seco.

—¿No subes? —preguntó Miranda con sus ojazos pardos sonrientes.

—Vivo en el segundo, subo a pie —contestó con cierta vergüenza e intranquilidad. No quería serles más extraño de lo que ya lo veían.

—Nosotras en el cuarto —comentó la chiquilla—, podemos compartir.

—No.

—Miranda, deja que David suba por la escalera. —Angela clavó los ojos, tar pados y oscuros como los de su hija, en él; y, por un instante, David creyó que ella sabía que no le agradaba esa maldita caja metálica. ¿Lo habría adivinado? No estaba seguro y había aprendido a no dar cosas por supuestas, luego le traía problemas. Era un experto en esperar a que tuviera mayor información y en adaptarse a las situaciones al mantenerse callado y aguardar antes de abrir la boca o actuar. Era como evaluar el campo de batalla previo al ataque.

—¡Espera! —lo detuvo Miranda antes de que alcanzara la escalera al aferrarlo de la manga de su camiseta—. ¿En qué apartamento?

—El A.

—Ah, nosotras en el D, el más pequeño —se lamentó la niña, y luego lo soltó.

Estaba por pisar el primer escalón, cuando fue la madre quien lo detuvo esa vez. David se volteó y ella se acercó a él a la vez que Miranda permanecía frente al ascensor y presionaba el botón de llamada.

—Solo quería decirte gracias, David —dijo Angela. Ella tenía la mirada fija en él, sin embargo, David la posó en las ondas de su cabello a la izquierda de su rostro—. Gracias por interceder por mí —murmuró con la cabeza gacha. Era una mujer bajita y más aún comparada con él, que media más de metro ochenta. De pronto, ella alzó el rostro y él quiso buscar sus ojos con los suyos, pero le fue imposible, por lo que clavó la vista en su delicada barbilla canela. Odiaba esa incomodidad que lo asaltaba al conectar las miradas; solo una vez quería degustar el contemplarla.

No podía fijar la mirada en la de otras personas, solo con unas pocas como Craig, que lo conocía desde hacía casi veinte años y solo por unos cuantos segundos. Le era demasiado molesto, era su única explicación, dado que no comprendía su propia incapacidad para hacerlo.

—De nada —contestó.

David les hizo un ademán con la barbilla y subió por las escaleras hasta el segundo piso; luego, se adentró en su hogar. Arribaba justo a tiempo para prender el ordenador y comenzar a trabajar en su proyecto a las siete en punto.

—Miranda, no quiero que te comportes con David de esa manera —la reprendió Ange—, apenas lo conocemos. —Entraron en el apartamento y apoyó la cartera sobre la mesa de la cocina.

—Él es mi amigo y el único que me dice la verdad —afirmó Mirchus, como siempre la había llamado—, que somos defectuosos, mamá.

—Ay, mi vida, no es así. —Se volteó hacia ella mientras sentía que una mano invisible le estrujaba el corazón al escuchar hablar así a su hija. La furia reflató contra ese tipo que le había metido esas ideas en la cabecita—. No lo eres. Tienes algunas dificultades, pero...

—¡Solo David me entiende! —gritó Mirchus.

—Eres como otros niños —continuó ella como si su niña no hubiera hablado.

—¡No, mamá, no lo soy! —exclamó Miranda y corrió a encerrarse en el pequeño cuarto que compartía con su madre, con una expresión enfadada.

Ange suspiró profundo y se pasó el revés de la mano por sus ojos empañados. No comprendía lo que se había gestado entre su hija y David. Él era un hombre extraño, con ciertas rarezas, como que no miraba a los ojos, evitaba rozarse con la gente, no hablaba mucho y tendía a no comprender las frases del todo bien. También su voz era peculiar, monótona y metálica, como robótica, si es que eso tenía sentido. A pesar de todo, no podía negar que la intrigaba y mucho. No sabía la razón, era como si fuera un misterio que debía develar, y a ella le encantaban los misterios. No por nada era fanática de las novelas de Agatha Christie y de *sir* Arthur Conan Doyle.

David tomaba su desayuno, que constituía en una taza de café negro y dos tostadas de pan integral, después de haber vuelto de su rutina de *jogging* diaria. Estaba sentado en una de las butacas altas del desayunador en su cocina y daba vuelta una de las páginas del periódico cuando alguien llamó al timbre de su puerta. Por un momento, pensó en no contestar, no esperaba a nadie y jamás ninguno de los vecinos de su piso tocaba a su puerta, por lo que se trataría de un error. Además, todo lo que estaba fuera de lo pautado para su jornada lo ponía intranquilo.

El timbre volvió a sonar, por lo que, dejando escapar un largo suspiro, se alzó de su asiento y se acercó a la puerta de entrada de su apartamento. En cuanto la abrió, se quedó estupefacto y sin entender la situación.

—Hola, David —lo saludó una pequeña de cabellos y ojos oscuros y tez color canela.

—¿Qué haces aquí? —Ella pasó por su lado, casi rozándolo, lo que puso en tensión cada músculo de David de inmediato. La niña soltó un jadeo y abrió los ojos de par en par—. ¿Qué te ocurre? ¿Por qué haces ese sonido? —exclamó con preocupación.

—¡Esto es enorme! —contestó al girar la cabeza para realizar un paneo completo de su *living* y su cocina de concepto abierto—. No se parece en nada a nuestro hogar. —Miranda se dejó caer en el sofá en tono beige situado en medio de su sala, sin perder la sonrisa—. Vaya, tienes un gran televisor, es tan grande como una ventana. ¿Ya has

desayunado?

—Eso hacía.

—Yo aún no lo he hecho. —David se la quedó mirando sin pronunciar palabra—. Debes ofrecerme algo de beber o comer, David —indicó la chiquilla sin apartar sus ojos pardos, unos tonos más oscuros que los suyos, de él.

—¿Por qué?

—Es educado —respondió Miranda al encogerse de hombros—. Además, tengo hambre. —La niña expandió su sonrisa y David se sintió incómodo ante la ternura que ella le generaba, una emoción que no era habitual en él. Aunque la solicitud de que le realizara el desayuno lo ponía ansioso, no era parte de su rutina, no estaba dentro de su agenda y, cuando se salía de sus actividades diarias, se alteraba. No obstante, había dominado el acto de esconderlo, a veces. Otras no lo conseguía y podía desmoronarse, tener un exabrupto o una crisis.

—Yo siempre desayuno solo —recalcó a la espera de que la pequeña decidiera irse.

—Oh, qué triste. —David se quedó sorprendido. ¿Era triste el que desayunara solo? Algunas pocas veces lo había hecho con su madre, pero no recordaba que fuera agradable. Pero, de nuevo, tuvo en cuenta el cariño que siempre notaba que Angela le brindaba a su hija, tan diferente de lo que él había recibido de su progenitora—. Yo lo hago con mamá y la abuela. Pero la abuela está en casa de su hermana y hoy decidí hacerlo contigo.

—Solo tengo pan integral, puedo tostarlo si quieres, y café.

—No puedo beber café —informó la niña, arrugando su diminuta nariz.

—¿Por qué no?

La pequeña hizo un gesto que él no llegó a comprender. ¿Qué quería decir cuando se sacudía la cabeza, se alzaban las cejas y se mordían el labio inferior?

—Soy una niña, David. No puedes ofrecerme café.

Ah, era eso. David escondió sus manos en los bolsillos de su pantalón de chándal negro y las cerró en un fuerte puño. ¿Qué se le ofrecía a una niña entonces? No tenía té o hierbas para infusión.

—¿Qué debo darte?

—¿Leche? —David se tensó aún más, trabó las mandíbulas y fijó la mirada en un punto en el suelo. MoviÓ la cabeza a un lado y al otro en indicación de que no poseía

esa bebida en su casa. Aún continuaba extendido en medio, entre la puerta de entrada y donde estaba el sofá en el que ella estaba sentada, tan tenso que no se había movido del lugar—. ¿Jugo?

¡Jugo! Él tenía jugo. En su refrigerador había un cartón de Tropicana.

—Tengo jugo de naranja envasado.

—¡Genial! —Aplaudió con sus manitas y sus dientes quedaron visibles—. ¡Me encanta! Y pan tostado con queso crema untado.

—No tengo eso. —Frunció el ceño. ¿Acaso él no desayunaba como correspondía? Parecía que le faltaban más opciones de las que poseía.

—¿Qué le pones al pan?

—Nada —contestó desconcertado ante el ceño arrugado de Miranda.

—¿Nada? ¿Por qué?

David se encogió de hombros y se sintió incómodo. No le gustaba ser interrogado sobre sus excentricidades. Sabía que había cosas que no hacía como el común de la gente, pero no podía hacerlas diferente.

Al cabo de unos minutos, Miranda mordía una tostada cuando David tomó asiento en el sofá a su lado y prendió el televisor de pantalla plana de cincuenta y cinco pulgadas.

—¿Qué vamos a mirar? —quiso saber la chiquilla con la boca llena.

—Vamos a jugar en línea. Es la hora. —Le extendió un control, y la niña se quedó mirando el aparato de color negro en su mano, sin tomarlo. Tal vez no debería ofrecerle jugar. ¿Estaría mal? ¿No era lo indicado para una niña de su edad?

—No puedo jugar —confesó la pequeña, y a David no le pasaron desapercibidos sus hombritos derrumbados y su voz quejumbrosa.

—¿Es como lo del café? ¿No debes jugar?

Miranda negó con la cabeza y bajó la barbilla hasta que le tocó el pecho. David sabía que esa postura podía significar disgusto o tristeza. Se inclinaba por la tristeza, pero ¿por qué? ¿Acaso había dicho o hecho algo no indicado? Eso era lo que más odiaba de interactuar con personas fuera del ámbito laboral o de las clases que impartía en la universidad, donde se movía a sus anchas. En esos actos sociales como el conversar parecía que iba a la deriva.

—Mi mano derecha no funciona del todo y no puedo jugar con la suficiente rapidez con una sola mano, y termino tocando el panel táctil sin querer. Ya lo he intentado con

mi amigo, Stef. Siempre pierdo.

David reparó en la mano cerrada en un puño de la niña. Había notado la debilidad de su hemicuerpo derecho, suponía que padecía una forma leve de *hemiparesia*. Una disminución del movimiento, posiblemente, debido a una lesión cerebral causada por una falta de oxígeno en el cerebro.

—Yo seré tu mano derecha por hoy —sugirió y fue recompensado por una sonrisa de oreja a oreja de la niña—. Pensaré en algo para que puedas jugar por tu cuenta en la próxima ocasión. Lo solucionaré.

—¿De verdad? —preguntó Miranda, y estuvo a punto de lanzarse sobre él, pero David elevó una palma y la detuvo.

—No me gusta que me toquen sin que me avisen, Miranda.

—Oh, pues voy a abrazarte, David —comunicó la pequeña con evidente entusiasmo.

—¿Por qué? —La luz matutina la iluminaba y le daba el aspecto de un hada de un cuento de fantasía.

—Porque harás algo lindo por mí y en mi familia nos abrazamos cuando eso sucede —concluyó Miranda al encogerse de hombros.

Si hacía algo bonito por Angela, ¿ella lo abrazaría? La idea de que la menuda mujer lo rodeara con sus brazos no le era del todo cómoda, pero tampoco le era no atrayente. Debía acostumbrarse entonces.

—Está bien.

La niña se arrodilló sobre el sofá y se acercó a él. Enlazó los brazos alrededor de su cuello y pegó su mejilla a la suya.

David contuvo el aliento los segundos que duró la muestra de cariño, y dejó escapar una larga exhalación en cuanto ella lo soltó. Luego, organizó el juego y, en esa ocasión, fue él el que le pasó un brazo por la espalda a Miranda para poder convertirse en su mano derecha.

Jugaron por un buen rato en el que ella le hizo un sinfín de preguntas que él trató de comprender y responder hasta que el timbre de su apartamento volvió a sonar. Interrumpió la actividad para ir a contestar y se quedó estupefacto por segunda vez esa mañana. Angela estaba del otro lado de la placa de madera.

—¿Miranda está aquí?

—Sí.

Angela hizo una expresión que él no comprendió. ¿Estaba enfadada de nuevo?

¿Había él hecho algo indebido? No entendía por qué le importaba tanto lo que le generara a esa mujer, pero así era. En general, le importaba un comino lo que las personas pensaran de él o si llegaba a comprenderlas o no, pero con Angela era diferente.

—¿Puedo pasar a buscar a mi hija?

David frunció el ceño y se hizo a un lado para permitirle el acceso a su hogar.

—¡Mamá! David me está enseñando a jugar en línea —exclamó la niña con una felicidad que se le hizo evidente hasta para él, desde el sofá color beige—. Soy una *gamer*, ¿verdad?

—Una *noob*.

—Cierto.

—¿Una qué? —preguntó su madre entre dientes, y se volteó hacia él con los ojos achicados en dos rendijas. David no sabía qué pasaba, pero sospechaba que esa expresión no auguraba nada bueno.

—Jugador sin habilidades —contestó él.

—Por ahora, ¿verdad, David? —intercedió la niña con una sonrisa de oreja a oreja.

Su madre se acercó a ella y David la siguió por detrás.

—Sí, con entrenamiento serás una buena *gamer*. Solo necesito resolver la cuestión de tu mano.

—¿Qué hay con su mano? —Ange le espetó con un tono que le dijo a él que ella estaba enfadada. Lo que no comprendía era qué demonios había hecho en esa ocasión.

—¡Mamá! Por favor. David es mi amigo. —Después de ofrecer esa afirmación por enésima vez a su madre, la niña retornó al juego, tratando de manejar el control con sus manos, aunque la derecha no le respondía como ella deseaba.

—¿Se puede saber Mirchus por qué te has ido de casa? Ya sabes que no debes salir sola y menos sin avisar —cuestionó Angela.

—Lo sé, mamá —bufó la niña—. Solo vine a visitar a David.

Angela gruñó por lo bajo y le dio la espalda a su hija para quedar frente a él.

—¿Estás enojada? —La pregunta de David la pescó desprevenida y más aún el ceño fruncido con el que él la observaba, como si tratara de desenmascarar algo, aunque evitaba sus ojos. No obstante, hizo caso omiso y se dirigió a su hija:

—Tengo que ir a la agencia, Miranda. ¡Vamos! Tienes que ir a la escuela.

—¿Irás hoy al empleo de mi mamá? —preguntó Miranda a David, haciendo casc

omiso de ella, lo que echó gasolina al incendio que tenía por dentro. ¿Por qué su hija estaba tan fascinada por ese hombre?

—No, hoy trabajo desde aquí —respondió David en esa voz plana y metálica. Su rostro inexpresivo y sus huidizos ojos la perturbaban.

—¿Mamá, puedo venir aquí después de la escuela? —rogó la niña con expresión compungida, y unió las palmas frente a su pecho—. Por favor.

Ange la observó con expresión de sorpresa. ¿Por qué su hija estaba tan apegada a un hombre que acababa de conocer? Entendía que precisaba una figura paterna, pero ella conocía a todos sus compañeros de trabajo y amigos y jamás le había ocurrido tal conexión con alguno de ellos. ¿Por qué sí con David Talcott? Un hombre que decía lo que pensaba sin pelos en la lengua y con una honestidad brutal que era refrescante, aunque también abrumadora.

—Puede quedarse, si quieres —propuso él, y ella se quedó sin habla.

—¿Ves? Él me da permiso. ¡Por favor! —rogó la niña de nuevo con sus ojos enormes como una muñequita preciosa.

—Miranda, no es no. —Ange estaba cansada. No accedería a que su hija se quedara con un extraño, aunque cuando posaba su mirada sobre él, Angela no sentía resquemor en cuanto a que podría hacerle algún daño.

—¿Tiene algún tema con las comidas? —preguntó David, desorientándola.

—¿Tema con las comidas?

—Sí, yo, por ejemplo, no como nada de color blanco.

—¿Nada? —preguntó Miranda con expresión divertida y hasta curiosa—. ¿Pan?

—Solo integral.

—¿Pescado?

—No como pescado.

—¿Pastas?

—Integrales o con otras harinas que no sean trigo refinado. En realidad, no consumo alimentos refinados, como harina, arroz, azúcar. Reduzco el consumo de lácteos también.

—¡Increíble! —exclamó Mirchus, aún más fascinada con él si se pudiera.

—Puedes quedarte si no desordenas nada.

—Lo prometo. —La carita infantil resplandeció como si él le hubiera regalado la luna y no solo permitirle restar en su hogar.

—¿No tienes trabajo? —cuestionó Ange al tiempo que le hizo un gesto con los ojos en el que alzó las cejas e inclinó la cabeza en dirección a la niña, pero David pareció no comprender lo que intentaba comunicarle.

—Trabajo desde casa hoy. —Él se le aproximó y, en un susurro, le dijo—: Tienes que decirme con palabras, no puedo decodificar gestos no habituales.

Ange lo observó fijo, como si le hubieran crecido cuernos en la cabeza. ¿A qué se refería con que no decodificaba gestos no habituales? ¿Qué demonios eran los gestos no habituales? Lo peor de todo es que estaba meditando el permitir que su hija se quedara con él.

—Tendrás que buscarla a la salida de la escuela. —¿Lo tenía! Podía ver la indecisión en su rostro. ¿Podía? Por un momento se lo cuestionó, dado que él no tenía una gran expresión facial, sus gestos eran estáticos, pero hubo algo que pasó por su mirada que le dijo que él sentía cierta incertidumbre. Sin embargo, en vez de sentir que ganaba terreno, le generó pena. En realidad, él parecía haber tenido entusiasmo en que Miranda se quedara en la tarde—. Es solo a dos cuadras de aquí.

—David, no te daré problemas. Lo prometo.

Los ojos de Ange se empañaron ante el ruego de su hija. No comprendía por qué Miranda ansiaba la compañía de ese hombre de habla plana, honestidad brutal y modos bruscos, pero lo hacía y su pequeña nunca había rogado por nada en su corta vida. Y ella sabía bien que Mirchus no había tenido una existencia fácil y Ange tenía la debilidad de darle lo que pidiera.

—Es una buena niña y muy lista —se encontró diciendo a David en apoyo a su hija—. Casi no da problemas.

Él se aproximó de nuevo y Ange se inquietó ante el aroma a grosella y chocolate que la envolvió, que casi gimió de puro gusto.

—Nunca he tenido un niño a mi cargo. —La confesión le dio tanta ternura a Ange que no se reconoció. ¿Qué demonios le sucedía con David? ¿Ella lo odiaba, había insultado a su hija y en ese instante pensaba dejarla con él? Pero el ver la expresión de adoración de su pequeña hacia ese hombre que se había tomado el tiempo de enseñarle a jugar con controles y no parecía importarle que su hija parloteara sin parar, pero a una velocidad lentificada, le dio un vuelco el corazón.

Ange extendió una mano con la intención de tocar la muñeca masculina, pero él se apartó de inmediato.

—Debes avisarme si vas a tocarme.

—¿Qué?

—No me toques sin que lo sepa antes. Yo... —Él alzó una mano e hizo un movimiento extraño, con los dedos rígidos, y Ange abrió los ojos como platos, lo que él debió haber notado porque rápidamente escondió las manos en los bolsillos de su pantalón y tensó su postura.

—David...

—Lo siento. —Desvió la mirada aún más al costado mientras tenía los hombros tan rígidos que Ange se percató de que estaba avergonzado. En ese momento, ella quiso saber más sobre él. ¿Quién era en realidad ese hombre tan peculiar?

—Ella sale de la escuela a las doce. No tiene inconvenientes con la comida, cualquier cosa que le prepares estará bien. En general, duerme una pequeña siesta a media tarde. Cualquier inconveniente me llamas a mi móvil. ¿Puedes buscar el tuyo y te paso mi número?

—No comprendo —respondió con el ceño fruncido y la mirada más allá de ella.

—Miranda se quedará contigo hoy, pero debes prometerme que me llamarás ante la menor duda que tengas.

—Lo prometo. —Él le brindó una tímida media sonrisa que hizo que ella se estremeciera entera y que sus rodillas se convirtieran en gelatina. ¡Dios, que era atractivo! Jamás lo había advertido, pero, a pesar de que aún él le negara sus ojos, se percataba de que era un hombre muy llamativo.

Quería ver más de esas medias sonrisas.

Capítulo 6

David esperó en la puerta de la escuela que le había indicado Ange a través de un mensaje de WhatsApp. Examinó su reloj, ya eran las doce cero siete minutos. ¿Dónde estaba Miranda? Comenzaron a salir niños y descender por las escaleras de concreto, pero no lograba divisarla. Estaba alterado, no acostumbraba ir a escuelas ni buscar niñas.

—David —saludó de pronto Miranda al aparecer a su lado.

—Es tarde.

Ella lo observó con el ceño fruncido y una sonrisa de oreja a oreja, tenía una expresión muy graciosa e iba a decírselo cuando una señora se paró a su lado.

—Perdón, señor, ¿usted viene a buscar a la alumna Miranda Mendoza?

David alzó el rostro hacia la mujer mayor enfundada en un traje azul, sin conectar la vista con ella, sino que la enfocó en su oreja derecha.

—Sí.

—¿Tiene la autorización escrita de la familia? —cuestionó la mujer y David se tensó. No le agradaba que lo interrogaran y más si no comprendía la razón.

—No.

—No puede retirarla del establecimiento entonces —marcó la señora, y la furia creció dentro de él en un santiamén. La niña estaba a su cargo y se iría con él. Así lo habían pautado.

—Miranda viene conmigo.

La pequeña lo tomó de la mano y él la aferró a su vez, sin importarle el cosquilleo incómodo que lo recorrió, dado que sabía que era lo esperable.

—Cariño, ¿conoces a este señor?

—Directora, David es... el novio de mi mamá —explicó la niña con su voz suave y lentificada, pero con énfasis y tenacidad—. Él es mi nuevo papá. Mi abuela está en la casa de su hermana y mi mamá no podía salir del trabajo para retirarme, entonces, le pidió a mi nuevo papá, David, que me pasara a buscar. Ahora iremos a nuestro apartamento.

David se quedó pasmado y dejó de atender a lo que decía Miranda. ¿Él era el novio de su madre? ¿Su nuevo papá? Sabía que esas cosas no eran ciertas, no era estúpido. No obstante, no pudo contener la idea de que podría cumplir ambos roles, novio y padre.

—¿Viven juntos? —preguntó la mujer con evidente incredulidad, y eso molestó aún más a David.

—Sí, en el segundo piso del mismo edificio. Es un lugar enorme y tenemos una pantalla plana. Papá me está enseñando a jugar en línea, ¿verdad?

David frunció el entrecejo ante el modo en que Miranda se había dirigido a él. ¿Quería ser el padre de la chiquilla? ¿Acaso podría desempeñar esa función? Tal vez.

—Sí, le enseño a jugar en línea. Ya encontré la forma de que juegues sin que tu mano derecha te moleste.

—¿Sí? ¿Cómo? —preguntó la niña, y el entusiasmo que percibió en su voz lenta lo enterneció.

—Lo compré esta mañana. Aún me tiene que llegar por correo. Es un nuevo diseño de control personalizado, especial para los niños con tu dificultad. Tendremos que probarlo y ver si hace falta hacerle algunas mejoras.

—Señor...

—David, la directora te habla.

David cortó su discurso sobre el nuevo control. Le sucedía que, cuando se metía en un tema que le interesaba, lo demás dejaba de tener importancia y no atendía a ninguna otra cosa que no fuera la fuente de su interés.

—Quisiera saber su nombre y que me dejara sus datos de contacto —prosiguió la mujer, directivo de la escuela—. Además, llamaré a la madre de la niña para constatar la veracidad de sus dichos.

David se tensó de inmediato. No comprendía qué dichos la mujer quería constatar. ¿Qué había comprado el control de juego? ¿Quizás no lo creyera capaz de ser el padre de Miranda? Él podría si quisiera. ¿Quería?

—David, dame tu móvil así llamo a mamá y la directora puede hablar con ella.

Miranda lo observaba de manera extraña y le hacía cierta expresión con los ojos que no terminaba de entender, como una complicidad sobre algo. ¿Pero sobre qué? Con cierta renuencia, le entregó su móvil, la niña lo tomó con su mano izquierda y deslizó su dedo hasta dar con el contacto de Angela.

—Mamá, estamos en la puerta de la escuela. Olvidaste darle a David una autorización por escrito para que me pudiera retirar. Ya le expliqué a la directora que es tu novio y que olvidaste informar que ahora vivimos con él. Te paso con ella.

Miranda trató de hablar lo más rápido que su dificultad le permitió para que su madre no desmintiera el engaño. Había mentido, sí, pero, en realidad, podría decirse que había sido una expresión de deseo. Ella quería un papá como él. No, no como él, lo quería a David.

David la contemplaba o, más bien, el lado derecho de su perfil, con el ceño fruncido y sabía que él se cuestionaba sus intenciones. Se había percatado de las complicaciones que él tenía para entender algunas situaciones y eso le encantaba. David era como ella. Defectuoso.

Volvió a unir su palma con la de él y la maravilló que él cerrara su mano alrededor de la suya. Una vez que la directora confirmó que David estaba autorizado para llevársela, se marcharon en dirección al edificio donde ambos vivían. En cuanto estuvieron fuera de la vista de la mujer, David soltó la pequeña mano.

—Debes tomarme de la mano para andar por la calle —le indicó al comenzar a caminar por la acera en dirección a su edificio.

—Yo no tomo manos.

—¡Pero soy una niña!

—Ya lo había notado —mencionó él en un tono arrogante, como si él supiera sobre todo, pero ella sabía muy bien que no era así, por lo que no le molestó.

—Mamá siempre me hace tomarla de la mano, David —volvió a arremeter.

—Bien, puedes agarrarte de aquí —sugirió él al tiempo que estiraba el puño de la manga larga de su camiseta azul marino con otro extraño dibujo en el frente.

—¿Por qué no puedes tomar mi mano? —preguntó Miranda al cabo de unos minutos.

—No tu mano, ninguna mano. Porque el procesamiento de estímulos táctil es diferente, los siento con mayor intensidad —respondió, pero Mirchus no comprendió ni una palabra de su explicación. A veces parecía que David se hubiera tragado una enciclopedia por su forma de hablar.

—¿Qué quiere decir eso?

Él se detuvo en su andar y pareció meditar unos segundos en su respuesta.

—Cuando me tocan, siento un hormigueo insoportable y escalofríos.

Prosiguieron en silencio hasta que arribaron al apartamento y David cayó en la

cuenta de que no sabía qué hacer con la pequeña. La tensión lo envolvió y las ansias de alzar su mano se tornó desesperante, aunque logró controlarla al formar un puño contra su muslo.

—¿Qué debería darte de comer?

—¿Qué tienes?

—Pan integral.

—David, eso comimos en el desayuno. ¿No te alimentas con otra cosa?

—¿Tomate, queso? —contestó mientras rebuscaba en lo poco que tenía en su refrigerador.

—¿El queso no es blanco y un lácteo?

—Es más bien amarillo y, si lo tuestas, se torna más oscuro. Dije que reducía el consumo de lácteos, no que los suprimía.

—Oh, tienes razón.

—Y tengo un paquete de papas fritas. ¿Eso está bien?

—¿Solo eso comes? Mamá te regañará si no me alimentas de forma saludable. Podríamos ir de compras al almacén de aquí a la esquina. —David revisó su reloj. Miranda se había percatado de que él lo hacía con asiduidad, que tenía un horario fijo para ciertas actividades—. ¿A qué hora debes almorzar?

—En quince minutos.

—Oh, no nos da tiempo —mencionó con un dedo en su barbilla—. Quizás, por ser la primera vez, no haya problemas.

David, por lo usual, comía en silencio, dado que siempre lo hacía solo. Esa vez, debido a la compañía, almorzó con el parloteo lentificado de su invitada. Miranda no hacía más que contarle cuestiones de su mamá, su abuela y la escuela. Se sorprendía de lo tanto que había aprendido sobre las mujeres Mendoza en tan corto tiempo y, más aún, su anhelo de saber cuánto más pudiera.

Se habían sentado a la mesa rectangular en el *living*. En general, él comía en el desayunador de la cocina, pero pensó que le sería difícil a ella subirse a una de las butacas altas.

—Siempre se burlan de mí porque no puedo correr como ellos o atrapar la pelota, y se duermen esperando a que termine de pronunciar una frase —comentó la niña mientras dibujaba algún diseño invisible sobre la mesa con uno de sus dedos izquierdos.

—Todo eso te hará más fuerte, Miranda —concluyó, retomando su almuerzo. Esperaba que la conversación finalizara allí, no acostumbraba a hablar mientras comía.

—¿Cómo tú? También se burlaban de ti en la escuela, ¿cierto? ¿Entonces me convertiré en alguien como tú?

—Sí y no.

—Oh. —Al no decir nada más la niña, David se percató de que ella esperaba que él fuera el que prosiguiera.

—Serás mejor —puntualizó con seguridad—, no tendrás mis incapacidades sociales.

—¿David, crees que podrías ser mi papá?

David negó con la cabeza y dejó el sándwich que tenía en su mano sobre el plato blanco.

—No sería un buen papá.

—¿Por qué no? Me has ido a buscar a la escuela, me preparaste el desayuno y el almuerzo.

—Sí, pero...

—Me entiendes.

David meditó por unos segundos. Era verdad que ellos se entendían porque eran imperfectos, defectuosos y con piezas faltantes.

—No es eso, es que carezco de algunas habilidades que un papá debería poseer.

El silencio reinó entre ellos por unos cuantos minutos. David no se percató de que el ánimo de la niña había descendido unos cuantos niveles desde que habían llegado de la escuela. Aunque, al cabo de un rato, notó que ella no hablaba y que mantenía la cabeza gacha sobre el plato en el que le había servido el sándwich tostado de queso con tomate.

—¿Estás enfadada? —Miranda sacudió la cabeza de un lado al otro, haciendo que su cabello oscuro se desordenara—. ¿Triste? —Era la segunda opción de David ante la expresión de la niña y acertó al ella darle un asentimiento por respuesta. Entender las emociones de Miranda era más fácil que comprender las de su madre—. ¿Y es por algo que yo hice? —La niña asintió de nuevo. David rebuscó en su memoria y lo único que pudo hallar fue el tema de ser su padre. ¿Acaso ella hablaba en serio?—. Podría... podría intentar ser tu padre por una semana.

La sonrisa que Miranda esbozó en su rostro fue tan grande que David no tuvo ningún inconveniente en emparentar su expresión con la felicidad.

—¿A quién le envías tantos mensajes? —preguntó Samantha a la vez que alargaba su cuello para espiar la pantalla de su móvil.

Ange alejó el aparato de la mirada inquisidora de la mujer embarazada.

—Mmm, has estado muy intranquila hoy —aventuró Keyla con un dedo en su barbilla y expresión calculadora. Tenía cierto brillo en sus ojos violáceos, lo que le daba inquietud a Ange, las conocía y ellas no eran de las que se mantenían al margen, querrían saber.

—Ideas de ustedes. —Hizo un ademán con la mano como para no dar importancia—. Preguntando al niño cómo está Miranda.

—¡Oh, mi Dios! ¿Dijiste niño? —exclamó Charlie a la vez que dejaba el vaso de gaseosa con brusquedad—. ¿Un hombre? Seguro que es atractivo, le encantan los niños, soltero, dulce, tierno... ¡Un príncipe! —La mirada azulina de Charlie brillaba como si un cuento de hadas se reprodujera en su mente.

—No. —Ange la sacó de su ensoñación con una negativa tajante. David no era un príncipe y menos protagonista de una de esas historias románticas. Era..., pues, lo que era. Aunque aún desconocía qué era él.

—¡Cuenta! —pidió Key con ansiedad, y Samantha tenía la misma expresión anhelante en el rostro que hizo que Ange tragara en seco. No quería que sus amigas y compañeras de trabajo descubrieran quién cuidaba de Miranda.

No había sido una buena idea que David se encargara de su hija, había sido una decisión impulsiva por parte de ella. Pero al ver la mirada de adoración de Miranda hacia ese hombre no había podido decir que no.

Por alguna razón que se le escapaba a su entendimiento, confiaba en el hombre. En que haría lo imposible por su hija y no le causaría ningún daño. Ilógico, ¿cierto? Más al ser una persona que acaban de conocer y, más aún, al tener Ange a los hombres en tan baja estima. No obstante, desde que había ingresado a trabajar a S&P, la mirada que tenía de ellos había comenzado a cambiar. Había hecho amigos masculinos como Gabe, Mark, Fred, Andy, Xav, Nick, Brian y hasta Alex, el más distante de ellos. Se sentía bien entre el grupo, se sentía protegida y valorada.

La contestación de David a su pregunta de cómo estaban no se hizo esperar.

David:

Bien.

Perfecto. El hombre no era dado a las palabras. Monosílabos y directo al punto. Ange hizo caso omiso a las miradas que le dirigían sus amigas mientras escribía un nuevo mensaje.

Angela:

¿Qué está haciendo en este momento?

David:

Durmiendo.

Angela:

¿Ya almorzó?

David:

Sí.

Angela:

¿Hizo su tarea?

David:

No.

¡Dios, qué frustrante! ¿No podía darle un poco más de información? Tal vez si le hacía alguna pregunta que no pudiera ser contestada con una sola palabra.

Angela:

¿Cómo te sientes al tenerla a tu cargo? DESARROLLA.

David:

Que desarrolle, ¿qué?

Angela:

Tu respuesta. ¿Cómo te sientes? ¿Te ha generado algún problema? ¿No has sabido qué hacer en cuanto a algo?

David:

Bien. No. Sí.

Ange bufó y lo maldijo en silencio. ¿Qué clase de contestación era esa?

Angela:

¿Y cómo lo solucionaste?

David:

Le pregunté a Miranda y estuve buscando en google algunas ideas.

¿Ideas? ¿A qué se refería? ¿Con qué había tenido problemas o no había sabido cómo actuar? Quería llamarlo, pero no podía hacerlo en frente de sus amigas. Ya había tenido que susurrar cuando había hablado con la directora de la escuela de Miranda por temor a que alguien en la agencia escuchara la conversación.

Angela:

Pero ella está bien, ¿cierto?

David:

Sí.

Angela:

¿Qué tienes pensado para la tarde?

David:

Hacer la tarea de matemáticas, tomar la merienda y ver anime. Dice que no ha visto. ¿Lo tiene prohibido?

Anime quería decir dibujos animados, ¿cierto? Como los *Looney Tunes* o *Pinky y Cerebro* o algo por el estilo, suponía.

Angela:

No, no lo tiene prohibido. Puede ver dibujos animados. ¿Puedes hacer que me llame cuando despierte?

David:

Sí.

Angela:

David, ¿estás seguro de que todo está bien? ¿Necesitas consultarme algo?

David:

¿Cuál es tu perfume? Estuve tratando de darme cuenta y no lo logro. Te oleré mejor cuando llegues a casa.

¿Qué? Abrió los ojos como platos y pensó si quizás se había equivocado al dejar a la personita que más amaba en el mundo con un hombre tan extraño y que apenas conocía.

—Perdón, debo hacer una llamada. —Se elevó de la manta sobre el césped de Central Park, donde solían almorzar las mujeres de vez en cuando, para un encuentro solo de chicas S&P.

—¿Problemas con el niño? —preguntó Sam con el ceño fruncido.

—¡Exijo una foto del hombre! —exclamó Key con picardía mientras Ange se apresuraba a buscar un poco de privacidad. Se detuvo detrás de un árbol y apoyó su espalda sobre su tronco en búsqueda de una seguridad que no sentía.

—Hola, David. ¿De qué estás hablando? ¿Qué le has hecho a mi niña? Quiero hablar con ella —borboteó las preguntas como un vomito incontenible.

—*Está durmiendo. Le hice el almuerzo y contesté todas sus preguntas* —fue la escueta respuesta que recibió, y quiso gruñir ante la frustración que la envolvió.

—¿Qué preguntas?

—*Tenía muchas curiosidades sobre mí. Respondí lo que quería saber.*

—¿Qué es eso de que me olerás?

—*Noté tu fragancia, pero no sé a qué es. ¿Qué perfume usas?*

—No me gusta que me preguntes eso. No corresponde, David. Es impropio —casi gritó en el micrófono del móvil.

—*Quiero enterrar mi nariz en tu cuello y olerte.*

—¡David! —exclamó, acalorada. ¿Qué le pasaba a ese hombre?—. Calla, por favor. ¿Qué te sucede?

—*No comprendo.*

—No puedes decirme esas cosas —comentó con voz ahogada. Se elevó del tronco y

paseó de un lado al otro frente al árbol que le otorgaba cierto resguardo de la mirada de sus amigas.

—*¿Por qué no? Craig dice que puedo hablar de esta manera cuando una mujer me gusta y cuando estamos a solas, no ante la gente. Esta conversación la estamos manteniendo solo nosotros.*

—Espera. Espera. —Su mente le jugaba una broma. No había escuchado lo que creyó, ¿cierto?—. *¿De qué hablas? ¿Te gusto? ¿Desde cuándo?*

—*Desde hace veinte días. Fui a la agencia S&P por primera vez y noté el resplandor en tu piel morena.*

—*¿Qué?*

—*Quiero tocar tu cabello.*

—No puedes —susurró y posó su mano en el tronco repleto de surcos, necesitaba cierta estabilidad porque sus rodillas se rehusaban a sostenerla.

—*¿Estás enfadada? Siempre te enfado. Solo dime cómo no hacerlo y ya no lo haré.*

—David, no es eso. —La voz se le quebró ante las palabras del hombre y un latido lento y sutil comenzaba a surgir en su propio corazón, uno que creía desaparecido de por vida.

—*No puedo continuar hablando, me llama por Skype un cliente al que le estoy terminando un programa.*

Así como si nada, David cortó la comunicación. Ange observaba su móvil con cara de incredulidad. No comprendía qué clase de conversación había mantenido con el hombre. No podía negar que él le había infundado miedo y atracción en partes iguales con cada palabra. La incertidumbre la embargó sobre lo que ocurriría una vez que pasara a buscar a su hija. Pero, primero, debía calmar el retumbar en su pecho, no podía volver a hacerlo sentir.

Capítulo 7

En cuanto se abrieron las placas metálicas, Ange se dispuso a salir del ascensor, sin embargo, apenas puso un pie fuera se detuvo en seco. El padre de su hija aporreaba la puerta de su apartamento mientras gritaba su nombre.

Jadeó ante la escena que vio por tan solo dos segundos antes de que las hojas del ascensor volvieran a cerrarse. Pero fue tiempo suficiente para que Tom se percatara de su presencia y corriera hacia ella.

Sin pensarlo dos veces, Ange presionó el botón con el número dos. Tenía la respiración agitada y temblaba. La expresión de furia en el rostro de él hizo que la invadiera el miedo. Ella no quería más que lo que le correspondía a su hija por ser él su padre biológico, por eso había comenzado la demanda por manutención. Claro que eso implicaba que su esposa y otros hijos se enteraran de su existencia, algo con lo que suponía que él no estaba de acuerdo.

Tom no había sido un hombre violento cuando tuvieron su amorío, claro que ella no sabía de la existencia de su familia. Toda su dulzura cambió en el momento en que ella le comentó sobre el embarazo, uno no deseado por ninguno, pero Ange no había estado dispuesta a abortar. Era su bebé y había descubierto que lo quería. Tom se había vuelto un ser frío y tajante en cuanto a que no continuara con su gestación.

Llegó al apartamento A y hundió el dedo índice en el timbre al tiempo que golpeaba la puerta con su puño; apenas está se abrió, se abalanzó hacia adentro.

Se sostuvo con las palmas sobre sus rodillas para recuperar el aliento.

—¡Hola, mamá! —exclamó Miranda desde el sillón sobre el que jugaba con un control de consola de video. Apenas le había dirigido una mirada de soslayo, por lo que su niña no se percató de su estado alterado.

Los ojos se le llenaron de lágrimas ante la ignorancia de Mirchus y la alegría que percibía provenir de ella. De pronto, la oscuridad se cernió sobre Ange.

—¿Qué sucede? —preguntó David muy cerca de rostro—. ¿Hice algo malo? —.

Más tarde, Ange se cuestionaría por qué él tendía a creer que lo que sucediera era culpa suya, pero, en ese instante, se sentía agotada y vulnerable. Asió la camiseta, con

una imagen de unos personajes un tanto tétricos que no pudo identificar, en su puño y se apoyó contra el pecho masculino. La tensión de él le fue evidente al segundo, no obstante, en aquel momento no le importó para nada. Sí, era egoísta, estaba demasiado asustada para pensar en el rechazo a ser tocado.

—Si no me dices, no sabré qué hacer.

—Nada —susurró—. No necesito que hagas nada más que quedarte quieto por unos segundos.

Él permaneció como una estatua a su lado y, sin saber la causa, ella le contó sobre el padre de su hija en susurros y que, por primera vez, estaba asustada de lo que podría hacerle y que quizás había incurrido en un error al demandarlo por los derechos de su hija.

Se sorprendió cuando una palma presionó la parte de atrás de su cabeza y la atrajo al pecho de David. El aroma a grosellas y chocolate la envolvió y casi gimió ante la calidez que invadió sus músculos entumecidos. Necesitaba esa rigidez del cuerpo masculino, una que le brindaba una seguridad que nunca se había percatado de que necesitaba.

—No permitiré que se les acerque, no tienes que preocuparte. —Por loco que pareciera, Ange sabía que David cumpliría su palabra, no dejaría que ese maldito hombre al que le había creído en su tiempo les hiciera daño. Asombrándose a sí misma, se arrebujó contra David y sintió una paz desconocida para ella. Supo que él no le mentiría, que eso que había visto como insultos, en realidad, eran su honestidad brutal.

—¿Mamá, ocurre algo? —cuestionó Mirchus al arrodillarse sobre el sofá—. ¿Qué pasa?

Ange se volteó hacia su pequeña y esbozó la sonrisa más falsa que pudo.

—Nada, mi vida. Mamá está muy cansada. —Acercó la boca al oído de David poniéndose en puntas de pie, y le murmuró—: No le digas nada a Miranda.

—No podré mentir. —Con un brazo la rodeó por la baja espalda y la mantuvo pegada a él.

—¿Qué? ¿A qué te refieres?

—No puedo hacerlo. Si ella me pregunta, no le mentaré. El cargo de conciencia es muy alto para mí, más que para cualquier neurotípico. Luego debería volver a mentir para sostener la mentira inicial y me pondré intranquilo hasta llegar a un estado de

angustia que solo se calmaría cuando le confesara la verdad.

Ange se quedó pasmada con la explicación que él le brindaba. No se había percatado con la facilidad que uno mentía y, cuando él lo exponía de tal manera, se daba cuenta de que así debería ser para cualquiera, no solo para David.

—Entonces no es que seas incapaz, sino que sufrirías demasiado si lo hicieras.

—Exacto.

Ella pensó en lo que le había dicho y recordó una palabra que no tenía idea que significaba, una que parecía que la definía a ella pero no a él.

—¿Qué quiere decir neurotípico?

—Una persona como tú, con un funcionamiento cognitivo normal. Yo no lo soy, aunque en ciertas circunstancias pueda pasar como uno dados mis recursos cognitivos y mi lenguaje normal. Salvo por mis intensas preocupaciones, intereses circunscriptos, los rituales y mi profunda alteración en las habilidades sociales. Ah, y mi egocentrismo.

Las palmas de Ange hormigueaban por pasárselas por el rostro a ese hombre que había enlistado sus dificultades con una voz plana y metálica, sin emoción alguna ni expresión. Se percató de que quería saber más sobre él, acerca de su problemática y sus afecciones. Y eso mismo hizo que se retirara unos pasos de él. No quería ser lastimada de nuevo. En esa instancia de su vida tenía una hija en quien pensar, no estaba sola como para correr los riesgos del amor de nuevo.

—Tengo que comprar la cena —anunció él de forma imprevista.

—¿Qué? No me quedaré...

—Permanecerán aquí —ordenó David sin conectar con su mirada, sino que parecía especialmente interesado en su mejilla izquierda—. Los viernes es noche de *schatts* y *pizzoccheri*. Son las seis y cuarenta —comentó al examinar su reloj—, para las siete estaré aquí con la cena.

—David, no podemos quedarnos. Es tu hogar y no nos conocemos lo suficiente. Te agradezco que hoy cuidaras de Miranda, y veo que has hecho un estupendo trabajo, pero...

Él parecía no escucharla, sino que se lo veía cada vez más tenso y continuaba con la vista fija en las agujas de su reloj.

—Volveré en dieciocho minutos justos.

Ange suspiró con frustración al verlo salir del apartamento sin hacer caso en lo más

mínimo a las excusas que le ofrecía. No podía razonar con él, parecía que cuando se le metía una idea en la cabeza no había forma de quitársela. ¡Ni siquiera había entendido qué era lo que comerían!

Se acomodó junto a su hija en el sofá beige y observó como ella trataba de manejar el control con su mano izquierda, apenas sosteniéndolo con la derecha sobre su pierna del mismo lado, y su corazón se estrujó de pena. Su pequeña, que tantas pruebas había tenido que pasar en su corta vida, era tan positiva y emanaba una felicidad contagiosa.

—¿Cómo la pasaste con David? Cuéntame.

—¡Súper, mamá! Me ayudó con la tarea de matemáticas y me explicó cómo hacer las divisiones de manera más fácil, distinto de como dijo la maestra. Estuvimos practicando jugar en línea, pero todavía no manejo bien el control, aunque ya compró otro especial para mí.

—¿Otro control?

—Sí.

¿A qué se refería con un control especial? Miranda tenía dificultad para hacer fuerza con su mano derecha, por lo que tenía problemas para sostener algo en su palma o presionar con sus dedos. Lo que también hacía que su escritura fuera lenta y tuviera que utilizar un *grip* adaptador para los lápices, que los hacía más gruesos y facilitaba el agarre. Por suerte, ya no debía llevar su mano en una férula, como había hecho por años, pero aún debía hacer tratamiento en terapia ocupacional. Viendo la manito de su pequeña, Ange supo que lo que había hecho en el pasado había dado frutos.

—¿Y qué almorzaron?

—¡Ay, mami! —exclamó compungida—. No te enfades, pero David no tenía nada saludable para comer, así que hizo unos sándwiches. ¡Hicimos una lista de alimentos! —profirió con entusiasmo.

—¿En serio? ¿Tú lo ayudaste? —La niña le dedicó una sonrisa orgullosa y asintió en respuesta—. ¿Puedo verla? —Miranda saltó del sofá y corrió a su ritmo lento en busca de una hoja que había sobre el desayunador de la cocina de concepto abierto.

En cuanto tuvo el papel en sus manos, Ange reprimió una risa. Había toda clase de verduras y sus posibles combinaciones con otros comestibles escritas en una letra impecable, suponía que de David, dado que no se trataba de la de Miranda.

—¿Todo esto compraré? Es demasiado, Mirchus. Además, no creo que esté bien abusar de su hospitalidad.

—Pero, mamá, Davey dice que puedo venir cada día. Me he comportado y no lo he molestado mientras trabajaba.

—No lo sé, mi vida. Lo hablaré con él más tarde y veremos.

—Está bien —concedió de mala gana y continuó con el juego en el televisor.

—Miranda —se carcajeó, aunque de inmediato conjuró una expresión seria. O al menos lo intentó—, no hagas ese gesto de perrito mojado. Sabes que no está bien invadir la casa de alguien que recién conoces.

—Pero...

—No se hable más. Ya lo discutiré con él y veremos.

Miranda bufó y retomó el juego de la consola de video. Ange quedó sorprendida al ver que se trataba de uno de moda, en el que se debía elegir un avatar, luego su peinado, maquillaje y vestimenta.

—¿Este es el juego que te enseñó David?

—En realidad, él prefiere uno de guerra apo-apo... algo, pero a mí me gustó más este, así que lo compró.

—¿Lo compró?

—Sí, lo compró en línea —explicó la niña— y apareció directo en la pantalla. ¿No es Davey genial?

Eso parecía, pero no quería que se tomara tantas molestias para con su hija. Tampoco le agradaba el cariño que Mirchus le profesaba a un hombre que apenas conocían. Entendía que Miranda precisaba una figura paterna, pero tal vez podría darle una un tanto más convencional. No era que David tuviera algo de malo, no juzgaría por ninguna limitación que él pudiera poseer, puesto que jamás lo haría con su hija. Además, tal vez y solo tal vez, si todo funcionaba con Andy, él podría ocupar ese rol. Casi lanzaba una carcajada ante ese pensamiento, ni ella se lo creía.

—¿Te permite llamarlo Davey? —Ange había presenciado la cantidad de veces que Fred lo había llamado Dave y él lo había corregido en el acto.

Miranda asintió con carita emocionada.

—Sí. Me preguntó por qué tú me decías Mirchus y le conté que solo tú me llamabas así, y él, que su abuelo también le cambiaba el nombre. Le decía Davide, así que ideé Davey. Al principio no le agradó, pero lo convencí. ¿No es genial?

Ange se abstuvo de dar su opinión. No quería que su hija le pusiera un nombre especial, no quería tal apego entre su niña y, prácticamente, un extraño, pero en quien,

sin embargo, su corazón comenzaba a confiar.

—¿Mamá? —La voz preocupada de su hija la alertó.

—¿Qué ocurre, Mirchus?

—Davey... me ha contado algunas cosas feas.

Los vellos de la nuca se le erizaron.

—¿Qué cosas, mi vida?

Mirchus bajó el control de su mano hacia su regazo y mantuvo la mirada en este.

—Pues, le pregunté por qué no se subía al ascensor —confesó y se mantuvo en silencio.

—¿Entonces?

—Es que su mamá era muy mala. No solo tiene problemas con el ascensor, sino que no soporta los lugares cerrados, por eso, siempre trabaja con la puerta abierta del despacho de Alex.

—¿Y eso tiene que ver con algo que hacía su madre?

—Lo encerraba en un vestidor cada vez que se ponía mal cuando era niño.

—¿Cuando se portaba mal? ¿Como en una penitencia?

Miranda la contempló con sus grandes ojos oscuros como los suyos cargados de pena y a Ange fue como si se le clavara algo en el corazón. La niña negó con suma lentitud.

—No creo que se portara mal, mami, sino que se *ponía* mal.

Ange meditó por unos segundos lo que trataba de darle a entender su hija con su mente de siete años y, cuando se percató, presionó los puños con fuerza sobre sus muslos. Se ponía mal, ¿como en alguna clase de ataque o crisis? ¿Y la muy desalmada lo encerraba en esos momentos? ¿Solo?

—¿Y David te contó todo eso?

—Sí, él no miente, mamá. Si le preguntas te dirá la respuesta exacta.

—¿Y han hablado sobre otros temas?

—Su familia y la escuela. A él también lo molestaban como a mí.

—¿Qué? —exclamó. Miranda jamás había dicho nada en su casa—. ¿Te molestan en la escuela?

—Ya no importa —contestó, radiante—. Davey dice que transitar por ello me hará tan fuerte como él y que luego podré enfrentar lo que sea.

Ange tragó la angustia que se le anudó en la garganta. Odiaba que a su hija la

apartaran, ¿pero que encima la trataran de mala manera? Eso no iba a consentirlo. El saber que David había hablado con ella y que sus respuestas habían hecho que su hija no solo se sintiera mejor, sino que viera lo positivo de una realidad horrible, la confundió con respecto a él.

—¿David dijo eso?

—Sí, y que no es cierto lo que me digan, solo que la gente no sabe cómo manejar lo diferente. Como nosotros somos defectuosos, somos distintos.

—No te definas así, Mirchus —solicitó con irritación. Odiaba esa idea que le había metido David en la mente a su hija—. No me gusta.

—Pero es la verdad, mamá. Y me gusta que Davey me diga las cosas como son. Nadie lo hace.

¿Cuándo su hija había crecido tanto? Para Ange seguía siendo su bebé, pero al verla hablar de esa manera, era evidente que su niña había madurado. Y por más que no le gustara, sospechaba que Mirchus necesitaba a alguien como él en su vida, una persona que quizás no tuviera su misma patología, pero sí una y que le mostrara que el futuro podía ser prometedor.

El ruido de llaves a la puerta les anunció que el dueño del apartamento acababa de arribar.

David no pronunció palabra, sino que se dirigió a la cocina con unas bolsas en sus manos y buscó en las alacenas los utensilios necesarios para cenar.

—Déjame ayudarte —pidió Ange al pararse y acercarse a él. David no la miró ni le dijo nada; si no fuera porque le extendió los platos, podría decirse que hacía de cuenta como si ella no estuviera a su lado—. Yo los llevaré.

Los tres tomaron asiento en la mesa de madera rectangular en una esquina del *living*, cerca de la cocina.

—¿Qué es esto, Davey? —preguntó Mir apenas él destapó la fuente descartable de aluminio.

—*Sciatt*, son unas bolitas fritas de trigo sarraceno rellenas de queso, y luego... —Destapó otro recipiente que contenía una especie de pasta extraña y de color grisáceo—. *Pizzoccheri*, es pasta también hecha con harina de trigo sarraceno con papas y repollo blanco. Se comen con abundante manteca y queso.

—¡Se ve riquísimo! —exclamó Mirchus. Parecía que cada cosa que hiciera David era algo maravilloso para la niña.

—¿De dónde provienen estos platos? —quiso saber Ange—. Nunca los había visto ni oído hablar de ellos.

—Valtellina —explicó David al servir un par de *Sciatts* a cada uno—, un pueblo en la región de Sondrio, al norte de Italia.

—Ah, ni sabía que existía ese lugar —comentó Ange al tomar el plato que él le tendía—. La geografía no es lo mío.

—Te llevaré, Angela. —Lo había dicho con tanta seriedad y tan rotundo que Ange se estremeció. Lo decía de verdad, no era una de esas frases que se mencionaban sin importancia; él pretendía cumplirlo.

—¿Me llevarás a dónde? —preguntó con voz ahogada.

—A Valtellina.

—David —acercó el rostro al de él y su aroma la envolvió como en un manto hipnótico. Aspiró con fuerza y sacudió la cabeza para despertar—, no debes decir tales cosas.

—¿Por qué no? —susurró él a su vez—. ¿No es apropiado? —Notó como él tensaba la mandíbula, no tenía una gran variedad de expresiones faciales, pero había otros indicadores de sus estados emocionales si uno se tomaba el trabajo de descubrirlos. Ansiaba pasar los dedos por esa mandíbula y relajar esa tensión.

—No, no lo es.

—Comprendo.

Ange no creía que él comprendiese en realidad, dado que ni ella misma entendía qué le sucedía con ese hombre. Solo tenía en claro que él era una clase de tentación a la que no se había enfrentado antes.

Por suerte, Miranda monopolizó nuevamente la conversación durante la cena y eso le permitió comer en paz. Aunque, también, le dio lugar a que pudiera contemplar la clase de relación que se había instaurado entre su hija y ese hombre. Él parecía tener una paciencia inaudita para todas las preguntas de Miranda y le contestaba a cada una en términos concretos y directos.

—Mami, estoy cansada —anunció Mirchus cuando ya habían finalizado de dar cuenta de cada platillo que había comprado David.

—Eh, sí. Deberíamos irnos ya.

El temor se apoderó de ella. Estaba dubitativa de marcharse de la seguridad de aquel hogar y de la que le brindaba el dueño de este. Quisiera o no, se sentía segura

en presencia de David.

Él terminaba de lavar la vajilla utilizada. Ange se había ofrecido a hacerlo, pero, según David, había una manera de realizarlo de forma correcta y no había tiempo de enseñarle. Por lo que lo hacía él en aquel instante. Además, también debía desinfectar cada pequeño espacio de la mesada y de los anafes, aunque no los hubieran utilizado. Tenía unos procedimientos bastantes rígidos sobre lo que debía llevarse a cabo después de cenar y ni hablar de que, asimismo, debía ejecutarse en un tiempo establecido.

Ange lo llamó un par de veces, pero él parecía no escucharla. Se aproximó por detrás y le puso una mano en el antebrazo. Se asustó tanto y su ritmo cardíaco se disparó ante el salto que él pegó apenas lo tocó.

—No vuelvas a tocarme sin avisarme antes —indicó de una manera que a Ange se le antojó amenazadora, sin embargo, no le enfundaba terror como lo hacía el padre de Miranda. David no le haría daño, lo presentía.

—Lo siento. Te estuve llamando, pero no te volteabas. —Él inclinó un tanto la cabeza para un costado y frunció el ceño, como cuando pensaba algo con detenimiento, al menos a eso creía Ange que se debía—. Te agradecemos la cena, pero es hora de irnos. Miranda está cansada y debo confesar que yo tam...

—No —negó, tajante.

—¿No?

—Se quedarán aquí.

—David...

—Se quedarán aquí —insistió.

De pronto se aproximó a ella tan rápido que Ange se paralizó. Él movió el rostro como si deslizara la nariz por su perfil y luego por su cuello al tiempo que la olisqueaba. Las piernas de Ange le temblaron y su corazón se lanzó a una maratón sin igual, con una velocidad como si fuera a salir volando de su pecho. Quería anclar sus palmas en los hombros masculinos, pero a él no le agradaba que lo tocaran, se recordó.

—David, ¿qué haces?

—Te huelo. Tienes un aroma exquisito.

—No debes —dijo, vacilante—. Por favor, apártate.

—Comprendo. —Él se apartó un poco, aunque mantuvo su rostro a unos pocos

centímetros del suyo. Poco faltaba para que sus labios se rozaran, y Ange debía haber caído en un estado de total estupidez porque anhelaba hacerlo.

—Nos vamos.

—No —la contradijo—. Se quedarán aquí.

—¿Por qué?

—Porque si el hombre que engendró a Miranda sigue en la puerta de tu apartamento o llega en mitad de la noche, podrían tener problemas, pero no las buscará aquí. Y si lo hace, yo estaré.

Era cierto, Tom podría volver. Y ella quería quedarse. Por alguna locura transitoria que no sabía explicar, ella confiaba en David. Además, recordar el rostro repleto de ira del padre biológico de su niña hizo que escalofríos le recorrieran la columna. En realidad, le había dado un miedo de muerte al enfrentársele el día anterior a la entrada de S&P y encontrárselo en la puerta de su apartamento unas horas antes.

—Bien.

—Necesitaré algunas cosas de la habitación, sin las que no podré dormir, como mi almohada y el edredón pesado —comentó David y Ange se preguntó dónde dormiría él si ellas lo hacían en su cuarto, pero no se animó a formular sus cuestionamientos.

Ange asintió y quedó prendida de la tímida media sonrisa que esbozó David cuando se percató de que ella ya no luchaba contra él, que se quedarían, y ella se supo que estaba en riesgo también con David. Uno distinto, no físico, sino emocional.

Capítulo 8

Angela se despertó muy temprano, como solía hacer, y corrió hacia el cuarto de baño. Entró como una tromba sin llamar y chocó contra un cuerpo. Desnudo. Unos brazos la rodearon y evitaron que cayera, pero quedó atónita con lo que contemplaban sus ojos. El pecho salpicado en pequeñas gotas de David monopolizó su campo de visión. No podía creer que debajo de las estúpidas camisetas de dibujos animados japoneses se hallara un físico atlético, no musculoso, dado que era delgado, pero marcado en todos los lugares donde correspondía.

Él fijó la mirada en su boca y la besó de súbito, sin darle tiempo a reaccionar. La pegó a la pared de azulejos blancos y le abrió las piernas con las rodillas para quedar encajado contra su sexo. El deslizó sus labios por su cuello y fue descendiendo hasta estar arrodillado a sus pies, elevó la camiseta que él le había prestado por sus muslos y dejó un camino de fuego con sus dedos. El aliento masculino flotaba frente a su pubis, haciéndola estremecer y quitándole la capacidad de razonar.

—¡David, no! —gritó con desesperación al verse al límite de ceder a lo que fuera que viniera después.

—No, ¿qué? —habló contra su ropa interior clara—. Tus labios dicen no, pero tu cuerpo me dice que quieres que continúe. Tienes las pupilas dilatadas, la respiración agitada, tus músculos se estremecen debajo de mi toque y estoy seguro de que, si mis dedos se abren camino entre tus piernas, estarás mojada.

—¡David! —exclamó con voz quebrada y al borde de las lágrimas, no por miedo, sino por el deseo que la invadía—. Así no se hacen las cosas.

—Siempre las he hecho de esta manera y no he tenido quejas antes, al menos no en cuanto a la interacción sexual. Nunca he tenido problemas para decodificar lo que una mujer desea en la cama. —La miró con el ceño fruncido como si ella fuera una ecuación extraña y difícil de resolver—. Eres rara, Angela. —Él le rozó el muslo con su barba incipiente y escalofríos de pura lujuria la recorrieron.

—David, Miranda está durmiendo en tu cuarto —expuso con un hilo de voz mientras se recostaba contra los azulejos.

—No pensaba llevarte allí.

—No —confirmó de forma automática—, claro que no.

—Aquí bastará. Eres pequeña, tendré cuidado y te sostendré contra la pared.

Algo de lo que él decía logró entrar en su mente y activar las sinapsis necesarias para comprender a qué se refería. ¡Quería tener sexo allí! ¡En el baño! Ella se enfrió tan de golpe que quedó tambaleante.

—¿Qué? No, no, no. Apártate de mí ahora mismo si no quieres que grite —masculló entre dientes.

—Si gritas despertarás a Miranda, y creí que no querías eso. —En otra persona podría haber sonado a amenaza, pero él solo establecía un hecho y tenía razón, no quería despertar a su niña.

—David, por favor —rogó con lo último de sus fuerzas. Él se elevó y la observó con la cabeza ladeada y el ceño fruncido.

—¿Por qué tus ojos están llenos de lágrimas? ¿Estás triste? —Posó una de sus yemas en una gota cristalina que se deslizaba por su mejilla. No era un gran gesto, pero le pareció que la reconfortaba de alguna manera o, al menos, lo intentaba.

—No quiero esto —explicó con voz quebrada—, no quiero un encuentro rápido contra la pared de un baño.

—Lo quieres diferente —dijo al tiempo que asentía con la cabeza y establecía una palma a cada lado de su cabeza sobre los azulejos—. Comprendo, lo haremos en la cama. Tenemos que esperar hasta que Miranda esté en el colegio, pero en ese horario tú trabajas. Podríamos ver que alguien se encargara de ella, pero ¿quién?

—No, David —negó y tuvo que contener la irritación que pugnaba por salir de su interior e instarla a que le gritase. Era realmente frustrante mantener una conversación con ese hombre—. No estás entendiendo. No quiero un encuentro sexual de ningún tipo contigo.

—Comprendo. —Comenzó a vestirse sin dejar de vergüenza por su físico al desnudo, por lo que Ange se apresuró a voltearse con el rostro rojo como un tomate.

—No creo que lo...

—Es mi horario de *jogging* —la interrumpió. Estaba segura de que él no terminaba de comprenderla. ¿Por qué lo haría si no conocía sus razones?—. En una hora estaré de vuelta.

—David, espera...

Pero antes de que pudiera agregar algo más, él ya había salido por la puerta de entrada. ¿Había sucedido lo que acababa de ocurrir en el cuarto de baño? ¿Había estado a punto de tener relaciones sexuales con un hombre que apenas conocía? Casi suelta una carcajada por lo irónico de la situación, imágenes del pasado poblaron su mente y una suciedad simbólica cubrió su piel. Entró a la ducha, y esperaba que, si se refregaba bien, parte de esa sensación se borrara, pero ya sabía que era imposible.

Ange revoloteó por la cocina, también azulejada en blanco, hasta dar con lo que creía que era una cafetera. Un artefacto que se descomponía en tres partes. No tenía idea de dónde iba el agua y dónde el café, por lo que fue en busca de su móvil y escribió la marca que aparecía en el centro del adminículo: Volturmo. Al cabo de unos minutos había hallado un video en YouTube que explicaba cómo proceder para obtener un buen café. Aunque la explicación había estado en italiano, había seguido los pasos de la persona que aparecía en la secuencia de imágenes. En ese instante, suspiró con profundidad al disfrutar del aromático brebaje oscuro. Era una delicia, jamás había probado algo parecido. Tendría que comprarse esa ridícula y retrógrada cafetera.

Mientras daba un nuevo sorbo a su taza, alguien llamó al timbre con insistencia y, por un segundo, temió que Tomás la hubiera encontrado, luego descartó la idea por poco posible. No obstante, se acercó despacio a la puerta y espió por la mirilla. Soltó el aire que contenía al toparse con la imagen de una mujer del otro lado.

—¡Abre, David! Sé que no he anunciado mi visita, pero aquí estoy —exigió la mujer con cierta irritación en su voz.

—¿Quién es? —preguntó Ange antes de apresurarse a quitar el seguro.

—¿Quién eres tú?

—Usted está llamando a la puerta —contestó Ange. Había algo en los gestos y en la voz de la mujer que no le agradaban—. Si quiere que le abra, deberá identificarse.

—Soy la hermana del dueño del lugar, querida. ¡Ahora abre la puerta!

En cuanto la entrada estuvo despejada, la mujer se metió en el apartamento como una tromba, empujándola.

—¡No me digas que vives aquí! —La mujer la examinó de arriba abajo y, por su expresión, Ange no había obtenido un buen puntaje en su evaluación—. Era de esperar que una oportunista se aprovechara de él.

—¿Perdón? —No podía creer lo que le había dicho. Esa tipeja llegaba allí y le

primero que le decía era una seguidilla de insultos.

—Ya me oíste.

—Mamá, ¿qué pasa? —preguntó Miranda al salir del dormitorio, frotándose los ojos, aún con carita de adormilada. Se acercaba a paso más lento del habitual, dado que apenas se despertaba le costaba aún más moverse.

—¡Ah, no, también te has traído a tu cría! —exclamó la hermana de David y Ange no concebía que el hombre generoso y esa culebra tuvieran una gota de la misma sangre. Además, parecía ser mucho mayor que él, al menos una década—. Esto es de no creer. ¡Tanta desfachatez! Aprovecharse de alguien que está...

—Un momento —la frenó en seco y con un dedo en alto—. Detenga su discurso allí. ¡Nadie se aprovecha de nadie aquí!

—Mira, oport...

El ruido de las llaves en la puerta detuvo la nueva ofensa de esa mujer. David observó a las dos mujeres y a la niña, se aproximó hacia ellas con una bolsa de papel madera en su mano. Se lo veía sudoroso, seguramente debido al ejercicio que había mencionado que hacía cada mañana.

—Sabes que no me gustan las sorpresas —comentó David al posicionar la bolsa sobre el desayunador que dividía la estancia de la sala con la cocina de concepto abierto—. ¿Qué haces aquí, Joy?

—¿Yo? —espetó con una indignación que para Ange era digna de una actriz de teatro—. ¿Qué haces con una querida en tu casa, hermano? ¡Sabía que no podrías vivir por tu cuenta! Ya tienes a una vampiro chupándote la sangre.

—¿Qué? —En ese momento fue el turno de Ange de indignarse. Tuvo que contenerse para no desplegar sus uñas y arañar ese rostro despreciable.

—¡Vete! —gritó David, y Ange se sobresaltó ante el estruendo de su orden—. ¡Ya, vete! ¡No te quiero aquí!

El continuaba gritando que se fuera una y otra vez, pero su hermana hacía oídos sordos en cada ocasión.

—¡Pues vas a escucharme! Mamá tenía razón, no tienes el entendimiento adecuado. Vengo a ver tu estado para encontrar que eres víctima de una vividora y te ha endosado su cría.

David comenzó a caminar de un lado al otro frente al sofá y a frotarse una mano con la otra de forma compulsiva al tiempo que sacudía la cabeza con evidente

nerviosismo.

—¡Fuera! —bramó David, alzó una mano e inició un extraño movimiento en el aire.

Ange estaba sorprendida ante el cambio en el tono habitual de David, siempre plano y monótono. También le preocupaba lo alterado que se lo veía.

—¡Basta ya con eso! —Su hermana golpeó la palma elevada de David y él brotó en cólera.

—¡No me toques! ¡No me gusta que me toquen! ¡Fuera! ¡Fuera! —Sus dedos se movían de forma extraña y cada vez más rápido a la vez que él se sostenía la frente y su respiración se tornaba entrecortada. Aún rumbaba de un lado al otro del *living* como animal enjaulado, pero con un andar intranquilo y errático.

—¡Estás loco! —escupió la mujer—. Mamá siempre dijo que debías estar en una institución, no suelto. Mira cómo te has puesto. —Ella hizo un paneo con su mano frente a David—. ¡Deberías estar encerrado!

—Mami —lloriqueó Mirchus, quien hasta entonces se había mantenido en silencio. Contemplaba a David con preocupación y, colgándose de su brazo, le suplicó—: Mami, haz algo.

Ange estaba estupefacta al observar la escena que se desarrollaba frente a ella. No reconocía al hombre que había estallado y se había convertido en un ser irracional. Y la ira la invadió como hacía tiempo no sentía y fue su ocasión de convertirse en un volcán en plena erupción.

Aferró a la mujer del antebrazo con todas sus fuerzas y, haciendo caso omiso de sus chillidos, la empujó fuera del apartamento.

—¡Suéltame, estafadora! ¡Prostituta! —Esa palabra soltada con tanta ligereza la enfureció aún más. ¿Qué sabía esa mujer con boca de cloaca de ella? ¿Qué derecho tenía a insultarla frente a su pequeña? ¿Y qué derecho tenía, por más lazo de sangre que hubiera, a hacerle algo así a David? Le costó dada la altura de la hermana de David y su pequeña contextura, pero salió victoriosa. Lo que no sabía era cómo tratar lo que hallaron sus ojos: Miranda lloraba en silencio en el centro del *living* mientras David se paseaba con una de sus manos haciendo movimientos extraños en el aire y murmurando algo inteligible.

—Está escribiendo en el aire.

—¿Qué, mi vida? —preguntó lo más tranquila que pudo y como si lo que se producía frente a ellas fuera algo de lo más normal y cotidiano, aunque el temblor de

sus mano la desmentían y, además, tenía el corazón agitado.

—Es la forma de controlar los manier..., manier... alguna cosa que hace con los dedos cuando tiene una crisis.

¿Crisis? ¿David había hablado de ello con Miranda? No dejaba de sorprenderla la cantidad de temas que habían tocado y cómo se había abierto en un solo día con su hija.

—Mirchus, ve al área de la cocina y toma asiento en una de las banquetas.

—Mami... —Su niña la miró con renuencia a dejarla o quizás de dejarlo a él, pero no quería que Miranda estuviera cerca de un David fuera de control.

—Ve, mi vida —insistió con una sonrisa que esperaba le brindara una seguridad que Ange no sentía por dentro.

Ella obedeció y, a paso lento, hizo lo que le había pedido.

Con cierto resquemor, se aproximó al lobo enjaulado que no dejaba de moverse, pero antes de llegar a él, la detuvo en seco.

—¡No! —gritó y ella saltó en su sitio—. ¡No te acerques! ¡Déjame solo!

Y con esas últimas palabras, David se encerró en su habitación con un portazo. Ange no sabía si quedarse o irse del apartamento. No quería que Miranda presenciara el derrumbe del hombre que había llegado a idolatrar. Fijó la mirada en su niña que estaba dada vuelta sobre la banqueta y apoyada contra el respaldo con una expresión de inmensa pena y tristeza.

—¡Ay, mi vida! No te pongas mal. —La niña corrió a refugiarse en sus brazos y Ange se agachó para tomarla.

—Esa señora es mala —sollozó contra su hombro—. Todos son malos con él, mami.

—No todos, Mirchus. Tú misma le marcaste que tiene amigos, ¿recuerdas? Ahora nos tiene a nosotras también.

—Sí, nos tiene a nosotras. —Elevó a Mirchus contra su cuerpo y la cargó hasta sentarla en una de las banquetas del desayunador.

—Así que ahora esperaremos a que se calme y compartiremos un desayuno los tres juntos en agradecimiento por dejarnos pasar la noche en su hogar.

—¡Sí!

Le encantaba la ingenuidad de su hija, quien podía ser muy vivaz en ocasiones y percatarse de asuntos más allá de su edad, pero que no había cuestionado ni una vez

porqué se habían quedado con David.

Vertió el café restante de la Volturmo en una pequeña olla y volvió a prepararla para una nueva tanda. No era que no pudieran beber el anterior, pero quería que David disfrutara de uno fresco.

Se entretuvieron charlando como hacía tiempo no hacían, dado que siempre estaba presente Carmen, la madre de Ange, quien vivía con ellas. Mirchus bebía un jugo de naranja Tropicana y Ange un poco más de café; la niña, sentada en una banquetta y la madre, apoyada con los codos sobre el desayuno del otro lado, cuando la puerta del cuarto se abrió de pronto. Ambas se quedaron en silencio y con la mirada fija en el hombre taciturno que salió de allí.

—David...

—Quiero café con pan integral tostado —fue lo único que dijo. Un mandato con una autoridad que enervó a Ange. ¡Lo habían apoyado y aguardado! Ah, pero él solo soltaba su orden con prepotencia. Sin embargo, sin chistar, Ange se dispuso a servirle una taza de café y a encender la tostadora.

David tomó asiento junto a Miranda y Ange notó que él estaba incómodo, como retraído, no con esa postura egocéntrica que tenía usualmente, ¿quizás estuviera avergonzado? Algo incomprensible tiraba de ella para que lo fuera a consolar, envolverlo en sus brazos y estrecharlo contra ella, pero detuvo la compulsión al recordarse que a él no le agradaba que lo tocaran y que tampoco ella era quién para hacerlo.

David se pasó las manos por su torso y Ange no pudo evitar seguir el movimiento por aquel pecho que sabía cincelado por un artista.

—Tengo que bañarme.

—Pero tu café y las tosta...

—Tengo que bañarme. La ropa se pega a mi piel.

Ange observó que él aún traía puesta la camiseta y el pantalón de chándal con los que había salido a correr y que era cierto que, a causa de la transpiración, la tela se adhería a su torso. Sin esperar ningún nuevo comentario, David se elevó de su asiento y se encerró en el cuarto de baño.

Cuando David abrió la puerta, ya vestido, se topó con Angela. Sin mediar pensamiento alguno, le pasó el brazo por la cintura, acercándola a su cuerpo, y enterró la nariz en el cuello femenino. La gloria, así se sentía con sus sentidos invadidos por

ese aroma dulce y maravilloso que lo hacía olvidarse de su afección, de su familia, de todas las cosas malas en la vida. Solo la pequeña mujer y su aroma existían en ese instante. Asió un mechón caoba y los frotó entre sus dedos para constatar la sedosidad de sus hebras. Casi gime ante ese tacto tan apreciado, adoraba como se sentía esa suavidad contra sus yemas. Ella se estremecía pegada a él y era una sensación nunca antes vivenciada y que quería que perdurara. Esa mujer alimentaba sus sentidos de una manera que no creía posible, necesitaba tocarla, contemplarla, olerla, escucharla y, más aún, saborearla.

—David —susurró Angela y, posando ambas manos sobre sus hombros, lo apartó unos centímetros—. ¿Qué haces?

—No debo hacerlo en público, pero ahora estamos solos. —Miranda estaba aún en el sector de la cocina y desde el corredor en el que se hallaban ellos estaban escudados.

—No te entiendo, David.

Fijó la vista en esos labios que se le antojaban igual de dulce que el aroma de la joven e igual de tentadores que toda ella.

—Es algo que me enseñó Craig. No hay que hacerlo en público, pero mientras estemos en privado no hay inconveniente —explicó sin soltarla. Nunca había sentido tales sensaciones y ansiaba disfrutarlas aún más, a ella aún más.

—Quiero hablar contigo, disculparme —susurró Angela y se desembarazó de su agarre. Se apartó unos cuantos pasos y él sintió como se congelaba en el acto. Ella no quería nada con él y no podía juzgarla, la comprendía. Si fuera ella, él también se alejaría.

—Comprendo.

—¿Qué es lo que comprendes? —interpuso ella con lo que le pareció enfado. Parecía que era la única emoción que le provocaba—. Porque no creo que lo hagas.

—No, no lo hago —repuso, frustrado y cansino—. No puedo decodificarte y eso me molesta.

—¡David, tengo hambre! ¿Podemos desayunar ya? —se oyó el grito de Miranda proveniente del *living*.

David clavó la mirada en los labios de Angela; la tentación era tan grande que todo su cuerpo se tensó. Necesitaba besarla, era imperioso que lo hiciera. A solas, debía hacerlo a solas, se recordó. No podía tener conductas impropias en público, sin

embargo, estas no eran tales si ocurrían en privado. Algo que había tenido que remarcarse tantas veces que ya lo tenía grabado a fuego en su mente.

Necesitaba hablar con Craig de forma urgente. Nunca le había sucedido lo que le pasaba con Angela, esa atracción tan imperiosa y que le era irrefrenable. No era virgen y había tenido compañeras sexuales con anterioridad, pero la mujer menuda era un cúmulo de sobreestimulación y le era perturbador.

Capítulo 9

Hacía un par de días que Ange no veía a David. Desde aquel desayuno, luego de su crisis, y en el que no había podido sacarle los ojos de encima. ¿Qué habría ocurrido entre ellos si nunca lo hubiera detenido esa mañana en el cuarto de baño?

Cada vez que las imágenes de ese episodio invadían su mente, su corazón se disparaba y cada fibra de su cuerpo cobraba vida de una manera que le era desconocida e inaudita. No conseguía pasar página de ese hombre, no lograba comprender las sensaciones que la envolvían, y parecía haber adquirido una adicción a él. Tenía como una abstinencia ante su ausencia, estaba intranquila, ansiosa y anhelante de su presencia, su mirada esquiva, su hablar robótico y su rigidez. Un hombre que se presentaba como un egocéntrico, pero que lograba poner al otro en primer lugar, como cuando la había defendido ante el padre de Miranda, la albergó en su casa y, más aún, en el instante en el que se había ofrecido a cuidar de su hija.

Lo que se le escapaba al entendimiento era por qué la hermana de David creía que él no podía desenvolverse solo. Él poseía una profesión que le permitía mantenerse y vivir en un apartamento confortable y, por lo que se había enterado, era bastante solicitado y contaba con unos clientes fijos. S&P era uno de ellos. En resumen, David tenía un buen pasar y ella sabía que él no era alguien que pudiera tomarse por tonto. Sí, le había confesado que se le dificultaba decodificar las emociones tras los gestos...

Al recordar cuando él se lo había confesado, agachado con el rostro junto a su pubis, la tambaleó y se le cortó la respiración. ¡La escena había sido tan atrayente! ¡Él era tan atrayente! Se habían despedido aquella mañana, después del desayuno, diciéndole que lo llamaría, no obstante, desde entonces, jamás lo había hecho.

—Mami, ¿puedo pasar por el apartamento de Davey? —preguntó su hija, sacándola de su ensimismamiento. Ange había vuelto a retirar a su hija de la escuela y la llevaba a su trabajo durante la tarde.

—Mirchus, ¿de nuevo? —acomodó el codo en la mesa a la que estaban sentadas y puso la frente sobre su mano, agotada de tanto desbarajuste emocional y a la vez tener

que lidiar con las exigencias de su hija con respecto al ingeniero informático de S&P —. ¿Qué te he dicho?

—¿Pero por qué no? —se quejó Miranda y puso tal expresión de pena con la que Ange no sabía si reír o conmovirse. La niña removi6 en el lugar el vaso del que tomaba el jugo que le había exprimido su madre—. ¿Acaso Davey ha hecho algo malo?

—No, claro que no. —Ange le pos6 una palma sobre la cima de la cabeza de Mirchus y le sonri6.

—Entonces, ¿por qu6 ya no lo vemos?

—Por qu6 6l tiene sus cosas para hacer y no debemos importunarlo a cada instante. —Hasta a ella su argumento le pareci6 un tanto suave y poco fundamentado.

Las l6grimas comenzaron a caer por las mejillas de Miranda y a Ange se le estruj6 el coraz6n. Se sinti6 la peor madre de la faz de la tierra. ¿Qu6 tenia en contra de que su hija se viera con un hombre que la hacia sentir especial? 6l le brindaba algo de lo que ella, como su madre, era incapaz. Un entendimiento que parecia establecerse solo entre ellos y que la dejaba a Ange afuera de ese v6nculo. ¿Estaria celosa? ¿Se reduciria a eso? ¿O quiz6s fuera miedo? Pero no a que le quitara el amor de Mirchus, sino miedo a lo que David la hacia sentir a ella.

C6mo le gustaria que su madre ya estuviera de regreso, pero a su tía le tenian que realizar unos estudios y su Carmen queria acompaãarla en el proceso.

—Está bien, mi vida —concedi6 Ange, por su hija, pero sospechaba que tambi6n por ella misma—. Vamos a ver a David un segundo antes de ir a la escuela.

—Me dijiste que llamarías. Estuve esperando tres días —reclam6 David apenas abri6 la puerta sin darle paso. Ange presion6 el agarre sobre la mano de su niãa.

—Eh, sí. L-l-lo lamento, David.

—Comprendo.

Esa palabra de nuevo. La furia la llen6 de golpe con una violencia que la sorprendi6.

—¡No, no lo haces! —solt6 m6s abrupto de lo que pretendía.

—No, no lo hago.

—¡Entonces deja de decir que lo comprendes cuando no es así! —El fulgor la

embistió de súbito. Quería zamarrearlo y... Miranda los miraba con asombro, por lo que Ange trató de calmarse y contenerse—. Mirchus, espéranos un ratito adentro. — Por una vez, su hija no discutió su decisión y, tranquila, se adentró en el hogar del hombre—. David... —Ange jadeó ante el brazo que la estrechó contra el pecho masculino al tiempo que él enterraba la nariz en la curvatura de su cuello—. ¿Qué haces?

—Olerte. Necesito olerte.

Ange posó las palmas sobre los hombros de David y trató de empujarlo, pero le era difícil dado que la sostenía unos cuantos centímetros sobre el suelo.

—Por favor, David —susurró sin voz. Su cerebro se había convertido en papilla ante la sensación del cuerpo masculino pegado al suyo. Su corazón comenzó a palpitar con tal velocidad que podría jurar que explotaría en cualquier momento.

—Estamos solos —argumentó David y pasó su nariz a lo largo de su cuello, haciéndola estremecer.

—Otra vez con eso. —Ella lo tomó de la barbilla y la direccionó hasta tenerla frente a su rostro. Sabía que no conectarían la mirada, pero al menos le atendería—. No solo el hecho de estar solos lo permite.

—Pero Craig dice...

—¿Quién demonios es Craig? —Ese nombre aparecía en casi cada conversación que mantenían y parecía ser alguien de plena confianza de David, una persona a la que, según entendía Ange, él le consultaba cada situación que no comprendía del todo bien.

—Es mi exterapeuta.

Ange soltó una exhalación profunda.

—David, debes tener mi consentimiento para hacerlo. —Él le pasó un dedo por el costado del rostro hasta detenerse en su barbilla. Ange golpeteó con su palma la mano de él—. ¡Saca! Además, ¿no era que no soportabas el contacto físico?

—Tengo dificultad para procesar la estimulación táctil, pero si sé que vas a tocarme me es más fácil. Tócame, Angela. —David la aferró por la muñeca y le estableció la palma sobre su pecho, que ardía bajo su toque.

—Por favor, suéltame, David. —Él la libertó, frunció el ceño; con la mirada esquiva inclinó la cabeza hacia un lado. Otra vez trataba de dilucidar algo que no había comprendido, pero Ange estaba demasiado revolucionada para explicarle—.

¡Miranda, nos vamos!

—¿Puedo quedarme con David después de la escuela? —pidió su hija con aquella expresión de perrito mojado que tanto debilitaba el mantenerse tajante en las decisiones.

—Sí —contestó David sin mediar intercambio con ella—. Estaré en la puerta doce cero dos.

—¡Genial! ¿Compraste todo lo que escribimos? —preguntó la niña con un entusiasmo tan evidente que Ange tuvo que reprimir la ternura que se desparramó por su interior.

—Sí. —La hermosa media sonrisa se dibujó en el rostro masculino y Ange huyó de allí antes de que sus rodillas se convirtieran en gelatina y se arrojara sobre él como una felina en celo.

—Viejo, no puedo creer que cenarás con el examante de tu novia —afirmó Mark al hacer pasar a Gabe a su despacho. Ambos tomaron asiento a uno y otro lado del escritorio de color blanco del despacho del rubio—. Es mi primo y lo quiero, pero debe ser un trago difícil de pasar.

—Ahora que sé que ella no siente nada por Brian y que él, nada por ella, no me molesta. Además —Gabe hizo una pausa en la que el sonrojo le tiñó las mejillas—, debo confesar que el tipo me cae bien y que ayudó mucho a que Mor y yo pudiéramos tener una relación. Y lo más fundamental —continuó con énfasis y entusiasmo—, él es una persona importante en la vida de mi novia y no voy a pedirle que elija entre nosotros y la amistad que comparte con Brian.

—Ay, Gabe, lástima que ame a Keyla —bromeó Mark batiendo las pestañas—, bueno, y que no sea *gay*, porque si no, totalmente caería rendido a tus pies.

—Déjate de tonterías. —Gabe soltó una carcajada y Mark esbozó una sonrisa de oreja a oreja. Le encantaba ver a este nuevo Gabe que se había ido gestando de a poco, pero que culminó de nacer cuando inició su relación con la bella diseñadora de interiores.

—Sabía que estabas entontecido por mí —argumentó Mark, continuando con sus disparates—. Es mi poder de seducción, lo sé. No pudiste evitarlo.

—¡Basta! —pidió Gabe y una nueva oleada de carcajadas lo dominó—. Harás que

me duela el estómago.

—Bien, me agrada cuando ríes y últimamente lo haces seguido. —Retomó la seriedad, aunque con las comisuras de su boca elevadas—. Ay, mis bellos amigos están madurando.

Gabe apoyó el codo sobre el reposabrazos del asiento y la mejilla en el revés de su mano. Lo observaba con inusitada atención.

—Pero tú no —indicó el moreno.

—¡Jamás! ¡Vade retro, viejo! —exclamó Mark al tiempo que confeccionaba una cruz con sus dedos índices—. Ahora en serio. ¿Cómo estás con esta cena?

—Bien, supongo. Como te dije, tu primo me cae bien... en el fondo. Aún estamos limando ciertas asperezas, pero es importante para Mor que congeniemos. Aprecio que tenga a alguien como él en su vida.

—¿Qué hay de esa carta que mantienes escondida en un cajón de tu mesa de luz?

—¿Qué hay con ella? —escupió el chocolatero y su expresión se cerró.

—Sé que aún no la has abierto. —Gabe negó con la cabeza y tensó cada músculo del cuerpo. Mark percibió la incomodidad en su amigo y la urgencia a escapar de la conversación—. No te enfades con ella, Gabe. Morrigan me lo comentó porque está preocupada por ti.

—Lo sé —concedió el moreno, más relajado.

—La traes loca —dijo en un tono alegre como intento de aligerar el tenso ambiente que se había creado—. Te ama.

—También lo sé. —Mark amplió la sonrisa y su interior se caldeó al ver cómo sus amigos cambiaban gracias a las mujeres que habían completado sus vidas. Él mismo había sufrido una transformación de ciento ochenta grados a causa de cierta princesa de ojos violáceos.

—Pensaba robarle a Miranda a Ange —anunció Gabe después de un largo y cómodo silencio entre ambos en el que habían quedado ensimismados en sus propios pensamientos—. Sarah y Max tendrán a Stef en su casa esta noche y me propusieron que también llevara a Miranda.

Gennie, la hija de la pareja mencionada, y, también, sobrina de Alex y Mark, y Stef, el sobrino de Gabe, y Miranda habían congeniado nada más conocerse.

—¡Hu, qué divertido! Una pijamada.

—Exacto. Los tres han conformado un vínculo precioso.

—Bien, ve a hablar con mi recepcionista, pero no la acapares —advirtió con una falsa seriedad y reprimió la sonrisa que amenazaba con escapársele.

Gabe bufó, pero con picardía en la mirada, y le guiñó un ojo al rubio antes de salir de su despacho.

Mark se repantigó en su sillón giratorio con una sensación de alegría y paz como no había sentido en mucho tiempo. Era un bienestar difícil de determinar, como el haber llegado a una meta que se desconocía que se tenía.

Ange le había enviado ya cuatro mensajes a David para anunciar que Gabe retiraría a Miranda, y David no los leía, puesto que las malditas tildes no se tornaban azules. Probó en llamarlo y tampoco. Comenzaba a preocuparse. ¿Por qué él no le atendía?

Sabía cuán difícil le era cuando se le cambiaba algo en la rutina que tenía planificada y temía que el que rompiera con su agenda lo hiciera caer en otra crisis.

David abrió la puerta ante la insistencia de quien tocara a su timbre. No esperaba a nadie y, como cuando era así, no pretendía atender. Del otro lado de la placa de madera maciza apareció un tipo casi tan alto como él, de cabellos oscuros también, pero sus ojos eran grises y vestía de traje.

—¿Tu eres el niñoero?

—¿Quién eres y qué quieres? —exigió saber David. Se mantuvo en el quicio de la puerta sin permitirle entrar ni ver dentro de su apartamento.

—Vengo a buscar a Miranda. —Apenas escuchó las palabras del hombre, sintió una gran traición, que no era bueno para cuidar de la niña. Quizás así fuera, pero su mente al instante desechó ese pensamiento, Angela se lo diría de ser así. Era más, ni siquiera dejaría que Mirchus, como ella la llamaba, se quedara en su hogar, por lo que estaba seguro de que no era el caso.

David cruzó un brazo y puso la mano sobre el marco de la puerta en cuanto notó que el sujeto se disponía a ingresar a su apartamento.

—No. Ella está a mi cargo.

—Lo sé, su madre me dio permiso para llevármela.

—No —repitió—. Miranda debe quedarse conmigo hasta que su madre venga por

ella. —Estaba siendo tozudo y su mente se cerraba a cualquier información que tratara de penetrar del exterior, lo sabía, pero no podía evitarlo.

—¡Gabe! —exclamó Miranda con una sonrisa de oreja a oreja y pasó junto a él para llegar al tipo. David la aferró por la parte trasera del cuello de su camiseta y la detuvo.

—Lo conoces. —No era una pregunta, sino que David establecía un hecho.

—Claro, es Gabe, el tío de Stef. —Miranda se acercó a él, lo instó a que se inclinara y le susurró como en una confidencia—. Es amigo de mi mamá.

—Escucha... —Gabe estiró el brazo para tomar el de David.

—¡No lo toques!

—¡No me toques!

Ambos gritaron en unísono, lo que hizo que Gabe se sobresaltara y frunciera el ceño al examinar más detenidamente al que él consideraba el niño.

—Mira tu móvil, estoy seguro de que Ange te debe haber tratado de llamar. Por lo que se podía oír a través de la puerta, tenían el volumen del televisor demasiado alto.

—Es que estábamos viendo un anime, ¿no es cierto, Davey? —preguntó con orgullo la pequeña—. Se llama *Say I love you*, significa «Di te amo». Es una historia romántica apta para mí —se aproximó a Gabe y dijo en voz de confidencia—: Quizás para un poco más grandes, pero no se lo digas. —Luego, añadió en tono alto—: ¿Sabes que él es súper extra fan del anime? —Se acercó a Gabe y, con aire conspirativo, le volvió a susurrar—: Él prefiere otros, pero no estaban permitidos para mi edad.

—Ya veo, cariño —comentó Gabe—. Pero debemos apresurarnos si queremos llegar a la casa de Gennie a tiempo. Hoy tendrás una pijamada.

—¿En serio?

David tomó el móvil que había dejado sobre el desayuno de la cocina y constató que lo tenía en un volumen muy bajo y que se había perdido varias llamadas de Ange. También tenía un mensaje de WhatsApp de ella en el que le avisaba que un tal Gabriel McDougall se llevaría a Miranda.

David podía sentir la anticipación a una crisis. Sus músculos se tensionaron y sintió la necesidad de mover sus dedos, de pasarse de un lado al otro. Sus ojos se desorbitaron y trabó las mandíbulas mientras respiraba con suma lentitud, procuraba que el aire entrara y saliera de forma acompasada.

—Davey. —Miranda tiró de la manga de su camiseta—. Puedes escribir en el aire si quieres. Prometo que no me asustaré.

David le dedicó una media sonrisa y le palmeó la cima de la cabeza, a lo que Miranda respondió con una sonrisa de oreja a oreja, como si la pequeña acción de cariño por parte del hombre fuera lo que más hubiera querido en su vida. Sin embargo, David fue ajeno a ello y no supo cómo interpretar esa expresión en el rostro de la niña.

—Comencemos de nuevo, ¿quieres? —sugirió el tal Gabe—. Soy Gabriel McDougall. Mi sobrino, Stefano, y la sobrina de Alex y Mark, Gennie, son amigos de Miranda y ella ha sido invitada a pasar la noche con ellos.

David ya no pudo controlarlo más. No lograba conciliar con los cambios de última hora en su agenda. Por lo que elevó una de sus manos, comenzó a mover sus dedos de forma extraña y a pasearse de un lado al otro del *living* mientras murmuraba palabras que trataba de escribir en el aire con su dedo índice.

Miranda se adentró en el sitio y Gabe fue detrás.

—¿Qué demonios? ¿Qué está haciendo? ¿Acaso está...? —Gabe se guardó la última palabra al contemplar la carita de adoración de Miranda. Esa niña estaba encantada con ese tipo que parecía más loco que cuerdo.

—Tenemos que dejarlo por unos minutos y se le pasará —repuso la niña con sus manos tensas y apretadas frente a su cuerpecito.

—¿Esto le sucede seguido?

Miranda negó con la cabeza y luego su rostro se ensombreció.

—Cuando vino su hermana. Ella no lo quiere.

—Cariño, ¿por qué dices eso? —Gabe le pasó una mano por el costado de la cabeza y la pegó a su cadera.

—Lo trató muy mal —dijo la pequeña al alzar su rostro triste a él—. A mamá y a mí también, pero mamá la echó del apartamento.

—¿En serio? ¿Tu mamá?

Ella expandió la sonrisa y asintió con aire orgulloso.

Gabe podía imaginarse a la bella morena, que suponía que era de armas tomar, enfurecida y guerreando para defender a los suyos. ¿Sería suyo el niño? En ese momento en que lo pensaba, Ange se había visto un tanto reticente a que él se presentara en la puerta de David. Quizás no quería que él se enterase de cierta

relación que compartían. Interesante.

—A David le gusta mamá —susurró la pequeña con picardía en la mirada.

—¿Cómo lo sabes? —¡Bingo! Algo había entre ellos.

—A ella sí le permite que lo toque. Solo a ella.

Gabe volvió a posar la mirada en el hombre que se movía de un lado al otro de la sala y hacía movimientos raros con sus dedos. De pronto, David se detuvo y clavó la mirada en algún punto más allá de la niña.

—Bien, irás con tus amigos.

—¡Gracias, David! —El rostro de Miranda se iluminó—. Solo si tú estarás bien.

—Soy adulto, puedo cuidarme solo —comunicó el niño al tiempo que se frotaba las manos con nerviosismo—. Sin embargo, tú me llamarás apenas llegues...

—Y debo dejarte los datos de contacto.

—¿Debes?

—Es parte de lo que tienes que pedirme —aseguró Miranda y Gabe no pudo estar más asombrado del peculiar diálogo que se desarrollaba entre la niña y el ingeniero en informática de S&P.

—Claro. Tendré que hacer una lista para no olvidarlo.

—Y no puedes ver un nuevo episodio del anime sin mí.

—Bien.

Gabe observaba el intercambio entre el sujeto y la niña, sin comprender qué demonios sucedía. ¿Acaso Miranda le daba indicaciones sobre ser un buen niño a David? Sin embargo, no parecía ser el caso, sino que eran sugerencias sobre algo más.

—Entonces, Gabriel, quiero los datos de contacto.

Gabe se percató de que tampoco lo miraba a los ojos, sino que se enfocaba en algún punto sobre su mejilla derecha.

—Seguro.

Miranda se aferró al puño de la manga de la camiseta de David y le dedicó una expresión deslumbrante. ¿En que se habían metido las mujeres Mendoza? ¿Acaso la madre estaba tan impactada con este hombre como la hija?

Capítulo 10

—¿Cómo que encontraste un papá? —preguntó Stefano con el ceño fruncido.

Gennie, Miranda y Stef estaban tumbados, enfrentados en ronda, sobre la alfombra con tiras verdes y violetas de la habitación de la primera.

—Sí, trabaja en el mismo lugar que mi mamá y será mi papá. Todavía está practicando porque no sabe cómo ser uno, pero aprenderá —explicó Miranda con entusiasmo.

—Ah, como mi tío Gabe, él aprendió bastante rápido —repuso Stef. Era cierto que al comienzo, cuando Stef apareció en la vida de Gabe, este no sabía qué hacer con un sobrino que había caído de la nada.

—Mi papá siempre supo ser papá —argumentó Gennie; sus rizos rubios resplandecían por la luz proveniente de la pequeña araña colgada del cielo raso.

—Pues claro. El tuyo es un papá de verdad —intercedió Stef—. Pero pensé que tú tenías uno —se dirigió a Miranda.

—Es que... mi papá no me quiere.

—Todos los papás quieren a sus hijos —comentó Gennie con la seriedad propia de una niña de siete años.

—No todos —sostuvo la morena, y su rostro confeccionó una expresión compungida.

—Mir, mi tío tampoco me quería al principio —argumentó el único varón del grupo con sus ojos grises fijos en la morena—, tal vez pase lo mismo con tu papá.

—No lo creo, Stef. Además, ya tengo a Davey. —Las facciones de Miranda se iluminaron—. Solo que...

—¿Qué? —preguntó Gennie. Se elevó sobre sus codos y apoyó la barbilla en sus manitas unidas.

—Es que no sé cómo hacer que mi mamá y él se enamoren, así sería mi papá de verdad.

Los tres niños adquirieron expresiones pensativas diversas; uno arrugó el entrecejo y dirigió los ojos al techo, otro se puso un dedo en la barbilla y el último presionó sus

labios.

—Pues mi tío Gabe y Mor se enamoraron porque se veían todo el tiempo. Si dices que Davey trabaja con tu mamá, entonces ya está.

—No, es que Davey trabaja mucho desde su apartamento.

—Tendrás que lograr que se vean más —sugirió Gennie, luego se alzó del todo y se puso a rebuscar en una estantería. Al cabo de unos segundos, volvió a tumbarse con un cuaderno y un lápiz en sus manos—. Vamos a escribir todas las ideas que se nos ocurran para que tu mamá se enamore de Davey, eso hace mi mamá cuando comienza un nuevo cuento.

Antes de presionar sobre el número cuatro, lo hizo sobre el dos en la botonera del ascensor. Ange había estado intranquila toda la tarde, desde que había recibido esa escueta respuesta a su mensaje de que Gabe iría por su hija por parte de David: «Está bien». Bien dentro, presentía que no estaba bien para nada y temía que él hubiera presentado otra crisis.

Claro que había hablado con Mirchus por teléfono y ella le había asegurado que cuando Gabe y ella se habían ido, David ya se encontraba bien. Pero quería decir que no lo había estado y eso la preocupaba. Ese «ya» la había mantenido intranquila el resto de la tarde.

En cuanto se abrió la puerta y lo contempló con el cabello revuelto, su corazón comenzó a latir de una forma frenética. Las ansias de pasar sus dedos por cada mechón oscuro fue tan acuciante que quedó tambaleante.

—Yo... Es que... vine a... —Ange no podía dejar de vacilar a cada palabra.

—Pasa, hoy toca pescado a la cacerola con papas *rosti* —anunció y se corrió a un costado para permitirle el paso, pero ella dudó.

—No, es que solo...

—Ya has cenado.

—No, no es eso, David.

—Pero te esperaba, tú dijiste que luego pasarías por aquí.

—Sí, a buscar a Miranda.

—Y has venido —concluyó David como si estuviera todo dicho. En cambio, Ange pensaba que mantenían una conversación enloquecida.

—Está bien. —Ange lo siguió hasta adentrarse en el espacio de la cocina abierta y quedó maravillada al observarlo manipular cada utensilio. Parecía un auténtico chef y su rostro demostraba el cálculo que realizaba en su cabeza de la cantidad de cada ingrediente y especia a utilizar.

Comieron en un cómodo silencio y ella disfrutó de un platillo delicioso que jamás había probado. David parecía estimular su paladar y ampliar sus horizontes gastronómicos en los últimos días.

En cuanto él trajo el tiramisú, el que él mismo había preparado, Ange no podía dejar de sentir que su boca se hacía agua ante semejante manjar. David, en realidad, era como un chef estilo italiano. ¿Cómo era que nunca se le había ocurrido que tuviera tal talento?

Él le extendió un plato con una porción que ella no pudo agarrar más rápido.

—No crees que pueda hacerme cargo de Miranda —afirmó al tomar asiento a la mesa de nuevo.

—¿Qué? No, claro que no. Ella te adora y la pasa muy bien contigo.

—Pero enviaste a ese hombre a buscarla.

—¿Gabe? No es eso, David. Lo juro —se apresuró a negar con énfasis. Él no la miraba, bueno, nunca lo hacía, sino que tenía la vista fija en su plato—. Él se presentó hoy en S&P y me pidió que diera permiso a Mirchus para ir a lo de Gennie con el sobrino de él, Stef. Verás, ellos tres se han vuelto grandes amigos y cada tanto se quedan en la casa de la hermana de Alex y Mark, Sarah, que es la mamá de Gennie.

—Comprendo.

Ange alargó el brazo para posar su mano en el masculino, pero en el último instante se detuvo al recordar el rechazo de él a ser tocado.

—David, no desconfío de que puedas hacerte cargo de mi hija. Es más, mañana puedes buscarla a las doce y traerla a tu casa.

—Estaré a las doce, pero ella nunca sale antes de doce y siete.

Ange casi suelta una carcajada ante lo riguroso que era David con los horarios, al menos, parecía más tranquilo con el asunto que tanto parecía haberlo perturbado. Al finalizar el tiramisú, él la invitó a sentarse en el sofá del *living* al argumentar que era el horario de cierta serie que veía siempre a esa hora.

Sin embargo, al cabo de unos minutos, Ange se percató de que él no prestaba atención al programa que tanto había insistido en mirar.

David le olisqueó la curvatura de su cuello, presionándose contra su costado. Acto seguido, pasó una yema por su brazo descubierto, dado que Ange vestía una blusa sin mangas, desde el hombro hasta su muñeca. Escalofríos la recorrieron y la temperatura ambiental pareció convertirse en el mismo infierno. Ardía de tal forma por obra de esa simple caricia que era inconcebible tal estado de excitación que la embargó. Él volvió a presionar la nariz contra su cabello, en la curvatura de su cuello, y a moverla al tratar de correr las hebras para arribar a su oreja; Ange estalló de puro placer. Sin mediar pensamiento alguno y de un salto, se sentó a horcajadas sobre el regazo masculino, lo que hizo que su minifalda se arremolinara a sus caderas.

—Sé que no te gusta que te toquen...

—Tú sí. —Él comenzó a dibujar círculos invisibles en sus muslos y la piel de Ange se erizó. La sangre se espesó en sus venas y solo anhelaba besar la boca del hombre que le rehuía la mirada. Él parecía hipnotizado al realizar ese diseño invisible sobre su piel.

—Mírame a los ojos, David. —De pronto, él detuvo todo movimiento de sus dedos y se quedó tan quieto como una estatua—. ¿Qué ocurre?

—Otras han demorado más en pedirme ser diferente.

—¿Otras? ¿Te refieres a mujeres?

—Sí, me exigen mirarlas a los ojos, ser más espontáneo, si supiera qué quiere decir eso, abrazarlas y besarlas, ser demostrativo, hacerles obsequios, no dar un respingo cada vez que me tocan, comprender indirectas...

Ange se percató de lo que él daba a entender sin decirlo. David anhelaba que lo quisieran como era, sin intentar modificarlo a un ideal, sino con sus defectos. «Somos defectuosos», esa frase retornó a su mente con otro poder y un nuevo significado, y Ange descubrió que deseaba a ese ser imperfecto.

—Sé que no te gusta que te toquen.

—No sin avisar, me provoca como una electricidad.

—¿Una electricidad no agradable? —David asintió con la cabeza y Ange se murió de ganas por pasarle los dedos por el cabello que le caía sobre los ojos. No sabía qué le ocurría con él, pero tenía en claro que ella ya no se refrenaría. Lo deseaba y pensaba tenerlo.

—Entonces, ¿no quieres que te toque?

—Sí, tu sí. Solo debes prevenirme de que lo harás.

—¿Puedo tocarte, David? —Él asintió en forma de respuesta y Ange se deleitó en cuanto sus yemas pasaron por el rostro masculino—. ¿Electricidad?

—Sí, pero contigo es distinto. La electricidad es agradable. —Ange casi gime ante las palabras de David. No eran frases excitantes, sin embargo, a ella la encendían como ninguna otra había conseguido con anterioridad. No sabía qué tenía David ni pensaba cuestionárselo, solo que había aparecido en su camino y ya no iba a esquivarlo—. ¿Puedo besarte?

—Sí.

Cuando Ange posó sus labios sobre los de él, se desencadenó un huracán de sensaciones que la dejó tambaleante y mareada. David la encerró entre sus brazos y la tumbó de improviso sobre el sofá, sin dejar de besarla, con una maestría que Ange hubiera creído imposible. Ange ancló los tobillos a su espalda y gimió en cuanto la dureza masculina encalló en su femineidad.

—David... David... —Lo tomó del rostro y se lo elevó ante la falta de respuesta—. Necesitamos protección, ¿tienes? —Por un segundo, él posó sus ojos pardos sobre los de ella y Ange se quedó sin aliento. ¡Esa mirada era pura intensidad! Pero tan pronto como le hizo ese regalo, se lo quitó y ella quiso protestar con toda su alma. Quería esos ojos sobre los suyos de nuevo, pero supo que no podía exigirselo.

—Sí, en la habitación.

—¡Hey!

Él la elevó en sus brazos cuando se alzó del sofá. Ange continuaba con las piernas alrededor de su cintura y colgada de su cuello mientras él la sostenía con facilidad.

—No te dejaré caer. Cuidaré de ti, Angela.

Los ojos de Ange se empañaron y enterró el rostro en el pecho de David. Se apretujó aún más contra él y, sin entender las emociones que la envolvían, se permitió disfrutar el que un hombre tomara un control que sí estaba dispuesta a darle.

La cargó hasta la cama en la que ella había dormido junto a su hija hacía tan solo unos días, pero parecía que había pasado mucho más tiempo. La conmovió la delicadeza con la que él la acomodó sobre el colchón. Ella ansió aferrarlo del rostro y conectar sus ojos con aquellos pardos, sin embargo, sabía que no era posible. No era algo que él apreciara y, más bien, ella estaba decidida a respetarlo y aceptarlo tal cual David se le brindara.

Apenas la soltó, subió al lecho y saltó sobre ella con tal rapidez que Ange se

sobresaltó. Atacó su boca con tal ímpetu que ella no pudo evitar colgarse de él y enterrar sus dedos en su cuero cabelludo. Un gemido escapó de ella al tiempo que se arqueaba hacia él. David la apresaba contra su cuerpo con una fuerza que, lejos de asustarla, la hacía arder de una manera que creía inconcebible. Más que nada por lo segura que se sentía, por la forma en que se veía encerrada por su físico.

David era tan grande comprado con ella que bien podría aprisionarla contra la cama y manipularla como quisiera. No obstante, tras toda esa fuerza e intensidad que él empleaba con ella había una sutileza que hacía que su interior sollozara por lo atesorada que la hacía sentirse.

David metió una mano por el cuello de la blusa y apresó uno de sus pechos. Lo masajeó con ahínco y apretujó con cierta severidad que solo hizo que ella desconectara sus bocas para dejar escapar un jadeo.

La otra mano se deslizó por su muslo hasta hallar el borde de su ropa interior, se escabulló por debajo y las yemas masculinas jugaron con los pliegues de su sexo. Ange no pudo soportar el infierno que vivía, pero un infierno de puro deleite que parecía engullirla entera entre sus llamas.

—¡David! ¡Para! —Apresó la mano que tenía enterrada en su sexo, con fuerza para detener su exploración—. Por favor. —Él alzó el rostro y lo inclinó para un costado como si tratara de meditar qué había hecho mal. Ange ya se había percatado de que él tendía a pensar que siempre se conducía de forma incorrecta, puede que algunas veces fuera así, pero en otras no—. Necesito ir más despacio.

—No quieres esto. Otra vez la discordancia entre tus palabras y la evidencia que muestra tu cuerpo. —Ange le acunó el rostro y trató de que la mirara, fue un acto que hizo de manera inconsciente—. ¡Suéltame, Angela! Te dije que no puedo mirarte a los ojos, no lo intentes.

—Lo siento, David. No me refería a que no quiero tener relaciones contigo. En realidad, quiero con todas mis ganas, pero hace mucho que no...

—Sé clara, Angela. No comprendo lo que intentas decirme.

Ange hundió el rostro en la curvatura del cuello masculino y la sacudió apenas en una negativa. Se aferró a él sin querer soltarlo ni para respirar. Se rehusaba a hablar, no deseaba contarle, no quería que supiera sobre su pasado.

—No puedo.

—¿No puedes tener sexo conmigo?

—No... no es eso.

David la abrazó y se sentó encima de sus talones, llevándosela consigo sobre su regazo. Ange se aferró a él como si fuera una tabla de salvataje.

—Está bien, Angela. Todo está bien. —Comenzó a pasarle la palma de la mano por su cabeza en una caricia tranquilizadora, y eso la derrotó. Suprimió, como pudo, la angustia que le quemaba la garganta y que le provocaba un nudo en el estómago. No podía contarle, no quería revivir esos momentos de años atrás, pero había un impulso que la compelia a confesarse con él.

Se quedó refugiada en sus brazos mientras David le acariciaba el cabello por unos cuantos minutos hasta que él se llevó unas hebras a su nariz y las olisqueó. Como por arte de magia, el deseo revivió en ella con una profundidad que la dejó tambaleante.

—Estoy lista, David.

—Bien. —Él aferró su cabello en un puño y lo elevó, haciendo que su cuello se descubriera. Enterró la nariz allí y la olisqueó como si ella fuera un banquete con el que fuera a darse un festín.

La volvió a recostar contra el colchón, se posicionó con una rodilla a cada lado de su cuerpo y se dispuso a desprender uno a uno los botones de su blusa.

—Pensé que quizás no te gustara intimar, dada tu reluctancia a ser tocado.

—Soy una persona muy sexual —mencionó y posó las palmas sobre su sostén, acunó sus senos con una reverencia que apenas se lograba divisar en la falta de expresión de sus facciones, sin embargo, Ange había llegado a notar las mínimas variaciones.

—¿Quieres decir que cualquier mujer serviría?

—¿Serviría para qué? —David frunció el ceño e inclinó la cabeza para un lado. Le pasó las manos por debajo de la espalda y le desprendió el enganche del sostén. Se lo quitó por los brazos y sus pezones se endurecieron por el frío por el que se vieron asaltados tan de pronto.

—Para tener sexo —jadeó a medida que él jugueteaba con el brote en cada una de sus copas.

—No.

—¿Por qué no? —gimió a medida que se corcovaba al verse atacada por los dedos expertos de David.

—Solo tengo sexo con las mujeres por las que tengo un sentimiento. —Esa respuesta la detuvo en seco y el aire se le atragantó. ¿A qué se refería? ¿Qué sentía por ella?

—¿Algo como deseo?

—También.

—¡Explárate, David! —pidió con frustración—. ¿A qué te refieres?

—No sé explicarlo, Angela —expresó con brusquedad y con evidente enfado—. Quiero estar contigo, quiero olerte, quiero tocar tu cabello y me gusta la luz que resplandece en tu piel. Tu voz es melodiosa y tiene una cadencia particular que es agradable escuchar. Me gustaría comprenderte y darte lo que necesites. Sé que no lo haré bien, porque no decodifico apropiadamente lo que dice tu rostro la mayoría de las veces y me equivocaré y te enfadarás conmigo...

—Oh, David...

—... pero tengo un sentimiento por ti que no poseo por otra mujer, Angela.

Una sensación cálida bañó su corazón de una forma que no esperaba. Nunca creyó que una persona como él podría alcanzar su interior, que tenía tan protegido, sin embargo, parecía que contra él no tenía armas con las que mantenerse a resguardo. Y se sintió segura al permitir que David fuera el que la conquistara en un sitio que nadie antes había estado.

David la fue desprendiendo de cada prenda hasta que quedó desnuda en su totalidad, no obstante, él seguía tan vestido como al inicio. Deslizó su mirada por cada centímetro de su cuerpo, pero jamás los detuvo sobre sus ojos. Pasó sus yemas sobre la cicatriz de la cesárea por la que había nacido Miranda y frunció el ceño.

Ange sabía que era una marca que sobresalía al tener dificultades en la cicatrización, le había quedado un queloide y era extremadamente visible y, lo que era aún peor, notable al tacto.

—¿Qué te pasó aquí?

—Es la incisión de mi cesárea. —David no dejaba de rozar la piel hipertrófica con la yema de su dedo índice y de pronto esbozó esa tímida media sonrisa que tanto la derretía. Su corazón se disparó y el aliento se le escapó de los pulmones. No sabía qué tenía ese hombre, pero hacía que la sangre fuera bombeada de una manera que ningún otro conseguía.

—No eres perfecta. —Lo dijo como si fuera un cumplido y lo paradójico era que ella sonreía como si en realidad lo fuese.

—No, no lo soy.

—Bien.

Ella alzó su torso y quiso ayudarlo a quitarse la ropa como él había hecho con ella, pero David la detuvo con un gesto de sus manos.

—Me desvestiré solo.

—¿No podré tocarte?

—Sí. Solo debo hacerme a la idea. —Él se deslizó hacia atrás y se paró a los pies de la cama, por lo que Ange se elevó sobre sus codos para contemplarlo.

¿Hacerse a la idea? Ange comenzó a dudar sobre lo que estaba a punto de hacer con David. Algo que iniciaba con tantos escollos no podía resultar bien, ¿cierto? A pesar de ello, apenas David se quitó la camiseta de mangas largas con una horrible imagen de alguno de esos tantos dibujos japoneses que disfrutaba y dejó a la vista el abdomen marcado, la boca se le hizo agua. Tenía un físico exquisito, no de esos que eran obsesivos del gimnasio y parecían que sus músculos habían sido hinchados con un inflador de gomas de bicicleta, sino de una persona que hacía ejercicio y comía de forma sana. David tenía una rutina de *jogging* diaria de una hora y parecía que eso lo había beneficiado bastante.

Luego se desprendió el botón del pantalón de *jean* y, cuando lo deslizó por las caderas, le quitó el aliento. Debajo tenía un bóxer que apenas cubría la erección que saltaba a la vista. Y en cuanto parpadeó, esa única prenda también desapareció.

Ange tomó aire y se instó a seguir respirando. Era un hombre perfecto para ella, con un cuerpo que le atraía como ningún otro. No es que fuera un modelo publicitario, pero había algo en él que la sacudía con intensidad. Aunque no era solo eso, sino que le hacía sentir una confianza en que jamás la dañaría, como nunca había sentido con algún anterior hombre con el que hubiera intimado.

—¿Tienes miedo? —preguntó él sin moverse del sitio. Ange se quedó sin palabras, así que solo se limitó a negar con la cabeza—. Debes hablarme, no voy a conseguir adivinar lo que te ocurre. Entiende que no soy un neurotípico.

Ange empezaba a odiar esa maldita palabra, como si fuera una línea divisoria que lo ponía a él de un lado y a ella del otro.

—Lo sé, David. Ya lo explicaste. —De pronto, fue ella la que se percató de que quizás el que tuviera miedo o se sintiera inseguro debido a esa limitación en la que hacía tanto hincapié fuera él—. Hablaré, lo prometo.

—Bien.

Gateó hacia ella sobre el lecho y se dejó caer sobre su cuerpo con un codo a cada

lado de su cabeza. ¡Argh!, gruñó para sus adentros. Quería que la mirase, que sus ojos conectasen con los suyos, pero sabía que era anhelar un imposible.

—Quiero tocarte, David.

—Hazlo.

Con esa palabra, descendió su rostro contra su cuello y comenzó a torturarla con su boca de una manera que hizo que los dedos de los pies se le encogieran. Él enterró los dedos en su cuero cabelludo y absorbió su piel con frenesí. Sabía que le quedaría una marca al día siguiente, pero poco le importaba. Disfrutaba de un hombre, que en el día a día parecía tan en control, pero que en la cama era un animal desatado.

Descendió por su clavícula, dejando un rastro ardiente con su lengua a cada paso, y se enfocó en sus senos. Parecía realmente atraído por ellos. Arremetió contra uno de sus pezones, lo estiró entre sus dientes, lo lengüeteó y succionó de una manera que ella se arqueó y tuvo que hundir las uñas en la espalda masculina para no sentir que levitaba a lo Linda Blair en *El Exorcista*.

Mientras él continuaba degustando un brote de su pecho y el otro de forma intercalada, una mano viajó por su muslo izquierdo hasta llegar a su sexo. Ange dio un respingo y David elevó el rostro y lo inclinó hacia un lado.

—Lo siento. Solo... —Ange tragó en seco. Él parecía aguardar una respuesta concreta, puesto que había detenido toda acción— te había dicho que hacía mucho que no estaba con alguien.

—¿Con el que engendró a Miranda?

—Hubo otros después, pero hace bastante tiempo. —Sin lograr evitarlo se tensó al pensar en los dos hombres que hubo después del padre de Mirchus. No quería pensar en ellos, no quería recordarlos entrando en su cuerpo.

—No importa y no temas. Eres menuda, pero no te haré daño.

—Lo sé, David. Lo sé. —Bien dentro de ella sentía que él no la heriría ni física ni emocionalmente, que podía resguardarse en él.

David se inclinó hacia adelante y conectó sus labios con los de Ange en un beso pausado, pero no menos ardiente al anterior, sin embargo, no tardó mucho en volverse demandante y feroz. Ella clavó las uñas en sus hombros y realizó un semicírculo con su espalda, acercándose al torso masculino. Él enterró sus dedos en su cabeza y la sostuvo contra él sin permitirle separarse. En cuanto la dureza de su erección tomó contacto con su centro femenino, ella gimió y se frotó contra él. Lo necesitaba dentro

de ella de manera inmediata, no conseguía tolerar más la dilatación.

Sin embargo, él volvió a descender por su cuerpo, besando cada centímetro de este, hasta llegar a la altura de la unión de sus muslos. Cuando la lengua cálida tocó su clítoris, que ya palpitaba de anticipación, toda ella explotó con un gemido, como un gran estruendo.

—David —jadeó casi sin aliento. Precisaba ya que parara de torturarla con tanta pericia. Lo necesitaba dentro de ella—, basta, por favor. —Tiró de su cabello hasta que él alzó la cabeza—. Entra en mí.

David se estiró con una parsimonia que la hizo gritar por dentro y sacó un envoltorio de color azul metalizado de uno de los cajones de su mesa de noche. Se enfundó en el preservativo y en dos segundos había vuelto a posicionarse sobre ella.

Ange apartó aún más los muslos y se colgó de David como si la vida le fuera en ello. Quería gritarle que no la soltara, que temía lo que fuera a pasarle a su corazón después de hacer el amor con él, sin embargo, en cuanto entró en ella, solo soltó un largo suspiro y se apretó aún más contra él. David le posó una mano bajo la parte de atrás de la cabeza y la sostuvo todo el viaje, lento y abrasador, al que él la dirigía.

De pronto, David elevó el rostro y, por unos breves segundos, la miró. Esos ojos oscuros se posaron sobre los suyos y Ange dejó de respirar. Era tan esquiva esa mirada que había comenzado a ansiarla como una gota de agua en medio del desierto.

Se abrazó a él con brazos y piernas, y David inició un vaivén más acelerado que parecía que con cada embestida quería llegar al lugar más recóndito de ella. Los jadeos y gemidos de ambos se entremezclaban en una melodía armoniosa como el danzar de sus cuerpos convertidos en uno. El arribar a un sitio desconocido era tan palpable para Ange que temía que la aventura sensual terminara y nunca más pudiera visitar ese paraíso de emociones y goce puro. Enterró el rostro en la curvatura del cuello masculino y se dejó guiar, liberándose de toda atadura y coherencia.

En cuanto en Ange se detonó el más crudo placer y el clímax le dio una brutal bienvenida, él la siguió con un ronco gemido y se derrumbó sobre ella. Las respiraciones agitadas y las pieles sudorosas atestiguaban el ejercicio al que habían estado sometidos y sus expresiones, el del deseo satisfecho hasta un nivel inaudito.

—¡No te muevas! —ordenó David con un tono urgido, como si algo le doliera.

—¿Qué ocurre? —Se preocupó Ange y no pudo evitar tratar de elevarse.

—¡Quédate quieta! —rugió, y ella se paralizó en su sitio, debajo de él, con las

palmas contra el colchón para evitar tocarlo. No tenía idea de qué demonios pasaba, pero él tenía tal expresión de incomodidad y hasta, podría decirse, de dolor que la dejó pasmada.

—Yo... no puedo soportar que me toquen después —musitó entre dientes con, lo que a Ange le pareció, cierta vergüenza—, sin importar cuanto me lo anuncies.

Ange casi brota en carcajadas ante semejante tontería que parecía preocuparlo tanto.

—Tranquilo, no me moveré ni un milímetro.

—¿Te estás burlando de mí? No me agrada cuando lo hacen.

—No. Pero me gustaría que me expliques qué sucede. ¿Acaso la electricidad empeora?

—Sí.

—¿Cómo si te vieras asaltado por múltiples cosquillas?

Él conectó los ojos otros breves segundos con los suyos y Ange contuvo el aire para perdurar tales flashes memorables.

—Sí, eso mismo.

Cuánto extrañó su calidez en el instante en el que él se deslizó por encima de ella para dejarse caer a su costado boca arriba y a una distancia que le aseguraba que ni siquiera rozaría su cuerpo.

Sin proponérselo ni esperarlo, los recuerdos de la última vez que había estado con un hombre la bombardearon. Su piel se tornó sucia y las ansias de refregarse cada centímetro de esta fue tan acuciante que necesitaba salir de ese apartamento. Precisaba meterse bajo su ducha y limpiarse, enjuagar la persona en la que se había convertido. Sabía que su razón pugnaba por decirle que no era la misma situación, que esa vez no había ningún intercambio ni venta de por medio, pero esos pensamientos intrusivos pudieron con ella y la acallaron con más imágenes de manos de otro hombre sobre su cuerpo.

La náuseas colmaron su boca de bilis y ya no pudo retrasarlo más. Tenía que irse. Se elevó del lecho y comenzó a recoger su ropa ante la atenta mirada de David, quien se había sentado sobre la cama. Tenía el ceño fruncido y la cabeza un tanto hacia un costado.

—¿Qué ocurre?

—Nada —replicó en cuanto consiguió abrocharse el maldito sostén.

—¿Estás enfadada?

—No.

Se subió el cierre de la minifalda y se dispuso a colocarse la blusa.

—¿Mientes? No puedo distinguir cuándo lo hacen, así que no lo hagas.

—No te miento, David. Debo irme.

—¿Te hice daño? Tuve cuidado cuando entré en ti.

—¡David, por favor! Solo debo irme. Mañana... —Trató de calmarse, tomó aire con profundidad—. Mañana traeré a Miranda.

—Bien.

—Ahora debo irme.

—Comprendo.

Quiso gritarle que sabía que no comprendía nada. Que odiaba cuando decía ese «comprendo» que él utilizaba para enmascarar que estaba totalmente desconcertado con lo que sucedía, pero no quería que nadie se percatara.

No obstante, ella necesitaba huir. Tenía que salir de allí a como diera lugar y meterse bajo un chorro de agua que la hiciera sentir limpia de nuevo. Solo que no era de una limpieza exterior la que ella pretendía y sospechaba que la otra no sería tan fácil de lograr.

Capítulo 11

Angie aventó la puerta de su apartamento al saberse sola y se encerró en el cuarto de baño. Se desvistió con premura y, después de abrir el grifo del agua caliente, se sentó bajo el chorro. Se abrazó las rodillas y dejó que sus lágrimas corrieran por sus mejillas. Odiaba esa sensación de suciedad que parecía corroerla desde dentro de su ser, que, aunque refregara y refregara su piel, no pudiera deshacerse de ella.

Al día siguiente, David y Miranda regresaban del colegio e ingresaban al *hall* de entrada del edificio cuando se toparon con un hombre de unos cincuenta años con cabello castaño un poco desprolijo y barba incipiente.

—¡David! Estuve tocando en tu apartamento y ya me retiraba, pero aquí estás.

—No avisaste que vendrías, Craig.

—No, no lo hice. —Craig observó a la pequeña de cabello y ojos oscuros y tez canela que se aferraba al puño de la manga de la camiseta de David—. Te dije que tienes que flexibilizar más, David. ¿Recuerdas? Que íbamos a intentarlo.

—Sí.

—¿Vas a presentarme a tu amiga? Hola, pequeña, soy Craig, ¿y tú?

Miranda posó la mirada en David, pero este no dio señales de percatarse de que la niña buscaba alguna indicación.

—Davey. —Miranda sacudió la manga del aludido para captar su atención al tiempo que Craig vocalizaba en silencio y, con expresión atónita, el nombre que la niña había mencionado.

—¿Qué ocurre? —preguntó David sin alterar el tono monótono de su voz.

—No debo hablar con extraños —aclaró la niña.

—Parece lógico.

—David, Miranda se refiere a que yo soy un extraño para ella —agregó Craig con una sonrisa y le guiñó el ojo a la pequeña.

—Claro que no —contradijo David—. Te conozco desde que tengo doce años.

Miranda bufó y ofreció su manita al hombre de barba.

—Mi nombre es Miranda Mendoza, soy amiga de Davey.

—Mucho gusto, Miranda, soy Craig Scott. También soy amigo de Davey.

—David —remarcó David—. Solo Miranda puede llamarme de esa forma.

—Ah, con que con esas tenemos. Me alegro por ti, Miranda. —Craig presionó el apretón con ambas manos sobre la de la niña—. Todo un logro.

Los tres subieron por las escaleras sin necesidad de explicar por qué no lo hacían por el ascensor. Al ingresar al apartamento de David, este le entregó un pequeño paquete a Miranda sin mencionar nada.

—¿Qué es esto?

—Un control diseñado especialmente para niños con hemiparesia derecha.

Craig se quedó sorprendido de la expresión de total alegría y fascinación que mostró la niña. Hubiera aventurado que se molestaría con que David le hablara tan directamente de la discapacidad que ella tenía, pero parecía lo contrario. Ella abrió, no sin cierta dificultad, la caja blanca y sacó el contenido.

—¡Quiero probarlo ahora! —exclamó Miranda desde el sofá donde había tomado asiento.

—No, ahora debo tener el almuerzo listo ante de las doce treinta —anunció David al entrar en el área de la cocina.

—¿Puede sumarse uno más a su comida? —preguntó Craig.

—¿Quién? —quiso saber David

—Pues yo, ¿quién más? —contestó Craig al tomar asiento en una de las banquetas del desayunador—. Si es que hay suficiente para tres.

—Supongo. Miranda no come mucho.

—Genial. Hace días que no nos vemos y quisiera pasar tiempo contigo.

—Y con Miranda. Ella se quedará hasta que su madre la busque en cinco horas.

—Claro, encantado de pasar una deliciosa tarde con una señorita tan bonita.

Tenía sobre una hornalla un sartén con tres chuletas de cerdo y en una cacerola *mixeaba* unas calabazas cocidas al vapor mientras había ordenado a Craig que preparara una ensalada de tomate, albahaca y zanahoria rallada.

—Es la hija de Angela, ¿cierto? —preguntó el exterapeuta al cortar el tomate como sabía que le agradaba a David. Él era muy específico en cómo tenía que ir la verdura en una ensalada—. ¡David!

—¿Qué?

—Te pregunté si es la hija de Angela.

—Sí. Pero ya lo sabías.

—Ya me conoces, me gusta confirmar mis suposiciones. —Craig realizó una pausa en la que observó a David por el raballo del ojo—. Es una hermosa niña.

—Quiere que sea su padre —soltó el joven, y Craig se quedó pensativo ante la insólita solicitud de la niña, sin embargo, no podía negar que lo enternecía la relación que su expaciente había desarrollado con la pequeña.

—¿Y su madre qué opina?

—No lo sé, no le he preguntado. —David dio vuelta a las chuletas con una paleta de cocina de acero.

—El que tú te convirtieras en su padre implicaría que entre ella y tú... ya sabes.

—¿Qué? —preguntó David sin voltearse hacia Craig—. No comprendo.

—Intimaran.

El silencio los rodeó y el psicólogo notó la tensión en el muchacho. Presentía que había algo que David se había guardado para sí en las tantas llamadas que habían compartido en el último tiempo y, en especial, sobre aquella mujer morena de la que tanto hablaba.

—Ya lo hemos hecho —confesó el ingeniero informático con su voz plana.

—¿Y cuándo ibas a ponerme al tanto, David?

—En cuanto preguntaras, y ya lo has hecho.

—¿Están en una relación? —El entusiasmo y la curiosidad dejaron de lado al licenciado en psicología para dar lugar al hombre que amaba a ese joven que tan incomprendido había sido por las personas que debían haberlo amado. Era tan grande el anhelo de que David consiguiera esa contención y cariño que tanto Craig ansiaba para él, que estaba por salirle humo por las orejas de tanto que los engranajes de su cerebro trabajaban.

—No estoy seguro —contestó el moreno, pero luego, anunció de golpe—: Está listo el almuerzo y ya es casi el horario. ¡Miranda, a la mesa!

Podían ser imaginaciones suyas, pero Craig sospechaba que David se había escapado por la tangente, evitando, así, responder a su pregunta.

Carmen cerró la puerta del apartamento que compartía con su hija y su nieta. Dejó en el suelo la pequeña maleta que se había llevado con sus pocas pertenencias a la casa

de su hermana. ¡Cuánto había extrañado a Ange y Mirchus! Ya quería abrazarlas y contarles lo bien que estaba la tía, que sus análisis habían resultado perfectos.

Sacó su móvil del bolsillo de su chaqueta floreada y le marcó a su hija.

—Hola, cariño. Acabo de llegar a casa. ¿Quieres que vaya por la niña? Así puedes trabajar tranquila sin tener que echarle un ojo a cada rato.

—*Eh, es que... Mamá, Miranda no está aquí.*

Carmen frunció el entrecejo ante las evasivas de su hija.

—¿Se ha quedado en la casa de una compañerita del colegio?

—*No, está con su nuevo... niño.*

—¿Niño... como hombre? —El terror invadió a Carmen. Hacía tan solo unos días habían televisado un caso de uno de esos maestros que abusaba de sus alumnos y el solo hecho de pensar a su hija sola con un hombre la atemorizó y pensó lo peor. Carmen era esa clase de personas de darse al dramatismo en un parpadeo si se dejaba llevar por su mente.

—*Sí, es un hombre* —confirmó Ange.

—¡Angela, un hombre! ¿Desde cuándo lo conoces?

—*Pues... hace poco, en realidad.*

—¡Por favor, con todo lo que se ven en las noticias! ¿Cómo puedes dejar a tu hija, a mi nieta, con un desconocido? —exclamó ya fuera de sí. Sus venas se congelaron, el corazón se lanzó a una carrera frenética y el aire se le atropelló en la garganta.

—*Mamá, no es un desconocido. Es más, vive en el mismo edificio.*

—¿En qué piso? —preguntó con voz ahogada—. ¿Qué apartamento? Voy a buscarla. Notaba la resistencia de Angela a darle una respuesta, pero finalmente cedió.

—*En el segundo A.*

—Angela, ese es el apartamento de... ¡El loco! ¿La dejaste con ese desquiciado del que todos los vecinos hablan?

—*David no está loco, mamá. Y Miranda lo adora.*

—Oh, estás mal, hija. —Miles de pensamientos horribles se agolparon en su cerebro y el terror la invadió—. ¿Cómo has podido? ¿Quién sabrá lo que ese degenerado pueda estar haciéndole a mi pequeña?

—*¡Mamá, no hagas...!*

—Voy a buscarla ya mismo. ¿Cómo has podido?

Carmen cortó la comunicación con el corazón en la garganta. Había visto miles de

casos de pedófilos que tienen cara de personas bondadosas y en quienes las familias confiaban el cuidado de sus hijos. Se le cortó la respiración y ahogó un sollozo ante las imágenes horribles que se sucedían tras sus ojos. Aferró sus llaves tan fuerte en la mano que su palma parecía haberse fundido con estas. Salió corriendo y ni esperó a que llegara el ascensor, descendió las escaleras de dos en dos hasta arribar a la puerta del apartamento A, dos plantas más abajo de su casa.

Enterró su dedo en el timbre y no lo quitó hasta ver que la puerta se abría.

—¿Señora? —contestó un hombre de unos pocos años más que ella.

—¿Dónde está Miranda? —preguntó en un atolladero de palabras.

—¿Quién es usted?

—¡Apártese y dígame dónde está! —El sujeto le bloqueaba la entrada y no le permitía ver dentro del apartamento. ¿Dónde estaba su niña?

—¿Abu? —La dulce vocecita llegó a sus oídos y ella se precipitó dentro sin importarle chocar contra el costado del hombre que la había atendido.

—¡Miranda! —Se arrodilló frente a la chiquilla y le pasó las manos por el rostro, peinándole su cabello rizado y negro hacia atrás—. ¿Está bien, cariño?

—Sí.

—¡Nos vamos! —anunció y la aferró de la mano al tiempo que se alzaba del suelo.

—No. Ella está a mi cargo. —El retumbar de la voz masculina la estremeció y se volteó con sumo cuidado hacia el hombre sentado en el sofá en medio de la sala.

—¿Qué sucede? —preguntó la niña con esos ojazos enormes fijos en ella.

—A falta de uno, ¿tu madre te dejó con dos hombres? ¿Es qué se ha vuelto loca?

—Perdone, señora, ¿usted quién es? —inquirió el que le había abierto la puerta, que se acercaba a ella con cierto aire amenazador. Carmen solo quería salir disparada de allí con su nieta, de ser posible, ambas sanas y salvas.

—¿Y usted? ¿Cuál de ustedes es el loco que vive aquí? —cuestionó ella con una falsa valentía—. Pienso llamar a la policía si no nos dejan marchar —avisó al sostener en alto su móvil.

—Abuela, ¿qué pasa? —Miranda tiró de la mano con la que ella la aferraba, para llamar su atención, pero Carmen estaba muy alterada para contestarle algo.

—¡Que nos vamos!

—¡He dicho que Miranda está a mi cargo! —exclamó el hombre del sofá, se alzó de este y también se encaminó hacia ellas. De pronto, Carmen se vio rodeada por los dos

sujetos. Su mente corría a mil kilómetros por hora al buscar una salida de esa situación.

—Cálmate, David —comentó el hombre de más edad—. La señora está...

—¡Así que usted es el dueño de este apartamento! —atacó al joven—. Salta a la vista que es un desquiciado. ¡Ni siquiera puede sostenerme la mirada!

—¡Abuela, no! —se quejó su nieta, pero el temor hacía que Carmen no le prestara atención y que las palabras la abandonaran sin mediar pensamiento racional alguno—. ¡Basta! Davey, no le hagas caso. Ella no te conoce.

David se apartó hasta un lateral del *living*, más allá del sofá, junto a las ventanas del apartamento. Comenzó a andar de un lado al otro, negaba con la cabeza, murmuraba algo inaudible y movía los dedos de su mano derecha de una manera extraña.

Miranda se desasíó de la mano de su abuela y corrió junto a David.

—¡Cariño, ven aquí ahora!

—Usted se queda aquí, señora. —El otro hombre detuvo a Carmen con una palma en alto y una expresión severa que la atemorizó y la hizo dudar—. Ni un paso más cerca del muchacho.

—David, perdona a mi abuela, ella no te conoce —dijo Miranda con voz angustiada—. Quédate tranquilo, puedes escribir en el aire todo lo que quieras. —La niña tomó con su mano izquierda el puño de la manga de ese mismo lado del hombre. David se detuvo, dirigió el rostro hacia la niña y le dirigió una sonrisa amplia.

Craig atestiguó lo que para él fue un perfecto milagro. El hombre que conocía desde que había sido un niño de doce años, que apenas podía uno acercarse y ni pensar en tocarlo, permitía que una pequeña de siete años casi lo hiciera. Y lo más asombroso era esa hermosa sonrisa que esbozó. Jamás había visto tal expresión en él, nunca había mostrado una emoción tan genuina como la que le dedicaba a esa niña. Parecía que la criatura había conseguido que la crisis del joven se detuviera al instante.

El enfado creció en el exterapeuta como el lanzamiento de un cohete; en medio segundo alcanzó su velocidad máxima. Aferró a la mujer del brazo y le presionó la espalda contra la pared junto a la puerta.

—Escúcheme bien, *señora*, si llega a apartar a esa niña de David, no respondo de mí. No tiene ni idea de lo que acaba de tener lugar, pero es algo que he estado esperando por más de dieciocho años que sucediera.

—Los dos están desquiciados —afirmó ella con labios temblorosos.

—¿Me ha comprendido? —Presionó un poco más el agarre sobre el brazo de la mujer.

—No voy a prometer tal cosa. —La testarudez de la fémica podría haberlo atraído en otras circunstancias y contexto, pero en aquel momento solo podía pensar en David —. Mi nieta no va a juntarse con personas que no están bien de la cabeza. ¿Quién sabe lo que le habrán hecho?

La furia creció en el terapeuta de una manera inaudita. David no era su hijo, pero en ese instante sintió como si ella hubiera amenazado a su cría.

—¿Qué está implicando? —dijo entre dientes y con los ojos achicados en dos rendijas—. Ojo con lo que vaya a decir, cuide bien sus palabras. No sabe con quién trata.

—No quiero a ninguno de los dos cerca de mi nieta de nuevo —escupió la mujer, y Craig tuvo que concederle que tenía valor—. Su madre podrá ser débil, pero yo no lo soy.

—¡Angela no es débil! —gritó David de pronto, lo que hizo que Carmen saltara er el lugar y hasta se acercara al tipo que la esclavizaba por su brazo. El aroma a la colonia del sujeto que la apresaba la envolvió y, sin desearlo, sus sentidos despertaron y cobraron vida de una forma por tantos años olvidada. Aspiró con profundidad y se inclinó hacia la base del cuello masculino que quedaba a la vista por la camiseta clara.

—¿Está bien? ¿Quiere sentarse? —El cambio en el tono del hombre no le pasó desapercibido, de uno de hierro había mudado a ser aterciopelado.

Carmen sacudió la cabeza de un lado al otro y los ojos se le empañaron. Estaba cansada del viaje. Recién regresaba y, debido a la conversación mantenida con su hija, había temido por la seguridad de su nieta, por lo que la adrenalina se le había disparado, había explotado frente a dos desconocidos y, por encima de todo, se sentía atraída por uno de ellos.

—Hey, no ha pasado nada —replicó el sujeto al tomarla de la barbilla para conectar con su mirada. Su toque era tierno y su voz era calmada y relajante—. David no está loco, aunque te lo parezca. Tu nieta lo tiene bien domado. Míralos.

Carmen elevó sus ojos oscuros al hombre que estaba con la niña a unos metros y vio que ella le hablaba tranquila y con una sonrisa. Miranda parecía encantada con el

sujeto y él escuchaba lo que fuera que le dijera, dado que murmuraban y no lograba oír palabra alguna.

—Es un desconocido.

—Quizás para ti. Pero tu nieta y tu hija lo conocen bien. Él nunca les haría daño, eso puedo jurártelo.

—Tú también lo eres.

—Eso puede remediarse.

Sin saber cuándo, el hombre, que la sostenía con delicadeza y la observaba hasta con cierta dulzura, había comenzado a tratarla con familiaridad. Carmen fijó su vista en la masculina, unos tonos más claros que los suyos. El deseo que la asaltó la dejó tambaleante. ¿Qué mierda le pasaba? El parecía sonreírle con la mirada al formársele pequeñas arruguitas a los lados de los ojos. Además, esbozó una sonrisa que hizo que sus rodillas se sacudieran. ¡Tenía que escapar de ese sitio! Había un peligro, quizás no tan grave como el que había previsto, pero que también la atemorizaba.

Se desprendió del agarre del hombre, corrió al otro lado del living y asió la mano de su nieta.

—¡Nos vamos! —Tiró de ella hasta traspasar la puerta y dejar atrás a los dos tipos, en especial, al de más edad.

—¡Espera, David! —Craig detuvo a su expaciente al ponérsele delante e impedirle el paso—. Deja que se vayan.

—Miranda está a mi cargo —repitió el joven, y Craig sintió que se le estrujaba el corazón. Para cualquier otro la expresión facial no habría sufrido cambios, pero con los años que él conocía al muchacho, detectaba el desconcierto y la angustia bajo sus rasgos.

—Lo sé, lo sé. Pero su abuela no te conoce.

—Pero debe quedarse conmigo hasta que su madre venga por ella.

El móvil de David comenzó a sonar, pero él no hizo ningún ademán por contestar la llamada.

—David, te suena el móvil —apuntó Craig.

—Miranda tiene que estar conmigo —repitió David como si de un disco rayado se tratase.

—Debe ser su madre —supuso Craig, seguro de no equivocarse—. Atiende, muchacho.

—Yo no le he hecho nada.

¡Maldita mujer! Craig deseaba envolverlo en sus brazos y calmar ese corazón tan frágil que era tan fácil de herir. Pero David había consentido el haber sido abrazado en contadas ocasiones y no creía que esa fuera una de ellas.

—Claro que no —concedió el psicólogo con una sonrisa que esperaba que lo relajara.

—Jamás le haría daño.

—Lo sé. Cálmate, ¿sí?

David asintió con la cabeza de forma mecánica y caminó hasta el sofá, en el que se dejó caer con todo su peso. El móvil comenzó a sonar de nuevo.

Craig se aproximó hacia la mesa baja, agarró el aparato y contestó la llamada a sabiendas de que el joven no lo haría y de que estaba inmerso en sus pensamientos.

—Hola.

—*¡David! ¿Estás bien?* —exclamó la mujer del otro lado de la línea.

—*¿Angela?*

—*¿Quién habla? ¿Dónde está David? ¿Está bien?* —El temor en la voz femenina se le hizo patente a Craig y eso hizo que Angela sumara puntos para ser adecuada para el hombre que amaba como a un hijo.

—Cálmate, él está bien. Soy Craig...

—*¿Mi madre estuvo allí?*

—Sí.

—*¡Ay, maldición! ¿Cómo está él? ¿Tuvo una crisis?*

—No llegó a tanto, pero no podría decir que ha salido ileso del encuentro.

—*¿Por qué no atendió? No quiere hablar conmigo, ¿cierto? Ay, lo que le debe haber dicho mi madre. Ella tiende a exagerar, pero no es como la acaban de ver. Lo puedo asegurar.*

—Hemos presenciado a una mamá oso que cuidaba a sus crías —apaciguó Craig, aunque sin entender por qué razón defendía a la mujer—. No te preocupes, sé que no es una mala persona, pero ha molestado a David de forma injustificada.

—*Lo sé. ¿Puedo hablar con él?* —Las ansias de la mujer de saber que David estaba bien fueron tan palpables que entre dejaba ver un cierto sentimiento. Craig no

quiso analizar más el tema por no entusiasmarse por lo que podría surgir entre Angela y David.

—Creo que sería mejor que lo hicieras en persona, no está como para atender aún.

—*Lo siento tanto. No quería que pasara esto.*

—Lo sé. Habla con él cuando puedas.

—*Eso haré apenas levante en peso a mi madre.*

Craig cortó la llamada una vez que se despidieron. Le agradó la joven, tanto su voz como la preocupación por David y la calidez que mostraba cuando hablaba de él. Quizás su expaciente había encontrado a la mujer que tanto merecía. Alguien que lo amara por quién era y lo aceptara tal cual era.

Tomó asiento junto a David y casi posó la palma sobre la rodilla del muchacho hasta que recordó la aversión a ser tocado, así que cerró la mano en un puño y la hizo a un lado.

—Angela vendrá cuando salga del trabajo. —David no hizo ningún ademán de haber oído lo que le dijo, pero Craig sabía que lo había hecho.

—Quiero estar con ella —anunció David al cabo de unos segundos.

—¿Con Miranda?

—Con las dos.

Craig entendió lo que él trataba de decirle. David había avanzado mucho en su historia, pero aún tenía dificultades y estas podían boicotear la incipiente relación que fundaba con Angela.

—Tal vez deberías incrementar la comunicación con la joven, flexibilizar algunas conductas, aumentar tu círculo social y salir de tu zona de confort. —Se pellizcó el puente de la nariz con dos dedos sin saber si lo que le sugería ayudaría en algo y si sería posible de lograr. Le había dicho a David en incontables veces que debía consultar a un nuevo terapeuta, dado que, debido al cariño que Craig le profesaba, había perdido perspectiva con respecto a él. No obstante, David se rehusaba a hacerlo.

—Aparentar ser un neurotípico —concluyó, erróneamente, en base a las palabras del hombre mayor.

—No dije eso, David. No hay nada malo contigo. Me habías comentado de unos compañeros de juego que trabajan donde lo hace Angela y que ellos te han invitado a ciertas salidas. Quizás deberías aceptar concurrir a alguna, sociabilizar.

—Sí, debería y aprender a ser un neurotípico para ella —reiteró el ingeniero, ajeno a las palabras de su exterapeuta y solo enfocado en la resolución que se había formado en su mente.

Capítulo 12

—¡Mamá, debes disculparte! —exigió Ange con irritación en cuanto llegó a su hogar después del trabajo. Soltó su cartera sobre el pequeño sofá del *living* con un poco más de brusquedad de la que pretendía.

—¡No haré tal cosa! —gritó su madre desde la cocina—. Dejaste a tu hija con dos desconocidos.

—La dejé al cuidado de David. Lo conozco...

—Sí, como por dos días. —Su madre se volteó con dos dedos en alto, dándole más énfasis a sus dichos—. Ese tipo no es normal, tiene algún que otro problema en su cabeza, no te sostiene la mirada, camina de un lado al otro murmurando quién sabe qué...

—¡Basta! —explotó Ange con una rabia que ni sabía que existía en su ser. Algo se prendió en cuanto su madre comenzó a enumerar las particularidades del hombre—. David no está loco —masculló entre dientes.

—Hasta tú no estás convencida cuando lo dices —bufó Carmen mientras se disponía a preparar la cena.

Ange hizo un paneo por la pequeña estancia y no pudo menos que compararla con el hogar del hombre dos pisos más abajo, más espaciosa, luminosa y con mobiliario minimalista.

—Él no es normal como tú o yo, es cierto, pero eso no significa que esté loco, mamá —argumentó con cierto tono cansino. Ange se frotó la frente, tratando de calmar la incipiente migraña—. Y no se merece que lo hayas tratado así. David ha sido muy comprensivo con Miranda.

—Me compró un control especial —lloriqueó la niña que se había mantenido al margen hasta entonces, parada a un costado de las dos mujeres.

—¿Qué, Mirchus? —preguntó su madre al acercarse a ella y arrodillarse a sus pies.

—Me ha comprado un control que pueda usar yo para poder jugar en línea—dijo la niña por lo bajo con la cabeza gacha.

—¿A qué te refieres, cariño? —quiso saber su abuela, quien también acortaba las

distancias con su nieta.

—El control habitual tiene un *touchpad* que no podía dejar de tocar por mi problema con mi mano derecha. Entonces David me compró uno especial que ya no lo trae, sino que viene con un botón en la parte posterior. Es especial para niños *gamers* con hemiparesia.

—¡Oh, eso es fantástico, Mirchus! —exclamó Ange, algo muy cálido se diseminó en su corazón con respecto al ingeniero—. ¿Y pudiste jugar bien con el nuevo?

—Sí —afirmó su hija con entusiasmo—, estuvimos practicando y ya lo uso sin problemas. David me enseñó cómo.

—¿*Gamers*? —Carmen preguntó como si se tratase de una nueva droga que se vendiera en las calles—. ¿Controles? ¿De qué hablan?

—Juegos en línea —contestó Mirchus—. David es experto, y en anime.

—¿Anime?

Angela casi suelta una carcajada ante la expresión de desorientada de su madre.

Carmen era una mujer joven para ya ser abuela de una niña de siete años, de apenas cuarenta y pocos años, pero había temas modernos que eran como si vinieran del espacio exterior para ella.

—Sí, se los conoce todos. Dice que a él le gusta cualquiera, pero prefiere algunos que no me deja ver, no son para mi edad aún. También tiene una gran colección de *mangas* que me dejó leer y tocar después de haberme desinfectado las manos.

—¿Desinfectado? —preguntó su abuela con ojos desorbitados. Ange no podía menos que compadecerse de su madre. Recién llegada de un viaje apacible para ver a su hermana y, de pronto, le caía encima un gran cúmulo de información inesperada.

—Sí, con alcohol en gel porque la grasa que tenemos en la yema de los dedos puede dañar el papel.

—Ah, es un divino este David —mencionó Carmen con ironía mientras dirigía una mirada afín a su hija.

El rostro de Ange se tiñó de rojo y el impulso en salir en defensa de David volvió a pugnarle por dentro para ser liberado, pero se contuvo. Al fin y al cabo, era su madre y ella aún no lo conocía como para emitir una opinión fidedigna sobre él.

—Sí, lo es —contestó la nieta ajena a los pensamientos de su abuela—. Davey es genial y no miente jamás, ¿no, mamá?

—No, no lo hace —confirmó con la vista fija en la igual de oscura de su madre. Las

tres mujeres Mendoza eran muy similares en su aspecto, morenas de ojos oscuros y piel del color de la canela, menudas y bajitas—. Mamá, creo que deberías tratarlo un poco más antes de juzgarlo.

—Tal vez —concedió Carmen, y tan solo con esa frase dicha así al pasar, la intranquilidad de Ange se aquietó, pero la furia continuaba en su interior—. ¿A dónde vas? —le preguntó a Ange en cuanto esta se dirigía hacia la puerta del apartamento.

Ante la pregunta de su madre, Ange se volteó con una expresión severa. No pensaba perdonarla por más que hubiera actuado en pos de la preocupación por Miranda, porque ello implicaba que no confiaba en ella como madre. Angela jamás hubiera dejado al ser que más amaba en el mundo, su hija, con alguien que pudiera causarle algún daño.

—A ver a David.

—¿Qué es ese hombre para ti, Angela? —soltó su madre de sopetón. Angela volvió a detener su andar, pero esa vez no se giró hacia Carmen.

—Aún no lo sé, mamá.

—¿Y Andy?

¿Tenía que mencionarlo? Sintió un nudo en el estómago. Andy, ¿qué era él para ella? La confusión se había instalado en su ser de forma tan profunda que temía que fuera a lastimar a alguien con cualquier camino que tomara en su futuro.

—Tampoco lo sé.

Era cierto, no tenía idea de quién era David para ella, pero de lo que sí estaba segura era de que David le generaba algo que Andy ni cerca estaba de conseguir, y eso le dolía porque había esperado algo más con él. Era como si los confines de su corazón se hubieran derretido después de haber pasado tanto tiempo congelados, y todo gracias a ese hombre tan peculiar y de mirada esquiva. Necesitaba ver a dónde la llevaba ese nuevo palpitar que la colmaba de vida. Y solo David parecía tener el camino para ello.

La expresión en blanco que encontró cuando David abrió la puerta la cargó de angustia. Él no demostraba en sus expresiones las emociones que subyacían, pero, sin saber cómo, Angela había aprendido a reconocerlas. Él estaba dolido y era su culpa.

—David, yo... —Él la arropó en un fuerte abrazo y la elevó del suelo sin darle tiempo a nada. Enterró el rostro en la curvatura de su cuello y aspiró como si hubiera estado en abstinencia de una droga a la que era sumamente adicto, y ella se derritió

contra él. Ya no le importó nada, la confusión se desvanecía con cada segundo en sus brazos. Un solo objetivo se conjuró en su mente: seguir a donde las sensaciones en ella la guiaran.

Él la transportó hasta su cuarto y la acomodó sobre su cama. Él se deshizo de su camiseta por encima de la cabeza, en esa ocasión, una con la imagen de un joven con una máscara en su mano parecida a un cráneo con tres agujeros y tres picos en la parte inferior. Al contemplar ese torso desnudo, las dudas y la necesidad de que hablaran se apoderó de ella.

—Espera, necesitamos hablar... —Sin embargo, David no debía pensar lo mismo, dado que presionó sus labios contra los de ella y la obligó a abrirle la boca a su lengua. Ange se dobló ante la insistencia de ese beso, demandante y ardiente, y las manos que le quitaban la ropa con presteza.

Y ya no hubieron palabras de por medio. David no era de los que intercambiaban comentarios mientras hacían el amor, por lo que Ange se dejó amar en silencio. Él parecía poner su atención al completo en satisfacerla y lo conseguía con una maestría que la asombraba y la atemorizaba en partes iguales.

David mostraba tener una fascinación por la cicatriz de su cesárea. Ange siempre había renegado de lo poco estética que había quedado, pero al ver la mirada concentrada de él en esa línea sobresaliente en su piel, no pudo menos que arder. David deslizó una yema por la marca con una reverencia que la derritió. Le pasó la lengua por el queloide y ella se curvó en un semicírculo perfecto, ansiando más. Apartó los muslos a la espera de que se dirigiera allí, sin embargo, David permaneció sobre su pubis, respirando encima del camino de humedad que dibujaba en su cuerpo. Un cuerpo que no conseguía aquietar o que finalizara de estremecerse ante cada nueva lengüetada. Cuando arribó a la entrada de su sexo, Ange pegó tal salto que casi pareció despegarse del lecho, y David aprovechó ese movimiento para pasarle las piernas por sus hombros, lo que la hizo quedar totalmente abierta a la invasión de esa serpiente húmeda. Un gemido escapó de lo más profundo de su garganta al sentir que jugueteaba con su clítoris.

—¡David! —jadeó en cuanto él succionó el brote escondido entre sus pliegues con fuerza, luego lo mordisqueó al tiempo que una falange se adentraba en ella. Ange enredó sus dedos en los cabellos oscuros del hombre y tiró con fiereza, no obstante, él permaneció en su sitio, atormentándola con suma pericia.

El calor que viajaba por sus venas era tan intenso que creía arder en un lecho en llamas. Precisaba llegar a la liberación con un anhelo desquiciante. Su respiración se tornó frenética como si el aire no lograra entrar en sus pulmones. Quería gritarle que se detuviera y, al mismo tiempo, exigirle más. Una contradicción que batallaba en su interior con tal profundidad que la mareaba. Su pecho se movía con violencia ante cada lamida masculina y solo bastaron dos más para que apresara las sábanas en sus puños, los dedos de sus pies se encogieran y un grito agudo escapara de sus labios.

Ella quedó desfallecida sobre el colchón, en una postura muy poco sensual, estaba segura. Pero poco podía importarle. David la había guiado a una cumbre de placer como si fuera él único que tuviera el mapa de rutas.

Aún no se había recuperado, cuando él se alzó sobre ella y aferró uno de sus pezones en su boca. Jadeó y se corcoveó con pasión. Quería apresarlo contra ella, pero no se animaba a tocarlo con soltura. Temía que rechazara su toque, que no le fuera igual de agradable como le era a ella el de él. Sollozó al David pasarle el pulgar por su clítoris, sensible por el ataque anterior, sin soltar el azote de su lengua en el brote en su pecho.

De pronto, todo delicioso tormento desapareció al David alejarse de ella, y Ange volvió a escupir un sollozo angustiante.

—¿Dónde...? —protestó hasta que lo vio abrir el cajón de la mesa de luz y sacar un envoltorio azul metálico. En dos segundos, enfundó su miembro en látex para acomodarse sobre ella nuevamente. Siempre cuidaba de que sus ojos nunca se conectaran, lo que para Ange era motivo de irritación a pesar de entender su limitación.

Entró en ella con un cuidado que la desarmó y la colmó de una dulzura por dentro que nunca antes había vivenciado. Él se abrazó a ella e inició un lento vaivén, tan perezoso y con un ritmo tan pausado que toda ella sollozaba de tantas emociones que se arremolinaban en su interior. Quería permitir que las lágrimas corrieran por sus mejillas, pero a fuerza de voluntad las mantuvo a raya. Solo se dejó arrullar por ese hombre que parecía tan distante, tan falto de sentimientos, tan insondable, no obstante, que tanto se daba a ella y que tanto le mostraba en los casi insignificantes cambios en sus facciones, en sus pequeños actos que escondían grandes acciones.

No pudo contener el gemido que brotó de sus labios al alcanzar un clímax más dulce que el anterior, con una suavidad como si estuviera rodeada de algodones. A pesar de

que al él culminar quedó rígido como una tabla, dada la hipersensibilidad táctil que sufría posterior al orgasmo, Ange podía sentir la calidez que emanaba de él.

Cuando las respiraciones se calmaron, uno al lado del otro, miraban el cielo raso. Necesitaban hablar. Notaba que David presentaba cierta resistencia, pero Ange no quería dejar las cosas como estaban, quería deshacerse de la culpa que sentía.

—Quiero que hablemos de lo que ocurrió con mi madre. —Esperó a que él mencionara algo, pero no pronunció palabra alguna—. Ella tiene una idea equivocada...

—No le agrado porque estoy loco.

—No estás loco.

—Pero no soy un neurotípico, lo que para ustedes es lo mismo.

—¿Ustedes? David, no estamos en veredas enfrentadas.

—No, estamos en la cama —contestó él con el ceño fruncido, y Ange casi lanza una carcajada hasta que se percató de que él no bromeaba, sino que no había comprendido su frase.

—No quiero que hagas referencia a mí como que soy distinta a ti. Sé que no somos iguales...

—No lo somos —confirmó, tajante—. Pero tengo un listado sobre qué criterios hacen a un neurotípico y seguiré paso a paso.

Su corazón se oprimió. David había conformado una lista, una repleta de lo que creía serían virtudes y solo por agradarle a ella.

—Oh, David, no hace falta que hagas nada.

—Angela, sé que no puedes estar conmigo —argumentó, y la furia que había surgido antes en la charla con su madre se encendió nuevamente como si alguien hubiera echado gasolina sobre una pequeña llama. Porque su enojo actual no tenía punto de comparación con el vivenciado una hora antes.

—¡No soy perfecta, David!

—Ya establecimos que no lo eres, tienes una cicat...

—¡No! No soy perfecta por dentro tampoco —exclamó al borde de las lágrimas por la impotencia que sentía en cada conversación que mantenía con David. Había veces en que parecía un niño a pesar de que ella sabía que su CI era muy superior al propio.

—¿Tienes algo en tu interior? —preguntó él con la cabeza ladeada a un costado.

Ange se sentó y se abrazó a sus piernas para esconder su rostro en sus rodillas.

—Yo me vendí —susurró sin elevar la cara de su refugio.

—No comprendo.

—El padre de Miranda jamás nos ha ayudado de manera económica y desde que ella nació precisó de tratamientos especializados. Cuando Mirchus tenía tres años, me ofrecieron incluirla en un plan intensivo de rehabilitación en diferentes áreas específicas, pero tenía un alto costo monetario. En esa oportunidad, trabajaba como bailarina exótica en un bar. ¿Sabes lo que es?

—Un lugar donde se venden bebidas alcohólicas —respondió David, y Ange gruñó por dentro por no hacérselo más fácil.

—Me refiero a bailarina exótica.

—¿Bailarina procedente de otro país? —Si no fuera porque el tema la corroía por dentro, se hubiera reído de la respuesta estúpida que le había brindado.

—*Striptease*. Era una bailarina que se sacaba la ropa frente a desconocidos, por dinero. —Hizo una pausa a la espera de que David intercediera en la conversación, pero, de nuevo, no mencionó nada—. No obstante, el dinero que ganaba allí no alcanzaba para inscribir a Miranda en el paquete de tratamientos. En ese trabajo siempre tenía cierto tipo de *propuestas* por parte de los clientes —hizo hincapié en la última palabra, pero David pareció no notarlo—. Nunca había aceptado. Miranda necesitaba esos procedimientos que brindaba una fundación muy importante en la rehabilitación de las secuelas de la hemiplejía en niños, por lo que acepté un par de esas ofertas.

—Noto la cadencia que está teniendo tu voz y que me dice la gravedad del asunto, pero si no me dices de forma directa a qué te refieres, no lo comprenderé.

—Me vendí.

—Cuando vendes algo, eso se vuelve propiedad de alguien. ¿Le perteneces a alguien? —Ange negó con la cabeza sin entender el razonamiento de David y cada vez más frustrada por no poder hacerse entender sin tener que destriparse en el íterin—. Entonces no te vendiste, ¿cierto?

—Supongo. —Se encogió de hombros y mantuvo la cabeza gacha. En ese instante, era ella la que le rehuía la mirada, cargada de vergüenza—. Pero me acosté con una persona por dinero y, como no era suficiente, luego lo hice con otra.

—Te prostituiste —concluyó David, y no había sentencia en su voz, sino que tan solo establecía un hecho, como que el sol en alto en el cielo implicaba que era de día.

—Sí.

David hizo algo que la dejó con los ojos abiertos de par en par y con la mandíbula caída casi hasta su esternón. Se elevó un tanto del lecho y le palmeó la cima de la cabeza dos veces. Era un acto tan simple y rígido, pero ella lo interpretó como lo que era, la forma en que él pretendía consolarla de la oscuridad en la que se había hundido luego de que habían intimado.

—Ya no lo haces.

—Claro que no —replicó con rapidez.

—Bien —dijo y asintió con su barbilla—. ¿Miranda todavía necesita de ese plan de rehabilitación?

—Ahora continúa con sus tratamientos semanales, pero no los precisa con la misma intensidad que en aquel entonces. —Ange soltó sus piernas y apoyó la espalda contra las almohadas acomodadas delante del respaldo de la cama—. Ha mejorado muchísimo.

—Y eso es debido a que te prostituiste en esas dos ocasiones —apuntó él—. No tenías nada más que tu cuerpo para negociar e hiciste lo que hacía falta por tu hija.

—Sí, así fue —concordó Ange con lágrimas en sus ojos. Nunca esperó que justo él valorara algo tan horrible que había hecho—. No hallaba otra opción.

—Solo brindaste un servicio por el que se te pagó. Fue solo un empleo que desempeñaste en dos ocasiones. —David volvió a palmear su cabeza y el llanto pugnó por estallar en su garganta. No obstante, ella lo contuvo con todas sus energías—. Eso no te hace menos perfecta por dentro, Angela. Te convierte en una madre ideal para tu hija y que está dispuesta a lo que haga falta por su bienestar.

—David, quiero abrazarte. ¿Crees que podrás soportar la electricidad?

El silencio se prolongó y ella creyó que la rechazaría. Por eso no pudo más que bañarse de una cálida emoción cuando él apartó los brazos de su pecho y en los que ella se zambulló con premura. Ange se amoldó al cuerpo masculino que permanecía tenso, sabía que él no recibía el contacto físico de una forma relajada y no le importó. El confort que él le brindaba le era desconocido y era el más enorme tesoro que nunca le habían obsequiado.

Capítulo 13

Marcus interceptó a Alex antes de que saliera de su despacho, aprovechando que sus mujeres se hallaban en otro sitio de la agencia. Hacía tiempo que no hablaba con el hombre, más por falta de tiempo que de ganas, y debía confesar que lo extrañaba.

—¿Cómo va la terapia, hermano? —Sobresaltó a su amigo con la súbita pregunta salida de ninguna parte, pero necesitaba saber que le funcionaba como lo hacía con él.

—Bien —contestó Alex, como siempre, escaso de palabras. Se detuvo junto a su escritorio y conectó su mirada oscura con la verdosa de Mark.

—¿Y qué más? —Mark reclinó el costado de su cuerpo contra el marco de la puerta a la espera de una conversación, pero con Alex era difícil a veces establecerla.

—Solo eso —se encogió de hombros—, trabajamos sobre ciertos pensamientos automáticos.

—Ah, pensamientos automáticos. Hmmm —mencionó Mark como si tuviera idea de qué hablaba el moreno.

—¿Tú? —¡Gracias! Al fin había un ida y vuelta, algún tipo de enlace comunicativo que le brindaba. No se quejaba, con Alex siempre habían tenido una conexión más allá de las palabras, pero a veces, y solo a veces, quería una mantener una conversación de la manera convencional.

—Pues... pienso centrarme en las próximas sesiones en una propuesta que quiero hacerle a Keyla.

—¿Qué clase de propuesta es esa que debas verlo en terapia? —preguntó Alex al cesar de guardar unas carpetas en su maletín.

—Ya te enterarás. —En esa ocasión, era él el que no tenía deseos de proseguir con el intercambio. No le apetecía hablar de un asunto que le causaba tanta ansiedad e incertidumbre. Habían trabajado con el terapeuta su temor intenso al abandono, pero había situaciones que lo traían a flote de nuevo. Sabía que le faltaba un largo trecho, no obstante, debía reconocer que había avanzado a pasos agigantados.

—¿Desde cuándo no me cuentas qué te pasa? —cuestionó su amigo, y Mark notó que la preocupación aumentaba en Alex. Era algo que amaba y al mismo tiempo lo

enfadaba el hecho de que siempre Alex había tenido que velar por él, aunque Mark mantenía la misma custodia sobre el hombre que se había convertido en su hermano del corazón.

—Sabes que te amo, Alex. —Se acercó y le dio un apretón en el hombro—. Y serás al primero al que le cuente, tenlo por seguro, pero esto es... difícil para mí.

—¿Difícil en qué sentido? —Alex se enderezó y lo encaró—. ¿Qué sucede?

¡Mierda! A cada palabra boicoteaba su intención de tranquilizar a Alex.

—Deja tu papel de hermano mayor, viejo —ordenó con tono severo—. Solo difícil, no de vida o muerte. Es que tengo que hacer frente a la respuesta que pueda llegar a darme.

El rostro, usualmente imperturbable de Alex, se dulcificó y Mark sintió como se ruborizaba con intensidad.

—¿Te refieres a... algo que tenga que ver con un anillo?

—En parte. —Le rehuyó la mirada, se balanceó sobre sus pies y metió las manos en los bolsillos de su pantalón. Sabía la capacidad de Alex de meterse en la cabeza de uno con solo una rápida observación a tus ojos.

—¿En parte? ¿Acaso ella está...?

Mark casi lanza una risotada, si no fuera porque la máscara de cara de póker que mantenía Alex se le cayó en un santiamén y las alarmas estallaron en cada una de sus facciones.

—¡No, no, no! —Lo contuvo con las palmas en alto y una sonrisa—. Si fueras a ser tío, ya habría entrado en pánico, te lo juro. Y te hubiera exigido que te pusieras en el rol de hermano mayor o de padre, Alex. Es solo que quiero más con ella —finalizó con un bufido que indicaba lo agotado que lo traían los pensamientos que rondaban su mente.

—Te entiendo. Te dirá que sí. —A veces, envidiaba la forma de ver el mundo de Alex, en el que todo parecía blanco o negro. Sin embargo, en el de Mark todo tenía grandes matices de grises que le eran interpretables.

—No puedes saberlo.

—Claro que sí. La conozco y te ama.

—¿Qué pasaría si mi propuesta fuera por el todo? —preguntó con cierta ansiedad y con anhelo por la respuesta. No confiaba en nadie como Alex y él jamás mentía, así que sabía que le diría lo que pensaba sin filtros.

—No entiendo —comentó Alex con una ceja enarcada.

—Anillo, esarpines y nuevo tapete. —Mark estaba cada vez más ruborizado y esperaba que se abriera un enorme agujero en el suelo y se lo tragara entero.

—¿Nuevo tapete? —Alex rio por lo bajo y lo miró con cierta picardía.

—Tú sabes —Mark gesticuló con sus manos—, cambio de aires, quizás más cerca de Larchmont, donde vive cierto hombre un tanto insoportable, pero que extraño no tener al alcance de mi mano, y... quizás también cerca de New Rochelle, de la otra parte de mi familia que no veo tanto como me gustaría. —La tristeza lo embargó. Le había sido difícil cuando Sarah se había casado con Max e ido a vivir a más de una hora de distancia de ellos, pero cuando lo hizo Alex... Mark había sentido que desaparecía, que un pozo lo atraía y del que no hallaba la salida. Había tenido que convencerse a fuerza de voluntad que era lo mejor para su amigo, que comenzaba una nueva familia y que debía estar feliz por él y para él. Claro que había ayudado el haberse dado cuenta de que la princesa con la que tanto batallaba era la mujer de su vida. Keyla lo había mantenido a flote, arraigado al mundo.

—Piensas mudarte cerca de Sarah y de mí. —Si Mark no conociera tanto a Alex, se le hubiera pasado desapercibido la emoción en su voz y la brillantez en sus ojos.

—Es lo que estoy viendo con mi terapeuta. —Se encogió de hombros y se paró con cierta postura un tanto relajada que intentaba enmascarar sus temores—. Tengo miedo de espantar a Key con tanto.

Alex acortó las distancias en dos zancadas y lo envolvió en un abrazo tan fuerte que le quitó la respiración. Mark se moldeó contra el cuerpo de su hermano, un hogar tan conocido y al que siempre volvía cuando se sentía inquieto.

—Mark, cuando quieres eres un idiota. —De pronto, Alex lo soltó y salió de su despacho, dejándolo solo en medio de la sala.

—¿Qué quieres decir con eso? —gritó sin moverse del sitio—. ¡Hey, hermano mayor, no me dejes sin respuesta!

—Háblalo con tu terapeuta —fue la respuesta que recibió desde lejos—. Al fin y al cabo, a él le pagas.

Entraron en el restaurante y Mor percibió la incomodidad que los rodeaba apenas divisaron la mesa con su amigo y ex amante y el novio de este. Ella alzó la mano y fue

recompensada por una sonrisa cálida de Brian. Allí toda preocupación desapareció. Lo lograrían. Brian y ella eran amigos entrañables, más que eso, tenían un vínculo mucho más espeso que la sangre y no permitirían que las incomodidades de decisiones pasadas rompieran su lazo o el que construían con sus parejas.

Apenas estuvo a unos pasos de distancia, él se elevó del asiento y abrió los brazos para recibirla. Ella no se hizo esperar y se lanzó contra él.

—Hola, cariño.

—Hola, precioso —susurró contra el esternón masculino—. ¿Cómo estás?

—Muy bien. —Brian le dio un beso en la mejilla y la soltó para que pudiera saludar a Nick.

Nick, el nuevo novio de su amigo y ex con derecho a roces. El hombre que había llegado a conocer y que se había convertido en un buen amigo también al comenzar sus desafortunados encuentros con Gabe, antes de iniciar su relación. Nick era especial y era la persona indicada para Brian.

Se abrazó al pelilargo y le dio un sonoro beso en la mejilla, ante lo que él sonrió con picardía.

—¿Qué tal, amor? Gabe, tanto tiempo —dijo con cierta ironía, dado que ella sabía que Gabe había visitado a Mark en la agencia hacía solo un par de días, donde Nick era creativo.

—Nick, Brian —saludó al dar la mano a uno y otro.

Tomaron asiento y el silencio se hizo en la mesa. No se habían visto los cuatro solos jamás, siempre estaban rodeados por todos sus amigos. Era la primera vez que organizaban una salida, dado que ella y Brian habían establecido que tenían que hacer algo para no incomodar a sus parejas al ser amigos que solían acostarse.

—Bueno, quiero que dejemos las cosas claras —dijo Gabe, sorprendiendo a los otros tres ocupantes de la mesa—, Mor está conmigo y tú, con Nick. Los cuatro estamos más que felices. Yo ya no me siento amenazado por tu presencia y espero que tú, Nick, tampoco lo hagas por la de Mor.

—Claro que no —replicó el pelilargo con una sonrisa de oreja a oreja—. Eso ya quedó atrás.

—Bien, entonces, ahora podemos tener una cena tranquila y relajada, ¿cierto? —buscó confirmar Gabe.

—Tengo que hacer esto —aviso Brian mientras se elevaba de su asiento. Rodeó la

mesa y tiró de los brazos de Gabe hasta que lo tuvo de pie. En un segundo, rodeó al chocolatero en un abrazo fuerte—. Me encanta que volvieras por ella, Gabe —musitó el abogado al recordar cuando Gabe había huido, espantado por la pérdida de consciencia que había sufrido Morrigan debido a un shock hipoglucémico.

Mor estiró la mano por encima de la mesa y se encontró con la de Nick a medio camino, enlazaron los dedos y se sonrieron. Ya no habría inquietudes ni tensiones entre ellos, lo sabía.

Al salir del ascensor en la planta baja del edificio de apartamentos en el que vivía, Carmen se topó con un hombre que esperaba nunca volver a ver. Ni siquiera sabía su nombre, pero la escena que había hecho en casa del otro hombre que había estado con él aún la avergonzaba. Además, cuando había estado cerca de su cuerpo había sentido algo que creía dormido desde que su esposo había fallecido, y no le agradaba eso. No quería serle infiel al que había sido su gran amor.

—Permiso. —Quiso esquivarlo, pero él se interpuso en su camino.

—¿No vas a decir nada? —preguntó él con cierta sorna. Se trataba del hombre que había estado con David en su apartamento—. ¿Ni siquiera una disculpa?

Carmen estrujó la correa de la cartera entre sus manos.

—Lo siento. Saqué conclusiones apresuradas —murmuró con las mejillas teñidas de rojo y la mirada baja.

Dos personas salieron del ascensor y pasaron a su lado hacia la puerta de calle. Carmen se encogió y quiso esconder su cabeza en la tierra como un avestruz en los dibujos animados.

—En realidad, no es a mí a quien debes decirle esas palabras —replicó el sujeto al cabo de un rato.

—Lo sé. Pero no me atrevo.

—¿Le temes? —Carmen notó el enfado por debajo de la voz masculina y, cuando alzó la mirada a la de él, vio la irritación en sus ojos pardos.

—No es eso, sino que... No sé nada sobre él y mi hija y mi nieta lo han incluido en sus vidas así sin más. —No sabía por qué le relataba tales cosas, pero algo en él hacía que fuera sencillo sincerarse.

—Te preocupas por ellas. —Carmen asintió ante el silencio que procedió a la

afirmación varonil—. Puedo contarte sobre él con un café de por medio.

—¿Un café? —Sus alarmas, que parecían estar muy aceitadas, se prendieron. La sospecha sobre sus intenciones se elevaron alto en su mente, pero las acalló lo más que pudo.

—Sí, te invito a una cafetería y te contaré lo que quieras saber sobre él. —La voz del hombre perdió todo vestigio de irritación y enfado y se tornó dulce y aterciopelada—. No, en realidad, lo que yo crea conveniente.

—¿Es que tiene cosas que ocultar? ¿Por qué confiaría en ti?

Él lanzó un suspiro profundo mientras parecía cansado.

—No es que tenga cosas que ocultar. Lo cierto es que no podría contarte nada debido a que me ampara la relación terapeuta-paciente, pero no quiero que seas un palo en la rueda del vínculo que David pueda tener con tu hija.

¿Su terapeuta? ¿Él era una especie de psicólogo o algo así? Carmen lo revisó de la cabeza a los pies: cabello no muy largo, pero con barba incipiente de un par de días, camiseta gris, chaqueta de cuero negro, *jeans* gastados y botas oscuras y altas estilo militar. No, ese hombre no parecía un profesional de la salud para nada, sino un motero salido de un bar de carretera. Y encima la invitaba a tomar un café.

La duda se instaló en su ser. La atraía, ¿para qué engañarse? No obstante, al mismo tiempo, había algo en él que la intimidaba.

—¿Qué dices? ¿Aceptas tomar un café conmigo? Prometo comportarme, cariño. —pronunció la última palabra con un tono seductor que la estremeció entera, y odió esa sensación. No quería que ningún otro hombre le provocara esos estremecimientos, esos eran propiedad de su marido.

—No me llames «cariño» y solo iré para conocer más sobre este tal David —comentó seria y tajante—. No he oído buenas referencias sobre él en el edificio.

La expresión relajada que él había mantenido hasta entonces varió a una severa en un parpadeo.

—El muchacho necesita una oportunidad —argumentó; el enfado había retornado—. No lo condenes antes de conocerlo.

—Háblame de él.

Caminaron una cuadra en absoluto silencio hasta arribar a la pequeña cafetería situada en una esquina pintada en un verde musgo. Tomaron asiento en una de las mesas más apartadas de las tantas ocupadas.

—Craig Scott —soltó él de golpe. Pero antes de que ella pudiera preguntar nada, apareció un camarero entrado en años y les acercó una carta, sin embargo, ellos la rechazaron y tan solo ordenaron un café negro cada uno.

—¿Qué?

—Mi nombre, y tú eres...

—Carmen Mendoza.

—Bien, Carmen, te confiaré algunas cosas sobre David a grandes rasgos. —Ella asintió en respuesta—. Él vino a mi consulta traído por su abuelo, a la edad de doce años...

—Un niño.

—Sí, un niño introvertido y con fuertes crisis cuando se frustraba, lo que parecía ser una constante, salvo cuando estaba con Sergio Guerci, su abuelo. Él tenía una forma de tratarlo que calmaba al pequeño, sin embargo, él no vivía con el viejo, sino con su madre, y ese era otro cantar.

El mesero retornó con una bandeja en la que llevaba dos tazas pequeñas, las emplazó sobre el mantel marrón y se retiró.

—¿Su padre? —preguntó ella al abrir dos sobrecitos de azúcar y arrojar su contenido dentro del líquido oscuro.

—Desapareció a los pocos años en que se hizo evidente que tenía alguna clase de problema —comentó y dio un sorbo a su taza. Carmen notó que él no había endulzado su café, sino que lo bebía amargo—. David era como un animalito herido, no aceptaba que nadie se le acercara, que le hablara, y ni pensar en que lo tocaran. A todo tipo de contacto irrumpía en una crisis violenta. Lloraba, se golpeaba a él y a cualquiera que tuviera a mano, arrojaba objetos que tenía a su alcance. —Se mantuvo en silencio, como inmerso en los amargos recuerdos, y Carmen no pudo menos que compadecer a ese pequeño que tan solo había estado—. Luego no hacía más que mecerse, hecho un ovillo en el suelo. Triste, realmente triste. Pero ha avanzado tanto desde entonces. — La sonrisa retornó al rostro masculino y Carmen pensó que la cafetería parecía haberse iluminado—. Ha trabajado tan duro para convertirse en la persona que es hoy que odio que no le den una oportunidad de mostrar quién está detrás de sus limitaciones, de lo que salta a simple vista.

—Mi nieta lo adora —murmuró ella mientras revolvía su bebida con una cucharita—. Jamás había visto que se comportara igual con nadie antes.

—David es especial.

—Lo quieres. —Ella no pudo reprimir la sonrisa que esbozó en respuesta a la masculina. Él era alguien que invitaba a relajarse y te hacía sentir contenido de alguna manera. Empezaba a pensar que también lo había juzgado erróneamente por su apariencia, porque podía verlo como un psicólogo que trabajaba con niños con dificultades.

—Claro, ¿cómo no hacerlo? Por eso mismo ya no soy su terapeuta. Quisiera que tomara otro, pero no es bueno con los cambios, por lo que continúa llamándome cada vez que le ocurre algo. Como el conocer a cierta mujer que lo ha desestabilizado un tanto —finalizó con cierta picardía.

—¿Te refieres a que ha empeorado por conocer a Angela? —preguntó Carmen, y la indignación se filtró en su voz.

Craig chasqueó la lengua y rio por lo bajo.

—No, claro que no. Solo que no quiere meter la pata con ella, ha tenido alguna que otra pareja antes, pero por alguna razón tu hija es diferente para él.

—No debería sorprenderte, Angela es una mujer maravillosa. —La satisfacción estalló en su corazón, amaba a Ange y era una fantástica hija y madre—. Es igual a su padre: orgullosa, emprendedora, luchadora; no dejará que nadie se interponga en su camino cuando quiere algo.

—¿Y el padre?

El humor de Carmen se deslizó hasta sus pies. La pena se instaló en su ser como siempre que pensaba en su marido.

—Él falleció cuando ella tenía dieciséis años.

—¿Y no volviste a tu país?

—No, no me quedaba nada allí. Vinimos aquí apenas nos habíamos casado, Angela nació en Estados Unidos, y mi hermana también vino a Norteamérica al poco tiempo que nosotros. Ya no me quedaba nada allí. —De pronto, se percató de todo lo que le había contado y se enfureció. ¿Con qué derecho él le hacía tales preguntas? ¿Qué le importaba su vida? ¿Y cómo demonios había averiguado que provenía de otro país? Bueno, esa última era una pregunta estúpida. Tenía un acento bien marcado que se evidenciaba a cada palabra que pronunciaba.

Carmen se elevó de la mesa, furiosa más con ella misma que con nadie más, y él la tomó de la muñeca, deteniéndola.

—Quiero saber de ti. —Clavó los ojos en los de ella y Carmen volvió a estremecerse.

—¿Por qué? —jadeó.

—Porque quiero, así de simple.

Ella se soltó de su agarre y rebuscó dentro de su billetera hasta sacar dos billetes y arrojarlos junto a su taza.

—Pues es todo lo que sabrás de mí. No me interesa. No me interesas.

Craig se paró frente a ella. Tan cerca que su colonia volvía a envolverla y hacía tambalear su decisión de marcharse. Anhelaba echarse contra ese torso que se le antojaba tentador y gratificador, pero la angustia que surgió combatió esas emociones y pretendía ganar la batalla.

—Él falleció, Carmen. Debes darte lugar a volver a sentir.

—No —susurró con el último resquicio de energía.

—¿Por qué no, cariño? —La palma masculina acunó su mejilla derecha y ella se encontró buscando su toque, ante lo que parpadeó con frenesí para despertarse de ese sueño. Lo empujó un tanto para zafarse de él.

—¡Porque no puedo! —exclamó con voz rota—. No voy a engañarlo.

—No es así y bien adentro tuyo lo sabes. Es el miedo el que habla, Carmen.

Escapó. Eso fue lo que hizo. Salió lo más rápido que pudo de la presencia tan intensa de ese hombre. No lo quería cerca, tenía que rehuir de la calidez que la bañaba con cada palabra pausada y sensual que él le brindaba.

Capítulo 14

—¡Mamá, quiero ir al apartamento de Davey!

Después del caleidoscopio de emociones que había experimentado entre sus brazos, Ange había evitado que el hombre se colara más en su vida, mas no en su cama. No quería que su corazón se viera inundado por sentimientos de nuevo. Ange sacudió la cabeza cuando los recuerdos de la noche anterior le poblaron la mente.

—Mirchus, ya te he dicho que no. —Dejó un vaso con jugo de naranja exprimido frente a la pequeña, sobre la mesa.

—¿Pero por qué? —Iloriqueó su hija y confeccionó una expresión de perrito hambriento—. ¿Hizo algo malo?

—No es eso. ¡Vamos, toma tu desayuno! —Angela se acomodó frente a la niña y estiró el brazo para alcanzar las tostadas en medio de la mesa.

—¿Entonces? Mamá, no lo he visto en varios días y hoy es sábado, no tengo que ir a la escuela ni tú trabajar.

Desde la última vez que Angela y David habían mantenido relaciones, Ange se había negado a que él fuera a buscar a Mirchus a la escuela, sorprendiendo tanto a la chiquilla como a su abuela. No obstante, Ange no brindó explicación alguna y, salvo Miranda, nadie se las exigió tampoco.

—Miranda, basta ya —pidió, cansina y frotándose las cejas.

—¿No lo extrañas?

¿Qué clase de pregunta era esa? La verdad era que no había tenido tiempo de extrañarlo. Desde su último encuentro, ella había concurrido cada noche junto a David, una vez su hija y su madre se hubieran dormido. Retozaba con él hasta entrada la madrugada, en la que regresaba a su hogar.

No obstante, ¿lo extrañaba? Sí, cada vez más. ¿Y qué decía eso de ella? No tenía idea ni quería detenerse a pensarlo. Disfrutaba de la frescura de la honestidad sin tamiz de su boca, la inocencia de su ser y la desinhibición sexual que mostraba en la cama. Nunca había conocido a un hombre como él. Tenía en cuenta que David no era una persona normal, él mismo lo decía en cada oportunidad, que no era un

neurotípico. Sin embargo, ella había llegado a odiar esa palabra, una que la dejaba a ella fuera de él, en una categoría distinta y que parecía distanciarlos al final.

No se engañaba. No era como que pensara que ellos podían mantener algún tipo de relación seria, lo suyo era puramente sexual. Angela ya había desistido de los hombres, al menos, eso había creído hasta David. Pero no avanzaría a ningún otro plano que en el que estaban: en la cama y punto.

—Él no tiene a nadie más que a Craig, mamá. ¿No te preocupa que pase el sábado solo?

Ay, su hija era una auténtica manipuladora, dado que esa simple frase le aguijoneó el corazón y se supo perdedora de la discusión.

—Bien, iremos por unos minutos para ver qué tal está y luego nos iremos.

—Prometido.

Sin saber por qué, no creyó en la expresión inocentona que puso su pequeña. Parecía que detrás de sus ojos tan oscuros como los de ella había una especie de maquinación que tenía lugar.

David les abrió la puerta enfundado en su ropa de gimnasia: camiseta y pantalón de chándal. Aún se encontraba sudado, por lo que Ange suponía que no hacía mucho había regresado de su sesión diaria de *jogging*. A ella se le aceleró la respiración y la boca se le hizo agua de solo pensar en ese cuerpo húmedo por el ejercicio. Carraspeó para ahuyentar las imágenes eróticas que se le agolpaban en la mente.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó él de forma abrupta—. Deben avisarme cuando vengan.

—Ya lo sabemos, Davey. Pero nos olvidamos, ¿verdad, mamá?

Miranda entró en el apartamento como si se tratara del propio. Se dejó caer sobre el sofá del living y se dispuso a jugar con su control remoto personalizado que quedaba allí sobre la mesa ratona de madera pulida. Al haberlo hecho ya su hija, también Ange entró en el apartamento.

David se acercó a ella, enterró la nariz en la curvatura de su cuello e inhaló con fuerza.

—¡David! —lo amonestó en un susurro—. Miranda está aquí.

—Está de espaldas a nosotros.

—Aun así —insistió y se apartó un tanto de él. .

—Davey, ¿qué harás hoy? —preguntó la niña después de haberse arrodillado en el

sillón, mirando hacia ellos. El hombre giró el rostro hacia la voz infantil, pero no conectó sus ojos con los de ella.

—Almorzaré en el Ristorante Moratti.

—¿Podemos ir? —preguntó Mirchus.

—No, no iremos —negó Ange, tajante. No le agradaba como sus vidas se enlazaban sin que ella se lo propusiera.

—¿Por qué no, mamá? —Mirchus conformó un puchero con su boquita—. Davey comerá solo, ¿verdad, Davey?

—Usualmente, como solo los sábados. —Esa afirmación hizo que el estómago de Ange se tensara. Nunca había pensado qué hacía él fuera de su trabajo, sabía que veía anime y era fanático de la cocina italiana, pero nada más.

—¿Y los demás días? —quiso saber la niña.

—No entiendo la pregunta —mencionó David, frunciendo el ceño—. Los días que te busco a la escuela como contigo, pero eso ya lo sabes.

Ange no pudo menos que conmovirse por la soledad en la que habitaba David. ¿Acaso no tenía a nadie más en su vida? ¿Solo a Craig? Bueno, también a esa hermana que parecía mejor perderla que encontrarla. Sabía que jugaba en línea con Fred, Andy, Nick y Xav, pero no estaba segura de que se vieran fuera de ello. Tampoco sabía si se habían visto cara a cara antes de que le ofrecieran el trabajo en S&P, tal vez jamás lo habían hecho. Entonces David, en realidad, estaba solo.

—Nosotras comeremos contigo —confirmó, de pronto y sin pensarlo, Ange.

—Usualmente, como solo en Pasticceria Moratti.

—¿Prefieres hacerlo solo? De ser así, no insistiremos, ¿no, Mirchus? —La niña asintió y el silencio se prolongó a la espera de una respuesta del hombre que mantenía la mirada fija en el suelo—. ¿David?

—¿Qué?

—Si no quieres que te acompañemos, estará bien.

David no acostumbraba llevar a nadie a su almuerzo de los sábados. Había sido un momento que siempre compartía con su abuelo y al este fallecer no le era cómodo disfrutarlo con nadie más. Alguna que otra vez, Craig había insistido en concurrir para flexibilizar sus patrones de conducta, pero David no había conseguido relajarse.

Meditó en que se había propuesto pasar por un neurotípico, es decir, un ser normal, si es que sabía cómo aparentarlo. Suponía que debía hacer lo contrario a lo que

acostumbraba, ya lo hacía en ciertas ocasiones, como las laborales. Claro que en ellas tenía tiempo de anticipación para prepararse; aquí le ofrecían ir con él en menos de una hora. ¿Quería que fueran? Por sorprendente que le pareciera, sí, quería que fueran. Las quería con él, las ansiaba cerca.

—Sí.

—¡Genial! —gritó Miranda y estalló en aplausos alocados a la vez que saltaba de rodillas sobre el sofá.

—¡No hagas eso, arruinarás los almohadones! —indicó David con exasperación. No le agradaba que desacomodaran sus pertenencias, y que Miranda saltara sobre su sofá, desperdigando los almohadones, era una de esas ocasiones.

—Lo siento, Davey —se lamentó la niña, sin embargo, él notó que se veía feliz.

—Debo bañarme —miró su reloj— y saldremos en quince minutos. A las doce y veinte tengo que estar allí.

Contempló la expresión de Angela y supo que lo observaba como a un bicho raro. No le extrañaba, todo el mundo lo hacía en algún momento, solo que esperaba que ella no fuera una más de ellos. No obstante, luego le sonrió y asintió.

—Seguro. Esperaremos aquí mientras te pones listo. ¿Te parece bien?

—Sí.

Ellas podían estar en su hogar, no sentía la misma aprehensión que cuando iban otras personas. En realidad, no iba nadie salvo Craig, y él también estaba bien. Solo su hermana y cualquier extraño lo hacían sentir mal cuando invadían su espacio. No obstante, recordó que debía ser más sociable y comunicativo. Craig se lo había remarcado a lo largo de los años y por eso le había sugerido que iniciara con juegos en línea en donde había conocido al grupo de creativos de S&P por casualidad. Sería más sociable con Nicholas, Xavier, Andrew y Frederick, al fin y al cabo, Miranda decía que ellos eran sus amigos y tal vez fuera cierto. Aceptaría concurrir a la próxima salida a la que lo invitaran.

Cuando salió del cuarto de baño las halló acomodadas en el sofá de su *living* mientras veían una serie de anime, más específicamente, *Shugo Chara*, que trataba sobre una chica carente de autoconfianza.

—Ya estás listo. Le enseñaba a mamá uno de los anime que estuvimos viendo, pero le explicaba que tú ves otros que son...

—*Seinen*, para varones mayores de dieciocho años.

—Cierto —replicó la pequeña.

—¿Pornografía? —preguntó Angela, y David se detuvo en su andar. Hasta él sabía que los niños no debían ver esa clase de animaciones.

—No, claro que no. Eso sería *hentai*, en cambio, se denomina *seinen* a los que presentan violencia, desnudos y/o tópicos sensibles, pero no, necesariamente, sexo. En cambio, los anime *hentai*...

—Y yo le hice ver *Ballerina* en *Netflix* —lo interrumpió Miranda—, ¿recuerdas, mamá, que la vimos en el cine? Y le gustó, ¿cierto, Davey?

—Sí, tiene todos los ingredientes necesarios para ser buena: duelo, historia de amor, autosuperación, relaciones de amistad, familia...

—Davey me contó que veía anime con Craig, lo utilizaban como parte de la terapia, porque era un interés esteo-esteo...

—Estereotipado. Craig descubrió que a través del anime podía abordar los temas de teoría de la mente, alexitimia, y carencia de atención conjunta en mi tratamiento. — Sabía que divagaba como tendía a hacer cuando se enfrascaba en uno de sus intereses, pero era incapaz de detenerse. También sabía que las expresiones que hacía Angela significaban que no comprendía de lo que hablaba, o eso suponía—. En especial, los del género *slice of life*, que se tratan de historias típicas de la vida real. Trabajábamos las metáforas presentadas en las series al volcarlas a la vida real y en la decodificación de emociones en los anime. En estos dibujos animados, no se deja esa decodificación al azar como en los occidentales, en los que son más sutiles, sino que expresan de manera explícita la emoción por la que transita el personaje, con claves visuales muy obvias. Aparecen corazones a su alrededor cuando están enamorados; gotas de sudor caen por sus rostros cuando están nerviosos; al estar enfadados, sus rostros se tornan rojos...

—Eh, David, ¿te parece que ya vayamos al *ristorante*? De lo contrario, no llegaremos en el horario que esperas.

—Lo siento. —Como le ocurría siempre que tocaba alguno de sus temas de interés, no paraba de hablar y comenzaba un monólogo interminable que aburría a su audiencia, sin embargo, él no llegaba a notar la carencia de interés en el otro.

—Está bien —mencionó Angela con una sonrisa—. Me importa el asunto, sobre todo lo que tiene que ver con cómo te ayudo en el tratamiento con Craig. Preferiría que me comentaras más cuando estemos a solas. ¿Podrá ser?

—¿Quieres que te hable acerca de los anime? —preguntó David, sorprendido. Jamás creyó que a Angela pudiera interesarle sus aficiones.

—Sí, la verdad que no sé nada sobre ese tipo de dibujos animados y quizás puedas mostrarme alguno.

—¿Quieres ver anime conmigo? —quiso confirmar para no incurrir en un error con ella. Estaba tan decidido a que cada paso que diera fuera el correcto que temía dar uno en falso.

—¿No estaría bien? Lo haces con Miranda.

—Podríamos explorar en el género de *Josei*, los que son para un público femenino más maduro, como *Paradise Kiss*. No lo he visto, pero sé que pertenece a esa categoría.

—¿David?

—¿Hmmm? —cuestionó él inmerso en sus pensamientos o, más bien, en su almacén mental a la búsqueda de algún anime que creyera que pudiera disfrutar la mujer. Tal vez podría ser *El jardín de las palabras*.

—¿Vamos? —sugirió Angela.

—Sí, tenemos que llegar en diez minutos —estableció David luego de revisar su reloj, el que llevaba por el dorso, dado que le incomodaba sentir la tapa de este sobre su muñeca.

A pesar de que David manejaba con sumo cuidado y una velocidad prudencial, arribaron al *ristorante* en el tiempo preestablecido. Y acompañados por la misma música que en las ocasiones anteriores.

—¿Quiénes son? —preguntó Angela de pronto mientras viajaban en el automóvil. Al David no comprender la pregunta, la dejó sin respuesta—. ¿Quién es la banda que siempre escuchas cuando manejas? Noté que en cada ocasión es la misma.

—El album *The Wall*, de Pink Floyd.

—¿Cómo se llama este tema?

—*Comfortably Numb*.

—¿Nunca escuchas algo diferente?

—No cuando manejo.

David sabía que su conducta era extraña, pero escuchar a esa banda lo calmaba al conducir, hacía que la locura del tráfico con sus frenadas, bocinas y griterío de conductores desapareciera. Había logrado tan solo flexibilizar el escuchar un álbum

distinto cada vez.

A los pocos minutos entraban por el local de la familia Moratti. Era un *ristorante* típico italiano, con paredes revestidas en microcemento en color beige, mesas adornadas con manteles amarillo claro y que mantenían una distancia prudencial para que la conversación sea privada.

—*Ciao*, caro. ¿Cómo estás? —lo saludó el dueño con su sonrisa de oreja a oreja—. Me alegro que vuelvas acompañado, Davide.

—Hola, Ugo —saludó, a su vez, David. El hombre sabía que no debía ofrecerle la mano, por los años que hacía que lo conocía.

—Supongo que las señoritas querrán la carta —dijo el hombre mayor mientras les tendía el menú—. Aunque sé que este muchacho ya tiene seleccionado lo que almorzará.

—Comeremos lo mismo —anunció Angela.

—*Polenta taragna con casera e bitto* —confirmó David, aunque Ugo lo sabía de sobra. Había ordenado lo mismo en los últimos veinticinco años.

—Ni harán tiempo a parpadear que les traeré un plato delicioso a cada uno —informó Ugo en un tono que a David le pareció jocoso, pero no podría asegurarlo.

—Davey, ¿qué es eso? —cuestionó la niña. Emplazó los codos en la mesa y su barbilla sobre sus manos unidas. David estuvo a punto de decirle que debía bajar sus codos, pero se contuvo a tiempo. Quería ser un neurotípico, debía recordarse.

—Polenta realizada con una composición de grano de trigo sarraceno y de harina de maíz. Se pone agua y sal en una olla de cobre y, cuando esta hierve, se deja caer en forma de lluvia esta mixtura, se mezcla con una cuchara de madera de forma enérgica por unos cuarenta minutos...

—¿Y qué es eso de *casera e bitto*? —quiso saber Miranda.

—Dos clases de quesos oriundos de Valtellina —contestó, de forma abrupta, David al verse interrumpido en su soliloquio de cómo se realizaba el platillo que estaban por degustar. Su abuelo le había enseñado a hacerla, así que tenía mucha experiencia en la cocina de aquel pueblo de Sondrio de donde provenía él.

—¿Nunca has ido, David? —inquirió Angela. Tenía la vista fija en él, lo que lo incomodó. Quiso desviar sus ojos hacia los femeninos, pero no pudo. Era un imposible para él y eso lo molestó porque así podría dar un paso más hacia lo que cualquier persona conseguía realizar sin cuestionárselo.

—¿A dónde?

—Valtellina —contestó la mujer.

—No.

—Irás, estoy segura —afirmó ella, y quiso creerle, pero bien dentro sabía que no sería así. Un viaje de horas en un avión, encerrado, y después estar en un lugar distinto al habitual sería un martirio para él, que vivía esclavizado a sus horarios fijos y sus rituales—. Conocerás ese sitio que tanto veneras.

—Debo lavarme las manos. —Una vez dicho esto, David se elevó del asiento y estaba por dirigirse al baño, cuando una mano en el puño de la manga de su camiseta lo detuvo.

—Yo también voy —dijo Miranda, y algo se removió en el corazón de David, una emoción que no pudo precisar, pero que sospechaba que era positiva.

—Bien.

Ambos retomaron el camino al cuarto de baño del pequeño local de estilo italiano.

—Cuánto me alegra verlo acompañado. —Ange se sobresaltó ante el regreso inesperado de Ugo Moratti—. ¿No, *bella*? —preguntó a una señora de unos sesenta años como él, sin embargo, denotaba una hermosura inalterable por el paso de los años.

—Sí, algunas veces viene con Craig, pero desde que su abuelo falleció, cada sábado aparece solo —contestó la dama de cabello entrecano y curvas voluptuosas a lo Sophia Loren—. Al mismo horario y con el mismo menú. Desde que era pequeño, eso jamás ha cambiado.

—¿Viene todos los sábados? —preguntó Ange con inmenso interés.

—Sí, y siempre ordena la *polenta taragna* en los sábados —confirmó el hombre.

—Tiene rutinas muy establecidas, en especial, con la comida —agregó Angela con cierta tirantez.

—No era una crítica, jovencita. Davide es un hombre adorable. Aquí lo apreciamos mucho —argumentó la que suponía que era la señora, antes de retirarse hacia una mesa desde la que la llamaban los comensales.

—Disculpe a mi esposa Savina, se pone un poco a la defensiva con respecto al nieto de Sergio. ¿Sabe? Los cuatro, Sergio y Paolina, los abuelos de Davide, y Savina y yo provenimos del mismo pueblo. Vinimos casi al mismo tiempo aquí y nuestro vínculo creció aún más en este país desconocido en ese entonces para nosotros. Gracias por

estar para él —añadió el hombre, y Ange pudo sentir el profundo sentimiento que profesaba a David.

—Creo que yo soy la que tengo suerte.

—Me agradan sus palabras, señorita. Estuvimos muy preocupados por él cuando Sergio falleció, su madre nunca le ha demostrado mucho cariño que digamos. Los abuelos, en cambio, lo adoraban. Pero Paolina partió cuando aún era un pequeño y su abuelo, apenas él comenzó la universidad. Aún toca el violín como Sergio, ¿cierto? Era formidable contemplarlos. ¿Sabe? Han tocado aquí en un par de ocasiones, pero desde que su abuelo partió, nunca más lo ha hecho. —Angela se mantuvo en silencio. ¿David tocaba el violín? ¡No tenía idea! Jamás lo había oído ni visto el instrumento en su apartamento, ni él lo había mencionado nunca—. ¡Uy, allí vienen! Que no nos pillen —soltó el propietario antes de lanzar una carcajada y alejarse hacia las puertas vaivenes que daban a la cocina del local.

—¿Ya se han lavado las manos? —preguntó por decir algo mientras su mente se poblaba de miles de preguntas sobre el ingeniero. ¿Cuánto sabía de él en realidad? ¿Cuánto lo conocía? A cada día que pasaba, sospechaba que menos de lo que creía.

—Ajá —contestó su hija, y Ange pudo percibir el entusiasmo y la adoración que guardaba solo para David.

—Aquí tienen un antipasto de *bruschette* con jamón crudo y aguacate, una variedad de embutidos típicos y... —anunció Savina. Era una mujer preciosa con su cabello aún con hebras castañas y algunas canas, recogido en una trenza que caía por su espalda.

—*Taroz* —expresó David con la mirada fija en el plato que posaba la mujer sobre el mantel amarillo.

—Eso mismo, *caro*. —Se trataba de una mezcla frita en una sartén de papas y chauchas, previamente hervidas, cebolla y queso, les explicó la señora Moratti.

—Se ve delicioso y tengo tanta hambre que podría comerme una vaca entera —mencionó Ange, la boca se le había hecho agua al ver cada platillo más tentador que el anterior.

—Claro que no —la contradujo David con el ceño fruncido y la cabeza inclinada hacia un lado—, eres muy pequeña en contextura como para ingerir semejante animal.

—David —susurró Ange al acercarse a su costado, reprimiendo una carcajada—, es una forma de hablar para expresar que tengo mucha hambre.

—Comprendo.

Comieron hasta que Ange creyó que le estallaría el abdomen de tanto que se había excedido. Es que jamás había probado un antipasto y un primer plato tan delicioso y, menos, tan abundante. No podía menos que sospechar que se enamoraba de la cocina valtelinesa.

Se recostó en la silla y le dio un sorbo a su vaso con agua cuando vio venir a Ugo con una bandeja que contenía una torta y tres platos. ¿Es que seguirían comiendo? ¿Acaso esperaban que reventara?

—*Torta alle mele* —anunció el hombre con una sonrisa radiante. Se lo notaba orgulloso de su cocina y no tenía ningún reparo en demostrarlo.

—¿Qué? —preguntó Miranda con los ojos bien abiertos.

—Torta de manzanas típica, querida —explicó el hombre mientras emplazaba los platos sobre la mesa—. Es para chuparse los dedos. Eso sí, después de aquí no piensen hacer nada muy alocado porque quedarán de cama.

—Ya veo —musitó Ange. Su estómago le pedía que tuviera misericordia, que ya no podía ingerir ni un bocado más, pero es que esa torta de manzanas se veía tan tentadora que no pudo rehusarse.

David se giró hacia ella tan rápido que Ange creyó que la miraría directo a los ojos, pero estaba equivocada y su alma se desinfló. Él enfocó la vista en su barbilla y frunció el ceño.

—¿Estás enfadada?

¿Por qué demonios siempre creía que ella estaba enojada con él? ¿Tal vez lo hacía con demasiada frecuencia sin percatarse?

—No.

Mirchus se excusó para pasar al cuarto de baño y, de pronto, apareció una encantadora mujer de cabello oscuro, ojos verdes y tez olivácea. Preciosa era decir poco.

—¡Davide! Hace mucho que no te veo —exclamó la joven al posicionarse junto a David. Él se elevó de su asiento y le dedicó una tímida sonrisa. Esa que Ange tanto anhelaba para ella y ahora él la compartía con alguien más. Una emoción desconocida trepó por su interior, calcinado todo a su paso, dejándola en carne viva. No tenía idea de qué se trataba, pero era algo que la hacía querer arrancarle la cabeza con los dientes a la bella mujer.

—Giovanna. Hola.

—Hola. Ya te he dicho muchas veces que me llames Anna, Davide.

—Bien —dijo él, pero Ange sabía que él no lo haría. Jamás acertaba los nombres, sino que llamaba a cada uno con su nombre completo. Unas ansias inconcebibles de que a ella la llamara por su diminutivo la golpearon, que quedó un tanto tambaleante. Pero sabía que sería un imposible.

—Uf, sé que no lo harás, Davide. *Ciao, bello*, te dejo tranquilo. Le daré tus saludos a Nino, cuando aparezca ese bribón. Debería estar en la cocina hoy, pero estará bajo alguna falda por allí.

La joven se despidió con una carcajada y entró por las puertas vaivenes al sector de la cocina del *ristorante*.

—¿Quién es esa? —escupió Ange sin esconder el desprecio que sintió por la joven de hermosos ojos verdes.

—Giovanna es la hija de Ugo y Savina.

—Espero que Nino sea su novio —aventuró y miró las puertas vaivenes con sus ojos convertidos en dos rendijas.

—Saturnino es su hermano mayor. ¿Qué te ocurre? Tienes una expresión rara, tu rostro se ha vuelto rojo. ¿Estás excitada?

—¿David! No puedes preguntarme eso aquí —murmuró Ange con nerviosismo y desvió la vista a las mesas contiguas para ver si lo habían oído, pero cada comensal estaba enzarzado en su propia conversación.

—¿Por qué no? —murmuró él al acercar el rostro al suyo.

—Porque estamos en un lugar repleto de personas que podrían oírnos.

—Procuré que mi voz fuera baja, Angela —argumentó David—. Sé que no se puede hablar de nada relativo al sexo y nuestra intimidad en público, ya lo he aprendido.

A veces, David hablaba como si le hubieran puesto una especie de cinta de casete en la cabeza, que repetía una y otra vez lo que era apropiado y lo que no. Ange ni podía llegar a imaginarse lo que había sido la infancia de un hombre que había tenido que estudiar la forma de comportarse que a los otros les era natural.

—¿Qué tienes? —inquirió él de nuevo sin dar por zanjado el tema.

—Déjalo estar ya.

—No, dime —insistió.

—¿No me gustó que esa mujer te tratara con tanta familiaridad! —exclamó por lo

bajo—. No me agrada la forma en que te miró, eso es todo.

—¿Son...? —David hizo una pausa y ella se tensó. ¿Acaso se había dejado er evidencia?—. ¿Angela, estás celosa? Es cuando creemos que la persona que amamos pone su cariño en otra. ¿Acaso me amas, Angela?

—¿Qué? No, claro que no —se apresuró a negar.

¿Cierto? Ella no lo amaba, solo no le había gustado que esa mujercita morena de ojos verdes encantadores se mostrara simpática con el hombre con el que se acostaba. Solo era sexo, del bueno, alucinante, de ese que te hace dar vuelta los ojos y encoger los dedos de los pies, pero solo sexo al fin. ¿Cierto? ¡Argh!, su mente era un lio tremendo.

—Apenas vuelva Mirchus del baño, nos iremos a casa —anunció ella.

—Antes debemos terminar la torta, y Miranda aún no la ha probado siquiera.

Y así hicieron, dado que eran dos contra ella. Finalizaron hasta el último bocado de la torta de manzanas, esperaron a que les trajeran la cuenta y David abonó por todo el almuerzo sin permitirle colaborar en el pago.

Él estaba tenso, lo notaba. Desde que le había arrojado en plena cara que no lo amaba, había cambiado el aire relajado que habían compartido durante la comida. Ange sabía que debía detener sus escapadas nocturnas al apartamento masculino, especialmente, si él comenzaba a preguntar sobre emociones y sentimientos. No obstante, dudaba de que pudiera ponerles un freno. Ese hombre se había transformado en su única y más profunda adicción. Una que lograba derretir el hielo que la colmaba por dentro.

Capítulo 15

— ¡Vamos, Davey! Tienes que probar el pan de banana que hornea mi abuela. Te prometo que lo hace con harina integral —comentó Miranda al subir otro escalón.

Como David tenía cierto pavor a los ascensores, los tres iban hacia el apartamento de Miranda y Angela por la escalera. Volvían de dar un largo paseo por Central Park, durante el que Miranda tiraba del puño de la manga de Davey para mostrarle cada sector al que había ido con sus amigos, Gennie y Stef.

Él no los conocía, pero ella le había contado todo sobre ellos, aunque había información que él ya sabía, como que Gennie era la hija de la hermana de Alexander y Marcus y que Stef era el sobrino de Gabriel. Al parecer, Gabriel era dueño de una famosa fábrica de chocolates. Le gustaba que Miranda tuviera niños de su edad que la quisieran y más aún que fuera su amiga. Además, él practicaba el rol de papá cada vez que se la dejaban a su cargo, un papel que le era muy complicado y para el que había desarrollado listas sobre lo que debe hacer un padre y lo que no. No obstante, no parecía hacerlo mal, dado que ella no dejaba de remarcarle lo que le encantaba estar con él. Aunque habían pasado unos días desde que Angela le permitiera buscarla a la escuela. Debería preguntarle por qué no le daba su autorización, tal vez había cometido un error.

—Mirchus, no lo agobies —pidió Angela, y eso lo sacó de sus pensamientos.

—No lo hago, mamá. Davey quiere venir, ¿cierto? —preguntó la niña al tironearle del puño de su manga.

¿Qué clase de respuesta debía darle? No tenía muy en claro si quería enfrentarse a la mujer que había irrumpido en su apartamento días atrás y lo había confrontado. La madre de Angela lo había tratado de loco y no quería repetir la situación.

—Tu abuela me odia —soltó antes de poder comprender que era algo que debía guardarse para sí. Una dificultad que era muy característica en él, no lograba frenar a su lengua para poder meditar antes de hablar. O quizás percatarse de que lo que su mente ideaba no era información que al otro le cayera bien y que sería mejor mantenerla en su cabeza.

—Eso no es cierto —contradijo Angela—. Mamá no te odia, es solo que...

—Me odia —insistió él.

Al entrar al apartamento, David quedó sorprendido de lo pequeño que era a diferencia del suyo, aunque parecía más acogedor, o eso pensaba. Lo que le encantó fue el delicioso aroma a banana que inundó sus fosas nasales nada más poner un pie dentro.

—Hola, mis amor... —La voz de Carmen quedó en suspenso en cuanto lo vio. David sabía lo que ella sentía cuando lo miraba, lo mismo que la gran mayoría de las personas. Que era un bicho raro.

—Hola, abu. —Miranda corrió a su andar lento y se colgó del cuello de su abuela para estamparle un beso en la mejilla.

—Mamá, David vino a visitarnos —comentó Ange y dejó su cartera sobre un sofá de dos cuerpos en medio del diminuto *living*.

—Sí, lo invitamos a probar tu pan de banana —aclaró Miranda.

—Ah, sí. Está recién salido del horno —confirmó Carmen. David no sabía qué pensar de su expresión, aunque parecía más precavida en su trato con él que la vez anterior. ¿Quizás la había asustado con su crisis?—. Habrá que esperar unos minutos a que se enfríe.

—A mí me gusta calentito —dijo Miranda con una sonrisa de oreja a oreja, y se aproximó a él para tironear de su manga—. A ti también, ¿verdad, Davey?

—No lo sé. Nunca lo he probado.

—Yo... David, quisiera disculparme. Creo que me apresuré a juzgarte —musitó Carmen, y a David le pareció que se la veía nerviosa, pero no estaba del todo seguro.

—Comprendo.

Ange lo miró con una expresión que no logró interpretar. ¿Estaba enojada con él? ¿Había dicho algo que no debía? ¿Acaso debía disculparse él también? No creía haber hecho nada malo.

—Entonces no hay rencores, ¿no? —preguntó la mujer de más edad.

—Creo que no —confirmó él.

—Vayamos a la cocina y déjenme que les prepare una merienda exquisita —propuso Carmen y la sonrisa en su rostro lo sorprendió. Quizás no debería disculparse, dado que la madre de Angela parecía mejor dispuesta a él.

—Abuela, ¿recordaste usar el azúcar mascabo y la sal marina? —cuestionó

Miranda.

—Sí, cariño —confirmó su abuela—. ¿Quieres recordarme la causa de ese cambio en los ingredientes?

—Porque son los cinco venenos blancos, ¿no es cierto?

—Azúcar, arroz, harina y sal refinados, y leche pasteurizada —mencionó David de forma automática.

—Un día tienen que comentarme qué es lo que hace que se los llame así —pidió Carmen mientras se inclinaba frente al horno en una cocina en la que apenas cabía una persona. David estaba sorprendido ante las distintas dimensiones de ambos departamentos. Él vivía solo en uno que podía, fácilmente, ser el triple del de las mujeres.

—Sí, pero no ahora, abu, si no David no para de hablar sobre eso.

—Tuve que cambiar la receta al completo —mencionó la madre de Angela—, espero que esté delicioso.

—Yo solo quiero sentarme. Mi estado físico es deplorable si no pude aguantar subir cuatro pisos por escalera —replicó Angela y se dejó caer sobre el sofá. David tomó asiento junto a ella.

—¿No funcionaba el ascensor? —preguntó Carmen con el ceño fruncido desde la cocina.

—Sí, pero Davey no sube en él —exclamó la nieta.

—¿Por qué? —cuestionó la abuela, saliendo de la cocina—. ¿Le temes a los ascensores?

—Por culpa de su mamá, abu. Ella era mala.

—¿Qué te hacía tu madre, David? —quiso saber la mujer mayor, y él no pudo interpretar la expresión de su rostro.

—Ella trataba de que mi condición desapareciera —contestó.

—¿Tu condición?

—Sí —afirmó—. Me metía en el vestidor cada vez que se evidenciaba, como cuando escuché una melodía por primera vez y la pude tocar completa en el violín del abuelo, o cuando podía decir el diálogo de una película entera tan solo después de verla. Solo que nunca desapareció —finalizó y se encogió de hombros.

Ange y Carmen compartieron una mirada de puro espanto y dolor. La mujer más grande en edad se imaginó a ese pequeño repleto de dificultades que no sabría otra

forma de expresarse ni lidiar con sus problemas junto con una madre intolerante y poco comprensiva. Una ecuación que podría haberlo dañado irremediablemente, sin embargo, él parecía haber superado aquello.

—¡Oh, David, eso es una crueldad! Lo entiendes, ¿verdad? —preguntó Carmen y se sorprendió ante la falta de expresión facial que demostraba el joven.

—Craig me lo ha hecho comprender, y también que mi madre me tuvo muy grande y que no sabía cómo manejar a alguien como yo —comentó como si hablara del clima.

Carmen no podía creerlo, si esa horrible mujer estuviera frente a ella, la acogotaría por su brutalidad.

—Con tus dotes —remarcó Carmen cada vez más exasperada.

—Eso mismo dijo Craig —comentó el joven—, pero no creo que sean dotes.

—Son dotes, cariño, solo que no todo el mundo puede verlo —apuntó Carmen al tiempo que se le acercó. Quería abrazarlo y hacerlo sentir querido, un sentimiento que la sorprendió. No obstante, no se atrevió a tocarlo; por lo poco que le había contado Craig, David no daba la bienvenida al contacto físico.

Contempló a su hija y percibió sus ojos empañados. No sabía qué pasaba entre ellos, pero lo sospechaba. No era ninguna tonta, se daba cuenta de que Ange salía cada noche, al pensar que ya todos dormían, y regresaba apenas amanecía.

—Eso no es todo lo que su mamá le hacía, abu —prosiguió Miranda, y Carmer quiso exigirle que se callara, que ya no continuara relatando las atrocidades que le había hecho la mujer que más había debido amarlo—. También le gritaba mucho y Davey no entendía por qué, ¿verdad, Davey?

—Parece que han hablado mucho ustedes dos —bromeó Carmen a fin de aligerar un poco la tensión y el humor depresivo del ambiente.

—Miranda pregunta demasiado —contestó David.

Las mujeres rieron y la niña sonrió y se ruborizó ante la respuesta de él.

—Y Davey no sabe mentir —señaló Miranda, y su abuela pudo notar el profundo amor de Mirchus hacia él. Ese hombre había marcado a su nieta de una manera tan intensa que la alegraba y, al mismo tiempo, temía cómo fuera a reaccionar ella si él desaparecía de su vida.

Después de la charla que había mantenido con el exterapeuta del muchacho y lo que acababa de revelar, Carmen cambió su visión de David y comprendió lo que quería darle a entender Craig.

El hombre estaba solo y había transitado un arduo camino a pura fuerza de voluntad para llegar a donde estaba. Y aún le quedaba un largo trecho por recorrer.

—Hola, amor —saludó Nick a Ange apenas ella tomó asiento tras su escritorio en S&P. Cuando quiso darse cuenta, todos los miembros masculinos del equipo, exceptuando los jefes, estaban allí a su alrededor. En lugar de verse avasallada por tanta testosterona, se sintió conmovida por los nuevos amigos que le había otorgado su empleo.

La saludaron con un beso en la mejilla Xav y Fred y, cuando fue el turno de Andy, una incomodidad, que nunca había sentido en torno a él, la asaltó. Se enfadó consigo misma por sentirse de aquella manera, pero había algo que le faltaba en cuanto a él. Y no era que su corazón estuviera congelado, porque bien sabía que se derretía cuando estaba frente a cierto hombre de expresión imperturbable, postura extraña y lengua afilada. Esos ojos de ensueño, de un color tan claro como el agua, la contemplaban, no obstante, Ange solo anhelaba que unos pardos se fijaran en los suyos. Parecía que era su nueva meta en la vida, lograr que David la mirara aunque más no fuera por unos breves instantes.

Andy sentía la tensión en sus hombros y en las comisuras de la sonrisa que mantenía esbozada en su rostro y que ya le hacía doler las mejillas. Ange debería hacer a su corazón palpar con locura y que la sangre en sus venas corriera a raudales. Pero no, nada. No concebía la causa de que esa hermosa mujer no le atrajera. Angela era el sueño de todo hombre, sin embargo, pareciera que no el suyo, lo que lo hacía cuestionarse qué mierda estaba mal con él. Porque en definitiva, era él el que tenía el problema.

—Estoy preocupado, chicos. —La voz de Fred lo sacó de sus cavilaciones y no podía menos que agradecerse, no quería caer en ese pozo oscuro que lo atrapaba cada vez que se analizaba.

—¿Qué ocurre? —preguntó Xav con aquel tono tan suave y cálido que parecía hacer que toda la estancia se colmara de luz. Aunque Andy no podía dejar de percibir las sombras oscuras bajo sus ojos, estaba seguro de que eran a causa de que Braddock, su bebé de apenas meses, aún no lo dejaba dormir unas cuantas horas de corrido.

—David ha vuelto a rechazar salir con nosotros. Le dije que podría ser algo íntimo,

como estar en una casa y comer unas pizzas.

Andy notó la tensión en Ange al nombrarse al ingeniero informático. Hacía tiempo que David no aparecía por S&P y suponía que ella aún estaba sensible por el altercado que habían tenido una de las últimas veces que él había estado allí.

—Ay, encanto, sabes que él es un tanto especial —acotó Nick al pasarle un brazo por los hombros a Fred. Nick se veía tan feliz desde que la relación entre él y Briar se había hecho pública... Andy sabía que aún faltaban pulir algunos detalles, como que Brian se sincerara con sus padres, pero no había forma de no notar la felicidad que irradiaba su mejor amigo.

Envidiaba un poco la alegría que rondaba la agencia a medida que cada uno de sus miembros había encontrado a la persona con la que compartir la vida. Él anhelaba eso, pero no entendía por qué no conseguía hallar a esa mujer ideal.

—Lo sé —contestó Fred un tanto alicaído—, pero algo deberíamos hacer. No creo que se sienta parte de nuestro grupo. Sí, juega con nosotros en línea todos los martes y no va más allá de ello.

—Yo concuerdo con Fred. David nos necesita —afirmó Andy. Aún recordaba lo rígido que había estado entre sus brazos y los de Fred cuando lo habían abrazado. Entendía su rechazo al contacto físico, su aversión a conectar las miradas, su lenguaje un tanto peculiar, su torpeza al andar y unas tantas otras cuestiones. No era ciego, pero eso no era algo para que David se apartara de ellos, como parecía que intentaba hacer ante cada intento de aproximación por su parte—. No creo que se dé cuenta de que él mismo nos pone a distancia.

—No es fácil para él estar rodeado de personas —acotó Xavier—, sin embargo, creo que tienes razón. Cuanto más se mantenga lejos, más le costará acercarse a nosotros.

—Estamos de acuerdo en que David tiene que formar parte del grupo, ¿cierto? —buscó confirmación Fred.

—Sí —afirmaron cada uno de ellos.

—Bien, organicemos un plan para traer a ese pollito descarriado a este gallinero —aventuró Nick y puso una mano en medio de ellos. Entre risas, más manos se posaron sobre la del pelilargo a modo de acuerdo.

Ange se conmovió ante el afecto que sus amigos mostraban por David. Estaba segura de que él era ajeno a cuanto esas personas lo querían y la amistad que le

profesaban, como bien le había aclarado Mirchus en su momento. Se rio ante las ocurrencias de los creativos de cómo hacer que David «cayera en la trampa» para que se volviera parte del grupo, aunque el intercambio de ideas finalizó una vez que llegó uno de sus jefes, Alex, junto a una de las miembros del equipo y su pareja embarazada, Samantha.

Sam apareció con su enorme vientre y cada uno de los hombres se volvió un osito de peluche que hablaba con voz empalagosa y tonta frente a ella. Se notaba que estaban extasiados por el nuevo bebé que se sumaba a la familia de la agencia. Hacía tan solo unos pocos meses había nacido Braddock, el hijo de Charlie y Xav, y pronto lo seguiría el bebé de Sam y Alex, lo que hacía preguntarse a Ange quiénes serían los próximos en agrandar esa hermosa familia que se había formado más allá de la sangre. Porque, para todo ellos, S&P era una gran familia con un enorme corazón que admitía nuevos miembros, como los bebés, y algunos seleccionados muy específicamente, y en esa ocasión parecía que habían dictaminado que David se convertiría en uno de ellos.

Estaba revisando las citas que mantendría Mark al día siguiente, cuando alguien carraspeó junto a su escritorio. La tensión la invadió al alzar la vista y hallar a Andy medio sentado sobre la superficie de madera blanca.

—Me preguntaba...

—¿Sí? —cuestionó Ange. Por dentro rogaba que no la invitara a salir, que no volvieran a incurrir en ese error de nuevo. Pero al posar la mirada en aquellos ojos cristalinos y la sonrisa siempre presente de Andy, sintió que ese era el hombre ideal, por el que debía volver a la vida su corazón y que debían darse una nueva oportunidad.

—Pues... quería saber si te gustaría que quedemos para una cena y elegir algún nuevo estreno en el cine.

—Claro. Tú pon el día y, si puedo arreglar con mi madre para que cuide a Miranda, quedamos. ¿Te parece?

—¡Genial, Ange! Veré qué hay de nuevo en las carteleras y definimos qué veremos.

Andy se alejó y ella dejó escapar el suspiro que ni sabía que contenía. Él era perfecto, entonces, ¿por qué demonios solo podía pensar en David?

Capítulo 16

Una vez que Ange terminó de saludar a todos en la mesa en Chesterfield, el bar que era propiedad de un amigo de la infancia de Gabe, el chocolatero la aferró del brazo y la llevó a un costado, alejado de sus amigos.

—¿Qué hace tu maldito niño aquí, Ange? —cuestionó Gabe, la miraba con intensidad y su tono había sido bajo y casi amenazador.

—Shhhh —Ange miró a ambos lados y constató que nadie los había oído—, ¿quieres que todos se enteren?

—¿Se enteren de qué? —preguntó Gabe, y Ange pudo percatarse en su mirada grisácea que trataba de confirmar sus sospechas.

—Él es el ingeniero informático que desarrolló el nuevo programa con el que trabaja S&P.

—¿Él es el tipo que, según Mark, tiene ciertos aires de grandeza? Hasta he pensado en contratarlo para que replicara su programa en mi empresa. Has notado que es un tanto raro, ¿no?

—¡Él no es raro, Gabe! —exclamó la recepcionista, alterada y como un felino, desfundando sus garras lista para atacar a cualquiera que amenazara al hombre con quien disfrutaba de aventuras de sábana.

—Oh, por favor, te acuestas con él, ¿cierto? —preguntó el chocolatero para terminar chasqueando la lengua. La observaba con cierta diversión en la mirada, y Ange quiso darle una bofetada por ser tan engreído en algunas ocasiones.

Ella y él habían entablado una estrecha amistad cuando él se hizo cargo de su sobrino, Stef, y había concurrido a ella para que Miranda jugara con el niño.

—¿Qué? —exclamó y trató de sonar lo más indignada que su actuación le permitiera, pero sabía que no podía engañar a esa mirada inquisidora.

—Vamos, no me mientas —rio el muy maldito y esbozó una sonrisa un tanto lobuna—. Lo hiciste con tu niño.

—Shhh. ¡Gabe! —Ange lo amonestó y ansió taponarle la boca con su mano, pero esc haría más evidente que hablaban de algo que ella quería mantener oculto. Todos los

miembros de S&P, más sus parejas y algunos amigos externos a la agencia, revoloteaban alrededor de ellos, charlando entre sí, y eso la ponía en alerta.

—Ange, él es raro —insistió Gabe.

—Gabe, nadie te dio el derecho a meterte en mi vida y... no lo conoces.

—Oye, solo me preocupo por ti. —Le pasó una mano por los hombros y le sonrió de esa manera tan particular que a veces daba escalofríos, pero que, Ange conocía, escondía una gran calidez—. Te recuerdo que soy tu amigo. Además, no estoy en contra de que tengas algo con él. Es más, voy a hablarle ahora mismo.

—¿Qué? No. —Pero ya era demasiado tarde y Gabriel se acercaba al sitio donde David estaba parado, rodeado de los miembros de S&P con los que jugaba en línea.

—Hola, hombre. ¿Cómo va? —Gabriel le extendió la mano y David se quedó observándola. Sabía que la norma exigía que debía estrechársela, pero no le agradaba la sensación de una palma contra la suya, por lo que no alzó ninguno de sus miembros superiores.

—¿Cómo va qué? —preguntó a su vez.

—Tú. —Gabriel conformó una expresión en su rostro que él intuía que debía significar que le resultaba extraño, ya tenía experiencia con esa clase, era lo habitual.

—Bien —contestó un tanto reacio y desanimado. Había concurrido a esa reunión de la agencia para demostrarle a Ange que podía ser una persona más cerca de lo normal, y comenzar a congeniar con sus amigos en línea cara a cara le había parecido una buena ocasión.

—No te agrado, ¿cierto? —cuestionó Gabriel, y David volvió a enfocarse en este.

—Miras extraño, no sé si irritado o enfadado. Y sueñas prepotente.

—Cielos, pues tú tienes un habla pedante —contraatacó Gabriel. Lo había ofendido. Como era usual, David lo hacía sin percatarse antes de que ya estuviera hecho. No lograba aventurar las consecuencias de sus dichos hasta que el daño ya estaba efectuado.

—Es usual en mi condición. —Odiaba cuando se le quedaban mirando, y era precisamente eso lo que hacía el hombre que tenía frente a él, como si tratara de desentrañar un misterio imposible. Tal vez eso fuera él para el resto del mundo como ellos lo eran para él, como si viviera en el planeta equivocado.

Gabriel se aclaró la garganta.

—Mi sobrino me hizo ver un dibujo animado recomendado por Miranda, uno que

vio ella contigo.

—Vimos varios, ahora estamos con *Shugo Chara*, que trata sobre el autoestima y dejar salir tu verdadera personalidad. Pero es molesto que a Miranda solo le importe cuándo será que Amu e Ikuto se enamorarán y que Tadase no gane a...

—*Your lie in April*, a ese me refiero —lo interrumpió sin que pudiera especificar más sobre el anime. Lo irritaba cuando hacían eso, porque quería decir que hablaba de más y cansaba a su audiencia.

—Sí, fue un poco lento para Miranda, pero me dijo que le gustó. Aunque es triste.

—Yo... quería contarte que por muchos años dejé de escuchar el sonido de mi piano y que también lo cubrí de polvo, yo me cubrí de polvo. ¿Comprendes?

David frunció el ceño y meditó sobre las palabras de Gabriel por unos segundos. Se le daba mal interpretar algunos conceptos que no fueran literales, pero conocía bien la historia del anime y sus significados.

—Dejaste de tocar como el niño protagonista —concluyó—, lo entiendo.

—Y apareció una diseñadora en lugar del violinista en mi vida que me devolvió la forma de ver en colores y me hizo recordar que era un músico —continuó Gabriel.

—¿Una diseñadora? No había ninguna en el anime. Comprendo lo que la violinista hizo por el joven pianista, pero ¿de qué hablas?

—Morrigan fue mi violinista, Davey.

—David. —No entendía la fascinación de todo aquel con el que interactuaba de cambiarle el nombre. Él se llamaba David, solo había consensuado con Miranda que lo denominara de otra forma como lo había hecho su abuelo, pero con nadie más.

—Pero Miranda te llama Davey.

—Solo ella —puntualizó y esperó que se diera por sentado el tema.

—Y ahora yo, Davey.

Gabriel alzó la mano y David presintió que estuvo a punto de palmearlo detrás del hombro, pero debió pensárselo mejor porque dejó caer el brazo a su costado con una mueca en su rostro que no llegó a comprender.

—David —insistió e hizo una pausa y retomó de lo que hablaban con anterioridad porque creía no haber comprendido lo que Gabriel había querido darle a entender—. ¿Morrigan toca el violín?

—No, no me refiero a eso. —De nuevo esbozó esa mueca que a David lo dejaba desorientado. No le agradaba el tipo, no era agradable y, al siguiente instante, sí. Eso

lo hacía girar en sus impresiones.

—Yo toco el violín, mi abuelo me enseñó. —¿Por qué le contaba? David había dejado de tocar el día en que su abuelo había fallecido. Había guardado el instrumento y nunca más lo había visto—. Él también lo hacía desde niño...

—Espera. ¿Tocas el violín? ¿Lo tienes contigo?

—Sí. No —contestó a cada pregunta en serie. Los ojos del hombre se abrieron y sus labios se apartaron; David pensó que quizás sus facciones expresaban sorpresa, pero no podía asegurarlo.

—Ah, podríamos haber tocado juntos, en un rato tocaré el piano con mis amigos, Chez y Paulie.

—¿Los tres a la vez?

—¿Cómo si los...? —Gabriel soltó una risotada y David se encrespó al percatarse de que había dicho una estupidez. Claro que no tocarían a la vez el mismo piano, cada uno lo haría con un instrumento diferente, por eso eran una banda. A veces parecía que su cerebro debía tomarse unos segundos más para decodificar lo que le decían. Lo enfadaba que los otros comprendieran de forma automática lo que para él demandaba extensa meditación—. No, no. Paulie y Chez tocan el bajo y la guitarra, solo yo el piano. Podrías haberte unido.

David había visto el escenario en medio del bar con un piano en este.

—No toco en grupo, no logro seguir al resto. Solo puedo hacerlo solo.

Gabriel se lo quedó mirando de nuevo y eso lo hizo poner aún más nervioso. Sentía un hormigueo espantoso en su brazo y una necesidad imperiosa de alzarlo y comenzar a hacer movimientos extraños con su mano y dedos. No obstante, tensó el brazo y lo mantuvo pegado a su costado. Su nerviosismo no hizo otra cosa que ir en aumento. No acostumbraba a salir con gente y había mucha reunida alrededor de la mesa en la que se sentarían. No quería estar allí y, al hablar con este hombre, una sola persona nada más, ya se sentía examinado como una rana en una clase de biología.

—Un día probaremos, Davey —dictaminó Gabriel, y la seguridad de él se le contagió por dos segundos, luego lo descartó. Sabía que no podría, lo había intentado antes y nunca le tenían la paciencia suficiente al no poder integrarse a la melodía del resto—. Podríamos tocar el tema con el que audicionan Kousei y Nagi...

—Introducción y rondó caprichoso en «A» menor, *Opus 28*, de Camille Saint-Saëns.

—Volvían a referirse al anime que había visto Gabriel con su sobrino, *Your lie in*

april.

—Ese mismo, solo nosotros. Claro que tú harías de la chica y yo, del muchacho — culminó con otra risa. David se percataba de que ese hombre tendía a reírse cada dos o tres frases—. Estoy seguro de que tocas tan magnífico como ella.

—Claro que así es. Soy excelente.

—No te preocupes. Lo harás bien —le dijo con una media sonrisa. ¿Acaso se burlaba de él? David le había dejado en claro que era excepcional, entonces, ¿por qué esa afirmación?—. Me encantaría tener un violinista con nosotros, le dará otra perspectiva a mis canciones. Ahora, volviendo al tema, quería agradecerte que le hicieras ver ese anime a Miranda. Es muy emotivo, aunque un tanto profundo para niños de siete años, creo. —Gabriel realizó una pausa que puso aún más incómodo al ingeniero informático—. Davey, también quería aprovechar para hablarte de Ange. De ella y de ti.

—No. —David se tensó en el acto. No quería hacer nada que enfadara a Angela.

—¿No?

—Creo que no debo hablar de eso —confesó, sin saber por qué, al chocolatero—. Ella no lo ha especificado, pero entendí que no quiere que nadie se entere y no debería hablar de eso. No quiero avergonzarla.

—No creo que ese sea el caso. —La seriedad con la que Gabriel le replicó lo asombró; hasta ese momento había estado un tanto... ¿gracioso sería? Tal vez más alegre que en ese instante, no podría precisarlo.

—Yo no soy como ellos —afirmó al mirar hacia el grupo que había dejado a una distancia.

—No, no lo eres.

—He tratado, pero no puedo. Estudié las características de una socialización adecuada, pero no logro seguirlas con la propiedad correspondiente.

La mirada grisácea se clavó en él y no ayudó a que David pudiera relajarse ni un poco.

—Escucha, uno puede cambiar ciertos aspectos por la persona que ama, pero no mudar su esencia. Tú eres así y así deben aceptarte. ¿Entiendes lo que digo? No cambiar para que ella te ame.

El silencio se prolongó entre ellos. Los engranajes del cerebro de David estaban por fundirse de tanto que trabajaban.

—No me amaré. No soy normal.

—Pero se acuesta contigo, ¿cierto? —repuso Gabriel.

Sí, lo hacía. No obstante, sabía que eso no tenía nada que ver con el amor.

—Soy desinhibido en el plano sexual, a las mujeres les agrada hasta que quieren lo que no sé darles, comienzan las exigencias y los reproches...

—Davey, hombre —Gabriel metió las manos en los bolsillos de su pantalón y dejó escapar un suspiro mientras se balanceaba sobre sus pies—, no creo que sea eso lo único que le atraiga de ti. No puedo creer que vaya a decir esto, pero hay algo en ti que me agrada. Quizás sea que llevas la música en las venas.

—No puede llevarse música en las venas, Gabriel.

—Es una forma de expresar que la sientes en tu corazón como no mucha gente puede hacerlo.

—No sé sobre eso.

—¿Acaso la música no te transporta a otros lugares?

—Cuando toco, me encierro y no siento el traspaso de las horas, sensación de hambre o sueño o la gente a mi alrededor —recordó. Una nostalgia lo embargó, hacía tantos años que no tenía un violín sobre el hombro.

—Eso es. Eso mismo es llevar la música en las venas, hombre. La próxima traerás tu violín y probaremos. Sin compromiso ni expectativas, lo prometo.

—No creo que me agrades, Gabriel.

—Aún —marcó el chocolatero con un dedo en alto—. La clave está en la palabra «aún». Me amarás, ya lo verás. —Y con esa promesa, Gabriel McDougall se alejó. Sin embargo, apenas había dado unos cuantos pasos cuando se giró hacia él de nuevo.

—¿Me recomiendas algún otro anime, Davey?

—*Nodame Cantabile*. —Se trataba de un pianista que quería estudiar en el exterior, pero que temía volar, por lo que sus sueños se vieron frustrados. Hasta que conocía a una chica que le enseñaba a disfrutar de la música nuevamente. Estaba seguro de que a Gabe le complacería la historia, y el hecho de que compartieran dos de sus grandes pasiones, la música y el anime, era algo que sorprendía a David.

Gabriel asintió para, luego, proseguir su camino hacia la mujer de cabellos rojizos que era su novia, Morrigan, la diseñadora de interiores, y que David ya conocía de otro ámbito. Estaba seguro de que era ella, pero no se atrevió a acercarse a la mujer.

En cuanto arribaron Alexander y su novia embarazada, Samantha, todos

revolotearon a su alrededor. David no comprendía tanta excitación por la llegada de un bebé, sin embargo, él tenía en cuenta que le ocurría lo mismo con tantas otras situaciones cotidianas.

—Hey, me alegra que vinieras —dijo Frederick al posicionarse a su lado.

—Sí, hombre, creímos que nunca lo harías —mencionó Andrew, quien se había establecido delante suyo.

No le agradaba el tumulto de gente y se sentía incómodo al estar rodeado tan de súbito. ¿Cuándo tomarían asiento? Vio que algunas de las mujeres ya lo habían hecho y conversaban animadamente acomodadas a la mesa.

—Tengo que sociabilizar —musitó.

—Bueno, sería mejor si dijeras qué quieres, Dave —comentó Frederick, y David meditó en lo que había dicho el pelirrojo. La palabra «tengo» daba a entender una obligación, tenía razón en la diferencia en emplear una que hiciera referencia a la voluntad.

—David —corrigió como por enésima vez.

—Lo harás bien, no te preocupes —aseguró Frederick, y él solo esperaba que tuviera razón. Quería que Angela viera lo bien que podía comportarse en sociedad, que él podía ser una persona para estar a su lado.

—Me gusta tu camiseta —indicó Andrew haciendo un paneo con su dedo índice extendido sobre su pecho, sin llegar a tocarlo. Agradecía que desde esa vez en la que lo habían abrazado, nunca más le hubiera puesto las manos encima.

David bajó la mirada a su torso. Se había puesto una camiseta con una imagen del anime *Death Note*.

Las risas de las otras personas le llegaron a sus oídos. A unos cuantos pasos se encontraba la mujer que deseaba. Charlaba con Samantha y le pasaba la mano por el abdomen prominente.

—Un tanto oscura, ¿no crees? —añadió Frederick con la mirada verdosa fija en su torso.

—Tienes que verla, Fred. David me la recomendó y la verdad es que es genial. No tiene zombis, pero me mantiene totalmente compenetrado con la historia.

Andrew le había comentado que le encantaban las películas y series que contuvieran zombis, sin importar la historia. Podía ser disparatada, dramática o lo que fuera; mientras hubiera muertos vivientes, a él le fascinaría.

—Es un anime basado en un manga del mismo título, escrito por Tsugumi Ohba, que toca temas adultos, como el sentido de justicia, y pone en entredicho a la gente entre qué es lo correcto y lo que no lo es desde un punto de vista moral. Además, sus personajes...

—Tienes cierto parecido a L—dictaminó Andrew, interrumpiéndolo.

David de inmediato se llamó a silencio, como cada vez que lo detenían en su interminable monólogo, que él no registraba, pero que su audiencia se lo hacía notar. Sabía que se tornaba aburrido y obsesivo con ciertos temas, y el anime era uno de ellos. ¿Parecido a L? No sabía cómo tomarlo. Era un personaje extraño y con ciertas excentricidades de ese anime oscuro.

—¿En qué me ves parecido? —quiso saber.

—Pues... —Andrew se frotó detrás del cuello y escondió un tanto la cabeza entre los hombros—. Te gustan las cosas dulces y... Tienes una postura un tanto extraña, además de la forma de pensar analítica. Espero que no te hayas tomado el comentario a mal.

—Andy estás balbuceando —apuntó Frederick con una carcajada—. No te has enojado, Dave, ¿cierto?

—David. No, no lo he hecho. Puede que haya ciertas similitudes entre L y yo, pero no tomo asiento de esa manera incómoda ni sostengo el móvil de la forma extraña en que él lo hace.

—Cierto —acordó Andrew, y David notó que el hombre se había ruborizado—. Claro. Ven, siéntate con nosotros.

David siguió a los dos hombres que Miranda le había aclarado que eran sus amigos. ¿Lo serían? La ansiedad que ello le generaba le dijo que Craig tenía razón, debía consultar con un nuevo terapeuta, aquel que su antiguo le venía sugiriendo una y otra vez.

De pronto se vio a la mesa con Frederick de un lado y Andrew del otro y rodeado por todos los demás. David hacía lo posible para aparentar normalidad, pero le costaba. Se mantenía en silencio por miedo a decir algo que no debía, quedar en evidencia y que su condición saliera a la luz. ¡Qué estupidez! Su condición resaltaba como si tuviera un reflector enfocándolo en el rostro. Como en ese instante, en el que se sentía inquieto debido a la cantidad de gente alrededor, el ruido, las conversaciones que no lograba seguir, los brazos de los hombres a sus lados que lo

rozaban, las risas... Era demasiada estimulación sensorial y él tenía un problema con el procesamiento de esos estímulos. Se vio tan abrumado que intuía que estaba a punto de sufrir una de sus explosiones, por lo que se elevó lo más rápido que pudo de su asiento y corrió hacia el cuarto de baño para refugiarse. Escuchó que tanto Andrew, Frederick, Nicholas como alguno más lo llamaban, pero hizo caso omiso y prosiguió con su escape.

Capítulo 17

Ange tuvo que imponerse el desviar sus ojos de David cada tantos segundos. Ellos, traidores, no hacían más que retornar al hombre de cabello y ojos negros y piel pálida como si este fuera un potente imán.

Cuando lo vio salir disparado, no pudo contenerse por más tiempo y se apresuró tras él.

Ange abrió una rendija de la puerta del cuarto de baño de hombres para poder ojear dentro si había alguien. Al comprobar que no se encontraba nadie en la parte de lavabos, ingresó. Tocó en la única puerta cerrada de los cubículos.

—David —lo llamó en un susurro

—¿Angela? ¿Qué haces aquí? Es el baño de hombres, el de mujeres está en la puerta de junto.

—Lo sé. ¿Estás bien? —Ange aguardó una respuesta, pero no obtuvo ninguna así que se acercó al cubículo desde donde había salido la voz de él—. Déjame entrar.

David abrió un tanto la puerta y ella la empujó para que pudiera entrar en el improvisado refugio. Notó la incomodidad de David y se percató de que no le agradaba encontrarse en un lugar tan pequeño con otra persona.

—¿Qué ocurre? —preguntó; ansiaba tocar su rostro, acariciarlo y hacer desaparecer cualquier resquemor que sintiera.

—Quise intentarlo por ti, pero no pude —dijo David de forma atropellada y en un tono un tanto alto.

—¿Qué es lo que quisiste intentar? —cuestionó ella, tranquila y pausada. Contenía las ansias de rodearlo con sus brazos, lo alterado que lo veía le propiciaba una ternura que no creía posible.

—Venir aquí, ser normal.

—Oh, cariño, no. —La angustia en la voz masculina era tan palpable que su corazón se estrujó. Lo que daría por tener la libertad de abrazarlo espontáneamente y no tener que anunciar cada uno de sus pasos—. No tienes que hacer esto.

—Quiero ser normal para ti, Angela.

—David, voy a tocarte. Hazte a la idea. —Sin esperar su aprobación, lo abrazó con fuerza y apoyó la cabeza sobre su pecho. Percibía el latir del corazón masculino y le dio un beso sobre la camiseta como si pudiera calmar ese ritmo acelerado. Quería resguardarlo de todo mal, que pudiera hacerlo sentir seguro como lo hacía él con ella. ¿Qué haría con ese hombre? No deseaba sentir todas esas emociones por él, no quería esa revolución que solo él le provocaba por dentro. No obstante, no era lo suficientemente fuerte como para combatirla.

—Vámonos, David. Vayamos a casa. No hace falta que cambies por mí. —Ange acunó el rostro masculino y luego le pasó la mano por detrás del cuello para atraer su rostro al suyo y, así, poder besarlo en un beso. Su intención era que fuera dulce, pero con David no parecía posible y solo la dejó hambrienta de más.

David se fue antes del bar y ella lo hizo a los pocos minutos para no levantar sospechas en el grupo. Cuando se abrió el ascensor en el piso de David, este la esperaba en el quicio de la entrada de su apartamento.

Ella se paró en puntas de pie y le pasó los brazos por detrás del cuello para alcanzar su boca. Lo besó sin premura, pero, al instante, el beso se tornó intenso. Él la ciñó a su torso y la arrastró hacia adentro. En los momentos en que ella lo visitaba por la noche, parecía que estaba implícito el que podía tocarlo sin anunciarlo antes, dado que él nunca le había puesto reparos como en otras situaciones. Adoraba lo relajado y espontáneo que se mostraba en el plano sexual. Allí desaparecían las rigideces y las dudas y aparecía un hombre en extremo brindado al placer.

—No quiero una persona normal, David. Y tengo una propuesta.

—¿Cuál? —preguntó al alzar el rostro de la curvatura de su cuello, el que degustaba al mejor estilo vampírico.

—Venir a ti noche tras noche e irme por la mañana.

Él la observó con aquellos ojos oscuros como si intentara desmenuzar cada uno de sus pensamientos, aunque sin que sus miradas se conectaran. Se percató del reparo de David, él quería más con ella, lo sabía. Pero eso era todo lo que ella podía ofrecerle por el momento y esperaba que fuera suficiente, porque no quería despedirse de lo que disfrutaba con aquel hombre distinto a cualquier otro que hubiera conocido antes.

—Bien.

El silencio se prolongó entre ellos, sus miradas impregnadas en intensidad.

—Habíamos quedado en que me enseñarías películas en anime.

Había venido a su apartamento para una buena dosis de sexo, sin embargo, no quería solo satisfacer su carne e irse como siempre. Ansiaba otro tipo de conexión con él y sabía que se maldeciría más tarde, pero no podía evitar el anhelo que surgía en su corazón.

—Sí.

—¿Cuál elegirías para hoy?

David pareció pensarlo por unos segundos y le brindó esa sonrisa tímida que apenas era una elevación de las comisuras, pero que hacía que las rodillas femeninas se convirtieran en gelatina.

—*Your name*. Te encantará, se trata... —Ange le posó un dedo sobre los labios y lo acalló antes de que continuara.

—No me cuentes nada, quiero descubrirla contigo.

Luego de ver el film animado de origen japonés y, estando ambos apoyados contra el respaldo de la cama, Ange a duras penas pudo contener las lágrimas y el estrujamiento que había sufrido su corazón en el último tramo de escenas.

—Es hermosa, David. —Sin pensarlo dos veces, ella enlazó los brazos al cuello del hombre y se estiró sobre su torso—. No sabía que pudieran existir esta clase de historias tan conmovedoras.

—Tengo muchas más para mostrarte. —Ella se quedó pasmada cuando él le acarició la mejilla con el revés de su mano. David no era dado a los actos cariñosos así como así, de forma espontánea y sin que tuvieran un objetivo sexual. Quizás por la película que recién habían visto y que la había hecho disfrutar de una montaña rusa emocional o por el simple gesto de él, se emocionó hasta el centro de su ser de forma tan profunda que su corazón comenzó a latir de manera desenfrenada por él.

Él descendió la boca sobre sus labios y el deseo, que los había asaltado al haber ingresado al apartamento, retornó con una fuerza irrefrenable. En menos de medio segundo se hallaron desnudos encima de la cama masculina con sus cuerpos entrelazados y formando un solo ser. Jadeos y gemidos marcaban el ritmo del goce que los envolvía y elevaba a una dimensión fuera del plano corpóreo.

Craig hizo un paneo por la pequeña peluquería en la que trabajaba Carmen, la bella morocha de espaldas a él que peinaba a una señora. En cuanto sus ojos se encontraron

en el espejo, la mujer se tensó y su boca se aplanó.

Esperaba que la ira no alcanzara a David por haber averiguado dónde encontrarla.

Lo sorprendió la música que escuchaban, algo como... ¿rock pop? No tenía idea, sí se percataba que eran extranjeros y cantaban en español.

La joven que atendía la recepción se acercó a él, pero antes de que pudiera preguntarle nada, Carmen exclamó:

—¡Es mío, July!

—Eh —vaciló la recepcionista de unos treinta años y también de origen latino—, ¿cliente o...?

—Cliente.

Él tomó asiento en uno de los sofás rojos de cuero ecológico mientras Carmen finalizaba de trabajar con la señora sin dirigirle una sola mirada. Él solo sonrió ante la tensión que mostraba la mujer. La deseaba, no entendía cómo había sucedido, pero en el enfrentamiento sucedido en el apartamento de David algo se había generado entre ellos. Una especie de conexión que no estaba dispuesto a dejar ir. No estaba dispuesto a perder su oportunidad con ella.

—Tu turno —anunció Carmen, lo que lo sobresaltó. Había estado tan ensimismado en sus pensamientos que no se había percatado de que la clienta ya se había marchado.

Por un instante, se quedó pensativo. ¿Ella implicaba que se sentara en el sillón giratorio? Pues no la hizo esperar y así lo hizo.

—¿Qué quieres? —preguntó la mujer con brusquedad. Se la notaba enfurecida, pero él hizo caso omiso a su humor de mil demonios.

—Conocer dónde...

—¿Qué clase de corte? —interrumpió Carmen.

—¿Corte? No esperaba ninguno.

Ella le pasó las manos por el cabello y atrapó unos mechones entre dos dedos.

—Deberías cortarte un par de centímetros a los lados y hacer algo con el remolino en la frente.

¿Remolino? ¿Qué demonios era un remolino? Fijó los ojos en el reflejo de su cabello del espejo y trató de ver lo que ella indicaba.

—Carmen... —advirtió. No le agradaba una mujer furiosa con tijeras cerca de su cabeza.

—Este es mi trabajo —replicó ella abriendo y cerrando las tijeras con un ruido metálico—. Si no has venido a hacerte un arreglo de cabello, tendrás que marcharte.

—Bien. Hazme lo que creas conveniente, si es que así puedo tener una charla contigo.

La mujer le puso una capa de color rosa chicle por encima y la anudó por detrás de su cuello. Luego le roció con agua toda la cabeza y abrió y cerró las tijeras de nuevo como si fuera una especie de amenaza.

—¡Espera! —gritó Craig con una risa nerviosa.

—¿Tiene miedo acaso, señor doctor?

—No creo que seas la mujer más confiable con unas tijeras cerca de mi pelo. Quizás primero deba disculparme, al menos, para que no aniquiles mi cabellera.

—¿Implicas que soy poco profesional? —susurró la mujer junto a su oreja derecha, y un escalofrío lo recorrió entero. ¡Maldición que la deseaba! Sería suya sin importar nada.

—Tienes vía libre, haz lo que quieras conmigo, cariño.

La peluquera aferró un mechón de su cabello entre el dorso de los dedos índice y medio y tiró de este, a lo que Craig gruñó y frunció el ceño, siguiendo cada movimiento por el espejo. No quería tentar su suerte y terminar pelado, por lo que cerró la boca y no continuó azuzándola.

—No seas bebé. —Sin previo aviso, ella comenzó a cortar las puntas de las hebras castañas que sostenía, con una rapidez que parecía salida de la película de Tim Burton, *El joven manos de tijeras*. Salvo que Carmen era mucho más atractiva que Johnny Depp y Craig quedó hipnotizado con la determinación que mostraba el bello rostro femenino.

—Bien. Pasa por la caja y abona un corte —ordenó Carmen al tiempo que le desprendía la capa rosa chicle por detrás del cuello.

—Hey. —La detuvo al aferrarla por la muñeca antes de que pudiera alejarse de él. Craig se elevó de la silla giratoria y se apostó frente a ella.

—¿Es que acaso no trabajas? ¿Qué haces a esta hora de la tarde aquí? ¿Es que todo vale? —escupió pregunta tras pregunta y la indignación en sus palabras lo sorprendió.

—Aguarda un momento, Carmen. Creo que me malinterpretas a cada paso. No soy lo que crees...

—¿No eres lo que creo? —lo cortó—. ¿No estás ante la búsqueda de mujeres con

las que jugar? ¿No eres alguna clase de Don Juan moderno? Soy viuda, no tonta conozco a los hombres.

—No demasiado, cariño. —En ese instante, era el turno de él de enfurecerse con la mujer menuda—. Yo no ando ante la búsqueda de mujeres, sino de *la mujer*, Carmen. Y para que tengas en cuenta, estuve casado y le fui fiel. Fue ella la que no respetó los votos matrimoniales y la que me abandonó por otro hombre.

Sin agregar nada más a su descargo, Craig abonó el maldito corte y se marchó del salón de belleza con la sangre a punto ebullición y con una furia como hacía tiempo que no sentía.

Carmen quedó petrificada con la capa rosa en una mano y una garra invisible estrujándole el corazón. Tenía la sensación de haber cometido un profundo error con el hombre, haberlo sentenciado sin haberle dado derecho a juicio. La culpa la envolvió y una batalla entre la razón y sus emociones comenzó en su interior.

Tiró la capa sobre la silla giratoria y se tapó los ojos con sus manos, como si pudiera borrar lo mal que se sentía. Tendría que disculparse. Desde que lo había conocido, no había hecho otra cosa que comportarse como un ser despreciable, y ella no era así. Entonces, ¿cómo podía ser que ese hombre se sintiera atraído por ella? Pero lo peor era, ¿cómo ella podía sentirse atraída por él?

Capítulo 18

Desde que se habían despertado, Miranda no había hecho más que insistir en ir a ver una película que se había estrenado esa misma semana. Había estado tan obstinada con el tema que Ange terminó por aceptar. Lo que era raro era que quería asistir a un cine y un horario en particular.

En cuanto llegaron al establecimiento, Ange se quedó sorprendida al hallar a David parado delante de la entrada vidriada.

—¿Qué haces aquí? —cuestionó ella, y se arrepintió de su tono brusco y que no daba la bienvenida para nada al hombre.

—¿Me equivoqué de horario? —preguntó David al tiempo que revisaba su reloj—. Miranda me citó a esta hora.

—Hola, Davey. —Miranda tiró de la manga de la camiseta de David para llamar su atención, y Ange podría jurar que a él le brilló la mirada en cuanto la posó sobre la pequeña. Tampoco ella pudo ocultar la emoción que la recorrió y le caldeó el alma al ver el vínculo que se afianzaba entre su hija y el ingeniero.

David y Mirchus ingresaron y ella los siguió como un autómata. No entendía qué sucedía ni por qué David estaba allí, en una salida que supuestamente sería de ella y su hija.

—¿Compramos palomitas de maíz y una gaseosa, mamá?

—Mirchus, primero debemos hablar. No me habías dicho que David vendría.

David no se movió, pero Ange notó como él se cerró ante sus palabras. No era que le disgustara el que él hubiera ido, solo que no comprendía la intención de su hija y sospechaba alguna causa oculta.

—Quería que fuera una sorpresa —acotó su hija con una sonrisa de oreja a oreja, una que la desarmó en un instante, y Ange no pudo más que responderle con otra igual de entusiasta.

—Bien, vayamos por las entradas y luego iremos por lo demás —sugirió.

—Ya las tengo aquí —informó David. Con la vista fija en el suelo, él alzó los tres tickets.

—Pero... ¿por qué las compraste tú? ¿Acaso no te invitó Miranda?

—Mamá, es que él sí sabía que seríamos tres y había que tener las entradas con anticipación para no quedarnos sin lugar.

Tenía sentido lo que le decía su hija. Hacía mucho que no iba al cine y suponía que estaba desactualizada sobre el tema. Sin embargo, la asombró que ellos hubieran planificado la salida en secreto.

—Las adquirí en línea hace unos días para asegurarnos de tener el mejor sitio —informó David aún circunspecto y, le pareció a Ange, algo cabizbajo.

—Miranda, ten. —Le extendió unos billetes—. Ve a comprar las palomitas. David y yo te esperaremos aquí. —Quería hablar con él unos segundos, además, el puesto de venta estaba solo a dos metros de distancia, por lo que podría vigilarla mientras fuera. Mirchus tomó el dinero y corrió a su propia velocidad hacia el sitio de venta—. David...

—No quieres que esté aquí. Comprendo.

—No, no es eso. Es que...

—¡Ya estoy! —exclamó Miranda al arribar con un gran balde de palomitas entre sus brazos—. ¿Entramos?

—Voy por la gaseosa —anunció David.

—Bien, te esperamos en la entrada —dijo Ange. Quería hablar con él, no sabía cómo suscitar el momento apropiado. Siempre se las ingeniaba para hacerlo sentir no deseado y era algo que debía corregir. Todavía no tenía en claro qué era lo que le sucedía con él, pero sí tenía bien en cuenta que, lo que fuera, se trataba de una emoción intensa.

En cuanto entraron, Miranda se las ingenió para hacer que David tomara asiento entre las dos. Ange estaba incómoda con las miradas candentes que él le deparaba a cada instante, claro que no a sus ojos, sino al resto de su anatomía. Con el tiempo parecía que ella había logrado discriminar sus estados emocionales a pesar de su cara de póker. También la incomodaba la simpatía que había entre él y su hija, y el fuerte vínculo que habían conformado. ¿Tal vez fueran celos? A veces sentía que se quedaba afuera de ese grupo de dos.

La nariz de David olisqueándole el cuello la sacó de sus pensamientos. Al detenerse en un mechón de su cabello, a Ange se le cortó la respiración y su corazón se lanzó a una carrera sin igual. ¿Qué demonios le hacía él para hacerla sentir tan viva? Un

hombre que no era para nada lo que buscaba, más alejado de lo que podría caracterizarse de perfección. Lo deseaba, no entendía cómo, con todos sus defectos; era el único que la ponía en ese estado de profunda excitación y hacía que cada terminación nerviosa vibrara con un flujo de electricidad revitalizador.

—¡Basta, David! —lo amonestó por lo bajo—. Siempre haces lo que no se debe en el lugar equivocado.

David se sentó rígido y con la mirada fija en la pantalla. El ánimo de Ange se tambaleó. Se maldijo por dentro por haber dejado escapar esa frase y hacerlo sentir fuera de lugar de nuevo. ¿Cómo podía acortar las distancias con él? Odiaba ser una maldita neurotípica y solo marcar esa diferencia que los alejaba.

Por la noche, cuando Miranda y su madre ya estaban durmiendo, Ange salió a hurtadillas de su apartamento para dirigirse al de David. Estaba insegura después de cómo se había comportado con él. Habían terminado de ver la película y David se había mantenido en silencio durante el resto de la tarde, solo intercambiando algún que otro monosílabo con Miranda. La pequeña no se había soltado la manga de él en ningún momento. Lo adoraba y temía el momento en que la relación de Ange con David terminara. ¿Qué sería de Miranda entonces?

Descendió los escalones con miles de preguntas en su mente. ¿Y si él no le abría la puerta? ¿Y si se había enfadado por su actitud?

Sin embargo, cuando tocó el timbre y David le abrió, él se hizo a un lado para dejarla pasar, en silencio y con la mirada baja. Ella dio unos pasos hasta estar dentro del recibidor y, de inmediato, unos fuertes brazos la rodearon y él enterró el rostro en su cuello para olisquearla. Ange se colgó de sus hombros con una sensación de alivio inimaginable.

Pronto se vio transportada hacia el lecho y un hormigueo se desparramó por todo su cuerpo. Una necesidad tan intensa de ser acariciada por él, de que la elevara a esa dimensión del más puro placer del que él solo contenía la llave.

La depositó sobre el colchón con la usual delicadeza con la que siempre la trataba, ella se alzó sobre los codos y esperó a que él dijera algo, pero no fue así. David se limitó a desvestirla con parsimonia y, luego, pasó a quitarse sus propias prendas. Sin previo aviso, él se zambulló sobre la cama y capturó uno de sus pies en sus manos. Engulló uno de sus dedos y comenzó a chupar y lamer uno por uno mientras ella se retorció y se aferraba a las sábanas. Su lengua dejó un camino ardiente a su paso por

su pantorrilla y muslo hasta enterrarse entre sus piernas.

La enloquecía sin piedad. Ange no podía evitar que su físico se corcoveara y que jadeos escaparan de sus labios sin control alguno. Luego fue el turno de sus pechos de ser torturados; ella quería gritar: «más», «más». Se enfundó en latex y, en un movimiento rápido, la elevó y la sentó sobre su regazo, de espaldas a él con las piernas hacia atrás sobre sus caderas, para penetrarla al instante. La aferró por el cuello y el abdomen y la embistió a la par que ella formaba un semicírculo con su espalda. Era duro en sus envites, con una ferocidad que no había mostrado entonces, pero, al mismo tiempo, la sostenía con suavidad. Quería exigirle con todas sus fuerzas que no la dejara. Que él la sanaba y le limpiaba toda la oscuridad de su alma. «No me abandones, David», exclamaba su corazón, una y otra vez, pero en ninguna ocasión las palabras salieron de su boca. Ella llegó al clímax unos segundos antes que él y se derrumbó contra el pecho masculino, sintiendo como el la envolvía en la seguridad de sus brazos.

Anhelaba quedarse y dormir a su lado. Sin embargo, en cuanto se levantó del lecho para vestirse, él no hizo ningún movimiento en pos de que permaneciera. Tampoco pronunció palabra alguna para evitar su partida, por lo que se enfadó y se retiró disparada del maldito apartamento.

«¿Qué es lo que espero?», pensó con enojo. David jamás le exigía o le pedía nada, y eso que la tristeza la embargara, se sintió un ser utilitario de otro que se brindaba como podía. Era cierto, él solo se ofrecía a ella sin solicitar nada a cambio.

Subió a su apartamento y se sirvió un buen vaso de vodka con limón. No tomaba con frecuencia, pero, cuando lo hacía, esa era su primera opción y más cuando la noche parecía ser una correcta para hacerlo. Solo esperaba que su madre, a su edad, no le diera un sermón por una leve borrachera como hacía años no tenía.

Desde el último encuentro que había tenido con Craig, Carmen no había podido sacárselo de la cabeza y de que lo había herido con sus palabras. Su mente había sido un embrollo y la expresión del rostro masculino no lograba abandonarla. Por lo que tomó la resolución de que se disculparía a la menor oportunidad, sin embargo, no se lo había cruzado jamás cuando visitaba a David. Entonces, en ese instante, se dirigía hacia la Universidad de Columbia, una estructura atemorizante construida en un estilo

romano.

Vagaba por los pasillos del Schermerhorn Hall, donde se hallaba el departamento de Psicología, como si se tratara de un laberinto al que no podía encontrarle el centro hasta que, sin buscarlo, se topó con David de frente. Salvo que él no se había percatado de su presencia, solo pasó por su lado con la mirada baja.

—¡David! —lo llamó, pero él continuó con su andar, haciendo oídos sordos a ella. Carmen corrió tras él y lo aferró del brazo. Notó su error cuando él saltó hacia atrás—. Lo siento, pero no me escuchabas.

—¡No me toques! —exclamó antes de percatarse quién era—. ¿Carmen? ¿Qué haces aquí? ¿Pasó algo con Angela o Miranda?

Era tan difícil hablar con él sin que la observara a los ojos, por más que ella estuviera al tanto de su dificultad.

—No... ¿Pero qué haces tú aquí?

—Soy profesor de la carrera de ingeniería informática. Craig insistió hace unos años para que me ayudara a relacionarme más con las personas. Mi departamento queda en el edificio Seeley Wintersmith Mudd, a la vuelta de la esquina de este.

Carmen se lo quedó mirando. David no era... del todo normal, era lo primero que se le venía a la cabeza. Sin embargo, había algo en el joven. Algo que hacía que una se encariñara con él, lo veía en Miranda y lo sentía, en ese momento, en ella. Claro que su hija también tenía sentimientos hacía él, pero no lo llamaría encariñamiento, sino de otro estilo. Y Craig. Él parecía estar presente en la vida de David como una constante. Sabía que había sido su terapeuta, pero se había transformado en alguien distinto para él, su vínculo excedía uno terapéutico, más bien se comportaba como si fuera su padre. Lo había sentido en el momento en que se interpuso entre ella y David apenas se habían conocido y ella temió que fuera un pedófilo o algo similar.

—David, quiero dar con Craig, pero no sé dónde hallarlo.

David revisó su reloj en su muñeca.

—A esta hora está a cargo de la clase de Teoría de la mente y cognición social, aula número tres.

David dio por zanjado el tema, o eso le pareció a Carmen al esperar que él le dijera algo más o, al menos, se ofreciera a guiarla hacía allí. Sin embargo, él se mantuvo en silencio con la mirada un poco más allá.

Carmen se aclaró la garganta y también desvió la vista con cierta incomodidad y

sintió como sus mejillas se teñían de colorado.

—¿Podrías llevarme hasta allí? —preguntó.

—Sí. —Sin embargo, él continuó parado donde estaba sin dar un paso para ningún lado.

—¿Bien? ¿Me llevas?

Craig estaba en medio de una clase cuando la vio ingresar por una de las entradas al lateral del aula. Se quedó pasmado de la sorpresa y, por un instante, perdió el hilo de lo que decía. ¿Qué la traería allí? No se le ocurrían las razones. Hacía unos minutos había hablado con David, así que no sería nada referente a él. O, más bien, después del escabroso comienzo que habían tenido los tres, eso esperaba. Tenía puestas sus esperanzas en que Angela y David pudieran sortear todos los escollos en su camino.

—Bien, alumnos, quiero presentarles a Carmen —hizo una pausa, esbozó una sonrisa picaresca y alargó un brazo hacia ella en indicación de que se acercara, y cuando la tuvo al alcance de su mano, añadió—: la mujer de mi vida.

—¿Qué? —exclamó Carmen a la vez que el alumnado estallaba en risotadas. La indignación de la mujer y las ganas de aferrarlo por el cuello y no precisamente de manera amorosa eran más que evidentes en la furia que arrojaba su mirada oscura. Sin embargo, Craig hizo caso omiso a los instintos asesinos reflejados en la fémica.

—Cariño, termino en veinte minutos. ¿Podrás aguardarme? —Carmen asintió con las mejillas enrojecidas a pesar del tono canela de su piel. Él se moría por acariciárselas y apaciguar el fuego que se percibía debajo—. ¿Es un asunto urgente? —Ella negó con la cabeza y, antes de que se marchara, la asió de la muñeca—. Has venido hasta aquí, ahora no escapes y espérame.

Podía sentir a su corazón exaltado por la presencia de la peluquera. Cada vez que la contemplaba la encontraba más hermosa, una belleza natural y de la que ella parecía ser ajena. Era un enorme paso el que Carmen hubiera ido a buscarlo y no quería hacer ningún movimiento que volviera a asustarla. Aunque quizás ya lo hubiera hecho al introducirla como la mujer de su vida frente a toda su clase. Se dio una patada mental en el culo por ser tan bruto. ¿Pero qué podía hacer? Lo traía loco y eso hacía que se desinhibiera y su capacidad de razonamiento se convirtiera en papilla.

En cuanto dio las últimas indicaciones para la siguiente lección, todos sus alumnos salieron disparados del aula. Craig suspiró, guardó sus libros en el morral y salió en busca de la mujer que rezaba que estuviera aguardándolo en el corredor.

Allí estaba, sentada en un banco de madera, con su cabello negro azabache hacia un costado, sobre el hombro, y la falda de su vestido rojo floreado bien acomodada para que no se vieran sus rodillas. Toda ella parecía brillar e inundarlo de luz, como si la luminosidad irradiara de su interior.

—Hola, cariño. —Ella se alzó al Craig acercársele, y él le pasó un brazo por la cintura para estrecharla contra su cuerpo.

—¡Craig! —Carmen lo empujó con las manos cerradas sobre su pecho o, al menos, lo intentó, pero él ciñó su agarre sobre ella—. ¿Qué haces?

—Te he extrañado. —Le sonrió como un idiota. Si pensara dos segundos en su comportamiento sobre la mujer, vería que se había convertido en uno con todas las letras. En lugar de darle el espacio físico que ella reclamaba con sus empujes, él se hacía el desentendido y la mantenía contra él—. Hagamos las paces, cariño.

—¡Suéltame primero! —Algo hizo conexión en su cerebro, quizás alguna neurona vaga se decidió a realizar la sinapsis correspondiente. Craig la soltó y ella dio un par de pasos hacia atrás, evidentemente agitada e indignada.

Él suspiró ante la batalla que aventuraba que se desataría en un parpadeo.

—Vamos, no te enfades, Carmen. —La incomodidad de la mujer era notoria y él tuvo compasión por ella. La peluquera era distinta de las mujeres con las que había estado después de que su matrimonio se hubiera ido al tacho. Ella aún le guardaba fidelidad a un marido muerto que parecía más vivo que otros que aún respiraban—. Lo siento, Carmen. No quería sobrepasarme. —Su cuerpo se tensó al sentirse un estúpido. Se frotó detrás del cuello y luego alzó la mirada hacia los ojos oscuros.

—Está bien —concedió ella con la respiración entrecortada—. Solo venía a disculparme por las palabras que te dije la última vez que nos vimos. Es verdad, no te conozco y no te merecías que te tratara de esa forma. —Toda ella estaba rígida, le rehuía la mirada y se frotaba las manos delante de su falda con nerviosismo.

—Hey, cariño —dijo al posar una mano sobre las femeninas—. Todo está bien. No te guardo rencor y debo reconocer que también tengo mi parte de culpa. Olvidémoslo.

—Tomó una de sus manos y acercó los dedos a su boca para darles un breve beso.

—Craig, por favor... —suplicó en un murmullo, ruborizada.

Pero lo que lo detuvo en seco fue el temor que percibió en su voz. Elevó la vista a la más oscura y la soltó.

—Me gustas, más que para un revolcón de una noche si eso es lo que crees que quiero contigo. Pero tienes una barrera a tu alrededor, una que me es impenetrable y que parece que te resguarda del mundo. O más bien, de los sentimientos hacia cualquier otro hombre que no sea tu marido. Él está muerto, Carmen.

—Lo sé.

—Y hace años ya.

—Sí.

—Estupendo. Creí que no te habías enterado. Entonces, lamento decirte que estás dentro de un duelo patológico, cariño, si todavía lloras por los rincones por él.

—No es así —susurró, y Craig no pudo evitar la furia que le explotaba por dentro.

Unos alumnos pasaron junto a ellos, por lo que se mantuvieron en silencio hasta que volvieron a hallarse solos. Aunque Craig debía recordarse que estaba en un corredor que daba a varios salones de una de las universidades más concurridas de Nueva York.

—Está bien, comprendo. El problema soy yo y mi supuesta *donjuanería*, ¿cierto? No volveré a molestarte. —Estaba por retirarse cuando ella lo tomó de la mano. El sentir los dedos cálidos y tersos de ella lo hizo hervir, pero de una manera tan diversa al enfado. Quería estrecharla contra su cuerpo, consolarla de lo que la tuviera a mal traer. Estar allí para ella.

—Yo... No me es fácil. Solo... no renuncies, Craig —soltó con un sollozo final—. No renuncies a mí, por favor.

Ya nada le importó. La envolvió en sus brazos y la pegó a él. Y el hecho de que ella se acurrucara lo desarmó de tal manera que tuvo que hacer un esfuerzo por mantenerse en pie. ¿Había sido amor a primera vista? No lo sabía, pero lo que sí sabía era que no les había mentado a sus alumnos, era la mujer de su vida. Bien dentro de él tenía esa confirmación.

—No lo haré, cariño. Jamás.

Capítulo 19

—Estás preciosa, Ange. —Andy le tendió la mano y Ange posó su palma sobre esta. Él contempló los delicados dedos femeninos en los suyos, resaltaban por el contraste en sus tonos de piel.

Algo no iba bien. Él lo sentía bien dentro, no había chispas ni expectación ni nada. Odiaba esa falta. Angela era tan bella, tan buena persona, tan... tan... tan todo, sin embargo, sabía que esa sería la segunda y última salida entre ellos. Y eso lo entristeció. No podía obligar a su maldito corazón a palpar cuando este no quería hacerlo, y eso lo preocupaba, porque no lo hacía por nadie, como si fuera uno de esos zombis de los films que tanto le gustaban.

Se había roto la cabeza en pensar a dónde llevarla hasta que decidió que hicieran algo simple como cenar en un bonito restaurant y conversar como siempre lo hacían en S&P, sin presiones ni expectativas. Se lo tomaría como lo que era, una cena con una amiga.

Ange sentía algo, como una especie de dolor en su pecho, una punzada que no la dejaba en paz. ¿Qué demonios hacía? ¿Por qué había aceptado esa cena?

Al subir al taxi que los llevaría al restaurant, se percató de que lo que la intranquilizaba era la sensación de traición, de ser infiel a la persona que le dedicaba cada noche: David Talcott. Contempló el atractivo perfil de Andy, con ese *look* tan despreocupado y un tanto *hipster* y... nada. Volvía a estar congelada. Lo quería, era uno de sus mejores amigos, pero no pasaba de ese nivel. No conseguía sentir algo más por él, y eso la hacía enojarse consigo misma. Él era lo que consideraba el hombre ideal, pero parecía que sus emociones no estaban de acuerdo con ella, dado que no hacían otra cosa que centrarse en su vecino del segundo piso.

Era la noche de juego en línea con los creativos de S&P desde que lo habían sumado a su equipo. Disfrutaba compartir con ellos ese momento, eran las únicas personas, aparte de Craig, con las que pasaba el rato. Hasta hacía tan solo un tiempo atrás, solo

se habían visto por Skype, pero desde que Andrew y Frederick lo habían recomendado para trabajar en su agencia, se habían conocido cara a cara. Le caían bien, o eso creía. No los comprendía del todo cuando se enfrascaban en una conversación, pero le agradaba que lo hicieran partícipe o, al menos, lo intentaran.

—¿Por qué no está Andrew conectado? —preguntó, extrañado. Ninguno de ellos faltaba jamás a la cita de juego.

—Salía con Ange —contestó Frederick. David no realizó movimiento alguno, pero sus hombros se tensionaron ligeramente. Otro cantar era su mente, sus ideas y pensamientos se embrollaron al tratar de darle coherencia a lo que oía. Se reacomodó el *headset gamer* en su cabeza, como si eso hiciera cambiar lo que había oído.

—Tuvieron la primera cita antes de que entraras a S&P y esta es la segunda vez que se ven fuera del trabajo. Esperemos que pronto anuncien su noviazgo —informó Nicholas, y a David se le detuvieron los latidos en su pecho. Sabía que su rostro no demostraba nada, pero jamás había sentido esa sensación como de quemazón en todo el cuerpo. Un prelude para una crisis o una explosión infernal.

Angela no era así, jamás le mentiría. Estaba seguro. Pero ellos no tenían por qué hacerlo tampoco. ¿Cuál sería el objetivo de decirle que ella estaba con otro? Ella no quería que nadie supiera que se veían, que se acostaban. «Porque se avergüenza. ¡No! ¡No lo hace! ¡Angela me acepta tal cual soy!», chillaba en su mente. Pero estaba con Andy.

Escuchó como a la distancia las carcajadas de Xavier sobre algo que decían Nicholas y Frederick acerca de Andrew y ser un monje, David no llegó a comprender nada en absoluto. Era como si estuviera con la cabeza debajo del agua y todo estuviera demasiado mitigado como para entenderlo.

—Tengo que cortar —anunció de golpe.

—Espera, Dave —pidió Frederick—, ¿qué ocurre? Habíamos quedado en que hoy hablaríamos de salir juntos como grupo. ¿Qué te parece?

Antes de contestarle, desconectó la llamada. Caminó de un lado al otro de su *living*, no lograba detenerse. Empleó las técnicas de respiración y relajación que le había enseñado Craig tantos años atrás y nada. Comenzó a gruñir o, más bien, como un grito atemperado al trabar la mandíbula y mantener la boca cerrada. Y de esa forma, el estallido se desató.

Cuando, a las horas, el timbre a su puerta sonó, él sabía de quién se trataba. No

quería abrir, quería que todo fuera una mentira, pero sabía mejor que eso. Él era él y ella no se quedaría con alguien así. Nunca esperó que una mujer como Angela se involucrara con un hombre raro como él. Se decía que debía sentirse feliz de lo que había durado, pero era que... ¡él la quería para siempre! No deseaba tan solo un tiempo con vencimiento con ella.

Tomó valor y abrió la puerta. Se apartó para permitirle pasar, sin pronunciar palabra. Ella tampoco dijo nada, simplemente desfiló junto a él y se adentró en el *living* como tantas otras veces.

—Ay, David, hoy estoy agotada —anunció y se dejó caer sobre su sofá—. ¿Quieres que veamos una de esas películas en anime?

—No quieres acostarte conmigo.

—Tal vez dormir un rato —replicó ella con una sonrisa y palmeó el almohadón a su lado, pero David no se movió ni un ápice.

—Sin sexo.

—No hace falta que siempre tengamos sexo, David.

—¿Por qué ya lo tuviste con Andy? —soltó con brusquedad.

—¿Qué? David...

—¡Sé que saliste con él! ¡Que lo haces desde antes...! —La miró horrorizado al percatarse de lo que sucedía—. ¡Lo engañas conmigo! —Se tapó los ojos con los pulpejos de sus manos y comenzó ese andar errático, de un lado al otro, con cada músculo de su cuerpo en extrema tensión.

—¡No, no es así! —gritó ella, pero él ya se hallaba enajenado de todo lo que pudiera explicarle.

—Te acuestas cada noche conmigo y sales con él en público —balbuceaba sin control—. Él es una persona normal, no es extraño ni tiene excentricidades ni...

—¡David!

—Solo te acuestas conmigo porque te gusta el sexo que tenemos. —Murmuraba como si hablara consigo mismo y estableciera hechos, era como si Angela no estuviera presente junto a él.

—¡No! —Ella lo aferró del rostro e hizo que enfocara la mirada con la de ella.

—¡Suéltame! —Angela sabía cuánto odiaba que lo obligara a hacer contacto ocular, que lo hacía sentir incómodo y cosas que ni siquiera podía definir. Se lo había explicado con anterioridad. Entonces, ¿por qué lo forzaba a ello?

—¡Escúchame, David!

—¿Están juntos? —espetó él antes de que ella pudiera decir nada más. El silencio se prolongó entre ellos y Angela soltó sus mejillas para apartarse unos cuantos pasos y darle la espalda.

—Tal vez.

—Sé precisa —pidió con la respiración agitada—. No puedo entender los términos indefinidos. Tal vez, quizás, tantos, pocos, no los comprendo. ¡Dime si están juntos!

—¡No lo sé! —gritó y lo encaró—. ¿Está bien? Salimos, la pasamos bien, pero...

Era demasiado. No entendía nada de lo que ella mencionaba. No sabía si estaba con Andrew o con él. No lograba dilucidarlo, ni de sus palabras contradictorias ni de sus expresiones. Era como estar metido en un mundo que se le volvía cada vez más incomprensible y él sin un maldito diccionario.

—¡Vete! —exclamó ya fuera de sí.

—¿Qué? David, déjame explicarte, por favor —rogó Angela.

—No puedo acostarme, ver anime o estar en la misma cama, aunque no tengamos sexo, contigo. Tienes que irte.

—Pero...

—Miranda dice que Andrew es mi amigo y no se debe engañar a los amigos ni acostarse con sus novias. Eso lo sé bien, Angela.

—Escúchame...

—¡Vete! ¡Vete! ¡Vete! —Parecía no poder parar de gritar la misma palabra una y otra vez. Caminaba de un lado al otro con una de sus manos en alto y moviendo los dedos de forma espasmódica.

—¡David, tenemos que poder hablar como personas adultas!

—¡No! ¡Vete! —Sentía como se calentaba a lo olla a presión que explotaría con toda su furia y no había forma de detenerse. Gritaba sin parar incoherencias, y sus andares se tornaron más y más erráticos. Ella también gritaba, pero no lograba registrar cuáles eran sus palabras, solo que lo hacía a su par.

David escuchó a lo lejos una puerta al ser aventada, pero él no percibía nada a su alrededor. Estaba inmerso en la explosión que no menguaba y parecía que cada vez se echaba más gasolina sobre su fuente. Sin embargo, cuando sí se apagó, el remordimiento, la culpa y la vergüenza de haberse comportado de esa manera lo golpearon fuerte.

Angela hacía bien en elegir a Andrew. Él era un hombre neurotípico al igual que ella, y no uno raro como él. Se sentó en su sofá con las rodillas contra el pecho y la mirada en el vacío mientras en su mente se reproducía *La última rosa del verano*, compuesta por Ernst. Una pieza que había tocado con tan solo haberla escuchado por una vez y que había hecho que su abuelo se maravillara con lo que él llamaba su don, y su madre, se aterrara con lo que para ella significaba estar poseído por un demonio.

—Hola, muchacho —lo saludó Craig apenas le abrió la puerta de su apartamento.

El terapeuta entró con una sonrisa de oreja a oreja que David no pudo interpretar más que suponía que estaba feliz por alguna causa, y eso le dolió. No porque no deseaba que Craig fuera feliz, sino porque él no lo era.

—¿Pasó algo?

—¿Como qué? —preguntó Craig al dejarse caer en el sofá de su *living* a sus anchas.

—La sonrisa en tu rostro. —David tomó asiento en el sillón a un costado.

—Ah, sí. —La expresión de Craig se iluminó—. Ese gesto que no es muy común en mí —bromeó, puesto que el terapeuta era dado a esas expresiones.

—No esa clase de sonrisa. Sonríes a diario, pero no de esa forma.

El psicólogo se reclinó contra el respaldo y dejó escapar un suspiro profundo.

—Carmen —hizo una pausa en la que ambos se mantuvieron en silencio—. La madre de Angela.

—¿Qué hay con ella?

—Me gusta.

—Es agradable, supongo.

—No, no, David. Me gusta como a ti te gusta Ange.

David se elevó de golpe de su asiento y dio unos pasos hacia el otro extremo de la sala. Se giró hacia la persona con la que más se había mostrado y dejado ver su interior durante gran parte de su vida, con una sensación en el pecho parecida a la traición. Si también perdía a Craig, no le quedaría nadie.

—David, ten calma —solicitó Craig al inclinarse hacia adelante con los codos sobre sus rodillas—. La situación no es grave. Carmen y yo estamos tratando de entendernos o, mejor dicho, conocernos. Tan solo tomamos un café después de mi clase y hablamos por un rato prolongado.

—¿Pero tú quieres una relación con ella?

—Sí.

La furia lo carcomió por dentro. Una furia no dirigida directamente a Craig, sino, más bien, al hecho de que su exterapeuta obtuviera una relación con la mujer que deseaba, mientras que para él la sola idea se le escabullía de entre los dedos.

—Ange y tú también están entendiéndose. El que yo tenga algo con Carmen no debería interferir...

—No.

—No, ¿qué? —quiso saber el psicólogo.

—Angela y yo no tenemos nada.

Craig se levantó del sofá y se acercó a su expaciente.

—¿De qué hablas? Hasta ayer, por lo que me has contado, ella y tú...

—Ella tiene una relación con otro hombre, yo solo era... con el que mantenía relaciones sexuales.

—Estoy seguro de que malinterpretaste algo —sugirió Craig, y la furia se extendió por David a una velocidad estrepitosa.

—¡No lo hice! Ella sale con Andrew, uno de mis amigos con los que juego en línea y quien me recomendó en S&P. Yo creí... Ella y yo... Pero no, Craig, ella no me ama.

—David, solo diré que, más calmado, deberías hablar con esa joven. Por lo que me has contado, no era solo sexo lo que compartían.

David sacudió la cabeza de un lado al otro, manteniendo la mirada en el suelo. Se apoyó contra la ventana de su apartamento y fue como si se desinflara por dentro.

—No sé qué debería hacer, Craig —susurró en lo que pareció un sollozo.

—Ya te lo he dicho, hablar con ella. —La voz de su antiguo terapeuta era calmante y algo que conocía tan bien.

—Con Andrew. ¿Debería confesarle que me he acostado con su novia?

—¿Estás seguro de que ella es su novia?

—Ellos dijeron que habían salido juntos y que no era la primera vez. Cuando Angela vino por la noche a... estar conmigo, lo confirmó, Craig.

—Oh, David. Lo siento tanto. —El hombre alzó una mano y David sospechó que estaba por dejarla caer sobre su hombro. Por sorprendente que pareciera, por esa vez, ansió que lo tocara y lo reconfortara como cuando era un niño y lo abrazaba por detrás para calmar sus tantas crisis violentas.

—Yo lo sabía. No estoy predestinado a que me amen. No pertenezco aquí.

—No, no digas eso. Sabes que yo te amo. —Craig alzó ambas manos en ese instante y las sostuvo junto a la cabeza de David—. Voy a tocarte, muchacho. Solo tienes que soportarlo unos segundos hasta que la sensación se calme, pero creo que lo necesitas.

David asintió con la cabeza y, de golpe, se vio propulsado hacia el pecho del hombre que era como un padre para él o, al menos, lo más cercano a esa sensación, según creía. Los brazos se ciñeron a su alrededor y, por alguna razón, se sintió cómodo al ser consolado.

—No digas jamás que no eres factible de ser amado, David. Allí afuera hay una mujer que te adorará al completo, cada partícula de tu ser, y si no es Angela, será que aún no la has hallado.

—Yo no quiero otra —afirmó contra el torso enfundado en una chaqueta de cuero del psicólogo—. Craig, ¿cómo puedo saber si estoy enamorado?

—Ay, David. —Craig soltó una carcajada y apartó a David por los hombros para enfocar la mirada en su rostro—. ¡Qué pregunta, muchacho!

—¿Cuál es la respuesta?

—Difiere de uno a otro, pero lo básico es lo que siempre se dice. Mariposas en el estómago...

—Necesito más precisión. ¿Qué son las mariposas en el estómago?

—Eh..., pues... —Craig posó sus palmas en los costados de su cuello—, estar inquieto o ansioso cuando estás frente a la persona que amas, ser vulnerable. Anhelar estar a su lado, escuchar su voz, sentir su tacto cuando la tienes lejos. En definitiva, es llegar a tu hogar cada vez que estás junto a ella.

—La amo, Craig —confirmó David por lo bajo.

—Lo sé, lo sé, muchacho.

Su exterapeuta lo observó de una forma de la que David no pudo precisar su significado, ¿podría ser pena? Quizás lo fuera por no conseguir que Angela lo amara, por no ser normal, por ser una persona atípica... Craig había sido una constante en su vida como lo había sido su abuelo. Sin embargo, el hecho de que en la actualidad saliera con Carmen, ¿quería decir que ya no estaba de su lado? ¿Ya no lo apoyaría si sus intereses se interponían a las mujeres Mendoza? Una sensación extraña, como si algo le punzara en el estómago, un dolor profundo, se le instaló por dentro. Un dolor diverso al que sintió cuando se enteró que Angela salía con Andrew y ella lo

confirmara, en igual valor, pero distinto. Si perdía a Craig también, se quedaría solo.

—Quieren que salga con ellos —dijo David después de un largo rato de silencio en el que ambos permanecieron parados uno frente al otro, perdidos en sus pensamientos.

—¿Quiénes? —cuestionó Craig.

—Frederick, Xavier, Nicholas y... Andrew.

Craig lo contempló y, de nuevo, David no supo cómo interpretar su mirada.

—Hazlo, David. Sal con ellos. Sé que tienes miedo, pero parece ser un grupo que te acepta, ¿verdad? Ya te conocen y te están invitando a unirte a ellos. Hazlo, muchacho.

—Bien. —Y tuvo que reprimir el impulso de que su mano se elevara y se moviera como si escribiera algo en el aire. No tenía miedo, le daba terror que terminaran por dictaminar que era una rareza e inadecuado para pertenecer a su grupo. Pero Craig confiaba en él, y David también quería confiar en sí mismo.

Capítulo 20

Apenas traspasó la puerta de S&P, Andrew fue a su encuentro. Una de las dos personas que David esperaba no toparse en ese día.

—Hey, viejo. ¿Cómo estás? —preguntó al interrumpirle el paso.

—Bien. —David intentó eludirlo, pero Andrew volvió a apostarse frente a él.

—¿En serio? No lo pareces —comentó el creativo con las manos en los bolsillos traseros de sus *jeans*—. No podría precisar por qué, pero hay algo en ti hoy que está distinto. —Andrew frunció el ceño y parecía escudriñar su rostro en busca de la respuesta, por lo que David desvió aún más la mirada con suma incomodidad.

—Tengo que chequear el programa.

—Sí, lo sé, nos comentó Mark que vendrías esta mañana. Escucha, Fred está planeando una reunión pronto. Algo sencillo en el apartamento de alguno de nosotros, tal vez unas pizzas con cerveza y una buena película. ¿Qué dices?

—Tengo que tener la información completa antes de decidir.

—Ehh... bien, terminaremos de establecer los detalles y te informaré. Disculpa que ayer no estuve en nuestra partida, no soy de faltar, pero algo sobrevino y quería percatarme de...

—¿Somos amigos? —preguntó, de sopetón, David. Quería asegurarse y confirmar que había tomado la decisión correcta con respecto a Angela, la mujer que se hallaba a unos metros sentada tras el escritorio de recepción.

—¿Qué?

—¿Tú y yo? ¿Nos considerarías amigos?

—Claro, David —aseveró Andrew, y David asintió más como respuesta a las dudas en su mente—. Lo somos desde hace tiempo, desde cuando me diste toda esa perorata de por qué mi personaje de juego no podía hacer semejante hazaña.

—Es que eres un mago, no puedes comandar un ejército, para eso tienes que ser el guerrero —informó David como ya lo había hecho tiempo atrás.

Lograba ver detrás del creativo a sus otros compañeros. Nicholas y Frederick estaban junto a la mesada donde se encontraban el hervidor eléctrico y las tantas cajas

con saquitos de hierbas. Xavier, suponía, estaría sentado al escritorio compartido.

—Bueno, no volvamos a esos tecnicismos. Solo te diré que sí somos amigos, David. ¿Pasa algo? ¿No es una buena noticia?

—Sí, sí lo es —contestó a la última pregunta, no queriendo responder a la primera, la que lo obligaría a mentir—. Me alegra que seamos amigos.

—Entonces, ¿qué ocurre? —preguntó Andrew. ¿Acaso estaría preocupado por él? Eso lo hizo sentir aún peor de lo que le había hecho, el engañarlo con su novia—. ¿Por qué no vamos más allá, al sector de café del equipo, y tomamos algo mientras charlamos? —sugirió mientras avanzaban en su andar.

David hizo todo lo que pudo para no posar sus ojos sobre la bella morena sentada a un escritorio a unos pies de ellos. Sabía que ella los observaba con atención, pero no quería dar más pasos en su dirección.

—No tienen café allí. Además, tengo que hablar con Marcus y Alexander —anunció cortante.

Andrew asintió en silencio y lo acompañó hasta el despacho de Alexander, en el que estaban los dos jefes con sus respectivas asistentes.

Pero antes de que pudiera traspasar la puerta, apareció Gabriel. ¿Era que ese día se tenía que topar con todos con los que no quería hacerlo? Andrew y él se saludaron y luego su compañero de juegos en línea lo dejó.

—Davey, debes de cambiar la expresión de tu rostro —comentó Gabriel.

—David —corrigió como siempre que alguien se empeñaba en llamarlo de otra forma—. ¿Qué tiene mi rostro?

—Se nota a leguas que estás irritado y envías dardos hacia cierta señorita que está sentada a unos metros. No querrás que todos sepan qué clase de relación los une, ¿cierto?

Gabriel lo tomó del brazo y David sintió como cada fibra de su cuerpo hormigueaba de una manera desagradable. Apartó la extremidad con rapidez.

—No me toques —gruñó por lo bajo.

—Lo siento, lo olvidé. —David suponía que el hombre se veía arrepentido, pero no podía asegurarlo—. Sabes que aprecio a Ange y quiero lo mejor para ella. Creo que tú lo eres, Davey.

—Ella sale con Andrew.

—¿Andy? Pfft. —Gabriel sacudió la cabeza de un lado al otro con una sonrisa

extraña—. Davey, escúchame bien, con Andy no llegarán a ninguna parte. Sé lo que te digo, no habrá nada entre ellos. Tú no te amilanes, eres el que le atrae, aunque no seas el que prefiera que lo haga.

¿Por qué la gente hablaba como en acertijo? ¿No podían ser claros de forma directa? No había entendido a qué se refería el dueño de Chocolaterías McDougall pero tampoco tenía la confianza como para hacérselo notar.

De pronto, la mujer pelirroja que había visto con Gabriel en Chesterfield se aproximó a ellos y le pasó un brazo por la cintura al chocolatero.

—Hey, yo te conozco —dijo la joven de ojos almendrados con espigas verdes y cabellos rojizos—. Vas a mi clase de elongación, ¿cierto?

—Con la profesora Maia, exballerina del New York City Ballet. Sí —confirmó David. Él ya se había percatado cuando habían asistido al bar Chesterfield, pero no se habían topado en la mesa como para mencionarlo.

—Nunca tuve oportunidad de hablar contigo, siempre te marchas no bien termina la clase. Encantada, cariño —la joven le tendió la mano—, soy Morrigan Forrester.

David contempló esa palma extendida, pero no hizo movimiento alguno de estrechársela.

—David Talcott —se presentó.

—Vaya, David, que eres seco —mencionó la pelirroja en un tono sardónico al cerrar su mano ofrecida en un puño.

—Mor —la amonestó Gabe por lo bajo—, él no es seco, se trata de otra cosa.

Morrigan observó como David no conectaba la mirada con ninguno de ellos y que su postura era rígida y hasta extraña, cuestiones en las que no había reparado durante sus clases compartidas. También meditó sobre su voz plana y metálica.

—Oh.

—Soy defectuoso, eso es todo —confirmó David y desvió el rostro más hacia un costado.

—Todos lo somos, cariño —concedió Mor con un tono dulce—. No deberías sentirte menos.

—No me siento menos, tan solo establezco un hecho. —Y ansiaba entrar al maldito despacho, donde parecía que los jefes y sus asistentes discutían sobre algo y no se habían dado cuenta de su presencia fuera de su puerta.

—Claro. —Morrigan compartió una mirada con su novio y se encogió de hombros.

—Bueno, piensa en lo que te dije, David —pidió Gabriel.

David asintió, raras veces lo hacía, pero esa vez sentía la necesidad de hablar lo menos posible. Solo quería hacer su trabajo y marcharse de aquel lugar.

—Una cosa más —comentó Gabriel antes de alejarse—. Quisiera que revisaras el software con el que nos manejamos en la chocolatería y me informaras si crees que habría que modificarlo o, inclusive, cambiarlo. —Gabriel se mantuvo en silencio, pero David no dio respuesta alguna—. Eh, ¿te parece que te llame para establecer una fecha?

—Sí.

—Bueno, Davey, no vemos pronto. Y no olvido la cita que me prometiste.

—¿Qué cita? —preguntó Morrigan. Él tampoco recordaba haber concretado ninguna cita con el chocolatero, por lo que también esperó su respuesta.

—Oh, vida, ¿no te lo he contado? —comentó ciñendo su agarre a la cintura de su novia—. Nuestro amigo aquí, Davey, es un excelente violinista y se ha ofrecido a tocar con nosotros.

—¿En serio? —Morrigan se giró hacia él con sus ojos bien abiertos.

—Mi nombre es David y no, no es correcto —corrigió.

—¿No tocas el violín? —cuestionó Morrigan.

—Sí, lo hago y de manera excepcional —replicó el ingeniero—. Pero no me he ofrecido a...

—Solo una cuestión de apreciación, Davey —argumentó el chocolatero con esa sonrisa que a David se le hacía tan difícil interpretar—. Quedamos que una noche nos reuniremos y probaremos. Introducción y rondó caprichoso en «A» menor, *Opus 28*, de Camille Saint-Saëns. La tengo aquí —Gabe se apuntó a la sien derecha—, toda entera a la espera de que nos juntemos a tocarla, Davey.

David conectó la mirada con la grisácea del chocolatero por un plazo de milisegundos, lo justo antes de tornarse incómodo, y volvió a desviar el rostro hacia un lado.

No contestó. No quería hacerlo. No sabía qué decir. ¿Quería tocar con ese hombre esa pieza? Se sorprendió al percatarse de que sí, quería compartir ese interés con alguien más como había hecho con su abuelo. Pero se sentía intranquilo. Sabía cómo era, que la gente podía verse engañada, muy pocas veces, en un principio por él, pero al tratarlo con mayor asiduidad terminaban notando su rareza. No deseaba verse con

el rechazo de nuevo.

Una vez que se despidió de la pareja, entró al despacho y chequeó el funcionamiento del programa que había elaborado para la agencia. Cuando finalizó, se marchó con sumo cuidado de no pasar por el escritorio o hacer el mínimo contacto ocular con la belleza de cabellos y ojos oscuros y tez canela.

Craig extendió el brazo para darle paso a Carmen al restaurant de Brooklyn, The river café. A ella no le agradó que quedara tan lejos de su hogar. Se sentía incómoda con la sensación de no poder salir corriendo en cuanto quisiera, de estar atrapada. Al mismo tiempo se maldecía por dentro por ya pensar que querría escapar de una velada que no tenía por qué ir mal.

—¿Está todo bien? —le preguntó Craig por detrás.

Carmen presionó las manos sobre su cartera y asintió al tiempo que el camarero los guiaba hacia su mesa. Tomaron asiento junto a la ventana que daba al Río Este. La vista era maravillosa y el establecimiento, precioso con sus luces y música tenues. Sin embargo, Carmen no lograba dejar quieta su pierna derecha, que no hacía más que moverse, inquieta.

—Carmen, tranquilízate. No voy a saltarte encima. —Ella rio con nerviosismo mientras las mejillas se le sonrojaban. La luminosidad que provenía de la pequeña vela en la mesa le otorgaba a él una expresión generosa, como un tanto maléfica al mismo tiempo, y que la confundía. ¿Cuál de ambas sería Craig?—. Esta no era mi primera opción, había elegido otro lugar, pero quería algo muy romántico para mi primera cita contigo, aunque el código de vestimenta me hiciera dudar.

—¿Pensabas que no podría pasarlo? —inquirió en un tono de voz un tanto alto y que evidenciaba la indignación que sus dichos le daban.

—¿Tú? Claro que sí, cariño. —Craig hizo un gesto de desestimación con su mano—. Estás preciosa como siempre. El problema soy yo —informó y se sacudió el nudo de la corbata para aflojarlo un poco—. No me agradan algunas de las piezas que exigen para que uno pueda entrar.

Sin poder evitarlo, Carmen soltó una carcajada.

—¿Preferirías tus *jeans*, botas y campera de cuero?

—Al cien por cien, cariño. —Él le ofreció un guiño, y ella no pudo evitar

ruborizarse.

—Podríamos haber ido a otro sitio.

—Lo sé. —Posó la mano sobre la suya en la mesa y ella se tensó—. Iremos lento, ¿sí? No te asustes ni huyas de mí.

—Lo siento. Es solo que...

—Está bien. Solo no te cierres, cariño. Es solo una cena y un poco de charla, nada más.

Carmen se sintió mal por Craig. Él ponía todo de sí para que la velada resultara un éxito, y era ella la que se lo impedía. Suspiró y dio vuelta su mano para aferrar la masculina en su palma.

El camarero les acercó una carta a cada uno. Eso le dio un respiro y un tiempo para tranquilizar su mente, que no hacía más que chillarle que traicionaba a su marido. Uno que hacía años que estaba enterrado.

Se mordió el labio inferior y, cuando alzó los ojos, notó la mirada preocupada de Craig. Apenas él la vio observándolo, sonrió como si nada pasara. Pero ella sabía que él estaba preocupado de que la noche no resultara bien.

—¿Vemos qué ordenaremos? —preguntó como para aliviar esa tensión entre ellos.

—Claro, cariño. Lo que gustes.

Pidieron de entrada la ensalada de peras y de primer plato, él ordenó el bistec con papas duquesas y mermelada de hongos, y ella, el salmón con arroz de jazmín. Craig eligió un vino tinto para que fuera con ambas comidas, a ella le daba igual, dado que no entendía mucho de estos.

—Aunque vengamos a un lugar tan exquisito, no puedo salir de la carne con papas —bromeó él, y Carmen se percató de que tendía a burlarse de él para hacerla sentir más cómoda quizás, puesto que notaba que no era por baja autoestima.

—Pues yo no sabía qué elegir —confesó, relajando los hombros rígidos—. Demasiada rebuscada cada descripción, por lo que decidí un simple pescado con arroz o, al menos, eso espero.

Rieron y conectaron las miradas. Ella fue la primera en desviar la suya, pero con mayor comodidad que al comienzo.

—Mmmm, creo que en la próxima ocasión iremos a un lugar pequeño donde sirvan un buen plato de pastas o carnes con papas. —Se acercó y le posó una palma sobre la mejilla. El calor de su mano la atrajo aún más hasta el límite de la mesa. Lo ansiaba

cerca, pero algo muy grabado en ella se lo impedía—. Haz a un lado tus pensamientos, Carmen. Déjame entrar.

—Yo... trato.

—Lo sé y está bien. —Él le pasó un mechón por detrás de la oreja y las rodillas de Carmen se estremecieron por tan simple gesto—. No hace falta que te tortures, y yo debo detener mi ansiedad.

El resto de la velada pasó sin grandes inconvenientes. Hablaron de Angela y David, las impresiones que tenían cada uno de la pareja, de Miranda y algo de la situación con el padre de esta. Pero procuraron dejar fuera el tema del marido de Carmen y la exmujer de Craig.

Ya en el automóvil de él, cuando se dirigían hacia el edificio de apartamentos en el que ella vivía, Carmen posó la mano sobre el brazo masculino y, nerviosa, preguntó:

—¿Me invitas un café en tu casa?

Craig la observó con sus ojos pardos, se quedó pensativo por unos segundos antes de sonreírle de esa manera seductora tan suya y asintió.

La cartera que Carmen mantenía sobre su regazo daba cuenta de su tensión, la estrujaba entre sus dedos con tanta fuerza que esperaba no dañar el material.

Él sabía que era un error, lo tenía bien en cuenta. Ella a duras penas había estado lista para salir con él, muchos menos lo estaba para ir a su casa. Presionó las manos sobre el volante hasta que sus nudillos se tornaron blancos. Le gustaba ella y mucho, quería algo más que un encuentro de una noche. Sospechó que estaba condenado, porque presentía que no sería más que eso, pero tampoco conseguía rechazar la oferta.

Estacionó su vehículo frente a su casa, salieron y siguieron el camino de piedra hacia los dos escalones de la entrada. Antes de abrir la puerta, él se volteó hacia Carmen.

—Cariño, ten en cuenta que es el hogar de un soltero. No esperes que esté impecable, más bien, no lo estará.

—Está bien.

Sin poder evitarlo, le pasó el brazo por la cintura y la estrechó contra él. Sus labios buscaron los femeninos de puro instinto y estos se moldearon a los suyos de una manera tan natural que lo instaba a exigir más. Sin embargo, se contuvo al notar el temblor en el cuerpo de ella.

En cuanto ingresaron, la condujo hacia la cocina, por lo que tuvieron que pasar por

el *living*. Solo esperaba que ella hiciera caso omiso de la camisa arrugada sobre el sofá o los *jeans* en el sillón o el par de zapatillas desperdigadas por la alfombra junto con las medias que había descartado después de una buena sesión de ejercicio físico.

Craig se frotó detrás del cuello.

—Ayer volví tarde del gimnasio y... digamos que no llegué a mi habitación para desvestirme.

—¿Solo? —cuestionó ella con sus ojos bien abiertos y fijos en él.

—¿So...? —Craig se giró y apresó el rostro de la mujer entre sus manos—. Solo, Carmen. Eso no lo dudes. La única que está en mi pensamiento eres tú, cariño.

—Lo siento. Es que vi la ropa arrojada de esta manera, como si...

—¿Una mujer me hubiera desvestido? Pues no. Es solo obra mía. —Continuaror hasta la cocina con muebles en color gris, mesada blanca y artefactos en acero inoxidable. Era espaciosa y parecía casi sin uso, como si nadie preparara alimento alguno en ella.

Craig se aproximó hasta una cafetera de cápsulas, metió una dentro y esperó hasta que estuviera preparado el café. La sentía a su espalda, sentía su tensión y nerviosismo. Quería darse la cabeza contra la pared por no detenerla, por seguir su juego y ver hasta dónde estaba dispuesta a llegar. Le alcanzó la pequeña taza y ella la tomó con ambas manos, como si temiera que el temblor en estas vertiera el líquido oscuro.

Se acomodaron en el sofá de tres cuerpos de la sala, al que previamente Craig le había quitado la camisa olvidada. Una vez que Carmen se había tomado el café, mantenía una mirada errática en cualquier parte menos en él. Craig había tratado de mantener una charla insustancial que tenía como objetivo calmar a la mujer y darle a entender que no tenía segundas intenciones, pero parecía imposible. Sus ojos no hacían más que acariciar a tan exquisita fémica y varias veces tuvo que detener el inicio de una erección al saberla bajo su techo.

No obstante, en un momento en que lo tomó desprevenido, ella le posó una mano en la mejilla y se aventuró sobre su torso para besarlo. El beso fue suave, delicado y arrollador. Se puso duro al instante y su mente solo lo instaba a quitarle cada prenda que la cubría.

Se limitó a inhalar y exhalar, con sus manos bien pegadas a la cintura de ella, ni más arriba ni más abajo. Cuando Carmen pronunció el beso, la fiera se desató.

¡Maldición! La deseaba tanto que casi podría jurar que como a ninguna mujer que antes hubiera tenido entre sus brazos. La estrujó contra su cuerpo y ambos gimieron del más puro placer. Deslizó sus labios por su cuello hasta el bretel del vestido *bordeaux* y lo fue bajando con delicadeza, pero se percató de que algo no iba bien. Ella estaba como congelada y cada músculo de su físico, tenso como una tabla.

—¿Cariño?

Ella dejó escapar un sollozo al tiempo que se cubría la boca con una mano y se apartaba de él con expresión horrorizada.

—¡No! —gritó la mujer de forma amortiguada por su palma.

—Carmen...

—No puedo. No puedo hacerle esto. —Las lágrimas corrían por las mejillas femeninas y Craig solo quería estrecharla contra él y decirle que todo estaba bien.

—¿Hacerle esto a quién, cariño? —preguntó como si arena tuviera dentro de su boca.

—¿Con cuántas mujeres has estado? —escupió Carmen.

—¿Qué?

—¿Con cuántas antes y después de tu esposa? Yo solo he estado con el padre de mi hija. Con nadie más. Yo lo amo, ¿entiendes? No puedo serle infiel.

Craig observó cómo ella se desmoronaba frente a sus ojos. Las lágrimas no se detenían y sus hombros se sacudían con cada sollozo. Y se supo perdedor.

—Lo comprendo, cariño. Está bien. —La tomó en sus brazos de nuevo y le frotó la espalda mientras ella enterraba el rostro en la curvatura de su cuello para dar rienda suelta a su angustia—. Nos apresuramos.

—No, no. No puedo...

—Ahora te llevaré a tu casa y te meterás en la cama. Mañana, más tranquila, hablaremos y planearemos una nueva salida en la que nos conoceremos un poco más.

En cuanto se detuvo con el auto frente al edificio en el que vivía Carmen, él iba a saludarla cuando ella lo frenó.

—Esto es un error.

—¿El qué?

—No puedo salir contigo otra vez. Simplemente, no puedo hacerlo.

—Carmen..., vamos, piensa un poco —pidió él ya en su límite—. Hace unos diez años que eres viuda.

—¡Eso no disminuye el amor que le tengo!

Él sentía la ira tomando posesión de sí mismo. ¡Estaba harto del fantasma del maldito marido del que ni siquiera sabía su nombre!

—¡Yo no estoy aquí para tomar su puto lugar! —exclamó con furia, golpeando el volante de su automóvil un par de veces—. Solo que comparta tu corazón conmigo. Al menos aún respiro.

Ella jadeó y Craig distinguió el dolor y el odio en la mirada oscura. Carmen salió del automóvil y le aventó la puerta para salir corriendo hacia la escalera de cemento y desaparecer tras la puerta vidriada de la entrada del edificio.

En cuanto se esfumó de su vista, él golpeó el volante con ambos puños de nuevo y maldijo en voz alta con lo más profundo de su ser. Sabía que había cometido errores esa noche, la última frase era uno de ellos. Pero ¡maldita sea!, no se merecía que Carmen escapara de aquella manera. La furia creció dentro de él, pero no fue la única emoción que anidó en su interior; impotencia, frustración y desilusión también echaron raíces. Arrancó el motor de su vehículo y se perdió en la negrura de la noche.

Capítulo 21

Miranda no sabía cómo hacer que su madre y David se unieran. Se percató de que algo había ocurrido entre ellos, aunque no lograba dilucidar qué. Aún él la retiraba a la salida de la escuela y almorzaba y pasaba la tarde con Davey hasta que su abuela o su madre la buscaban después de sus trabajos. Esa rutina se había detenido por un tiempo, tampoco sabía la razón, pero la habían retomado por suerte. Lo quería como a su papá, no admitiría que ningún otro ocupara ese lugar. Los ojos se le llenaron de lágrimas, temía que lo perdería si no conseguía que su mamá lo amara. Pero no tenía idea de qué hacer.

Se daba cuenta de que necesitaba el consejo de un adulto. El único de los que conocía con el que tenía más confianza, además de Davey, era el tío de Stef, Gabe. ¿Se animaría a pedirle que la ayudara? Debía aprovechar en ese instante en que su madre estaba ocupada en la cocina.

Con la impulsividad de la niñez, Miranda marcó el número de la casa de los McDougall, sin embargo, quien respondió no fue el chocolatero, sino su pareja, Morrigan.

—*Gabe no está, pequeña* —contestó la pelirroja con dulzura—. ¿Podré servirte yo?

Miranda lo meditó por algunos segundos. Morrigan siempre había sido encantadora con ella y Stef la amaba como a una madre. Quizás la decoradora pudiera asesorarla en qué hacer para conseguir que su mamá y Davey se convirtieran en novios.

—Quisiera saber cómo hacer que mi mamá se enamore de Davey. —Mirchus presionó el teléfono inalámbrico con sus dos manitas junto a su oreja. Estaba sentada a los pies de la cama, sobre el suelo alfombrado en un tono rosa gastado.

—*¿David? ¿El ingeniero informático de S&P?*

—Sí. —La chiquilla asintió con avidez a pesar de que la mujer no pudiera verla.

—*Cariño, sabes que no se puede obligar a una persona a amar a otra, ¿cierto?*

—Pero yo lo quiero como mi papá —sollozó la niña.

—*Ay, cariño, David debe ser muy especial para ti.*

—Sí —gimoteó y se barrió las lágrimas con el revés de la manita izquierda.

—*No puedes hacer que tu mami sienta algo que no hay en su corazón, preciosa.*

—Pero... Stef dijo que el pasar tiempo juntos los ayudó a Gabe y a ti a enamorarse.

—Mirchus se paró de golpe; su expresión trasmitía decisión.

—*Es cierto, pero...*

—Entonces solo tengo que hacer que se encuentren más seguido, ¿cierto?

—*Eso ayudaría, pero escucha, Miranda, no quisiera que te disgustaras si las cosas no salen como quieres.*

—Davey ama a mamá y nunca la haría sufrir como mi padre, estoy segura. Por eso lo quiero a él para ella y para mí. Además, Davey también nos necesita. Él no tiene a nadie que lo cuide.

—*Oh, Miranda, eso es tan triste.*

—Sí. Él no es como los demás. —Miranda se sentó en el borde de la cama. Entendía lo que le explicaba la novia de Gabe, pero en su fuero interno tenía la seguridad de que su madre y David necesitaban un empujón que los hiciera ver que se pertenecían.

—*Lo sé, cariño. Creo que habría que dejar que las cosas siguieran su curso, si tu mamá y David están destinados a estar juntos, lo estarán.*

—Pero Gabe y tú tuvieron que verse seguido porque trabajabas para él y se enamoraron —insistió con tozudez—. Es lo que siempre cuenta Stef, que al principio no se soportaban.

—*Sí, cariño, así es. También pasamos por unas circunstancias que nos preocuparon y nos hizo volcarnos uno en el otro en busca de contención y ayuda.*

¿Circunstancias preocupantes? ¿Cómo hacer que algo los preocupara a ambos y los uniera en busca de su solución? Con esa idea en su mente, Mirchus cortó la conversación con la mujer de ojos gatunos, después de darle un simple «gracias» como despedida. Ya un plan se elaboraba en su cabecita.

Mor se quedó pensativa luego de la charla con la hija de Ange. La niña le inspiraba una gran ternura, siempre lo había hecho, y desde hacía tiempo ya no reparaba en la lentitud con la que hablaba ni en la torpeza motriz o en la diferencia entre los hemicuerpos que la caracterizaba. Había tenido mucho trato tanto con la madre como con la hija al Miranda y Stef profundizar su amistad y la niña quedarse en su casa

cada tanto.

Oyó las llaves en la puerta y, a los segundos, aparecieron Gabe y Stef en el umbral del *living* en lo que, con anterioridad, había sido la casa de la familia de su novio. Ella se había encargado de remodelarla al completo para convertirla en un hogar bien distinto y que ya no tuviera los fantasmas que siempre habían perseguido a Gabriel.

—Hola, vida —la saludó Gabe al inclinarse para darle un breve beso en los labios.

—¡Mor! —El ímpetu con el que Stef siempre le mostraba su amor le derretía el corazón. El niño era adorable y se había metido bien dentro de ella, al igual que su tío—. ¡No sabes todo lo que hicimos en la escuela hoy! Dejo la mochila en mi habitación, me quito el uniforme y te cuento.

—Claro, cariño. Quiero saber cada detalle. —Stef corrió escaleras arriba—. Eh Gabe, recibí un llamado de Miranda. —Gabe se dejó caer a su lado y enterró el rostro en la curvatura de su cuello, pero al oír el nombre de la pequeña, elevó los ojos hacia ella.

—¿La hija de Ange? ¿Ocurrió algo?

—No, no. En realidad, la niña quería hablar contigo.

—¿Conmigo? —preguntó con el ceño fruncido.

—Tiene intención de elucubrar un plan que una a Ange y David.

—Oh. —Gabriel asintió y Mor estrechó la mirada sobre él con cierta suspicacia.

—No pareces sorprendido.

—Lo estoy —confesó, pero Mor no podía deshacerse de la idea de que su novio sabía algo que ella no—, sobre todo que la niña sepa algo de lo que ocurra entre ellos. Pero Miranda es muy despierta, por lo que no debería asombrarme para nada.

—¿Cómo que lo que ocurre entre ellos?

—Bueno..., Ange y David tienen algo. —Gabe dibujó un círculo invisible en el aire.

—¿Y por qué no me has dicho nada? —Mor se enderezó en el sofá y puso su rostro frente al masculino.

—Porque... no lo sé. No es un asunto mío. Además, parece que en S&P nadie está enterado. ¿Así que Mirchus quiere que...?

—Quiere que David sea su padre. ¿Qué piensas? —cuestionó Mor, apoyando la espalda contra el respaldo, más relajada.

—Creo que él sería bueno para ellas. —Gabe le pasó un brazo sobre los hombros y

la atrajo aún más a su costado—. Sí, es extraño y un tanto peculiar, pero me agrada.

Mor apoyó la mejilla sobre el hombro masculino con una sonrisa en los labios. La conversación con Miranda la había hecho recordar los intensos momentos vividos con él en sus inicios. Habían pasado del odio al amor con tantas desavenencias en el medio que parecía increíble que en la actualidad disfrutaran de una relación tan completa y profunda.

—No sé quién eres, porque tú no eres mi Gabe. ¿Desde cuándo te andan agradando las personas? —se mofó Mor.

—Hey, que soy un ser adorable.

—Vamos, no bromees. —Mor se alzó un tanto y tomó la barbilla de Gabe—. Me agrada el hombre que me muestras cada día.

Él sonrió y deslizó los labios sobre los de su novia en un beso arrollador y demandante que les sacó unos cuantos gemidos a ambos.

—Escucho los pasos de Stef al bajar la escalera, vida —anunció Gabe al soltar a la joven. La aferró de la muñeca y le dio unas cuantas vueltas al horripilante brazalete de alerta médica en color blanco que él le había obsequiado—. Estás bien, ¿verdad? ¿Te has medido?

—Lo estoy. —Mor le acarició la mejilla, no podría amarlo más. Era un hombre con tantas defensas, pero que había aprendido a derrumbarlas de a poco—. Deja de preocuparte, con el nuevo tratamiento mi diabetes está controlada.

—¡Ya estoy listo! —exclamó Stef al llegar al *living* como una tromba.

—Entonces vamos a hacer una chocolatada para que me cuentes tu día en la escuela, cariño —comentó Mor antes de pararse para acompañar al niño a la cocina.

Gabe permaneció en el sofá por unos cuantos segundos. Vagó la mirada por la sala que había reformado su novia unos cuantos meses atrás y que, gracias a ella, había convertido en un hogar. Sonrió con complacencia y dicha ante la forma en que su vida había sido transformada por esa gata de cabellos de fuego y ese pequeño niño que tanto se asemejaba a él.

Carmen no lograba contener las lágrimas. Había conseguido disimular todo el día en la peluquería, pero al abrir la puerta de su apartamento, sus traicioneros ojos se habían rehusado a dominar las gotas que los empañaban.

—¿Mamá? —espetó Ange con evidente sorpresa—. ¿Qué ocurre? ¿Por qué lloras? —Carmen negó con la cabeza sin poder pronunciar palabra, sin dejar vía libre a su angustia. Ange la condujo hasta el sofá del living y la instó a tomar asiento a la vez que se acomodaba a su lado—. Mamá, me asustas. ¿Tengo que llamar a la policía? ¿Te robaron? —Carmen seguía negando con la cabeza como uno de esos perros que movían sus cabezas de un lado al otro sobre los tableros de algunos taxis.

—No, no. Es solo que... Tuve una cita con Craig, fuimos a su casa y...

—¿Craig? ¿Como el exterapeuta de David? ¿Con él saliste ayer en la noche?—Esta vez, Carmen asintió en respuesta—. Y... ¿salió mal? —Su hija esperó a que le dijera algo y, al ver que no lo hacía, Carmen notó su desesperación—. ¿Te hizo algo, mamá?

—Yo no pude, hija. Él quería y yo no pude —sollozó y enterró el rostro entre sus manos sin querer contener más su llanto.

Escuchó como la puerta del apartamento era aventada, pero estaba tan ensimismada en sus emociones que poca atención puso al hecho de que su hija había abandonado el hogar.

Alguien aporreaba su puerta. David se acercó con calma y, al posar el ojo sobre la mirilla, constató que se trataba de Angela.

Le abrió y ella entró como una tromba.

—Mi mamá está llorando a moco tendido en mi casa. —David frunció el ceño y contempló la punta de los zapatos negros de Angela sin comprender la información que ella le otorgaba—. ¿Entiendes lo que digo? —La joven lo aferró de la camiseta de manga larga en color negro que poseía la estampa de Chihiro y Haku y trató de zamarrearlo como si no fuera más alto y más pesado que ella. No obstante, el toque, aunque agresivo de ella, era algo que había añorado tanto que no pudo más que disfrutarlo.

—Entiendo que tu mamá llora.

—¿Y no sabes por qué? ¿Acaso no te hablas con ese maldito terapeuta tuyo casi cada día?

—¿Te refieres a Craig? Hablo con él todos los días, por teléfono o en la universidad.

—¡Argh! ¡No puedo contigo! No soporto que no se pueda mantener una

conversación normal, David. Tú y ese tipo son... ¡Argh! —Ella lo soltó y dio unas vueltas por la sala al adentrarse en el apartamento. David sintió el vacío que la pérdida de su cercanía le dejó. Aprovechó para cerrar la puerta y se aproximó a ella que no se detenía en su andar de un lado al otro, refunfuñando. No comprendía qué había sucedido ni qué era lo que él había hecho.

Desde que se había enterado que ella salía con Andrew, había tratado de mantener las distancias. No se la había cruzado, solo veía a Miranda cada día y se aseguraba de enviarla a su casa en cuanto su abuela ya estuviera allí. Así que no se cruzaba con la madre en ningún momento.

—No sé qué hice, Angela. ¿Podrías decirme? Trataré de comportarme mejor.

De pronto, ella se detuvo y posó sus ojos oscuros como dos gotas de chocolate fundido en él. David tuvo el instinto de hundir el rostro en su cuello y olisquear su cabello y el dulce aroma de la fémica. Pero se contuvo. Había decidido que él no se mezclaba con la novia de un amigo y eso era ella en ese momento.

—Lo siento, David. No has hecho nada. Es Craig, que está rondando a mi mamá y le está haciendo daño. ¡No lo quiero cerca de ella! Dame su número y le diré unas cuantas cosas.

—No puedo hacerlo, no estoy autorizado a darlo. Debo preguntarle antes.

—¿Autorizado? ¿No escuchaste lo que dije? Ese hombre se metió con mi madre, David. —Ella se acercó a él con lo que le pareció una impronta amenazadora, lo que era ridículo con lo pequeña que era y lo alto, él—. Dame su maldito número.

—No.

—¡Argh! ¡Eres imposible! —Angela blandió los brazos al aire—. Entonces, habla con él. —Ella lo apuntó con un dedo al centro de su rostro—. Advértele sobre volver a jugar a la seducción con Carmen Mendoza, David. ¿Entiendes?

—Comprendo. Hablaré con él y le dejaré en claro lo que me dices.

—Bien. —Ella salió de su apartamento tan rápido como había entrado.

Él se quedó parado en medio de la estancia con la mirada en el suelo y la postura rígida. Su rostro no mostraba el caleidoscopio de emociones que le burbujearan por dentro. Había perdido algo que le hubiera gustado jamás experimentar, porque esa falta que sentía era tan intensa y dolorosa que se le hacía insoportable.

Ange subió los escalones de los dos pisos a las corridas, pero al llegar a la cuarta planta en la que vivía, un sollozo escapó de sus labios. ¿Qué demonios estaba haciendo? Apenas David había abierto su puerta, ella había tenido que contener las ansias de lanzarse a sus brazos y rogarle que la apretara contra su cuerpo. Lo extrañaba, no, era más que eso. Lo necesitaba como los pulmones al oxígeno para poder funcionar. Ese hombre era lo que su ser precisaba para no caer en un entumecimiento sin salida. No importaba que Andy fuera la elección perfecta, él no era David. No tenía sus peculiaridades, su voz metálica, su mirada esquiva, la rigidez de sus movimientos o la forma en que parecía apreciar los aspectos sensoriales de ella.

Se recostó contra la pared y alzó la vista al cielo raso del corredor. Debía componerse antes de entrar en su hogar. Su madre ya estaba hecha una piltrafa y ella necesitaba que su hija fuera su pedestal en ese momento, no podían estar ambas en un estado tan lamentable. Inspiró hondo y se limpió las lágrimas con el revés de su mano. En ese instante, era el turno de su madre de ser consolada. Ya vería qué hacía sobre sí misma más adelante.

Con ese pensamiento, fue a cumplir su cometido.

—Bien, muchacho. ¿Qué ocurre para que tuviera que recibir ese texto de urgencia? —preguntó a David cuando se adentraron en su apartamento. Había recibido un mensaje de texto del joven en el que le pedía que se reuniera con él con carácter urgente. David tendía a preferir el WhatsApp o los textos a hablar por teléfono.

Algo le ocurría, lo notó por cómo se paseaba de un lado al otro de esa manera tan peculiar suya, errática, frotándose las manos y con un leve murmullo apenas audible que partía de sus labios.

—¿Qué le hiciste a Carmen Mendoza?

—¿Que qué...? —Craig se tensó entero al escuchar el nombre de la mujer—. David, ¿qué escuchaste?

—Que ella estuvo llorando por tu culpa y ahora ella me culpa a mí por ti.

—¿Ella es Angela? —David asintió y sus hombros se desplomaron al tiempo que se detenía entre el sofá y la mesa baja—. Muchacho, lo siento. No pasó nada con Carmen, es más, he decidido que no daré un paso hacia su persona. —Craig se acercó

al joven, despacio—. Siento algo muy fuerte por ella, pero Carmen no me da lugar para moverme y... —No pudo evitar que se le quebrara la voz, pero eso le dio el regalo de que David conectara la mirada con la suya. Un acontecimiento que en raras ocasiones le era obsequiado—. Siento si mis comportamientos han echado ácido en tu relación con Ange, David. No ha sido mi intención y debo confesar que tampoco lo he pensado con detenimiento. En esto, he sido egoísta. —Se observó sus manos, que las veía atadas con respecto a esa mujer, y, de pronto, dos fuertes brazos lo rodearon. Por primera vez, ese muchacho, que conocía desde que era un preadolescente incomprendido y que solo explotaba ante cada frustración, le otorgaba el consuelo que necesitaba. Ya era un hombre y había recorrido un largo camino, el saber que él había contribuido a ese viaje lo conmovió. Lo abrazó a su vez—. Te amo, David. Esa es la verdadera razón por la que ya no podemos tener una relación terapeuta-paciente, por eso quiero que llames al que te recomendé. Anhele que continúes creciendo día a día y alcances tu máximo potencial, muchacho.

—Lo sé, Craig. He visto familias diferentes a la mía y también creo que no tenemos un tipo de relación profesional.

Craig dejó escapar un largo suspiro.

—Sabes que no he tenido hijos y tuve incontables pacientes, pero contigo se dio algo particular y único. Te has metido bien dentro en mi corazón y te siento como si fueras sangre de mi sangre.

—Tú eres diferente a otras personas para mí.

Craig entendió al instante lo que David trataba de confesarle, él no diría que lo amaba porque no comprendía del todo ese sentimiento, pero trataba de darle a entender eso mismo. También intuía su miedo a consultar a otro terapeuta, a que su relación desapareciera, pero debía percatarse de que eso nunca sucedería.

—Siempre estaré, David. No lo dudes jamás.

Capítulo 22

Balzem, ubicado en el barrio NoLita, que significaba *North of Little Italy*, parecía un bar tranquilo, en el que se podía conversar, al menos era lo que notaba David. Eso no quería decir que disfrutara su primera salida con sus compañeros de juegos en línea. Estaba incómodo, se sentía fuera de lugar y sin saber cómo comportarse para que no notaran lo extraño que era. La inadecuación era una sensación tan cotidiana para él y de la que no escapaba jamás. Por más que no estuviera colmado de gente como esperaba, solo quería salir corriendo de allí.

Tomó aire y se instó a disfrutar de la compañía, de congeniar con esas personas que le daban una oportunidad a pesar de sus particularidades. Enfocó la mirada en la pared frente a él, de ladrillos a la vista, luego conectó los ojos con la araña estilo candelabro y volvió a fijarlos en su vaso tulipa relleno con cerveza Sixpoint Cream. No era habituado a tomar alcohol, pero el grupo era fanático de esa bebida en todos los colores: rubia, roja, negra y no sabía si existía alguno más, pero seguro de que también. Por lo que David no había querido ser menos y ordenó la que le pareció más liviana; además, traía café en su composición, por lo que no lo emborracharía, ¿cierto?

Cada uno había ordenado un sándwich de diversos tipos, pero todos enormes y bien armados que casi no cabían en sus bocas. En cambio, David había pedido una ensalada de rúcula y otros vegetales junto con hongos grillados. Hubiera comido una hamburguesa si hubiera habido alguna sin pan blanco, así que se conformó con su plato del que daba cuenta despacio, no como Frederick, que apenas daba un bocado para ir tras el siguiente.

—Terminé *Death Note*, Dave —comentó Andy en un momento de la noche—. Debes recomendarme algo con zombis esta vez.

—No puedo creer que también te has vuelto un fanático del anime —bromeó Nicholas—. Entre las novelas románticas, los zombis y ahora esto.

—Hey, a mí también me gusta el anime —repuso Xavier después de darle un sorbo a su pinta—. Con Dan estamos viendo *Sword Art Online*.

David asintió. *SAO* era recomendable para ver con un adolescente, dado que Daniel tenía quince años y más si era *gamer* como su padre. Xavier hablaba tanto de él que le había sido difícil no enterarse sobre el chico al que el rubio le había dado su apellido poco después de casarse con su madre.

—Yo no he visto nada, pero estoy abierto a sugerencias —dijo Frederick con la boca llena, y le dedicó un guiño del ojo izquierdo.

—¡No! ¿Ustedes también? —exclamó Nicholas y, por la expresión que puso, David supuso que no era real, como una actuación exagerada de lo horrorizado que se encontraba.

—Lo que pasa es que tú no tienes tiempo con tu novio bonito —contraatacó Andrew—. Otros no tenemos tanta suerte.

—Eso mismo —colaboró Frederick con una sonrisa de oreja a oreja.

David no terminó de comprender por dónde iba la conversación, por lo que se limitó a hacer de observador sin emitir palabra.

Andrew parecía enojado con la situación de Nicholas, sin embargo, Frederick se mostraba bromista con el tema.

—Es cierto. Brian no me da respiro —argumentó Nicholas con una mano sobre su pecho, pero pronto esbozó una sonrisa y sus ojos brillaron—. ¡No es que me queje! Es tan...

—No alardees delante de los hambrientos, hombre —pidió Xavier al indicar a Andrew. ¿Acaso el hombre de ojos claros como el agua tenía hambre con el plato abundante que se había pedido?

David sacudió la cabeza y trabó la mandíbula al percatarse de a qué se refería el rubio. Odiaba que, de forma automática, solo le viniera el significado literal de las frases a su mente y que tuviera que trabajar con mayor ahínco para comprender lo que se decía entre líneas o de manera metafórica. Lo que no comprendía era el comportamiento de Andrew. ¿Acaso no estaba con Angela? Entonces no sería técnicamente un hambriento, ¿cierto?

—Si vas a hundirme, no me defiendas, amigo —renegó Andrew, confundiendo a David aún más. No obstante, se mantuvo en silencio y observó la situación a la espera de que cada pieza de *tetris* se ubicara en el sitio correspondiente.

Regresó a su apartamento más tarde de lo que se había propuesto, pero debía admitir que se había divertido con los chicos de S&P. Y estaba contento. Se había

sentido parte de su grupo, lo habían incluido en cada conversación y habían hecho caso omiso de sus comentarios fuera de lugar o su falta de comprensión, es más, habían tenido la paciencia de explicarle o hasta se habían reído de él, pero no de una forma en la que se sintiera burlado.

En cuanto llegó a su piso, se encontró con Angela recostada contra la pared a un lado de su puerta.

—¿De dónde mierda vienes? —preguntó, con agresividad, la joven.

David puso la llave en la puerta y la abrió, la tensión invadió cada uno de sus músculos. La relajación y el agrado que había sentido se habían esfumado en un parpadeo, para ser colmado con la incertidumbre de haber hecho algo malo sin percatarse de ello.

Entró y ella lo hizo detrás de él, pisándole los talones. Estaban en penumbras, David no se había molestado en encender la luz y tan solo estaban iluminados por las luces de la calle que atravesaban sus ventanas.

—¿Vas a responderme? ¿Es que ya tienes a otra que ocupe mi lugar? —gritaba sin descanso—. ¿Es que tan poco te importaba que ya te acuestas con otra?

—Angela —se volteó hacia ella y posó la mirada en su hombro izquierdo—, no.

—No, ¿qué? —exigió saber, y David alzó la vista a ella en cuanto se le quebró la voz. Agarró un mechón de cabello oscuro entre sus dedos y enredó uno de ellos en el rizo de ella. Ansiaba llevárselo a la nariz para olisquear su aroma, extrañaba sentir esa fragancia tan propia de Angela.

—No me acuesto con otra. Solo siento... esto, que no sé cómo describir, por ti, Angela.

—Cuando toqué el timbre y no abriste la puerta —comentó con voz ahogada—, creí que... —Ella sacudió la cabeza y se pasó un dedo por uno de sus ojos, como si quisiera evitar que se derramara una lágrima—. Lo siento, todo esto es mi culpa, David.

—Deberías subir a tu apartamento, Angela —indicó lo más centrado que pudo en sus ideales.

—No quiero hacerlo. —Ella estaba tan cerca que su aroma volaba a sus fosas nasales y se sentía perdido.

—Andrew y tú están juntos.

—No —ella sacudió la cabeza con mayor énfasis—. No lo estamos, David. No lo

hemos aclarado, pero lo haré en cuanto lo vea. Él y yo no estamos predestinados, no podría compartir con él lo que comparto contigo. No podría contarle lo que te he contado.

—No has contado nada malo.

—Tú sabes. —Ella puso los ojos en blanco—. De cuando me... prostituí —aclaró en voz baja.

—¿De cuándo hiciste lo que hacía falta por el porvenir de tu hija? ¿Para abonar un tratamiento esencial para su salud?

Ella lo observó con los ojos abiertos de par en par y solo se limitó a asentir. Luego su mirada se empañó. ¡Mierda! La había vuelto a poner triste. O, al menos, eso creía. Eran tan contradictorias las emociones que estaban detrás de algunas expresiones. Por ejemplo, el llanto le era imposible de emparentar, puesto que podía surgir por tristeza, que era lo habitual, pero también por alegría.

—Prometo hablar con Andy y aclarar que estoy contigo, David.

Angela se acercó a él y puso sus manos en alto en su campo de visión para darle a entender que lo tocaría. Él permaneció quieto a la espera de que ella posara las palmas en sus mejillas, con suma lentitud. Apenas Angela lo rozó, un placer lo recorrió entero. Quería aferrarla entre sus brazos para no permitirle partir nunca más. Ella significaba hogar.

Sin poder contenerse, le pasó los brazos por la cintura y la elevó del suelo. Ella se aferró a su cuello y así fueron hasta la habitación.

Angela se sintió abrumada por el mar de sensaciones que ese hombre le provocaba. Se pegó a él como si tuviera miedo de que desapareciera. Lo había extrañado tanto que estaba sin aliento de tenerlo frente a ella.

—Quería contarte que estoy viendo *Violet Evergarden* por *Netflix* —comentó y trató de conectar la mirada con la masculina, aún en sus brazos, para tener presente que no debía hacerlo—. Ella me recuerda a ti.

—¿*Violet Evergarden*? —Angela asintió. Era cierto, la protagonista del anime tenía dificultades para distinguir y entender las emociones. Por sus ansias de comprender qué significaba «te amo» había iniciado un largo camino en su búsqueda—. Es nuevo, aún no lo he visto.

—Es decir, que soy más experimentada que tú en este —aventuró ella, riendo contra su cuello.

—Sí.

La soltó sobre el colchón como una bolsa de papas, sin ningún miramiento, pero poco le importaba. El verlo extendido entre sus piernas, a los pies de la cama, le cortó la respiración. Lo deseaba con tanta intensidad que la había dejado estupefacta. No estaba acostumbrada a tal profundidad en sus emociones.

Él comenzó a desvestirse sin conectar la mirada con ella, la enfocaba un poco más allá de su cabeza. ¡Cómo odiaba que en esos momentos no pudiera contemplarla a los ojos! Pero cuando gateó sobre su anatomía, todo quedó en el olvido. Solo podía concentrarse en la boca y manos que la recorrían y en las sensaciones que la poseían.

En pocos segundos le había quitado la blusa coral y el pantalón negro, y en unos más, se había deshecho de su ropa interior de encaje. Le alzó las piernas para anclarle las rodillas a sus hombros. A pesar de que en su pasado se había vendido, esa pose era demasiado expuesta para ella y quería reírse por su pensamiento puritano dado su pasado.

—David... —No pudo continuar y soltó un jadeo al él introducir la lengua en su sexo sin previo aviso. Bebía de ella con intensidad mientras la tenía aferrada por los glúteos. Ange mantenía la cabeza sobre el colchón y las rodillas fuertemente ancoradas a los hombros masculinos como su único punto de anclaje a la realidad.

Angela se aferró a las sábanas con sus puños a la vez que David impedía que sus caderas se bambolearan al tenerlas bien sujetas. Gemidos escapaban de sus labios y sus ojos se volteaban a cada lengüetada de ese hombre.

El orgasmo la sorprendió tan de súbito que quedó sin fuerzas, restando desmadrada y sostenida solo por él. Estaba en un estado de duermevela, por lo que no se percató de cómo, con sumo cuidado, la acomodó sobre el lecho ni que se enfundaba en un preservativo y que a los pocos segundos se adentraba en ella.

El ritmo era placido y perezoso, casi hipnótico. Enredó los dedos en su nuca y él se tensó para luego volver a relajarse. David había mejorado tanto, pero aún le costaba que hiciera ciertos toques ligeros a su cuerpo. Ella enterró la nariz en su hombro e inspiró ese aroma que desprendía cuando tenían relaciones. Era tan rico y adictivo como él mismo. De pronto, la giró, por lo que quedaron ambos de costado y él a su espalda. La abrazó por detrás y hundió una mano en su pubis. David continuaba con

las embestidas parsimoniosas cuando con uno de sus dedos comenzó a frotarle el clítoris.

Ange arrojó la cabeza hacia atrás sobre el hombro masculino y trató de curvar la columna, no obstante, el fuerte agarre de él sobre ella se lo impedía. Cerró los ojos y luces de colores brillaron tras sus parpados ante cada dulce arremetida, se aferró a las caderas de David y se dejó llevar en ese crucero de un goce *in crescendo* hasta que era como si flotara y flotara hacia un vacío al que temía llegar, al mismo tiempo que ansiaba hacerlo. Un gemido agudo escapó de sus labios a la vez que hundió las uñas en la piel masculina, tan centrada en el disfrute de ese clímax que ni se percataba del dolor que podría sentir él por su rudeza. Suspendida en su propio nirvana, apenas oyó como a lo lejos un breve rugido provenía de su amante y como tensaba todo su cuerpo tras ella para luego relajar cada músculo y amoldarse a su físico tan sudado como el suyo. Sin percatarse, sus ojos se cerraron hasta que un plácido sueño la envolvió.

Algo la removía o, más bien, alguien la sacudía.

—¿Mmm?

—Angela, va a amanecer. Debes volver a tu apartamento. —Las palabras de David penetraron en su estado semiinconsciente y la hicieron sentarse en el lecho en medio segundo.

—¿Qué hora es? —Miró su reloj pulsera y constató que se había dormido unas cuantas horas—. ¡Tengo que irme! Mamá se despertará en cualquier momento.

Se levantó y comenzó a reunir sus ropas del suelo, cuando fijó la mirada en el hombre que continuaba sentado sobre la cama. Notaba una emoción negativa en él, quizás... ¿decepción?

Ange había mantenido su relación oculta de todos, de sus amigos y compañeros de trabajo y de su familia. David no se merecía ser un secreto. No era que se lo hubiera propuesto, simplemente se había dado así y ella nunca se tomó el tiempo o, mejor dicho, nunca tuvo el valor de darle luz a lo que compartían.

Se acercó a él y le posó un par de dedos bajo la barbilla, pero no intentó direccionar su rostro para que sus ojos se conectaran. No precisaba que él enfocara la vista en ella, se había acostumbrado a sus interacciones sin que se miraran de frente.

—Cuando vuelva de la agencia, hablaremos, David. No será malo, lo prometo.

Le dio un breve beso en los labios con lo que esperaba fuera un reaseguro de sus

sentimientos por él y partió hacia su hogar. No deseaba que su madre y su hija descubrieran su aventura con el ingeniero informático, vecino y niño de su hija de esa manera. Quería darle una presentación formal al hombre con el que disfrutaba cada noche como su... ¿amante? ¿O acaso sería novio? Ese tema era imprescindible que lo aclararan esa misma noche.

Capítulo 23

Había arreglado con su hija que Carmen retirara a Mirchus del apartamento de David. Debía reconocer que era una comodidad que él se ocupara de su nieta a la salida de la escuela, Carmen podía trabajar más horas en la peluquería y Angela se quedaba tranquila con respecto a la seguridad de su niña. Por más miedos que podría haber tenido la peluquera al comienzo, debía reconocer que David era un ser especial, como decía Craig, y que era de buena influencia para las mujeres Mendoza. Tenía un *no sé qué* que las apaciguaba.

Nunca había visto a Angela tan feliz como esa mañana. Claro que jamás había mantenido una aventura semejante, porque por más que su hija tuviera cuidado, Carmen no era tonta. Notaba que se iba cuando ya nadie quedaba levantado en el apartamento y regresaba poco antes del amanecer.

Sí, había tenido una especie de relación con el malnacido padre de su nieta, pero ese sujeto había hecho más mal que bien. La había embaucado al ocultar que era casado y que tenía hijos de ese matrimonio. Lo único apropiado y maravilloso había sido engendrar a un angelito como Miranda, de la que jamás se dio por enterado el muy hijo de puta.

Pues, relajada al saber que su nieta se encontraba en buenas manos, salió de su negocio con un único objetivo. Le temblaba cada músculo del cuerpo ante la inseguridad de cómo sería recibida, pero debía dar ese gran paso. Era como si ella desafiara a Craig a avanzar para luego ella retroceder. Era un baile del que ya estaba cansada y suponía que aún más él. Y era más, sospechaba que Craig ya había bajado los brazos con respecto a ellos, y eso era lo que más terror le daba. No lo quería fuera de su vida, no sabía qué es lo que quería con él, pero eso sí lo tenía claro.

Tocó el timbre frente a la casa de dos plantas de Craig y fue evidente que no esperaba encontrársela del otro lado de la puerta cuando le abrió. También notó la vacilación del psicólogo y eso la hizo enojarse con sí misma. Ella le había provocado esa incertidumbre con respecto a su persona, con sus mensajes contradictorios y su no apertura al diálogo.

La dejó pasar sin intercambiar palabra y ella se lo agradeció. Su living seguía con algunas prendas de ropa desperdigadas por encima del sofá y sillón del *living*, pero por lo demás, se veía limpio y ordenado.

—Craig, quería disculpa...

—Quisiera decirte que te vayas —la interrumpió con una expresión dura en su rostro—, pero parece que me vuelvo un idiota cuando te tengo delante.

Carmen se sentía como una adolescente, incómoda e insegura, sin saber cómo proceder delante de una persona del sexo opuesto y que encima le atraía como no lo hacía nadie desde su difunto esposo.

—Por favor, no me eches, Craig —murmuró sin alzar la vista al terapeuta.

—¿Carmen, qué demonios me haces? —Craig se aproximó a ella y la tomó por las mejillas con tanto cuidado que a ella se le derritieron las rodillas—. Me comporté horrible la última vez. Sabía que nos apresurábamos, pero hice oídos sordos a mi consciencia. Te deseo, pero eso no justifica lo que dije después.

—Tengo gran parte de culpa, no debí haber insistido en venir aquí. —Sus ojos se empañaron, pero se resistió a dejar que alguna de esas lágrimas se derramara. No sería una mujer débil que precisara que el hombre la amparara. Ella era fuerte y tendría que demostrarlo—. No estaba lista, yo... no tengo tanta experiencia ni...

Él la rodeó con sus brazos y la estrechó contra él, como si la acunara y la refugiara de todo mal. Carmen se maldijo por dentro, porque por ese instante se dejaría arropar por él.

—Soy un idiota. No te hice sentir segura conmigo y me debería dar unas buenas patadas en el culo por eso. —Carmen se aferró a la camiseta de Craig con sus puños y enterró el rostro en su pecho. Al final, sí necesitaba de la fuerza que él le brindaba—. Yo sé que tienes un sentimiento profundo por tu marido y no voy a cuestionarlo, pero quisiera saber si es posible que lo intentáramos. No sé de dónde sacas que tengo un gran historial de conquistas, tuve más intercambios sexuales que tú, lo admito, pero... No busco sexo y nada más, cariño. Quiero que eso esté claro.

Se mantuvieron en silencio por un largo rato. Craig le acariciaba la cabeza mientras la mantenía bien pegada a él con un brazo alrededor de su cintura. Ella no se quejaba, quería estar así de cerca, sentirse guarecida por ese hombre que parecía saber cómo reconfortarla cada vez.

—Quiero quedarme —susurró aún entre sus labios.

—¿Qué?

—Invítame a pasar la noche contigo —insistió y alzó los ojos para conectar con aquellos pardos.

—No. —Craig la soltó y se apartó unos pasos, dándole la espalda—. Haremos las cosas bien, un paso por vez. Tendremos otra cita y otra y otra, todas las que sean necesarias antes de intimar, Carmen.

La desesperación la envolvió, las agallas la abandonaban. Debía lograr esto, debía pasar por ese miedo a estar en la cama con otro hombre y quería hacerlo con Craig. Era como algo muy en su interior que la instaba a hacerlo, como una especie de prueba de que podía ser feliz con alguien más, brindarse en cuerpo y alma.

Corrió hacia él y le pasó los brazos por la cintura desde atrás. Apoyó la mejilla en su espalda y pudo percibir lo tenso que él se hallaba.

—Cariño...

—No me eches —susurró en un ruego—. Permíteme quedarme, por favor.

—Si vuelves a huir de mí, me dejarás destrozado, cariño. Propongo el ir despacio por ambos, no solo por ti. Me has calado tan hondo que no creo que pueda hacer frente al hecho de que mañana ya no quieras saber nada de mí.

—No pasará —aseguró, pero ella era la menos indicada, pues no sentía la certidumbre que daban a entender sus palabras.

Armándose de valor, lo soltó y se ubicó por delante para pararse en puntas de pie y posar sus labios sobre los masculinos. Él permaneció rígido y eso la desalentó, pero era perseverante, por lo que deslizó los labios sobre los de Craig una vez más y hasta se permitió sacar la punta de la lengua para tocarlos. En cuanto hizo eso último, él gimió y la estrechó contra él, elevándola unos centímetros del suelo. Carmen cruzó los brazos detrás de su cuello y se pegó a ese físico tan atractivo. A pesar de que Craig ya hubiera pasado los cincuenta, se mantenía en forma y con agilidad.

—¡Maldición, sé que es una mala idea! —soltó él con su boca apenas separada de la de Carmen—. Mañana me odiarás, pero que me cuelguen si en este momento me importa.

No obstante, él le sonrió de esa manera entre seductora y maquiavélica que tanto le encantaba. Su corazón se disparó como en un rally, al mismo tiempo que un nudo se le formaba en el estómago. Eras emociones encontradas entre el anhelo y el terror.

Se aferró a sus hombros y hundió el rostro en su cuello.

—Llévame a tu cuarto —rogó, y su cuerpo se estremeció ante su resolución. Ansiaba que Craig fuera la persona con quien hiciera el amor después de su marido. No concebía que ningún otro la tocara. Temía volver a intimar con alguien, pero más aún a ese sentimiento que, de una forma casi inesperada y tan rápida que era increíble, se gestaba en su interior por el terapeuta.

La aterraba volver a sentir, volver a enamorarse y querer compartir su tiempo con una persona que la llenara de ilusiones y esperanzas.

Subieron por las escaleras, él aún la cargaba contra su cuerpo y ella se aferraba a su cuello. La deslizó por su cuerpo para que sus pies se posaran sobre el suelo y recién ahí la soltó. Con delicadeza le fue desprendiendo cada botón de la blusa rosada con flores violáceas que ella traía puesta. Carmen evitaba alzar la vista a los ojos masculinos, sino que la había fijado en los dedos que trabajaban en su torso. Él abrió los faldones hacia los costados y lo que dejaba a la vista su sujetador *bordeaux*.

Craig dejó caer los brazos a los lados y Carmen comenzó a perturbarse por su distancia y la falta de contacto. Se atrevió a elevar los ojos hacia él y constató que la miraba con fijeza. Apenas conectaron la mirada, él le sonrió.

—Cariño —le acarició el perfil de la cara con el revés de la mano—, eres tan bella. ¿Quieres desvestirme? —Le agradeció la sugerencia, se sentía en desventaja y muy vulnerable al estar ella tan expuesta y él aun completamente vestido.

Deslizó sus manos por debajo de la camiseta negra que él vestía, la subió hasta poder quitársela por la cabeza. Luego fue el turno de desprender el cinturón de cuero y, por último, los botones de su *jean*. El pantalón descendió por las caderas del hombre hasta quedar enrollado a sus pies. Solo quedó cubierto por los calzoncillos tipo boxers de color negro. Suerte que sus pies ya se hallaban descalzos, no creía que hubiera podido con los cordones de las botas estilo militar que siempre usaba.

Craig se mantenía en forma, tenía un cuerpo atlético, de seguro no tan firme como un joven de veintitantos, pero sí como el de un hombre maduro que se cuidaba en sus comidas y hacía actividad física a diario.

Él se acercó a ella y le posó las manos en los hombros con la intención de quitarle la blusa, pero se detuvo cuando ella tembló ante su toque ligero. Craig dejó caer las manos por unos segundos en los que Carmen creyó que el daría por terminado el tema y la enviaría a su casa. No obstante, la sorprendió cuando la tomó de la barbilla y la obligó a alzar el rostro hacia el suyo.

—Quiero que me mires en todo momento y recuerdes que estás conmigo, que aquí estoy para ti, Carmen. Estamos juntos en esto y vamos a llegar a la otra orilla de la mano, cariño.

La conmovieron sus palabras hasta el punto en que se zambulló contra él, se alzó de puntas de pie y lo besó con una pasión que no creía que poseyera. Él cortó el beso y elevó una de sus manos para besar la parte interior de su muñeca.

—Propongo algo.

—No quiero irme.

—Bien, tampoco quiero que lo hagas. —Él se golpeó la sien un par de veces—. Se me ocurre que nos desvistamos y nos arropemos bajo las sábanas. Nos besemos por un rato largo y nos manoseemos al mejor estilo vírgenes.

—¿Quieres que nos escondamos bajo las sábanas? ¿No...? —Ella tragó en seco y pudo sentir como sus ojos se empañaban—. He tenido una hija y soy bastante mayor, mi cuerpo no es el de una veinteañera. ¿Acaso no te gusta mi físico?

Él soltó su muñeca con rudeza y se apartó de ella con las manos en la cintura. Miró al cielo raso un par de veces a la par que respiraba profundo.

—Tienes cierto poder para sacarme de quicio —espetó, y sus palabras denotaban su enojo—. ¿No me escuchaste cuando te dije que eras bella? ¡Porque lo eres, mierda! No se trata de que no me gustes. ¡Maldición, si trato de controlarme para no saltarte encima! Quiero que te sientas cómoda conmigo y pensé... —En dos zancadas estaba frente a ella, le apresó las mejillas entre las manos y habló muy cerca de sus labios—: No sé qué mierda pensé, pero jamás vuelvas a decir que no me gustas, me vuelves loco. Me tienes desquiciado y caminando por putas cáscaras de huevo para no asustarte.

—Yo...

Carmen no pudo evitar que las lágrimas escaparan de sus ojos y que sollozos brotaran de su boca.

—¡Mierda! —escupió él al tiempo que la abrazaba—. No llores, cariño. Yo también tengo mis años y puedo asegurarte que no ando tras muchachas que apenas empiezan a vivir. He tenido compañía en la cama más fácil que tú, eso no lo voy a negar, como tampoco voy a negar que desde que defendiste a tu nieta del que creíste era un posible abusador, me conquistaste de una manera que nadie más ha hecho en mi vida. —Estuvieron un largo rato abrazados, él casi desnudo y ella, solo sin su blusa

—. Sígueme el jugo y vayamos a la cama sin expectativas. Que lo que tenga que suceder fluya a su ritmo.

Craig se maldijo por ser un excelente terapeuta para el resto del mundo, pero para su vida privada ser un gran desastre. Parecía que no podía evaluar nada de los acontecimientos pasados con Carmen o cuál sería el mejor paso a seguir para que todo deviniera en una secuencia correcta.

Al acostarse bajo las sábanas, la sintió temblar por lo frías que estaban. La atrajo a sus brazos y ella se recostó sobre su costado. Con una mano le acariciaba desde el hombro hasta los dedos que tenía en su pecho y con la otra, la extensa cabellera oscura. Quién sabía cuánto tiempo estuvieron así, en silencio, uno refugiado en el otro. En un estado de paz y excitación controlada por su determinación a que las cosas resultaran bien.

Se encontraba tan erecto que esperaba que su pene no explotara. Estaba seguro de que mañana se maldeciría por el dolor que tendría en sus testículos de tanto aguantar su excitación. Tenía a la mujer que deseaba en sus brazos, jugueteando con sus dedos en su pecho y no daba ni un solo paso en pos de un encuentro sexual. Lo que era más que paradójico, ambos estaban desnudos con las respiraciones entrecortadas, pero se mantenían en su sitio, tensos.

Si continuaban sin hacer movimiento alguno para aliviarse, Craig detonaría como una bomba en cualquier instante. Aunque debía reconocer que se sentía tan bien estrecharla contra él.

—¿Craig?

—¿Hmmm?

Ella se elevó sobre él con la intención de decirle algo, no obstante, Craig ya no pudo contenerse por más tiempo. La aferró por la nuca y pegó sus labios a los de ella en un beso demandante y que expresaba la lujuria que esa mujer le despertaba. La deslizó sobre él y no le permitió que pudiera escaparse de su abrazo, aunque no pareciera que ella estuviera decidida a hacerlo, puesto que se moldeó a su cuerpo y dejó escapar el más erótico de los gemidos dentro de su boca.

En un rápido movimiento, Craig logró dar vueltas las tornas y posarla debajo de él. No le dio tiempo a réplicas y bajó por su cuello sin separar los labios de la piel femenina que ardía bajo su toque.

Se demoró en los senos de Carmen, los que no eran turgentes como una mujer que

empezaba a vivir, sino como los de una que tenía un gran camino recorrido, y los encontró hermosos, reales y que quitaban el aliento. Todo ella lo hacía, se volvía de mantequilla con esa mujer. Ella no entendía el poder que tenía sobre él, que lo tenía apresado en una correa que zarandeaba de su dedo meñique.

Degustó los pezones de la mujer madura y su pene dio un tirón ante los jadeos que brotaron de esa boca demasiado dulce para ser de este mundo. Se había instado a ir despacio, pero la excitación que corría por sus venas y el aturdimiento que nublaba su mente no se lo permitieron. Sus dedos viajaron al sexo de Carmen y comenzó a acariciarla y hurgar dentro de este con una lentitud que lo aniquilaba a cada segundo que estaba fuera de ella. Debió recordarse cada tantos segundos que ella no era virgen, pero que al haber tenido solo un compañero de cama y al haber transcurrido tanto tiempo desde su última experiencia sexual, lo mismo que lo fuera.

Mordisqueó la elevación que se formaba debajo de su ombligo y el placer que se reflejó en los ojos oscuros de Carmen hizo eco del que lo dominaba a él.

—Lo siento, cariño. No aguanto más —jadeó y luego rebuscó con desesperación en el maldito cajón de su mesa de luz hasta dar con un puto preservativo. Sus manos temblaban, su corazón bombeaba tan fuerte que era como si los tuviera en sus oídos, la anticipación de que un suceso trascendental estaba a un segundo de distancia lo tornaba en un idiota. Porque estaba más que seguro de que, después de hacer el amor con Carmen, ya nada sería igual, y no importaba lo que ella le dijera, no la dejaría escapar; por más cavernícola que ese pensamiento fuere, tendría que hacerle entender que sin ella no había forma de que continuara viviendo. Tenía la claridad para percatarse de que ella se transformaría en el único oxígeno que precisarían sus pulmones desde ese momento en adelante.

Cuando se enfundó en el envoltorio de látex y retornó a la bella ninfa en su cama, percibió la vulnerabilidad que ella emanaba. Su premura se disipó de pronto. Un solo pensamiento se encendió en su mente: Ella era lo único importante. Solo ella.

—Hey —le acunó el rostro y le dio un breve beso en los labios—, todo está bien, cariño. —Ella asintió, pero sus ojos estaban empañados—. No tenemos que seguir.

—¡No! No quiero parar.

—Estás al borde de las lágrimas.

—No por no querer continuar, sino por las emociones que se mezclan dentro de mí, unas que creí que jamás volvería a sentir.

Volvió a besarla y allí restaron las palabras, los sentimientos de ambos se intercambiaron en aquel beso, la vulnerabilidad y la felicidad en ese mismo bocado.

Con suma prudencia, entró en ella. Carmen se aferró a sus hombros y gimió ante su intromisión. Él tuvo que refrenarse para no embestirla como un desquiciado mientras el sudor se deslizaba por su piel.

Sí, tenía sus años, pero el deseo no había mermado con la edad, sí, quizás, su tempestad, aunque, frente a Carmen, creía que había vuelto a recuperar la juventud tanto tiempo ya pasada.

Ninguno de los dos duró mucho con ese ritmo pausado que habían establecido, a los tantos minutos el clímax los reclamó como un golpe certero que los dejó mareados. Craig cayó, boca arriba, junto a Carmen, aún estaban sin aliento y no había palabras que consiguieran pronunciar, pero él quería transmitirle lo que ocurría en su corazón. Buscó la mano femenina y enlazó los dedos con los suyos en un fuerte apretón. Ella se volteó hacia él y se acurrucó contra su costado. Fue algo simple, pero un acto que mostraba lo que también sentía ella.

No eran unos niños, no habían compartido una sesión de sexo desenfrenado, habían establecido el inicio de un vínculo que no había manera de negarse ni de quebrar.

Capítulo 24

Angela había pasado a buscar a Mirchus por el apartamento de David y este había sugerido pasar por el *ristorante* Moratti para comprar algunos elementos para merendar. Por lo que salían los tres por la entrada del edificio cuando se toparon con Stephen, el padre biológico de la niña.

—Al fin puedo dar contigo —escupió el hombre—. Vas a retirar la maldita demanda de paternidad. No sabes lo que has hecho a mi matrimonio, lo que pensarán mis hijos —dijo en tono amenazante al acercarse al trio, sin embargo, antes de llegar a ellas, David le cortó el paso.

—No necesitan nada tuyo —anunció con aquella voz metálica—. ¡Yo soy el padre de Miranda ahora!

Ante sus palabras, Ange se quedó estupefacta. ¿Qué demonios decía David? La seguridad en su voz le dio temor y la sensación de volver a quedar atrapada en un futuro que quizás no fuera el que quisiera. Esa noche había planeado hablar con él sobre su relación, pero no esperaba que él dijera que era el padre de su hija, puesto que no lo era.

Contempló las facciones de su hija y distinguió la felicidad que las bañaban. Estaba encantada con la idea. De pronto, Angela pareció verse transportada a un programa surrealista de televisión.

—¡Muy bien, Angela! —su antiguo amante la felicitó con ironía mientras daba unas palmadas con sus manos—. Has conseguido que alguno de tus clientes te compre con exclusividad. Muy bien. Oh, ¿acaso no sabes que ella es una puta? Ups, perdón, se me escapó. —Se tapó los labios con una palma y una expresión dramática teatralizada contorsionó sus gestos.

De pronto, David lo agarró del cuello de la camisa y arremetió con él contra la pared de ladrillos del edificio. Ange corrió a interponerse entre ellos, entre sorprendida y temerosa por el accionar de David.

Miranda gritó entre lágrimas y la gente que transitaba a su alrededor se detuvo para fisgonear de qué se trataba tanto alboroto. Por supuesto, nadie intercedió ni por uno u

otro.

—David, por favor, suéltalo —rogó Ange, dado que no lograba retirar las manos que David mantenía sobre la chaqueta del padre de su hija.

—Es un ser despreciable —masculló David, y Ange pudo constatar el odio en su voz a pesar de que su habla continuaba siendo plana.

—Mirchus —llamó a su hija y le tendió las llaves—, ve a casa con la abuela. En un ratito, voy contigo.

—Mamá, Davey no hizo nada malo —lloriqueó la pequeña.

—Lo sé, amor. Sube, por favor.

David soltó a Stephen y este se enderezó la camisa con parsimonia como si fuera un gran señor y ellos unas hormigas insignificantes.

—Me alegro que entraras en razón, Angela —argumentó Stephen—. Y que hallaras a otro estúpido del que aprovecharte.

Sin decir más, el hombre, con quien había engendrado a un ser tan hermoso como Miranda, se retiró con una mueca sardónica en su cara, pero no sin antes brindarle un guiño a David.

Una vez que restaron solos, Ange encaró a David. Rebuscó su mirada de forma inconsciente y notó como él se tensaba. Ella presionó los puños a los costados ante la incapacidad de mantener una maldita conversación como dos personas normales.

—Miranda no es tu hija, David —masculló, conteniendo el enfado—. Es mía y de ese hijo de puta. Pero no tuya.

—Ella quiere que lo sea.

—¡Es el pensamiento de una niña de siete años! Las cosas no se vuelven verdad porque uno lo desee. Y ese que acaba de irse es su padre.

—Yo podría serlo.

Ange se quedó enmudecida. Él podría serlo, hasta su mente se lo gritaba. Pero todo iba como en una autopista, demasiado rápido. ¿Ni siquiera habían blanqueado su relación con el resto del mundo y ya se proclamaba padre de su hija? Su mente se había vuelto un embrollo y necesitaba pensar.

—David, creo... ¡Vamos muy aprisa! Necesito que no nos veamos por un tiempo.

—¿Cuánto? —El que él no discutiera le oprimió el corazón. No puso reparo alguno a su separación. ¿Es que acaso no tenía sangre en las venas? Tal vez eso definía que ella tenía razón, había pisado el acelerador con él y debía replantearse sus

decisiones.

—No lo sé, unos cuantos días —contestó Ange con la frustración anudándole las entrañas.

—Necesito precisión, una cantidad exacta.

—¡Pues unos veinte días! —espetó antes de girarse para subir las escaleras de cemento.

—Bien, en veinte días nos veremos de nuevo.

David subió por las escaleras hasta llegar a su apartamento. ¡Veinte días! Paseó por su *living* de un lado al otro. Su mano en alto haciendo garabatos en el aire. Murmuraba palabras ininteligibles y se golpeaba con su mano libre, cada tanto, en el muslo. ¡Veinte días! No soportaría quedarse en su hogar, uno que poseía tantos recuerdos sobre las mujeres Mendoza. No podría dormir, comer y, mucho menos, trabajar. Debía buscar otro sitio. Además, creía que le sería imposible evitar encontrarse con ellas. Tanto Angela como Miranda habían llegado a formar parte de su día a día. ¿Cómo haría para sobrevivir sin verlas?

Necesitaba un nuevo lugar, una nueva rutina. ¿A dónde ir? ¿A un hotel? No, no podría estar encerrado en uno, odiaba los cuartos pequeños, no enteramente pulcros y, menos aún, la comida que ofrecían.

Ansiaba llamar a Craig, pero él tenía una relación con Carmen, la madre de Angela, así que quedaba descartado. No quería enterarse de que su exterapeuta, la persona con quien tenía el más estrecho vínculo, no estaba de su lado. Debía recurrir a alguien. ¿A quién? ¿Con quién más contaba?

¿Familia? No se contactaría con su hermana por nada del mundo. Ella era la primera que estaba tachada de su lista mental.

¿Amigos? Su cerebro le dio vueltas a la idea por unos cuantos segundos. En la actualidad contaba con algunos. ¿Por qué no? No sería indicado recurrir a Andrew dado que había salido con Angela, Nicholas vivía con Brian, su novio, por lo que tampoco; y Xavier, con su esposa, Charlie, y sus hijos, Daniel y Braddock.

David se detuvo en seco en medio de su living cuando la única opción posible apareció en su cerebro: Frederick. Él vivía solo y no estaba involucrado tan íntimamente con las mujeres Mendoza.

Cuando Fred abrió la puerta de su apartamento, jamás se imaginó que se encontraría a David del otro lado y nada menos que con un bolso de viaje en la mano y una mochila a su espalda.

—¿Eh? Hola, Dave. Pasa. —Una vez dentro, le preguntó—: ¿Qué haces aquí?

—Somos amigos, ¿cierto? —cuestionó el ingeniero.

—Claro. —Fred frunció el ceño, se percataba de que algo no estaba bien. David jamás se había presentado a su puerta antes, si el tipo apenas se relacionaba fuera del trabajo o los juegos en línea.

—Vengo a quedarme contigo por veinte días.

Fred se rascó la nuca y sonrió mientras las alarmas sonaban en su mente como en medio de un maldito incendio. ¿Qué mierda?

—Eh, Dave. ¿Veinte días dices? ¿Aquí? —Fred hizo un paneo a su departamento con un solo cuarto, el suyo. El ingeniero podría dormir en el sofá de tres cuerpos de eco-cuero marrón, pero por alguna razón no se imaginaba a su rígido amigo, que jamás lo había dejado llamarlo Dave sin corregirlo, hasta ese preciso instante. Lo que lo alarmó aún más—. ¿Qué sucede?

David soltó los bártulos a un lado de su sofá y comenzó a caminar de un lado al otro de su pequeña sala. Se palmeaba una pierna con una mano y con la otra elevada hacía movimientos raros con sus dedos.

Fred abrió los ojos como platos y se preocupó. No tenía idea de qué le sucedía, pero podía percatarse de que algo no andaba para nada bien.

—¿Dave?

—Ella me pidió que no nos veamos por veinte días y no puedo quedarme en mi apartamento. Podría cruzármela y el plazo tendría que volver a resetearse e iniciar. No quiero que eso pase —balbuceaba sin control.

—Cálmate, viejo —pidió Fred con sus palmas en alto, pero David no menguaba en su andar y en sus balbuceos sin control.

—Podría hacer de cuenta que se fue de viaje, pero no es así. Ella estará ahí y no tengo permitido verla.

—¡Mierda! —masculló Fred. Sacó su móvil del bolsillo trasero de sus *jeans* y buscó el número de uno de sus contactos—. Andy, vente ahora mismo a mi apartamento.

—¿Qué pasa?

—Tengo aquí a Dave con una especie de ataque o algo —informó con la voz atemperada al sostener la palma de su mano contra su boca. No sabía si David lo oía, pero en todo caso no quería que lo hiciera.

—¿Dave como David? ¿Nuestro David?

—¿Quién demonios más? —soltó con irritación. Quería al ingeniero, pero entendía que tenía una condición que Fred no comprendía del todo y mucho menos sabía cómo manejar—. ¡Vente para aquí, que no sé qué hacer con él!

Fred cortó la conversación. Había susurrado cada palabra a través del móvil, pero sospechaba que, aunque hubiera hablado en alta voz, David no se hubiera percatado de nada. Parecía inmerso en su propio mundo. Continuaba caminado de un lado al otro de forma errática, haciendo esos movimientos con sus manos y balbuceando.

No había mencionado un nombre, pero sí una mujer por la que tenía que mantenerse alejado de su apartamento. ¿Acaso David vivía con alguien? Siempre lo había creído soltero. ¿Tal vez estaba en pareja?

A los quince minutos, Andy tocaba el timbre de su apartamento.

—¿Qué es lo que sucede? —preguntó su amigo con cierta preocupación en la voz.

—Ya está más calmado —susurró—. Está sentado en el sofá, pero no sabes cómo estaba. Dice que se viene a vivir conmigo por un par de semanas.

—¿A vivir contigo? ¿Por qué? —murmuró Andy a su vez.

—¡Y mierda si lo sé! —exclamó Fred y se pasó las manos por su cabello pelirrojo con desesperación—. Mira, no tengo problema con que se quede.

—¿Entonces?

—Algo no va bien con él. —Andy le dirigió cierta mirada y él chasqueó la lengua—. No me refiero a eso, algo más le ocurre fuera de lo habitual, idiota —concluyó con un pequeño golpe con su puño en el brazo del castaño.

—Hey, que vine a ayudar —argumentó Andy, frotándose el brazo de forma exagerada.

Entraron al *living* y en cuanto David divisó a Andy, se elevó del asiento como un resorte.

—¿Qué haces aquí?

—Hola, Dave... —saludó Andy con un gesto de su mano.

—No puedo hablar contigo —dijo David—. Eres parte del problema.

Andy compartió una mirada con Fred y el pelirrojo se encogió de hombros.

—¿Lo soy?

—¿Qué problema, Dave? —preguntó Fred y se acomodó en uno de los sillones a uno de los lados del sofá—. Aún no me has contado mucho.

—Es que creo que no puedo. —David sacudió la cabeza a un lado y al otro—. Ella me odiará aún más si ustedes se enteran.

Fred y Andy compartieron otra mirada confusa. Ella. ¿Quién era ella? Y si ellos no debían enterarse era porque la conocían, ¿cierto?

—Vamos a calmarnos un poco, ¿sí? —sugirió Andy con esa sonrisa que lograba calmar a las bestias—. Sentémonos y charlemos un rato, ¿quieres? Podemos competir en alguno de los tantos juegos de video que tiene Fred. ¿Qué te parece?

—Está bien —concedió David al acomodarse de nuevo en el sofá, y Andy lo hizo junto a él.

Permanecieron en silencio por unos cuantos tensos segundos en los que Andy y Fred intercambiaban una que otra mirada silenciosa. Luego, Fred estableció unos de sus juegos preferidos en la pantalla plana ubicada en la pared contraria a ellos y le pasó uno de los controles a David y el otro a Andy. Él necesitaba calmarse un tanto antes de centrar su mente en un juego.

David era una persona con sus cualidades, era acartonado, no demostraba ninguna emoción en su rostro o en su voz plana y metálica, pero, y había un gran *pero*, cuando lo tratabas lo suficiente aprendías a distinguir ciertos matices en él. Eran muy sutiles, pero allí estaban y estos evidenciaban los estados de ánimo del ingeniero.

Todo su grupo de amigos adoraba a David y era algo que habían intentado hacerle comprender al invitarlo a salida tras salida, pero solo había aceptado concurrir a una. Fred quería creer que él la había disfrutado y que había cambiado su manera de pensar con respecto a ellos y que se veía aceptado como miembro.

Fijó la mirada en el hombre de cabellos negros y tez pálida. Notaba su vulnerabilidad y la tristeza. Había algo, no sabía bien qué, que lo delataba, y eso le estrujó el corazón. David era una persona que inspiraba cariño y unas ganas tremendas de ampararlo de lo que fuera que lo atormentara.

¿Quién sería esa maldita que lo había puesto así? ¿Por qué le había dado ese plazo de tiempo? ¿Qué pasaría transcurridos los veinte días? ¿Le daría una patada en el culo? Miles de preguntas poblaban su mente y ante cada una más se preocupaba por su raro amigo.

Cuando David se encerró en el cuarto de baño, Andy y Fred aprovecharon para discutir sobre cómo proseguir.

—¿Si le sugerimos que se comunice con ese terapeuta del que siempre habla? —sugirió Andy en voz baja. Se sentó en el borde del sofá y acercó su rostro al del pelirrojo.

—Sí, Clark o algo así —comentó Fred también en un murmullo—. Sería lo indicado, él lo conoce y sabrá cómo proceder.

—Lo veo inestable.

—Ni que lo digas. Casi me da un ataque cuando entró a mi apartamento y se puso extraño. Más de lo habitual, Andy —enfaticó cuando su amigo puso los ojos en blanco. Fred se había asustado como nunca antes y la impotencia de no saber cómo actuar lo había desestabilizado—. Eso ya lo dejé claro.

—Cierto. —Andy asintió, pensativo—. Lo está más de lo usual.

—Se quedará en casa hasta que averigüemos qué le ocurre. —Fred tenía una necesidad de cuidar de David, de protegerlo de lo que fuera que estuviera ocurriendo—. No lo quiero solo sin saber quién es esa mujer que lo atormenta. ¿Y si vuelve a su apartamento y se pone mal sin que estemos allí?

—No, me parece bien que se quede aquí. ¿Quieres que yo también lo haga?

—¡Mierda! —Fred se pasó las manos por su cabello—. No tengo ni una maldita cama extra, viejo. Podría dejarle mi cuarto y yo dormir aquí. ¿Pero y tú?

—En casa tengo una bolsa de dormir que no hace más que juntar polvo —sugirió Andy y Fred sabía por qué lo amaba tanto. Era esa clase de personas con las que siempre podías contar.

—¿Una bolsa de dormir? ¿Acaso te irás de campamento? —bromeó sin poder contenerse.

—No me mires así —contestó Andy, enfurruñado, y con los brazos cruzados sobre su pecho—. Lo pensé alguna vez, para que lo sepas.

—Ve a buscarla y duermes en el suelo. David nos necesita al menos durante el fin de semana.

—¡Una pijamada! —vitreó Andy, y Fred puso los ojos en blanco, pero no pudo evitar reírse de las tonterías de su amigo.

—Ordenaré algo para comer. Espero que David me lo haga simple, dado que es un tanto selectivo con ciertos alimentos.

En cuanto el protagonista de sus conversaciones volvió a su asiento, Andy y Fred abordaron el tema de su terapeuta.

—¿David, crees que te haría bien hablar con Clark? —preguntó Fred.

—¿Quién es Clark? —inquirió David a su vez.

—¿Tu terapeuta? —aventuró Andy.

—Exterapeuta y su nombre es Craig. No, no puedo llamarlo, él está de novio con su madre.

—¿Con la madre de ella? —quiso saber Fred, quien veía cómo se complicaba la situación de su amigo.

—Sí.

—¿Podrías contarnos quién es ella? No diremos nada a nadie —prometió Andy en un tono calmado.

—No. Quiero hacer cada paso bien. Ella tiene que ver que puedo ser normal.

La furia brotó de dentro de Fred.

—¿Esa mujer te dijo que no eras normal? —Su tono fue frío y calmado, tanto que hasta Andy lo observó con fijeza. El pelirrojo tenía los dedos de sus manos clavados en los antebrazos del sillón y la mandíbula trabada.

—Sé que ese fue el problema, por eso me pidió un tiempo —confesó David.

—¿Ella es tu novia? —inquirió Andy con suavidad, y Fred dio gracias de que fuera él el que guiara el interrogatorio. Fred apenas podía contener el enojo con una joven de la que no sabía la identidad aún, pero lo averiguarían.

—No lo sé. Ella salía con alguien más. —David alzó la mirada hacia Andy y la desvió pronto.

Fred observó a Andy. Se percataban que ambos debían conocer a esta mujer y ya tenían otra pista: ella salía con alguien más. Solo tenían en común las amigas de S&P. Sam era la pareja de Alex; Key, de Mark, y Charlie, la esposa de Xav, por lo que ninguna de ellas podía ser. Solo restaba Ange.

Fred clavó la mirada en Andy y su expresión se ensombreció. ¡Ange! Ella había salido con Andy un par de veces. Debía estar volviéndose loco, no podía ser. ¿Le comentaría a Andy sus sospechas? No sabía en qué había quedado la relación entre la recepcionista y el creativo. Tal vez sería mejor a aguardar a ver cómo se sucederían los acontecimientos. Por el momento, lo más importante era cuidar de David.

—¿Y contigo, Dave? ¿Contigo salía? —continuó cuestionado Andy con esa voz que

parecía encantar a las bestias.

Él negó con la cabeza.

—Teníamos relaciones en mi apartamento cuando los otros habitantes del suyo se dormían.

—Sexo —escupió Fred como si fuera algo repugnante.

—¿Entonces vive cerca de ti? —supuso Andy.

Sin percatarse, David les brindaba más y más información sobre esa mujer misteriosa.

—Dos pisos más arriba —contestó el ingeniero.

—¿Con quién vive? —interrogó el castaño de ojos claros.

David frunció el ceño, pero no alzó la vista del suelo.

—Creo que tampoco debo decirte. Ni donde vivo ni ella. Yo solo quiero que todo vuelva a estar como antes, no voy a hacer nada que amplíe el plazo de no vernos.

—Está bien, viejo. Está bien —concedió Fred.

Capítulo 25

Los creativos estaban reunidos al costado de la mesa donde se encontraba el hervidor de agua, diversas infusiones y las tazas. A los oídos de Angela llegó el nombre de David y no consiguió hacer caso omiso de lo que se decía.

No pudo evitar el estrujamiento en su corazón. Lo extrañaba tanto que dolía de solo pensar en él. ¿Por qué demonios había puesto ese plazo de veinte días? Apenas llevaba un fin de semana y ya no concebía seguir distanciada de él. No obstante, su razón le decía que debía alejarse del ingeniero para pensar su relación y mirarla desde un nuevo ángulo. Habían creado un vínculo muy profundo en muy poco tiempo, no solo ellos, sino también David con Miranda. La pequeña no hacía más que preguntar dónde estaba él.

La niña había ido a su apartamento luego de que su abuela la retirara de la escuela y nadie había respondido cuando llamó a la puerta. Había concurrido unas cuantas veces, pero no lo halló. Angela sospechaba que no se quedaba en su hogar, sino que se había marchado. ¿Pero a dónde? No creía que con su hermana y tampoco con Craig, dado que desde que salía con su madre lo veía seguido y él no había mencionado nada.

Alzó la vista a los cuatro hombres reunidos, hablaban mientras bebían aquellos saquitos con mezclas de hierbas que les proporcionaba Samantha. La pareja de Alex, a pesar de que ya no hacía un horario completo por su embarazo avanzado, siempre se preocupaba de que estuvieran bien provistos de infusiones y *snacks* saludables.

«¿David está en la casa de alguno de ellos?», se preguntó Ange con la mirada fija en el grupo masculino.

Del otro lado de la estancia, Andy conectó su mirada clara como el agua con la suya. Él le brindó una sonrisa y ella le respondió con otra más apagada y un tanto tensa. No habían hablado desde su última salida, pero había como un acuerdo tácito de que no habría alguna otra. Al menos no como una posible situación de pareja a futuro, pero sí continuarían siendo amigos como siempre.

Él alzó su taza de *Hulk* a modo de brindis y eso le robó una pequeña risa. Andy era

adorable y solo esperaba que encontrara la mujer que tanto buscaba. Él volvió a concentrarse en la conversación.

Dada la distancia a la que estaba Angela, solo escuchaba retazos, pero sí distinguió cuando se dijo que David se quedaba en casa de Fred.

Así que estaba con él. ¿Cómo lo llevaría? David era bastante estricto con sus rutinas y la manera en que prefería que se hicieran las cosas más básicas, como lavar la vajilla, poner la mesa, entre otras.

Ansiaba llamarlo, pero no le parecía justo, ya que ella había dictaminado ese distanciamiento tortuoso.

Con poco entusiasmo, se sentó tras su escritorio y se dispuso a revisar la agenda de los jefes de S&P, Mark y Alex. Y su tarde transcurrió con un gran esfuerzo por parte de ella en realizar cada una de sus responsabilidades laborales.

Estaba por llegar a la puerta vidriada de su edificio, cuando vio a Joy, la hermana de David, apoyada contra la pared de ladrillos y parada sobre la escalera de granito de entrada.

Ange meditó si pasar al lado de la mujer sin siquiera hacerle un gesto.

—Espera, por favor. Quería hablar contigo. —Ange se detuvo y se giró hacia ella, pero se mantuvo en silencio. No se sentía con ánimos de que volvieran a insultarla—. Quería hablar contigo de mi hermano.

—No está en su apartamento.

—Ya lo sé. —La mujer pasó el peso de su cuerpo de un pie al otro con evidente nerviosismo—. Te esperaba a ti. Lamento cómo sucedió nuestro último encuentro.

—Me insultaste y trataste muy mal a David.

—Lo sé y lo siento. —Joy alzó una mano y pareció que tomaría la de Ange, pero se lo debió pensar mejor porque la dejó caer—. No sé cómo tratar a mi hermano, cómo manejar su condición y de qué forma acercarme a él.

—De ese modo, seguro que no —soltó Ange sin misericordia por la mujer.

—Tienes que entender que yo tenía quince años cuando él nació, un niño no esperado, y en cinco años yo ya había dejado la casa familiar, por lo que solo viví con él unos años. Luego, mis padres se divorciaron y mi padre desapareció de nuestras vidas.

—David era solo un niño, él no tiene la culpa de las decisiones de los adultos.

Ange no entendía a dónde quería llegar Joy con tantas confesiones. No importaba si

Ange comprendía su situación, ella había tratado de manera horrible a David y, por lo que suponía, nunca había salido en su defensa frente a las torturas de su madre.

—¡No, claro que no! Pero nunca tuve un acercamiento a él y su enfermedad, solo tenía los dichos de mi mamá de que estaba loco.

—No está loco ni enfermo —aclaró Ange con frialdad—. Es una persona diferente con una mirada distinta para percibir el mundo.

—Eso es lo que quiero aprender. —Podía percibir el ruego en los ojos pardos de la mujer, tan iguales a los de su hermano, salvo que ella tenía el cabello castaño—. Quiero acercarme a él y poder conformar una relación. ¡Por favor, es mi familia! Me gustaría que tuviera un vínculo con sus sobrinos y su cuñado, solo que no sé cómo hacerlo y te pido tu ayuda.

—Yo...

—Sé que he sido una persona horrible con ustedes y que no merezco que me ayudes —agregó Joy antes de que Ange pudiera rehusarse.

—Haré lo que pueda —concedió al fin—. Hablaré con él y veré si es posible. También me gustaría que David sintiera que su familia de origen, o lo que queda de ella, lo acepta tal cual es.

Al menos, Joy le brindaba una excusa para contactarse con él. Y se sorprendió por el anhelo que sentía de volver a verlo. Su corazón aceleró sus latidos de tan solo pensar en tenerlo frente a ella.

—¡Gracias! Ten, te daré mi número de móvil para que me avises o me cuentes cómo proseguir. —La mujer rebuscó en su cartera hasta sacar una agenda, escribió los dígitos en una hoja, cortó el extremo escrito y se lo tendió—. Seré paciente.

—Bien.

—Gracias. —Joy aferró sus manos en las suyas y se las estrechó al mismo tiempo que le dirigía una sonrisa amplia con ojos empañados. Una expresión tan diferente desde la primera vez que se vieran, y Ange creyó en los sentimientos que vio pasar por el rostro de la mujer.

Se despidieron y Ange ingresó al edificio con miles de emociones revolucionando su interior. Ansiaba ver a David, y en ese momento tenía la excusa perfecta para acercarse a él, ¿tendría las agallas suficientes de hacerlo?

Al llegar a su apartamento, se encontró a su madre calmando a Miranda, quien lloraba en sus brazos de forma desconsolada.

—¿Qué ocurre? —preguntó, alarmada, mientras se acercaba a su hija.

—¡Quiero ver a David! —gritó Mirchus con la voz rasposa—. ¿Por qué desapareció sin decirnos nada?

—Ay, cariño. Cálmate, amor —pidió, y su niña se lanzó a sus brazos con un llanto renovado que le convulsionaba su cuerpecito—. Lo extraño mucho, mamá.

—Lo sé, cariño. Lo sé.

No lo habían visto por un par de días y Miranda había estado cada día más cabizbaja. Ange se preocupaba por la estrechez del vínculo que había establecido con David. Nunca se hubiera imaginado que fuera tan profundo. Las palabras que él le había arrojado en cara al padre biológico de Mirchus se reproducían en su mente, quizás sí sería un muy buen padre para su pequeña. Al menos, había sido capaz de cuidarla todas las tardes, alimentarla y ayudarla en sus tareas. También se había enterado, porque su hija no había parado de hablar sobre ello, que la había ayudado a enfrentar ciertas vicisitudes con sus compañeros de escuela. En síntesis, David se había comportado como el progenitor que él aclamaba ser para su niña.

A pesar de la resolución de Ange de contactar a David, no tuvo el valor suficiente y pasaron los días sin que lo hiciera.

Carmen se acercó con un plato repleto de galletas y se acomodó junto a ella en la mesa de la cocina. Mirchus, a pesar de que era sábado, estaba en su escuela para el ensayo de una obra de teatro extracurricular.

—¿Cómo van las cosas con tu novio, mamá? —preguntó Ange.

Carmen la miró alarmada, o eso le pareció a su hija.

—¿Es que... no estás de acuerdo?

Nunca habían conversado sobre que su madre volviera a salir con un hombre después de la muerte de su padre, pero ya habían transcurrido diez años y Ange estaba más que feliz en que ella lo fuera también.

—Claro que sí, mamá. Si eres feliz con él, yo también lo soy.

—Mucho, Angela —contestó Carmen con una sonrisa radiante, y eso fue todo lo que Ange necesitó para tranquilizarse. Aunque la felicidad que su madre disfrutaba resaltara la oscuridad en la que ella parecía metida.

Extrañaba a David con locura, pero después de cómo habían terminado las cosas entre ellos, temía enfrentarse a él. No sabía cómo dar ese primer paso, cómo encararlo y decirle que ya no quería ese distanciamiento, que tenía sus pensamientos

en su mente y los sentimientos en su corazón bien claros.

Ange le sirvió una taza de café a Carmen cuando sonó el timbre de su apartamento. No esperaban a nadie y su corazón se disparó ante la presunción de que quizás fuera David. En medio segundo se levantó de su asiento y se apresuró hacia la puerta solo para encontrarse al rostro contrariado de Craig del otro lado.

—¿Qué ocurrió con David? ¿Dónde está? —vomitaba pregunta tras pregunta sobre su expaciente al acercarse a ella con expresión amenazadora. Ange retrocedía ante cada paso del novio de su madre—. No está en su casa y no responde su móvil. Jamás ha dejado de contestarme ni tampoco ha pasado tantos días sin llamarme como ahora.

—¿Craig, qué sucede? —cuestionó Carmen al aparecer en el *living*.

—No te metas, Carmen —exigió el psicólogo con una mano en alto, sin mirar a su novia y con los ojos fijos en Ange—. Esto es entre tu hija y yo.

—Si mi hija está en medio, yo también —interpuso su madre con un tono que Ange hacía tiempo que no escuchaba, a lo leona defendiendo a sus cachorros.

—Solo dime qué mierda ocurre y dónde está —pidió Craig—. Sé que tú tienes que ver y por eso no me buscó a mí, por la relación que tengo con tu madre. ¡Maldición! Debe sentir que lo he traicionado, que lo he puesto en un segundo lugar —comentó con voz resquebrajada.

Ange no logró evitar que los ojos se le llenasen de lágrimas. Ella ya no quería estar separada de David, ya no quería esos veinte días que se había autoimpuesto para no verlo.

—Tuvimos una especie de pelea, supongo —respondió con la mirada esquiva.

—¿Supones? —escupió Craig y el excelente terapeuta que era se había convertido en un ser sin piedad. Ange entendía que él defendía a David como si de su padre se tratase y lo respetaba por ello.

—¡Sí, supongo! —explotó de tan abrumada que estaba—. Porque él no elevó la voz, solo acató cada cosa que le exigí.

Intercambió una mirada con su madre, quién tenía una expresión triste y se mantenía a un lado, no pegada a ella dándole lugar a su *conversación* con Craig, pero lo suficiente cerca para recurrir en su ayuda.

—¿Y qué le exigiste, Angela? —preguntó Craig, y la rabia contenida en sus palabras fue palpable para ella.

—No vernos por veinte días, nada más —replicó, avergonzada—. No le pedí que se

fuera de su apartamento ni que no tuviera el móvil prendido.

—¡Maldita seas! —gritó el hombre y lanzó los brazos al aire.

—¡Craig! Ya basta —lo amonestó Carmen y le pasó un brazo por los hombros a Ange, quien se enjuagaba los ojos con el revés de su mano.

—Él es literal, si no debe tener contacto contigo, hará lo que fuera para que eso suceda —aclaró Craig con desprecio—. ¿Y sabes dónde está?

Ange asintió y sus labios temblaron cuando se disponía a hablar, por lo que tomó aire con profundidad.

—En la casa de Fred, es uno de mis compañeros de la agencia.

—¿Uno con los que juega en línea? Bien, vamos allá —dijo Craig sin posibilidad de que se negara—. Quiero constatar que David se encuentre bien.

Ya no soportó más el desprecio que le brindaba el nuevo novio de su madre. ¿Qué se creía, que todo había sido gratuito para ella? ¿Acaso pensaba que no penaba por no verlo, que no lo extrañaba con lo más profundo de su alma?

Cuando no se movió, Craig la aferró del brazo para guiarla hasta la puerta, pero ella se zafó de un movimiento.

—¿Crees que es fácil para mí? —preguntó con una furia que le quemaba las entrañas. Se soltó de la mano que la aferraba y se alejó de Carmen y Craig—. No esperaba sentir esto por alguien alguna vez y estoy aterrada. ¿Acaso piensas que solo lo utilicé, que no involucré mis sentimientos? Yo estaba bien, con mi maldito corazón congelado a toda emoción, y de pronto llega este ser que habla sin pelos en la lengua, sin percatarse de que lo que diga puede ser cruel. Pero dentro de eso que yo veía como crueldad, solo hay honestidad. Y yo solo quiero... —se le quebró la voz y apenas pudo continuar—, quiero que vuelva conmigo, pero me da tanto miedo de no ser capaz.

Su madre corrió a su lado y la envolvió en sus brazos como si fuera una niña. Ange se zambulló en el confort y se aferró a ese cuerpo que siempre la había puesto en primer lugar.

—No estás sola, cariño, y eso lo sabes. No debes dejar pasar la oportunidad de descubrir ese sentir con David.

—David no será un hombre convencional, Angela —explicó Craig con mayor calma y suavidad—, pero es uno que siente en intensidad y que posee un interior maravilloso. Es una persona que solo puede descubrirse si uno se detiene a

contemplantlo con atención.

—Lo sé —concedió al separarse de su madre y enjuagándose las lágrimas no derramadas—. Quiero traerlo a casa.

—Vayan —concedió Carmen al acompañarlos del brazo a ambos hasta la puerta—, yo me ocuparé de retirar a Mirchus de la escuela.

Ange se subió al automóvil de Craig y se mantuvo tensa a su lado. No tenían plena confianza aún y el hecho de que estuviera saliendo con su madre y, al mismo tiempo, fuera la persona más allegada al hombre que amaba la ponía un tanto a la defensiva. Su mente hizo un retroceso rápido a lo que acaba de figurar. ¡Lo amaba! ¿Era que acaso lo dudaba? A pesar de habérselo propuesto, no había podido mantenerse distanciada de David ni congelado su corazón a lo que él le hacía sentir.

Era peculiar, raro, directo, rígido y tantas otras cualidades que no esperaba encontrar en el hombre perfecto. Quizás para una persona convencional no lo fuera, pero ella no lo era. Lo que lo convertía en la persona ideal para Ange. Solo esperaba que pudieran retomar la relación, que le permitiera disculparse y enmendar todos los errores que había cometido.

—Mira, Ange, no quiero que estemos en malos términos —dijo Craig.

—No lo estamos —murmuró.

—Bien, porque amo a tu mamá. Sí, no me mires así —pidió con una sonrisa conciliadora—, aunque haga poco que estamos juntos, es algo que tengo en claro desde el primer momento.

—Tienes razón en que no pensé lo suficiente en David cuando le exigí que nos distanciáramos.

—Disculpa, me excedí en mis palabras. Es que... jamás estuve tantos días sin saber de él. —Ange observó como el terapeuta presionaba sus manos sobre el volante—. Y no quisiera que pensara que me alejé de él por tu madre, que se sintiera traicionado, que no lo quiero lo suficiente.

—Eres muy importante para él.

Ange se percató de que Craig trababa las mandíbulas, parecía enojado consigo mismo por haber defraudado a David de alguna forma. Quizás sintiera que no había estado allí para él cuando más lo necesitaba. Pero Craig vivía un nuevo amor con su madre y eso los había embarullado en un tornado de felicidad a los dos, si eso podía significar la sonrisa embobada que portaba su madre a toda hora.

El resto del viaje lo hicieron en silencio hasta estacionar frente al edificio donde vivía el pelirrojo.

Capítulo 26

Ange se sorprendió con la expresión contrariada con la que la recibió Fred al abrirle la puerta de su apartamento. Ella le hizo un gesto como para preguntarle qué le ocurría, pero él no varió sus facciones de no bienvenida.

—¿Está David? —preguntó al cabo de unos segundos de silencio.

—No creo que sea buena idea, Ange —respondió el creativo con sequedad.

—Mucho gusto, soy Craig Scott. —El terapeuta tendió su mano y el pelirrojo se la estrechó.

—Ah —Fred soltó un suspiro y sus facciones se relajaron—, ¿su terapeuta?

—Ex —contestó Craig con una sonrisa—. ¿Podemos pasar? Nos urge ver a David.

Ange notó la reticencia de Fred y no comprendía su causa. Siempre se había llevado bien y él era una persona muy amistosa con cada uno de los miembros de S&P, alguien que siempre la había hecho sentir que era parte de un grupo maravilloso.

Entró tensa al recibidor, pegada a Craig. No sabía la razón, pero se sentía más segura junto a él en esa ocasión que ante la mirada hostil de Fred. ¡Él sabía! Era la única justificación a su conducta. Eso quería decir que David lo había contado. Claro que estaba en su derecho de hablar con sus amigos, pero sintió un aguijón en su corazón al percatarse de que había ventilado sus pormenores frente a personas que tenían vínculos a ambos.

En cuanto David la vio, se alzó de un salto del sofá, arrojó el control de la consola de video sobre la mesa ratona y dio un par de pasos hacia ella. Ange no pudo evitar que sus ojos se empañaran, solo que esa vez no pudo reprimir sus lágrimas.

David se alejó hasta el otro extremo de la habitación con premura.

—No he hecho nada, Angela. No volví a S&P, no me he acercado a ti ni he contado nada a nadie —aseguró David con su voz plana, pero cargada de preocupación, y eso acongojó aún más a Ange. Ella lo había hecho sentirse inseguro y que había procedido de forma errónea, cuando había sido ella la que se había comportado mal.

—¿Ange?

Se sobresaltó al notar a Andy en el sillón de junto, no se había dado cuenta de su

presencia, solo había tenido ojos para la figura de cabello negro y piel pálida.

Ella sacudió la cabeza, no podía hablar. Solo quería correr y sumergirse en el pecho de David, pero en eso sí se contuvo. Caminó hasta él, en ese instante era ella quien rehuía la mirada y no la conectaba con la masculina.

—Voy a tocarte, David —anunció con voz ahogada y se arrojó a sus brazos. Él la envolvió y la estrechó contra sí. Nunca pensó que un cuerpo que se mantenía como una tabla al abrazarla pudiera transmitirle tanta calidez, pero así era. No supo cómo había podido sobrevivir sin él por tantos días. Eso era David, su tabla en medio de un naufragio, su salvación. El que había hecho que su corazón volviera a vivir.

—¿Qué hice esta vez? No comprendo.

—Nada. Yo... Oh, David, no vuelvas a dejarme nunca más. Esta semana ha sido un espanto, te he extrañado tanto. —Tanto que era como si su corazón hubiera dejado de latir. Extrañaba su voz metálica, su rostro inexpresivo, la rigidez de su cuerpo, su crudeza al hablar y cada partícula de su ser.

—Yo también te he extrañado —confesó él, y eso la sorprendió.

—¿En serio? —Se apartó de David y le enmarcó el rostro, aunque él continuaba desviando su mirada—. Lo siento, he sido una tonta egoísta y chiquilina. Me aterró de lo rápido que iban las cosas entre nosotros que no supe cómo continuar.

—¿Cuánto sería rápido? —cuestionó el ingeniero con la cabeza inclinada a un lado y los ojos fijos en su mejilla izquierda—. Hace unas seis semanas que tenemos sexo. No creo que vayan rápido, solo nos acostamos. No nos hemos casado ni comprometido, tampoco estás embarazada...

—No, claro. —Las mejillas se le tiñeron de carmesí al notar la mirada sorprendida de Andy, la hostil de Fred y la picaresca de Craig.

—Entonces, no van rápido —anunció David y se veía la confusión en su expresión. Ange no sabía cómo explicarle que no eran el ritmo de los acontecimientos a lo que se refería, sino al de las emociones. Pero el verse contemplada con atención por otras tres personas la hizo ser consciente de que tenían un público muy dispar—. ¿Pasa algo? Tus mejillas se han vuelto rojas.

—Es que... Este es uno de esos temas para hablar en privado, David —dijo en voz baja al acercarse a su oído.

—Oh. —Ella se aclaró la garganta y se soltó de David con la cabeza un tanto gacha—. ¿Craig? ¿Qué haces aquí? —preguntó el ingeniero a su exteraapeuta.

—Estaba preocupado por ti, muchacho. —Craig esbozó una sonrisa y se acercó a él mientras Ange le daba lugar—. Tienes el móvil apagado y no estabas en tu apartamento.

—No debía tener contacto con Angela, por lo que me aseguré de ello —informó David como si fuera el proceder más habitual.

—Entiendo, pero deberías haberme avisado para tenerme al tanto. Estoy demasiado viejo para que me preocupes de esta manera.

—Lo siento, Craig —se lamentó David con la mirada en el suelo, parecía un niño pequeño frente a la reprimenda de un padre—. No quería ponerte en un entredicho con tu nueva novia.

—Está bien, muchacho. —El exterapeuta le removió los cabellos con una mano—. Lo entiendo, pero nunca vuelvas a dudar de mi cariño por ti. —David asintió en respuesta.

—Bueno, parece que ya está todo solucionado —anunció Andy con una sonrisa tensa en su rostro.

—Claro que no —intercedió Fred, su postura era rígida, con las manos en las caderas y las piernas abiertas—. David, tú no te vas de aquí hasta que aclaremos unas cuantas cosas.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó Ange a la defensiva. Ya la tenían harta esos dardos que le disparaba con la mirada cada dos segundos. ¿Qué demonios le pasaba con ella?

—Eso quisiera saber yo —replicó el pelirrojo de frente a ella—. Por lo visto, venías jugando a dos puntas. Salías con uno, pero te acostabas con el otro. ¿Qué demonios, Angela? ¡Somos tus amigos!

—Yo... —No sabía dónde meterse. Fred tenía razón, Andy no se merecía que hubiera jugado con él, solo que ella no lo había hecho. Había sido sincera en sus ganas de que algún sentimiento, además de la amistad, aflorara entre ellos, pero no fue así—. No jugaba a dos puntas. Andy, yo quería que entre tú y yo emergiera alguna...

—Chispa —finalizó el castaño por ella—. Lo sé, Ange. No te preocupes, que aquí el único indignado es Fred. —Rio, aunque ella percibió que continuaba con esa mueca estática en plena cara. Se aproximó a ella y le tomó ambas manos entre las suyas—. Yo quería tanto como tú que esas chispas saltaran nada más vernos, pero no fue así. No tenía que ser, Ange, así que no debes estar mal porque saltaron por alguien

más. Y enhorabuena que haya sido así, me alegro tanto por ti, por ambos.

—Lo lamento, Andy —dijo Ange presionando las manos del hombre con aspecto *hipster*—. De verdad.

—Lo sé, pero seguimos siendo amigos, ¿cierto? No más cenas incómodas ni despedidas vergonzosas, ¿te parece? —sugirió Andy con una expresión tan cálida que Ange lo hubiera abrazado y estampado un beso en la mejilla, pero no era el momento apropiado dado los recientes acontecimientos.

—Gracias.

—Pues para mí no está —se quejó Fred—. Has jugado con los sentimientos de David. Es que tú no estabas aquí para verlo el día que llegó a mi apartamento.

—Me hago una idea —concedió ella. Suponía que David podría haber tenido una de sus crisis y solo podía imaginarse el temor que debía haber sufrido Fred al verlo de aquella manera.

—No, no te la das. No hay derecho a que seas una perra egoísta —escupió Fred con un ácido que no era propio de él, por lo que Ange se quedó estupefacta y se percató de que hasta Andy se había paralizado.

—Hey, chico, no te permito que le hables así —lo interrumpió Craig y se puso entre ella y el pelirrojo.

—Frederick —lo llamó David al tirar del dobladillo de su camiseta—. Te agradezco que me defiendas. Aprendí que somos amigos y que puedo recurrir a ti y a Andrew.

—Eres parte de nosotros, Dave —aclaró Fred con mayor suavidad—. No lo dudes.

—Quiero estar con Angela, Frederick —confesó David al soltar la camiseta de su amigo—. Yo no quiero seguir sin ella y ahora ya es público. Eso es algo bueno, ¿verdad?

—Sí, lo es, amigo. —Fred no anunció que lo abrazaría, simplemente, lo encerró entre sus brazos bien fuerte como para que no pudiese desligarse de él—. No quiero que vuelvan a lastimarte, ¿entiendes? Solo eso, Dave.

—Yo la amo. —El silencio reinó después de esa confesión. Angela no podía creer que David hubiera soltado lo que sentía por ella así de fácil, frente a tres testigos, sin habérselo mencionado antes. Su corazón saltó de pura felicidad, pero no estaba segura de darle rienda suelta a esa emoción y confesarle que ella sentía lo mismo o enfadarse y darle una reprimenda por no declarársele en privado.

El móvil de Ange comenzó a sonar y constató por el visor que se trataba de tu madre.

—*¡Miranda no está en la escuela!* —gritó su madre apenas atendió la llamada.

—¿Qué? —La desesperación corrió por sus venas como líquido helado—. ¿Qué quieres decir con que no está?

—*Me dijo la maestra que nunca llegó a la clase.*

—¡Yo misma la dejé en la puerta esta mañana! —exclamó Ange con un terror profundo.

—*¡Pues no está, Angela!* —exclamó su madre con voz quebrada—. *No sé dónde ha podido ir.*

—¡Ay, yo tampoco tengo idea! No sé... —Vagó la mirada y conectó con el ceño fruncido de David, quien estaba atento a su conversación—. Te llamo en un rato, mamá.

—*Esper...* —Pero Ange ya había presionado el botón rojo en la pantalla.

—David, acciona tu móvil —pidió con el tono más calmo que pudo.

Él desapareció tras una puerta y retornó a los pocos segundos con el móvil en su mano.

—Tengo varias llamadas perdidas de un número desconocido.

Al instante, entró otra llamada.

—¡Atiende, David! —exigió Ange. Solo rogaba que fuera su hija. La había visto muy cabizbaja por la súbita desaparición de David de su vida y quizás había salido en su busca, pero su niña jamás se movía sola por la ciudad.

David deslizó el dedo sobre la pantalla de su iPhone para conectar la comunicación y se puso el artefacto en la oreja. En cuanto oyó la voz del otro lado, su rostro inexpresivo dejó de serlo para colmarse de preocupación.

Capítulo 27

Apenas Miranda lo vio, corrió desde la cabina telefónica en la que había estado unas cuantas horas tratando de comunicarse con Davey. Se lanzó a sus brazos sin anunciarse y no le importó la incomodidad que le podría dar a él. Más bien, no la tuvo en cuenta. Habían sido tantos los temores que habían rondado su pequeña cabecita: que no le contestara las llamadas, que no diera con él, que no lo volviera a ver jamás. A esos se sumaban que nunca había estado sola en la calle y no tenía mucha idea de dónde se encontraba.

Había escapado de la entrada de la escuela en cuanto su madre había dado media vuelta, y había deambulado por más de media hora hasta dar con una cabina telefónica.

—¡Davey! —Él la atajó contra su cuerpo—. Creí que jamás me contestarías. Tenía tanto miedo. —Las lágrimas caían por sus tersas mejillas y los sollozos la convulsionaban contra él. Ya tenía su habitual lentitud para hablar y, en ese instante, se sumaba una nueva dificultad debido al llanto y al hipo.

—Está bien. —Él le acariciaba la cabeza de esa manera tan robótica, como cuando la gente mayor hace ese baile ridículo, moviendo los brazos de forma rígida—. Ya estoy aquí. Pero no debes faltar a clases otra vez, Miranda. Tu madre y tu abuela están muy preocupadas.

Mirchus se separó de Davey. Con la mirada fija en sus zapatos un poco gastados en las puntas, hundió los hombros.

—Quería que volvieras. Te extrañaba mucho y no sabía dónde estabas. Además, quería terminar de ver *Shugo Chara* contigo, no es lo mismo si la veo sola.

—Faltar a clases está mal, Miranda —la regañó sin alterar la voz—. Y preocupar a tu madre y tu abuela también. No debes volver a hacerlo, promételo.

—Lo prometo. —Mirchus se aferró a la manga de la camiseta de Davey con tanta fuerza que su palma le dolió al clavársele las uñas.

—Hoy estuve con tu mamá.

—¿Qué dijo? ¿Se amigaron? —quiso saber al instante. Sabía que su relación con el

hombre dependía de cómo se llevara con su madre—. Sé que ella es la culpable de que te fueras.

—Ella fue la causa, es verdad —informó mientras comenzaban a andar por la vereda sin que ella supiera a dónde, pero confiaba en que él sí lo tuviera claro—. Pero no la culpable.

—¿Mamá y tu eran novios, Davey?

—No. —Davey sacudió la cabeza de un lado al otro, pero continuaba con la vista fija en el suelo.

—Oh. Creí... quizás esperaba que así fuera. Como siempre se seguían con los ojos cuando el otro aparecía y había intentado juntarlos en el cine...

—¿Tratabas de emparejarnos? —preguntó él al detenerse y hacer que ella también lo hiciera.

Un autobús paso por la calle junto a ellos y el ruido la ensordeció un tanto, por lo que arrugó la nariz.

—Claro, si no, ¿cómo serías mi papá? —contestó al tiempo que se encogía de hombros.

—Cierto.

—¿Vamos a casa? ¿Volverás a tu apartamento o te mudarás?

—Volveré. —David le dio un par de palmadas sobre la cima de la cabeza con la mano que tenía libre, dado que a la otra seguía ella aferrada a su manga.

—Bien. Sería más difícil verte si te fueras. Todavía no sé viajar sola en autobús y la verdad es que hoy me perdí —finalizó con los labios temblándole.

—No voy a mudarme —aseguró David al retomar el caminar por la acera—. Me quedaré en el mismo edificio.

—Para ser mi papá.

—Creo que a tu mamá no le gusta la idea. —La sonrisa radiante que se dibujó en el rostro de la niña duró muy poco.

—Ya le he dicho que no quiero otro —rezongó y dio un puntapié a una tapa de gaseosa en el suelo, la que salió disparada a lo lejos—. ¡Puedes serlo en secreto!

—No. No le miento a tu madre, Miranda.

—Entonces seremos amigos.

—Bien.

Miranda aferró en su puño la manga oscura de la camiseta de David con mayor

ahínco y supuso que se dirigían en dirección al edificio en el que ambos vivían. Sin embargo, ella no quería regresar tan pronto. Hacía más de una semana que no lo veía, ocho días para ser exactos, y lo había extrañado demasiado.

—¿Me compras un helado? Allí, mira —señaló un local con toldos azul oscuro al otro lado de la calle, en la esquina—. Tú también toma uno.

—Es pegajoso, se derrite y se derrama por toda tu mano —se quejó David.

—Podemos pedirlo en un recipiente de cartón, así, si se derrite, queda dentro.

—Está bien.

Miranda tiró de la manga de David hasta que ingresaron al local de paredes blancas con letras azules que rezaban el nombre de «Grom, el helado como una vez». Miranda ordenó uno de *cioccolato y nocciola* y David, uno de *cioccolato extranoir y caffè*. Se sentaron a una de las mesitas redondas con sillas verdes que había en el exterior a degustar los sabores intensos.

Un sonido cortó el silencio y Davey sacó su móvil del bolsillo trasero de su *jean*.

—Es mamá, ¿cierto? —aventuró Mirchus, y el ánimo que la inundaba se esfumó de golpe al saber que el tiempo con el hombre llegaba a su fin.

—Sí. Debo contestarle, Miranda.

—Está bien. No quiero que vuelva a enojarse contigo.

Davey tecleó rápido en la pantalla y presionó en el signo de *enviar*. Miranda lo observaba con atención. No quería que esa tarde terminara, no deseaba regresar al apartamento que compartía con su mamá y su abuela para descubrir que ya no le permitían ver a Davey. Desde que había comenzado a pasar tiempo con él después de la escuela, había descubierto que no concebía que la separaran de él. En su cabecita y en su corazón, él era su papá, no ese hombre horrible que era de su propia sangre.

Su mano voló por la mesa y cerró el puño en la manga de Davey con tanta fuerza que se hacía daño en la palma.

—Debes prometer que no dejarás que nos separen —lloriqueó la niña, pero contuvo las lágrimas en sus ojos. Sería fuerte como una niña grande.

—Lo prometo, Miranda. No nos separarán. —Ella asintió y lo soltó—. Tenemos que regresar cuando terminemos el helado.

—Ya lo sé.

Una vez que se elevaron de sus asientos, Davey la sorprendió al tenderle la palma. Mirchus observó esa mano y después trató de conectar con los ojos pardos de él, sin

embargo, Davey miraba hacia el frente. Ella deslizó su manita en esa más grande y esta se cerró sobre la suya. La sonrisa que esbozó pareció copar todo su rostro de lo amplia que era. Era la primera vez que él permitía que lo tocara desde iniciativa propia, esa debía ser una señal de que todo saldría bien, ¿cierto?

Apenas Angela abrió la puerta, se abalanzó sobre su hija. La estrujó contra sí.

—¡No vuelvas a hacerme esto, Miranda Mendoza! —gritó Angela.

—No, mamá —sollozó la niña y se apretujó contra el abrazo de su madre.

David se disponía a girarse para marcharse hacia su apartamento, pero una mano lo apresó del brazo.

—Espera, tenemos que hablar —lo detuvo Angela.

—Comprendo.

—No creo que lo hagas, David.

—¿Prefieres estar con Andrew? —aventuró él, era algo que le rondaba en la cabeza después del encuentro en el apartamento de Frederick—. Él es mi amigo y no debo acostarme con la novia de mi amigo.

—¡David! Miranda está presente —lo regañó Angela, y él se encogió ante su falta de atención—. ¿Acaso no has entendido nada de lo que hablamos en la casa de Fred? No estoy con Andy, yo no siento nada por él y él no siente nada por mí.

Angela, quien aún lo tenía aferrado por su brazo, tiró de él hasta hacerlo entrar en su hogar y cerró la puerta tras él.

—No lo entiendo, eres perfecta —argumentó él con el ceño fruncido y la cabeza hacia un lado. ¿Por qué alguien como Angela elegiría a alguien incompleto como él?

—Mamá también es defectuosa, Davey —se carcajeó Miranda desde el sofá en el centro del pequeño *living*, y eso lo descolocó.

Imposible, no había mujer más magnífica que Angela.

—¿Cómo? —preguntó.

—Vamos, mami, dile —instó Miranda—. Tú sabes, eso que haces para saber cuál es la derecha o la izquierda.

—¡Ay, Miranda! —la reprendió Angela y David sospechó que allí había algo que la joven quería mantener oculto.

—¿No distingues derecha de izquierda? —quiso saber con profunda curiosidad. No

sería algo como lo de Miranda o él, pero era algo, ¿cierto?

—Pregúntale cuál es su derecha —insistió Miranda.

—¿Cuál es tu derecha? —acató David como si hubiera sido una orden.

Para su sorpresa, Angela levantó su mano derecha e hizo como si escribiera en el aire, parecido a lo que él hacía cuando tenía uno de sus ataques, pero con un movimiento más grácil.

David soltó una carcajada y Angela se sonrojó, lo que podía evidenciar cierto grado de vergüenza.

—Además, de niña tenía otros problemas, siempre lo dice la abuela...

—¿Tenías síndrome de Gertsman del desarrollo? —concluyó David si era que también había sufrido de dificultades en el aprendizaje de cálculo y escritura y en identificar qué dedo era cuál.

—¿El qué? —cuestionó Angela, pero él lo descartó de inmediato, puesto que sospechaba que Angela no tendría las otras alteraciones presentes en el síndrome, sino no podría cumplir con sus labores de recepcionista.

—Eres defectuosa como nosotros —sentenció.

—¿Puedo pertenecer, entonces, a su grupo selecto? —musitó Angela, y la sonrisa en su rostro lo cautivó de tal manera que no pudo apartar la mirada de esta.

—Claro, mami. ¿Cierto, Davey? —quiso confirmar Miranda.

Él asintió con una sonrisa tan impropia de él que las dos mujeres quedaron impactadas.

Miranda reaccionó antes que su madre y corrió hacia la persona que en su corazón consideraba su padre, no biológico, pero sí el que había elegido. Tiró de la manga de su camiseta bergoña con la estampa de una joven de largo cabello castaño y un hombre con orejas de gato de pelaje de un grisáceo casi blanco. No eran otros que los personajes Nanami y Tomoe.

Una vez que estuvieron solos, Angela aprovechó para aclarar los sentimientos entre ellos. Miranda estaba en la habitación que compartía con ella y le había pedido a su madre que se quedara con Craig.

—David, había congelado mi corazón —confesó al posar una mano sobre su pecho.

—No se puede congelar un corazón —replicó él.

—¡David! —se carcajeó ella, ya acostumbrada a su literalidad—. Me había procurado no sentir y tú has vuelto a que lo hiciera.

—No se puede evitar sentir, Angela. —Hizo una pausa y le brindó una nueva sonrisa, pero esa vez una de esas tímidas que le había regalado en contadas ocasiones —. Sin embargo, esta vez sí comprendo a lo que te refieres.

—Voy a tocarte y besarte —anunció para evitar toda incomodidad o electricidad como él lo llamaba.

—Bien.

Angela lo aferró de los hombros y lo obligó a descender hasta su boca mientras ella se alzaba en puntas de pie.

—David, si estás de acuerdo, me gustaría traerte aquí de nuevo y presentarte a mi mamá.

—Ya conozco a tu madre.

—Como mi novio —aclaró con las mejillas convertidas en dos tomates maduros—. Te amo, David.

—¿Sientes mariposas en el estómago? —La sorprendió la extraña pregunta que él le dirigió.

—¿Qué?

—Craig dice que cuando estás enamorado sientes mariposas en el estómago, como si uno supiera cómo es eso —bufó David, y eso también la asombro. Él jamás mostraba algún que otro gesto, pero en el último tiempo distinguía cada vez más en sus respuestas.

—¿Tú... no me amas? —temió Ange.

—Por supuesto que sí, eso no está en discusión. Pero no creo que me revoloteen bichos en mis entrañas.

—¿Me amas? —buscó confirmar con todas las letras.

—Es evidente, Angela —replicó con tono cansino y casi hasta con irritación por su insistencia—. Estos ocho días que hemos pasado separados han hecho que me sienta enfermo. Como si tuviera indigestión, ataque cardíaco, síndrome de fatiga crónica, déficit de atención y trastorno depresivo todo al mismo tiempo. Sospecho que ese es el resultado a la abstinencia de la persona a la que se ama. Por lo tanto, te amo, Angela.

La explicación había sido tan gélida y en un tono calculado y sin firuletes, pero, a pesar de ello, Ange percibía los sentimientos que estaban bajo esa frialdad propia de las estatuas. Había llegado a amar ese enigma que conformaba David, al que

descubría día a día.

Epílogo

—Esto es de parte de Miranda y mía —anunció Angela.

—¿Qué es? —preguntó David al tomar el sobre que le tendía Angela al alcanzarlo en el área de su cocina abierta.

—Ábrelo, Davey. —Él observó los ojos oscuros de la madre primero y de la hija después. Lo observaban expectantes y como si reprimieran una sonrisa bromista, lo que lo hacía dudar. Pero era tan solo un sobre de papel, ¿qué podría ocurrir?

Eran tres pasajes desde el aeropuerto internacional John F. Kennedy hasta el aeropuerto internacional Caravaggio, en Bergamo, Italia. Sostuvo esos tickets entre sus dedos y los observó con el ceño fruncido. Tenían fechada la partida para mayo del año próximo.

—Sé cuánto quieres ir a Italia y una vez me dijiste que me llevarías, pero creí que podríamos llevarte nosotras, Miranda y yo. —Ella guardó silencio y David entendía que esperaba algún tipo de respuesta de su parte, pero no sabía cómo reaccionar. Nunca le habían realizado un obsequio tan considerado y no tenía claro cómo expresar lo que sentía por dentro—. Si no quieres ir...

—¡No! Sí, quiero ir. Pero deberán entender que no soy bueno con los cambios, me será difícil el viaje —informó con cuidado. Cada vez que había intentado cualquier viaje corto había detonado en una crisis espantosa.

Miranda deslizó su manito en la suya.

—No importa, Davey. Estaremos los tres juntos —aseguró la niña, y eso hizo que un manto cálido se deslizara sobre él. Era cierto que nunca había tenido compañía en esos traslados, quizás esa vez fuera diferente porque habría una constante: su nueva familia.

—También hemos contratado un transfer que nos pasará a buscar desde el aeropuerto y nos trasladará hasta Valtellina.

—¿Valtellina? —cuestionó con esperanza.

—¿Tu abuelo no era de allí? ¿No es el lugar que quería conocer? —David asintió cada vez más emocionado, aunque su rostro permaneciera inexpresivo—. Eso sí, no

nos ha alcanzado más que para esto —se lamentó la joven—. Los hoteles tendrán que correr por tu cuenta.

—Claro. —No le importaba, él tenía dinero de sobra para correr con esos gastos, aunque entendía que a Angela le molestaba no poder hacerlo ella.

—Además, pensé que sería mejor que tú los escogieras —sugirió su novia. Era tan conmovedor para él pensar en Angela como *su novia*, pero eso era desde hacía unos cuantos meses.

—Yo te ayudaré a buscar, Davey, ¿quieres? —menciona, emocionada, Miranda.

Volvió a asentir con la mirada fija en lo que sostenía en sus manos.

—David, ¿estás bien? —quiso saber Angela.

Sin contestar, encerró a la joven en sus brazos y la besó con una pasión que era inconcebible. De pronto, recordó a la niña que presenciaba el espectáculo y que su madre, de seguro, no estaría muy feliz. No obstante, en cuanto se separó de la mujer, Miranda sonreía de oreja a oreja y Angela estaba completamente ruborizada, pero una leve sonrisa adornaba su bello rostro canela.

—Ya es hora —anunció y devolvió los tickets al sobre.

—Mirchus, ve a casa de la abuela. ¿Tienes todo para pasar la noche?

—Sí, mami. —Miranda aferró su pequeño bolso y, después de darles un beso en la mejilla a cada uno, se dispuso a subir los dos pisos por ascensor que separaban el apartamento de su abuela del de donde antes había vivido Davey solo, pero que, en la actualidad, compartía con ellas desde un par de semanas atrás. Además, Carmen estaba pronta a mudarse con su novio, Craig, por lo que quedaría poco tiempo por aprovechar el tenerla tan cerca.

—David, recuerda que mañana iremos a casa de Joy —anunció su novia una vez que se quedaron solos.

No sabía qué esperar del encuentro con su hermana, pero Angela se había mantenido en contacto con ella con regularidad y había insistido en que debía vincularse con ella de nuevo, construir una nueva historia con Joy. Así que David le daría una oportunidad, aunque por Angela nada más.

—Lo sé.

—Será solo por un par de horas hasta que te sientas cómodo de quedarnos por un lapso más largo —confirmó Angela al abrazarle el brazo izquierdo.

—Bien.

—Ahora, ¿estás listo?

David aferró el estuche del violín que le había obsequiado su abuelo y tragó en seco. No sabía si lo que estaba a punto de hacer sería un enorme error.

Cada vez que se encontraba con Gabriel no hacía más que presionarlo para que llevara su instrumento a Chesterfield y así tocar con él y sus amigos. Temía no ser capaz de desempeñarse en grupo, de no atender lo que tocaban los demás y sumergirse en su propio mundo. Pero como el chocolatero insistía, si no probaba nunca lo sabría. Por lo que esa noche, en la que todos los miembros de S&P se dirigían al bar, él llevaría su violín.

Una vez que ingresaron al establecimiento, David fue sorprendido por el saludo afectuoso de cada uno de los integrantes de la agencia y de los miembros honorarios, como Brian, Gabriel, Morrigan, Blake, Paulie y Chez.

Gabriel se le acercó y le guiñó un ojo al ver su estuche de cuero. La expresión diabólica del hombre no hizo nada por calmar los escalofríos que lo recorrían.

—¿Listo, Davey? —Como odiaba que cada uno de los que conformaba ese grupo tan dispar se empeñara en cambiarle el nombre, pero había llegado a acostumbrarse a que no respetaran sus reglas.

—Sí.

—Bien, vamos a probar qué tan mal tocas en una banda. —El chocolatero le palmeó la espalda y David hizo caso omiso al pequeño estremecimiento que lo sacudió. Siguió a Gabriel hasta el escenario donde los esperaban sus dos amigos del secundario, uno de cabello castaño y otro, rubio. Paulie y Chez. Ambos tenían expresiones que lo invitaban a unírseles.

No sabía que existía un conjunto de extraños individuos capaz de incorporar a un ser tan raro como él, como si fuera uno más de esa particular familia que conformaban. Tampoco jamás hubiera imaginado la felicidad que le tenía preparada el destino, pero no le alcanzaría la vida para agradecer el que se realizara como ser humano. Había conseguido lo impensable: una mujer que lo amaba, una hija que lo adoraba y una gran cantidad de amigos que lo hacían sentir uno más.

Nota de autora

Sé que muchos se sentirán desilusionados con que Ange no haya elegido a Andy o, más bien, que esa chispa no saltara entre ellos. Ange necesitaba a alguien diverso que lavara lo que ella veía como malos actos en los que había incurrido en su pasado, que la hiciera enfocarlos desde otro punto de vista, alguien que fuera directo, sin recovecos ni que tuviera ocultamientos al hablar, alguien que la aceptara en su totalidad. Andy está ante la búsqueda de un amor utópico y, quizás, luego se tope con uno que salga de sus parámetros ideales. Basta de hablar de Andy, ya lo haremos cuando le toque vivir su historia.

En cuanto a David, es un ser maravilloso del que quería escribir hace mucho, uno que quizás no sea el clásico protagonista masculino de una historia de amor. Pero las personas somos diferentes y todas nos merecemos un romance de ensueño en nuestras vidas. David es uno de los personajes con quien más cualidades comparto; lo hago con todos ellos a decir verdad: Alex, Mark, Sam... Todos poseen características con las que me identifico y que forman parte de mí. Pero con David compartimos algo más estrecho y por eso mismo quería que disfrutara lo mismo que yo tengo, una persona que lo ame sin condiciones, y algo más que quizás yo aún no he encontrado con tanta profundidad, unos amigos que se conviertan en esa familia, diferente a la que tuvo, que no logró aceptarlo y entenderlo de joven. Por eso, el destino le regalará una que lo valorará por lo que es y que no lo juzgará y, aparte, por ese mismo motivo, una que lo ayudará a sentirse parte de algo que desconoce.

Quería que tanto Ange como David hallaran esa felicidad que cada uno de los personajes de las novelas anteriores han encontrado.

Espero que hayan disfrutado esta nueva entrega de Corazones en Manhattan y que pronto pueda ofrecerles la siguiente. ¿Adivinan de quién se tratará?

Si te ha gustado

Corazón congelado

te recomendamos comenzar a leer

Los recuerdos sumergidos

de *Ana I. Martín*



Capítulo 1

Cuando el taxi se detuvo frente al portal, su hermana Graciela le pidió que esperase; iba a llamar al portero para que las ayudara, y ella no se movió. Solo dirigió la vista a lo largo de la acera, hasta detenerse en la esquina, donde sobresalía una parte de la marquesina de El Suizo. Y, junto al recuerdo del aroma a café recién molido, se superpuso el de la última vez que había estado allí.

Había sido al día siguiente de su primera exposición en solitario. Había quedado con Víctor a las cinco y se había retrasado diez minutos. Él estaba en la mesa del fondo y, en cuanto tomó asiento, pidieron café para los dos, que les sirvieron en las tazas blancas, humeante, con la espuma de leche flotando en la superficie. Entonces se había fijado en su cara; parecía molesto con la luz que le llegaba del ventanal y ella se había ofrecido a cambiar de sitio, pero había arrastrado la silla, lo justo para que no lo deslumbrara, y tomaron el café mientras le hablaba de la exposición. Le había contado entusiasmada que había sido un éxito, desgranando todos los detalles: de la disposición de los cuadros a la iluminación, incluso le había hablado de los aperitivos y bebidas que habían servido, sin olvidar el tema de los compradores, los bodegones que había vendido y los encargos. No podía parar, y él asentía silencioso, aunque por un breve instante había estado tentada de preguntarle algo, al menos cómo le había ido a él en la grabación, si todo había salido como esperaba con el sistema nuevo. Pero no lo había hecho, continuó con su soliloquio sobre la exposición hasta que, al terminarse el café, Víctor había pedido un vodka con hielo. Ella lo había mirado interrogante, pero Víctor siguió con el gesto y los ojos clavados en los suyos, como si todo fuera normal y no quisiera perderse una sola de sus palabras. Y lo conocía lo suficiente para saber que tenía la mente en otro sitio, que algo había sucedido...

—Despacio, Paula —oyó la voz de su hermana—, no vayas hacerte daño.

El portero había llevado su bolsa al interior del edificio y Graciela le pasó las muletas, a las que se aferró antes de pisar el suelo; le había costado aprender a utilizarlas, pero ahora la hacían sentirse segura. Por eso no aceptó ninguna ayuda y

continuó sola, con su hermana al lado pendiente de sus movimientos, atenta cuando tuvo que salvar los dos escalones antes de entrar en el ascensor. Su pierna de apoyo pareció tambalearse un poco y se asustó pensando que se caía, sin embargo, no ocurrió nada y llegaron sin novedad a la planta sexta.

—Está Encarna —dijo Graciela mientras introducía la llave en la cerradura

En cuanto abrió, una mujer morena de baja estatura y vivaces ojos negros les salió al encuentro.

—¡Qué alegría verla de nuevo!

—Gracias, Encarna.

—¿Cómo está? —preguntó bajando la vista a sus piernas.

—Bien... bastante bien, dentro de lo que cabe.

En cuanto entraron, su hermana se encargó de sus cosas y ella se quedó por un momento en el recibidor, contemplando el cuadro al óleo que colgaba sobre la cómoda, una copia bastante aceptable de los *Jardines Medici* de Velázquez que había pintado en su época de estudiante. Luego recorrió despacio el tramo que la separaba del salón, tan amplio y luminoso como el resto de la casa, con aquellos ventanales tras los que se veían algunos edificios del otro lado del Retiro. Y si se acercaba y salía a la terraza, podía ver la arboleda del parque, una masa verde y compacta en medio de torres y tejados, ante la suave bruma de la lejanía.

—¿Por qué no te sientas? —sugirió su hermana.

—Antes me gustaría echar un vistazo.

—Como quieras y, si lo prefieres, puedes apoyarte en mí.

—No es necesario, voy bien con las muletas.

Atravesó el salón bordeando la alfombra, mirando todo como si esperase encontrar algún cambio. Pero no advirtió diferencia alguna. Como no la hubo apenas desde que había dejado de vivir allí. Su madre no tenía aficiones decorativas ni era amante del hogar; para ella siempre había algo más interesante que hacer fuera de casa. Y miró el retrato sobre la falsa chimenea de mármol que representaba a su madre y a su hermana Abigail. Era uno de sus primeros trabajos y estaba bien conseguido; le resultó fácil porque eran bellas, igual que dos estatuas perfectas.

—Fui a buscar tus cosas, al menos lo que creí imprescindible —le explicó Graciela, que se había apresurado en abrir la puerta—. Las colocamos Encarna y yo como nos pareció mejor.

Después de los años volvía a su habitación. La misma colcha de damasco en azul y blanco cubría la cama, la misma mesa de estudio con la silla de asiento giratorio, la butaca en la esquina, el armario empotrado, la cómoda...

—Parece una pesadilla —murmuró.

—No puede ser de otra forma, Paula, subir cinco pisos en tus condiciones...

—Lo sé, no tengo alternativa.

—Imagino lo que sientes, y te repito mi ofrecimiento: puedes venirte a casa.

—Gracias, pero es mejor así.

Paula caminó hacia la cama y se sentó en el borde. Desde allí observó detenidamente cada rincón, en especial los cuadros que seguían colgados como una muestra de su evolución: los dos carbonillos en tamaño cartulina de *El Niño de la espina* y el de *La Venus de Milo*, un jarrón con rosas y la cabeza de un caballo realizados con la técnica de la acuarela, y un bodegón inspirado en Cézanne que nunca le había gustado, pero que le daba pena tirar.

Entre tanto, Graciela había abierto el armario y le mostró su ropa colgada de las perchas, a la vez que le decía que había guardado otras dobladas en los cajones de la cómoda.

—Si necesitas algo del estudio, no tienes más que pedírmelo. —Y dudó un segundo antes de preguntar—: ¿puedes pintar?

Paula giró la muñeca derecha; apenas le dolía tras las primeras sesiones de la rehabilitación, pero no le apetecía coger un pincel, al menos por el momento. Y eso le contestó a ella.

—Debes ser prudente, sin prisas.

—Tenía algunos encargos —dijo alzándose con ayuda de las muletas—, pero supongo que habrán sabido disculparme. El que te pase un camión por encima es un buen motivo de incumplimiento.

Y sonrió con un deje de amargura mientras avanzaba hacia la puerta.

—¿Te quedas a comer conmigo? —preguntó volviéndose un instante.

—Sí, estaré hasta las cuatro y media. Por suerte para las dos, mamá y Abi llegan a las siete, tenían no sé qué evento.

—Lo sé, mamá se hizo la afligida porque no podía estar en casa para recibirme recién salida de la clínica. Y yo me alegré; cuando pienso que tendré que verlas todos los días, que me llenarán la cabeza con sus tonterías de siempre...

Graciela soltó una carcajada.

—Te entiendo perfectamente.

Mientras su hermana iba a la cocina para ayudar a Encarna con la comida y poner la mesa, Paula volvió al salón y se acomodó en el amplio sofá, con las piernas extendidas sobre la mullida superficie. Apartó algunos cojines para colocárselos en la espalda y, así recostada, miró hacia el ventanal, tras el que se vislumbraba el cielo primaveral de principios de abril.

—¡Estoy en casa! —suspiró cerrando los ojos.

Al menos en la que había nacido y donde había vivido durante veintisiete años. Luego había alquilado un apartamento en la zona de Cuatro Caminos con Menchu, su amiga y compañera de la facultad, antes de que se casara con Agustín. Entonces se había quedado sola, hasta que había aparecido Víctor en su vida y se había mudado a aquel ático... Lo que nunca había imaginado era que volvería a su antiguo hogar, que sería su destino inmediato. Y no dejaba de sentirse intranquila, en cierta forma una fracasada, con un futuro incierto que le llenaba de desasosiego. Sobre todo, cuando recordaba las palabras de su madre y de su hermana Abigail.

—Como antes, Paula —le decían—. Volverás a tu vida de antes, a salir y recuperar tus amistades.

Y de eso no tenía ganas. No porque se sintiera deprimida, sino que esa vida ya no era la suya, y desde luego no quería recuperarla. Cuando «la perdió» lo hizo fría y conscientemente, no imbuida ni presionada por Víctor como pensaban ellas.

Se incorporó un poco para colocarse mejor y la falda se le levantó dejando al descubierto el principio de la cicatriz, en la parte superior del muslo izquierdo y en dirección a la cadera. Su aspecto rosado se había vuelto más oscuro, pero seguía impresionándola, haciéndole recordar el dolor, las visiones de hierros retorcidos, de cristales rotos, de luces que seguían centelleando ante sus ojos, con las voces desconocidas e incomprensibles... Hasta que fue capaz de mirar a un lado y por unos instantes vio el perfil de Víctor con la boca entreabierta. Y no recordaba más. Había perdido el conocimiento mientras él moría allí mismo, en el acto, sin sufrir. Eso le habían dicho, que no había sufrido porque había sido inmediato. Era lo único bueno que tuvo su muerte, que lo liberó al fin de los sufrimientos. La vida no; si la quería tenía que aferrarse a ella y luchar, lo que había hecho ella cuando ni los calmantes la habían aliviado lo suficiente tras las dos operaciones de las que aún se recuperaba.

Pero al final, el tiempo, por increíble que le pareciese entonces, le había devuelto la calma. Las molestias se hicieron soportables cediendo con la medicación y el transcurrir de las semanas, como sus piernas y la muñeca que se fortalecerían gracias a la rehabilitación. Porque había sobrevivido, no como Víctor. Él ya no estaba, no existía.

Volvió a pensar en ello, como cientos de veces desde que había ocurrido, que no vería más su cara, ni sus ojos profundos perdidos en los suyos. Tampoco su voz, aunque estuviera grabada en los discos como un recuerdo vivo y congelado a la vez. Nunca sería igual que tenerlo cerca, aunque fuese para oír sus penas, incluso sus silencios, con la intimidad de sus manos en su piel, acariciándola despacio como hacía con las cuerdas de su guitarra.

Después de comer, Graciela sirvió el café en la mesa de centro. Paula, medio recostada contra el brazo del sofá, tomó la taza que su hermana la acercó y bebió un sorbo antes de volver a dejarla sobre la mesa.

—Me gustaría ir a algún sitio donde no conociese a nadie —dijo en alto, con la mirada fija en las muletas que yacían en el suelo—. Si ese día volví a nacer, como tantas veces me recuerda mamá, sería como si realmente fuera así. Un empezar de cero.

—Aunque te fueras a ese lugar nada cambiaría el pasado —repuso su hermana y dirigió la vista hacia ella—. También sería una batalla perdida obsesionarse con olvidar; sin embargo, orientar tu vida, recomponerte de nuevo... Eso sí es posible, incluso obligado y, por supuesto, es un proceso difícil que requiere su tiempo.

Paula no pudo evitar un gesto de apatía.

—No tengo ganas de hacer nada, Graciela, me siento vacía, no me ilusiona retomar el trabajo que dejé y que antes me llenaba. Es como si tuviese una falta de identidad, como si la hubiese perdido en el accidente... Y me inquieta porque es traicionarme a mí misma, después de tantos años de esfuerzo en los que creía haber encontrado mi destino.

—Todo está relacionado. Puede que atraveses una especie de depresión, y no sería de extrañar después de lo que has pasado —y añadió con cautela—: quizá deberías ir a un médico.

—Supongo que te refieres a un psiquiatra, y no creo que me resuelva nada salvo recetarme pastillas.

Graciela se inclinó hacia ella y posó una mano en la suya.

—Saldrás de esta, Paulita, el tiempo lo cura todo y eso vale también para ti. Así que relájate; la ilusión y las ganas de volver a trabajar surgirán cuando menos te lo esperes.

—Me siento cansada, como si fuera demasiado mayor para eso.

—Con cuarenta y un años no se es mayor —repuso Graciela irguiéndose de inmediato—. Sobre todo, si estas frente a alguien que está a punto de cumplir los cuarenta y ocho, y desde luego no me siento vieja para nada. Encima no te quejes, podrías decir que tienes menos y nadie lo dudaría.

Paula sonrió y tomó otro poco de café.

—Solo faltaría que empezase a quitarme años como mamá, que de tanto hacerlo creo que ni ella sabe los que tiene; incluso Abigail entró en el juego y va diciendo por ahí que tiene treinta y dos.

—Son felices así, ya lo sabes —concluyó Graciela—. Por cierto, mañana no podré venir, tengo un juicio a primera hora y me temo que se alargará, después una reunión...

—No te preocupes.

—Es que quería llevarte a la rehabilitación.

—No es necesario, llamaré a un taxi, además empiezo pasado mañana. —Y sonrió al decir—: me han dado vacaciones hasta entonces, aunque tengo *deberes*.

—Pídele a Abi...

—Prefiero no contar con ella ni con mamá.

No fue a las siete, sino pasadas las ocho de la tarde cuando llegaron a casa, llenando con sus voces y su presencia el espacio, como si antes hubiese estado vacío.

—¡Oh, estás horrible! —Fue lo primero que dijo su hermana Abigail tras soltar dos besos junto a sus mejillas.

Y acto seguido empezó a examinar su pelo, a tocarlo separando sus mechones rizados como si buscase algo perdido entre ellos.

—Lo tienes áspero y las puntas abiertas —la reprochó—. Claro, te lo habrás lavado

con el champú barato de la clínica, y ni se te ha ocurrido hidratarlo.

Paula aguantaba aquella inspección mientras la larga melena de Abigail, inclinada sobre ella, le caía en la cara. Su pelo brillante, de un castaño claro como el suyo, tenía reflejos dorados y era liso, con el aspecto de ser tan suave y sedoso que estuvo tentada de meter sus dedos para comprobarlo.

—No puedes estar así ni un día más —concluyó apartándose y se dirigió su madre—. Si alguien la ve así, tan descuidada, no sé lo que van a pensar.

Paula iba a preguntarle que quién iba a verla, pero no lo hizo, temerosa de que entre las dos hubiesen ideado algún tipo de recepción social a las que eran tan aficionadas.

—Llamaré a Piluca para que venga mañana mismo a arreglárselo.

—No te molestes, mamá —protestó; su pelo en ese momento le daba absolutamente lo mismo.

—Y que te haga una limpieza de cutis que buena falta te hace —siguió, a la vez que le cogía una de sus manos—. Me lo imaginaba, las uñas también.

Ella no pudo reprimir por más tiempo una carcajada.

—Vamos, una auténtica puesta a punto.

Pero a ninguna le hizo gracia el comentario. Más aún, la miraron con lástima, quizá pensando lo que habían dicho tantas veces, que desde que estaba con «el músico» se había vuelto muy vulgar. Pero no lo nombraron, no era de buen gusto ensañarse con los muertos, y Víctor lo estaba. Aun así, su madre debía aportar su nota de sabiduría y concluyó:

—Nena, el aspecto físico refleja el noventa por ciento de lo que somos.

Estuvo a punto de preguntarle que por qué el noventa precisamente, pero no abrió la boca. Solo sonrió, pues si su teoría fuera cierta, ellas serían poco más que seres fantásticos: su ropa, el maquillaje y el peinado impecables; lo único que las diferenciaba para ser iguales era la edad. Por eso a Paula volvió a cruzarle por la mente lo que tantas veces había pensado al contemplarlas: que llevar la vista de una a otra era como hacer un viaje de décimas de segundo en el tiempo.

—Al menos estas en casa —dijo su madre.

—Sí, es un alivio —suspiró Abigail.

Y a Paula le quedó la duda de si más que por su recuperación, se alegraban de no tener que volver a la clínica para visitarla.

Cuando se disponía a irse a la cama, Abigail la retuvo para contarle sus planes,

envuelta en su bata de raso azul aguamarina mientras que la de su madre era blanca.

—La semana que viene nos vamos a New York —y lo dijo con una perfecta pronunciación; había estudiado filología inglesa pero no había llegado a acabar la carrera.

—¿No estuvisteis hace poco? —preguntó, aunque en el fondo le daba igual, más aún, tuvo que disimular su alegría ante semejante noticia.

—Sí —contestó su hermana—, solo que esta vez nos invitan unos amigos que tienen una casa maravillosa en los Hamptons, es súper espectacular, con un jardín inmenso...

—¿Y cuánto tiempo? —la interrumpió.

—Un mes.

—Nos apena dejarte sola —se apresuró a decir su madre.

—No os preocupéis, me las apañaré, además con Encarna no tendré problemas.

Percibió el alivio de ambas, y durante unos minutos Abigail volvió a hablar de aquella casa con su tono afectado de diva del cine, mientras su madre se metía en la conversación, apoyando sus palabras como si fuera su propio eco. Y añadió que uno de esos amigos, neoyorquino por más señas y llamado Howard, estaba «loquito» por Abigail.

Abigail sonrió con una mal disimulada modestia; sabía que era la más guapa de las hermanas, pues había heredado la belleza intacta de su madre, sin los rasgos del padre que tenían las dos mayores. Graciela no solo debía el nombre a su abuela paterna, también la anchura de caderas y la mandíbula algo prominente, mientras a Paula le habían tocado los rizos que durante años había intentado domesticar hasta que se había rendido, sobre todo al decirle Víctor que le gustaban porque le daban un aire de chica rebelde.

—Y es encantador —oyó decir a su madre.

Paula pensó en aquella palabra. Su significado no era otro que el que tenían a un admirador rondándoles para invitarlas a viajes y a fiestas. Luego, si la cosa se complicaba, una huida a tiempo antes de llegar a cualquier compromiso por su parte, como había pasado con Fernando, el marido de Abigail por unos meses. Cuando se separó, su hermana alegó que era demasiado controlador y que no la dejaba respirar. Pero la realidad era que había aceptado su proposición de matrimonio con excesiva precipitación y en contra de la opinión de su madre, cuyas continuas insinuaciones

acabaron calando en ella. Empezó a ver a Fernando como lo que en realidad era: un simple profesor de inglés, sin más recursos que su trabajo y, muy a su pesar, él se dio cuenta de sus auténticos sentimientos: hasta qué punto prefería la vida frívola y despreocupada que llevaba, en la que no tenía cabida. Y que Paula supiera, su hermana nunca se había arrepentido de tal decisión. Desde que su padre había muerto, cuando Abigail tenía dieciséis años, la relación con su madre se había vuelto quizá exagerada. Tanto Graciela como ella, más adultas, no cayeron en ese celo, en ese amor maternal que más bien rallaba en la posesión y el egoísmo. Su madre no soportaba la soledad, la vida dentro de cuatro paredes le resultaba imposible y necesitaba el control absoluto sobre alguien, por eso se había volcado en su hija menor, tan parecida a ella y no solo en el físico. Y no le importó, si es que se percató de ello, ser la causa indirecta de la ruptura matrimonial de su hija porque, bien lo sabía Paula, aunque le doliese, su madre no había querido a su marido salvo por el dinero y la posición social que le había proporcionado.

Continuaron hablando del viaje, de la ropa que debían llevarse o comprar, de las personas con las que se relacionarían... Paula ya no les prestaba atención, estaba cansada y con un «hasta mañana» que ninguna le devolvió, cogió las muletas y se fue a su habitación, dejándolas en el sofá ilusionadas con sus planes.

Al día siguiente, tras arreglarse de forma impecable como de costumbre, le comunicaron que no volverían hasta la noche porque tenían mucho que hacer, aunque no concretaron qué. Tampoco se les ocurrió preguntar si precisaba algo, pues ya le había dicho su madre:

—Pídele a Encarna lo que necesites que para eso está.

Así eran Abigail y María Victoria, o lo que era lo mismo, Abi y mamá, siempre a lo suyo.

Piluca llegó media hora después. Era una chica joven, de pelo color cereza y con un exagerado maquillaje en los ojos, que nada más entrar se atavió con un fino batín que sacó de una pequeña maleta junto con sus utensilios de esteticista. Dijo que llevaba las órdenes expresas de la señora María Victoria, que sabía lo que tenía que hacer y enseguida se puso manos a la obra. Apenas hizo falta mediar palabra, salvo cuando se dispuso a alisarle los rizos y Paula se negó.

—Como usted diga —repuso la chica, y eso fue lo único que le desvió del guion.

En cuanto al arreglo de sus uñas, Piluca pareció tomarse la tarea con calma. Paula,

al verla tan concentrada y silenciosa, casi se sintió avergonzada pensando si no serían las más estropeadas del mundo. Y para acabar, la limpieza de cutis y un retoque de cejas.

—Está muy guapa —dijo Encarna al verla.

—Debe ser cierto que una buena sesión estética hace milagros.

—Si se es guapa como usted, porque una fea... —Y soltó aquel manido refrán de que «aunque la mona se vista de seda, mona se queda».

Comió sola, y después habló por teléfono con Graciela que le preguntó cómo le había ido la mañana. Ella le conto lo referente a su «puesta a punto» y se carcajearon por un rato, aunque al colgar se fijó en su imagen reflejada en el espejo que había sobre el aparador del comedor. Estaba mucho mejor, podía introducir los dedos entre sus cabellos sin dificultad, pues ya no estaban ásperos ni encrespados. También la piel tenía un aspecto más suave, y las uñas resultaban perfectas pintadas de un rosa nacarado.

—He recogido la cocina y he dejado en la nevera un guiso de pescado para que lo caliente en el microondas —le comunicó Encarna al entrar—. Si ya no necesita nada más...

Iba a decirle que no cuando sonó el timbre de la puerta y Paula se sobresaltó. No tenía idea de quién podía ser, y mientras Encarna se apresuraba en ir a abrir, fue apoyándose en las muletas hasta el sofá. Cuando las ponía en el suelo y se dejaba caer en el asiento, el último en el que pensaba se plantó en medio del salón con un gran ramo de rosas amarillas.

—Roberto —dijo con una sonrisa en los labios, sin poder evitar emocionarse a la vez que se sorprendía de que se acordara de que eran sus favoritas.

Esperó a que se acercara, respondió a su beso en la mejilla, y acto seguido hundió la cara entre las flores, embriagándose con aquel olor tan delicioso.

—Por favor, Encarna, antes de marcharse póngalas en un jarrón con agua. —Y se volvió hacia Roberto—. Muchas gracias, son preciosas.

Lo miró conmovida por aquel presente inesperado. Y de la misma forma se fijó en su atractivo, en su traje perfectamente conjuntado, el pelo de un rubio oscuro con un corte juvenil que empezaba a encanecer por las sienes, y las pequeñas arrugas que se

le habían formado bajo los ojos azules al sonreír.

—Siéntate —lo invitó, y él lo hizo en el sillón de al lado.

—No pude ir a verte —empezó algo nervioso—. Bueno, más bien no me atreví, aunque ni por un minuto dejé de pensar en ti desde que...

Paula sonrió al notar su turbación. Sabía que había estado en la clínica, que durante las dos operaciones no se había movido de la sala de espera para enterarse de su evolución y que todos los días llamaba a Graciela para preguntar por su salud. Pero no quiso decirle que lo sabía.

—No te preocupes, fue mejor que no lo hicieras, no estaba en condiciones de recibir visitas. Por cierto, ¿cómo sabías que me habían dado el alta?

—Por Graciela, le pedí que me avisara.

No debía sorprenderla, eran amigos desde hacía años, y su hermana lo prefería para ella en lugar de a Víctor; nunca había ocultado esa opinión.

—No me comentó nada —dijo entonces.

—Ha sido una pequeña conspiración.

Encarna entró en ese momento con las rosas repartidas en dos jarrones; uno lo dejó en la consola y el otro a su lado, sobre la mesa de centro. Paula se inclinó para olerlas de nuevo y tocó despacio los pétalos.

—¿No necesita nada más? —preguntó, y al responderle Paula que no, se dirigió a Roberto—. ¿Le traigo algo de beber?

Él negó agradecido, y la mujer se despidió hasta el día siguiente.

—Estoy feliz de ver que estás bien —dijo Roberto; ella seguía con la vista en las flores y advirtió su tono emocionado.

—Tuve suerte —repuso tan solo.

—Yo... —empezó balbuceando— en estos meses, desde que te pasó... no he dejado de repetirme que todo había ocurrido porque yo te lo presenté y te enamoraste de él cuando creía que... Y has estado a punto de morir por su culpa, que en el fondo no es más que la mía por haberte llevado esa noche a...

—No empecemos, Roberto —lo interrumpió ella—. Pasó hace años, y eso que dices sobra, especialmente ahora.

—Puede ser. —Y se movió inquieto en el asiento, quedándose en el borde para estar más próximo a ella—. Sin embargo, tengo que hacerlo porque no paro de darle vueltas, de sentirme responsable...

—No lo eres, y si como dicen sobre el accidente, que no estaba en condiciones de conducir, que... —Tuvo que detenerse un segundo antes de continuar—. En eso yo soy la única que podría opinar, y no voy a hacerlo porque ya da lo mismo.

Roberto, al oír aquello, se puso en pie como impulsado por un resorte.

—¿Cómo que da lo mismo? —Y elevó la voz al exclamar—: ¡casi te mata! Si no llega a morir, creo... creo que le habría matado yo mismo.

Paula lo miró seria.

—Por favor, no digas eso.

Él se sentó de nuevo.

—Roberto —empezó, mirando fijamente sus ojos azules aún alterados—. No volvamos a hablar de lo que pudo o no ser; Víctor está muerto y esa es la única realidad. Pero antes tengo que decirte algo para zanjar de una vez y para siempre...

—E hizo una pausa para tomar aliento—. No sé si era o no merecedor de mi cariño como dice mi madre, solo sé lo que sentía por él, aunque los dos últimos años fueran difíciles y mi amor se deteriorara por su alcoholismo y sus depresiones. Me planteé dejarlo, y fue más de una vez. Tú eres el primero al que se lo digo, ni siquiera Graciela lo sabe. Aun así, nada quita que lo amase, que en ningún momento me arrepienta de haberlo hecho y que, si no hubiese sido por esos problemas que no pude soportar, habría pasado el resto de mi vida con él.

Roberto escuchaba en silencio, mirándola casi sin parpadear.

—Por eso te pido una cosa —continuó—, y es que no volvamos a hablar de Víctor.

—No hay nada que desee más que no volver a mentarlo porque lo único que me importa es que tú estás bien y tan guapa como siempre.

Paula sonrió ante aquel cumplido, sobre todo al pensar si habría opinado lo mismo el día anterior, cuando estaba «horrible», como le había dicho su hermana.

—Como siempre no —dijo recordando la cicatriz de la cadera y el muslo.

—¡Serás mejor! —exclamó él sin poder reprimirse—. Vuelves a ser tú, a vivir de nuevo.

Ella echó la cabeza hacia atrás. Para nada quería pensar en ello. Continuaba en cierto modo atrapada entre los hierros del coche y en algo invisible que la sujetaba; aunque no quisiera hablar de él, seguía presente, no podía alejarlo de su cabeza ni un momento. Aún no.

—Es pronto para eso —dijo en un susurro y lo miró—. Estoy cansada, si no te

importa...

—Sí... claro —balbuceó contrariado—. Siento estar molestándote, llevas poco más de un día fuera de la clínica y yo dándote la lata.

—No lo haces. Solo que estoy cansada, podemos seguir hablando otro día.

—Por ejemplo, de tu trabajo. Graciela me comentó que tienes menos molestias en la muñeca.

—Así es, pero ya te diré.

Roberto se puso en pie y percibió su mirada recorriendo sus piernas extendidas sobre el sofá, y como de ahí la dirigía hacia las muletas que estaban en el suelo.

—¿Te duele? —preguntó con un tono de preocupación.

—Me molesta a veces pero, según el médico, es cuestión de semanas; tengo por delante dos meses de rehabilitación y andaré bien sin necesidad de muletas.

Él pareció aliviado con sus palabras.

—Antes de irme... ¿Necesitas algo? —Ella negó con un gesto de cabeza, pero insistió—: puedo hacer lo que sea, recados, cocinar algo sencillo, llevarte en brazos...

Paula sonrió.

—Gracias, Roberto, no necesito nada.

—Pues si no puedo serte útil...

—Me las arreglaré, no te preocupes.

Sin embargo, no se movía, lo que empezaba a incomodarla.

—Gracias de nuevo por tu visita y por las rosas —dijo para ser precisa—. Y perdona que no te acompañe a la puerta.

Sonrió de nuevo y él salió despacio, como si esperase que fuera a cambiar de idea. Pero ella no lo hizo, quería quedarse sola y dejó de mirarlo para hojear una revista que tenía encima de la mesa.

Segundos después oyó la puerta de la calle al cerrarse y un sentimiento de culpa la envolvió: el de haber sido demasiado fría y distante con él, pero no podía evitarlo.

A veces, las palabras pueden resultar duras según quién las exprese, pero todo es cuestión de ver el interior de quien las dice.



Angela Mendoza es una mujer fuerte que tan solo tiene un objetivo: darle a su hija todo lo que esté a su alcance. Sin embargo, cuando Miranda, su pequeña, se ve encantada por un hombre al que quiere tener como padre, la vida de Angela dará un giro, pues no espera que él, David Talcott, ese tipejo insoportable y engreído, contratado por la empresa para la que ella trabaja, que tiene problemas para comunicarse con las personas, se sienta atraído por ella. Sin saber cómo, Angela no podrá resistirse a él. Pero nada será fácil con David, pues él no es un hombre como cualquier otro.

¿Podrán ambos, con sus imperfecciones, superar sus circunstancias y amarse en totalidad?

Camilla Mora reside en Buenos Aires, Argentina junto a su familia y sus diversas mascotas. Ama a los animales, por lo que tiene unos cuantos en casa, y cree en sus derechos como en los de cualquier individuo. Es vegana por convicción desde hace varios años. Le encanta el arte en todas sus manifestaciones: pintura, música, fotografía, cocina, cine y escritura, y a esas prácticas se dedica con pasión en su tiempo libre. Sin embargo, desde muy temprana edad se ha visto fascinada y cautivada por la lectura, y por el género romántico en particular. Poco tiempo después descubrió que podía crear sus propias historias, sus propios mundos, en los que zambullirse y vivir nuevas y las más diferentes experiencias.

Edición en formato digital: septiembre de 2018

© 2018, Camilla Mora

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17540-27-2

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Corazón congelado

Nota editorial

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Epílogo

Nota de autora

[Si te ha gustado esta novela...](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Camilla Mora](#)

[Créditos](#)